

# SZIBOLA DARKONIS



POMPEYO REIN



¡El Apocalipsis ha comenzado! Una extraña locura comienza a apoderarse de miles de personas en todo el mundo. Algunos piensan que se trata de una enfermedad. Otros, que es un estado psicótico generalizado. Los hay incluso que piensan que son casos de posesión demoníaca. Las naciones supervivientes deberán organizarse para no sucumbir frente a esta nueva amenaza encaminada a provocar la extinción de la especie humana. Los horrores a los que ahora se enfrenta la Humanidad cambiarán para siempre el mundo tal y como lo conocemos.

Szibula Darkonis es un reimaginado literario basado en el universo desarrollado en el largometraje español de culto «El Barón contra los demonios», la primera y única obra de ciencia-ficción steampunk producida en este país. «El Barón contra los demonios» es una película del año 2006, producida por Ribefex, La Mirada Producciones y TVC.



Pompeyo Reina

# Szibula Darkonis

ePub r1.0  
Ronin 03.01.16

---

más libros en [epubgratis.org](http://epubgratis.org)

---

Título original: *Szibula Darkonis*  
Pompeyo Reina, 2012  
Editor digital: Ronin  
ePub base r1.2

A Ricardo Ribelles «El Creador», sin el que esta obra jamás hubiera sido posible.  
A mi madre, mi esposa y mis dos hijos, Penélope y Pompeyo, sin los que no hubiera  
merecido la pena.



# CONDENADOS

Es fácil condenar con una risa.

*Sófocles*



I

*Ludina, Afganistán  
3 de mayo de 2012*

La sargento del ejército de tierra español Irina Rozas odiaba el desierto. Desde que despuntaba el sol sentía el sabor acre de la arena en la garganta. Su equipamiento reglamentario pesaba el doble bajo este calor y por mucho que se esforzara por evitarlo, siempre tenía arena dentro de las botas.

Se había presentado voluntaria para venir en misión de paz a Afganistán. No es que fuera altruista, sino que con lo que pagaban en los seis meses de misión podría sobrevivir como reservista varios años sin preocuparse por buscar un trabajo precario al volver a España.

A pesar del riesgo constante, se sentía bastante segura en este destino. Formaba parte de un Equipo Operativo de Asesoramiento y Enlace, OMLT, que se dedicaba a instruir a las fuerzas del ANA<sup>(1)</sup>, sobre todo en temas referentes al despliegue de fuerzas en la provincia de Badghis. Pasaba la mayor parte del tiempo en la base, a buen recaudo de las células Talibanas que operaban por la zona, pero de vez en cuando tenía que salir en operaciones conjuntas de instrucción con las fuerzas del ANA, y esta era una de esas ocasiones.

Se hallaban al nordeste de la localidad de Ludina supervisando el despliegue de las tropas Afganas en un ejercicio de adiestramiento. El contingente de las tropas españolas se desplazaba en un convoy formado por cinco vehículos; dos Linces —la versión española de los Hummers de los marines americanos— y tres RG31 fabricados en Sudáfrica y con blindaje suficiente para repeler cualquier artefacto explosivo que fuera detonado en la carretera a su paso.

La sargento contemplaba el ejercicio de despliegue de tropas sobre una de las colinas de Ludina con unos prismáticos cuando el cabo primero Vázquez la llamó a gritos.

—¡Ira! —Ira. Así era como la conocían entre sus compañeros. Originariamente, el mote venía de sus iniciales: Irina Rozas Álvarez, con las que estaban marcadas todas sus prendas. Aunque ella sabía que sus compañeros le mantenían ese mote por otra razón. Su mal humor e irascibilidad desde que había ascendido a sargento, quizá por la presión de la responsabilidad, le habían valido el sobrenombre de «Sargento Ira». Y tenía que reconocer que no le disgustaba. Pero eso no era razón para que un subalterno se saltara todo el protocolo y la llamara por su mote delante del resto de hombres de la compañía.

—¡Vázquez! ¡Reporte como es debido! —Le gritó en respuesta al cabo primero desde la torreta del vehículo donde observaba las maniobras.

—¡Sargento Rozas! ¡Tenemos un estado de alerta! —dijo el cabo primero Vázquez señalando una alejada casa de autoconstrucción al sur de la loma en donde se encontraban.

—¿Qué clase de alerta? Los asuntos de los civiles no nos incumben —respondió Ira.

—Pero no nos podemos negar a dar asistencia en caso necesario —le recordó Vázquez.

—¿Y cuál es la emergencia? No veo... —pero la sargento fue interrumpida por una mujer que salió corriendo y dando gritos de la casa que Vázquez había señalado. Todo su rostro estaba cubierto de sangre.

\* \* \*

Toda la compañía se había puesto en alerta. Avisaron por radio a las fuerzas del ANA para suspender momentáneamente los ejercicios de despliegue y mandaron un aviso a la base de Qala-i-Nawa, la capital de Badghis, por si había que pedir refuerzos. La sargento Ira seleccionó a cinco de sus hombres —más hombres se estorbarían dadas las dimensiones de la casa— mientras, el sanitario se encargaba de reconocer a la mujer ensangrentada. Se hallaba en estado de *shock* y el intérprete no consiguió

sacarle ni una sola palabra de lo que había ocurrido. Así que decidieron pasar a la acción. Situó a dos de sus hombres por detrás de la casa y ella, cubierta por los otros dos —uno de ellos el cabo primero Vázquez— avanzaron hacia la puerta principal por la que había salido la mujer.

Era una casa hecha a base de ladrillos, con una sola planta y un precario toldo de tela raída sobre su entrada principal. Había una ventana al lado de la puerta, pero había sido atrancada. El interior estaba en penumbra, a pesar de ser mediodía. Indicó a sus hombres mediante señas que se situaran uno a cada lado de la puerta y, encendiendo la linterna acoplada a su fusil *Heckler & Koch* G36 reglamentario, entró.

El interior estaba fresco y había un aroma peculiar en el ambiente. Se distinguía el olor a hierro, suave e intenso de la sangre, mezclado con el tufo a sudor y ropa sucia que reinaba en la sala. Había sillas y muebles tirados por todas partes, que proyectaban sombras fantasmagóricas al iluminarlos con la luz de su linterna. Una bombilla rota colgaba de su cable en el techo. La habitación principal estaba vacía.

—¡Limpio! —gritó la sargento y al instante sus dos hombres entraron tras ella y examinaron la estancia apuntando hacia todas direcciones con sus armas. Un ruido húmedo, como un gorgoteo siniestro provenía de una de las puertas que debían conducir al dormitorio de la casa. Con una señal, indicó a sus hombres que se colocaran a ambos lados de la puerta del dormitorio para repetir la misma operación de cobertura. Cuando estuvieron colocados la sargento Ira se adentró en la habitación.

El haz de luz proyectado por su linterna iluminó a una figura agachada, de espaldas a ella. En el suelo había sangre, mucha sangre. Ira gritó al individuo para que se incorporase con las manos en alto pero la figura continuó encorvada y de espaldas, sin inmutarse. Al oírla gritar, sus hombres entraron. Los haces de luz de sus linternas convergían en la figura agazapada. Parecía un joven. Únicamente vestía unos pantalones desgastados. Temblaba y emitía un sonido de gorgoteo continuo. Ira tocó su espalda con el cañón de su G36, pero el joven no reaccionó. Miles de ideas se agolparon a la vez en la mente de la sargento Ira. Pensó que el joven podría estar herido o que podía tratarse de una trampa, un atentado Talibán suicida o quizá tan solo fuese una reyerta entre civiles. Cualquiera cosa podía ser. Así que, empuñando su arma con la mano derecha, agarró el hombro del joven con la izquierda y le dio la vuelta.

El cuerpo cayó de espaldas al suelo y comenzó a convulsionarse boca arriba. Tenía un cuchillo de pequeño tamaño clavado en el pecho y sangraba profusamente. Sus ojos estaban completamente rojos. Al principio pensó que se trataría de una hemorragia ocular, pero el rojo intenso de los ojos de aquel joven era diferente. No sabía cómo explicarlo, pero había algo en esa mirada. Algo casi... maligno. Eso era lo primero que le venía a la mente cuando intentaba definir aquellos ojos. La piel del rostro del joven se había ennegrecido por el efecto causado por la aparición de numerosos vasos sanguíneos de color oscuro. Ese joven debía haber contraído alguna enfermedad. En la base de Qala-i-Nawa no se les había informado de ningún brote local de epidemia de ningún tipo. Pero siempre había la posibilidad de que hubieran tenido la mala suerte de encontrarse con el *sujeto cero*.

Sea lo que fuere, ese estado había inducido a aquella mujer a defenderse del sujeto clavándole un cuchillo en el pecho. El resultado había sido fatal. Tras un par de convulsiones más, el joven dejó de respirar. El gorgoteo cesó y el cuerpo se quedó inmóvil, tendido boca arriba, iluminado por la luz de sus linternas y devolviéndoles una malévolamente mirada de ojos rojos —como los de una rata albina—concluyó más tarde la sargento Ira cada una de las veces que recordó este momento en el futuro. Y fueron muchas las ocasiones en las que tuvo que hacerlo, porque por lo que a ella le consta, este fue el primer contacto con la *amenaza*. Y probablemente, aquellos ojos rojos sin vida que la observaban, continuaban enviando información, su imagen y la de sus compañeros, al mayor enemigo que ha tenido la humanidad en sus más de cinco mil



años de existencia.

Con un largo chirrido, el ferrocarril *Transmongoliano* se detuvo en la estación. Por las ventanas del vagón de camarotes se podía ver el edificio de líneas sobrias y estilo marcadamente ruso, pintado en tonos verdes y ocre que constituía la estación de ferrocarril más importante del sur de la Rusia Siberiana. En la fachada del edificio se distinguía un rótulo en grandes caracteres rojos: Улán-Удэ.

Ulán Udé en cirílico ruso, o lo que era lo mismo para Ricardo Reyes «usted está llegando al culo del mundo». Ricardo era un hombre asceta, más cerca de los cuarenta que de los treinta, que se dedicaba a escribir guías de viaje. Su trabajo era una gran excusa para viajar. Requería una gran inversión, pero una vez terminara la obra sería la editorial la que cubriría sus gastos de viaje, además de ganar un sueldo con ello. De esa manera había recorrido toda España, las islas Británicas, el valle del Loira en Francia y el norte de los Estados Unidos. Tanto conocimiento alrededor del mundo lo había convertido en un pedante irrefutable, por eso únicamente conocía una manera de viajar: solo.

Ahora mismo estaba abarcando el proyecto más ambicioso de su vida, una completa guía de viaje en ferrocarril a través de toda Asia. Incluía por primera vez en una única guía de viaje las tres grandes rutas asiáticas en ferrocarril: el *Transiberiano*, el *Transmanchuriano* y el *Transmongoliano*. Todo ello además, aderezado con el ácido humor de su refinado sentido crítico. Otro éxito editorial que le valdría no pocas denuncias de los locales que criticaba en la guía, como había ocurrido en anteriores ocasiones.

Su camarote estaba patas arriba. Había envoltorios de comida por todas partes y un sandwich a medio morder reposaba en la mesita junto a la ventana. Él escribía en su portátil sobre el banco-cama cuando sintió que el tren se estaba deteniendo. Se incorporó para mirar por la ventana, colocando el ordenador en la mesa sin darse cuenta de que lo colocaba sobre el sandwich. Solía comer en el camarote. Solo había visitado el vagón restaurante una sola vez y para poder justificar la crítica que iba a hacer en su guía. Los precios del vagón restaurante eran exorbitados para la calidad de la comida que ofrecían. Casi todos los viajeros del tren traían su propia comida y la consumían en la tranquilidad de sus camarotes. Además, tenía que ahorrar, ya había invertido una gran cantidad de dinero en el viaje de ida y aún le quedaba la vuelta.

Se dedicó a observar por la ventana a la gente de la estación. Había sobre todo familias, que venían a recoger a algún pariente y turistas mochileros, de los que viajan por el mundo en busca de aventuras. Estos últimos serían los lectores potenciales de su guía. A pesar de la diferencia de nacionalidades, todas las personas que pululaban por la estación tenían algo en común. Todas llevaban mascarillas blancas cubriéndole la cara.

Desde que Ricardo había salido de España se había declarado la aparición de una nueva pandemia a nivel mundial. Y como siempre, ya había expertos que situaban su origen en Asia. Primero fue la gripe aviar, después la gripe A y ahora esto. Ni siquiera tenía nombre aún. Ya las compañías farmacéuticas no sabían ni qué inventar para vender vacunas. Incluso no sería descabellado pensar que habían sido estas industrias farmacéuticas las que hubieran desarrollado una cepa particularmente virulenta, para liberarla y causar ellos mismos la epidemia. Luego venderían sus vacunas y además de forrarse, serían aclamados como los salvadores del mundo.

Por el momento, no se había logrado aislar a ningún agente responsable de esta nueva pandemia pero de lo que no cabía la menor duda es que era una especie de meningitis que afectaba al cerebro. Las víctimas se volvían esquizofrénicas y acababan muriendo, a veces en el acto y otras veces la muerte sobrevinía derivada de sus actos. Unos se

tiraban por la ventana, mientras que otros se lanzaban sobre los coches de las autopistas o sobre las vías del tren.

De hecho, al no haberse descubierto aún ningún agente responsable, no se conocían ni siquiera las vías de contagio. Pero el efecto de la mascarilla era psicológico, bastaba con llevarla para superar el miedo.

Ricardo no sentía miedo. Estaba profundamente convencido de que toda esta pandemia era una operación orquestada por todos aquellos que ostentaban el poder. La Teoría Conspiracionista de los Gobiernos del mundo. Ese era el mayor mal de todos.

Y aunque albergara alguna sombra de miedo, quizá e incluso temor en el fondo de su ser, no podía dar media vuelta para volver a casa. Había invertido mucho dinero. Dinero que no recuperaría si no acababa su dichosa guía.

—*Toc, toc* —alguien llamando a la puerta de su camarote lo sacó de golpe de sus cavilaciones para devolverlo a la realidad.

Se levantó y abrió la puerta. Al otro lado había uno de los revisores mongoles del ferrocarril. La mitad del personal del tren eran rusos y la otra mitad mongoles. Todos vestían un elegante uniforme azul oscuro con botones dorados.

El revisor le hablaba en un precario inglés. Le explicó que había surgido un cambio imprevisto en la ruta. El cambio afectaba al tramo que cubría el recorrido desde Ulán Bator hasta Jining en China. Según el revisor, todos los pasajeros del *Transmongoliano* deberán bajarse en la estación de Ulán Bator, ya que ese iba a ser el destino final a partir de ahora.

El revisor no le dio ningún tipo de excusa o motivo para esta alteración imprevista de ruta, que complicaría enormemente la vida de Ricardo de ahora en adelante. Ni siquiera le supo indicar si le reintegrarían la diferencia del importe del billete. Lo único que repetía el revisor una y otra vez era siempre lo mismo:

—«*Ai sou soli sil*» —que venía a significar el siento mucho señor, en «*mogolenglish*».

\* \* \*

Cuando a uno se le plantea que va a recorrer casi medio mundo en tren —más de diez mil kilómetros de vías ferroviarias— cree que podrá contemplar ese medio mundo desde la ventanilla de su vagón. Es un gran error. El paisaje que se contempla por la ventanita del tren, al menos en esta época del año, era siempre el mismo. Llanuras interminables y bosques dispersos de coníferas, salpicados aquí y allá por cabañas de madera. De vez en cuando, un cúmulo de esas cabañas de madera rompía la monotonía imperante, en un intento por formar un núcleo de población medianamente importante. Al menos siempre fue así durante los primeros días de viaje. Lo único que rompió esta monotonía fue la nota discordante que ofrecía el árido y polvoriento desierto del Gobi. Ese fue el primer indicio que tuvo Ricardo Reyes de que había abandonado Rusia y se encontraba ya en Mongolia.

Horas más tarde, el paisaje volvió a cambiar drásticamente. Ahora un infinito manto verde se extendía hacia todas direcciones. No había a la vista vegetación más alta que un arbusto. A lo lejos se comenzaba a divisar una gran urbe en medio de aquel manto verde. Había llegado a la capital de Mongolia.

El ferrocarril aminoró la marcha para detenerse finalmente con su habitual chirrido de frenado junto a la blanca estación ferroviaria de Ulán Bator.

Al apearse del ferrocarril le volvieron a informar de lo que ya le había advertido el revisor mongol: esta estación sería el final del trayecto. Pero aquí sí se enteró del motivo por el que Ulán Bator se convertía en la última estación del viaje. No podían seguir avanzando. La República Popular China había cerrado sus fronteras. El comercio había cesado bruscamente y medio mundo se sumía en el caos.

El padre Doménico Lapuente era un sacerdote poco habitual. Con sus escasos treinta años, era uno de los miembros más jóvenes de la Asociación Internacional de Exorcistas fundada por el padre Gabriele Amorth en el Vaticano. Además, era el único miembro que no era italiano. Su juventud en esos ámbitos era vista más como una debilidad que como una ventaja. Aún así, Doménico estaba profundamente versado en el *Rituale Romanum*, texto en el que se basaban los exorcismos practicados por la iglesia Católica. Poseía un doctorado en derecho canónico y aparte era un experto conocedor del espíritu humano. Esta última habilidad era quizá la más útil que poseía, ya que en sus diez años de profesión, en la que había sido enviado como exorcista a los más recónditos lugares del planeta, no había llegado a detectar ni un caso de real de posesión demoníaca. En la mayoría de ellos se trataba de pobres diablos con alguna clase de alteración psíquica, en los que la mano de Satanás poco o nada tenían que ver. El resto de los casos era un fraude. A veces malintencionado, otras veces autosugestivo, pero fraude al fin y al cabo. El padre Doménico también había participado como *promotor iustitiae*<sup>[2]</sup> en diferentes procesos de beatificación.

Pero eran sus profundos conocimientos sobre el *Malleus Maleficarum*, el libro por excelencia del inquisidor, lo que le habían llevado hasta África. En la región senegalesa de Tambacounda se habían declarado tres casos de posesión demoníaca. El obispo de Senegal los declaró de interés especial y así se lo comunicó al cardenal representante del país en el Vaticano. Sería el criterio de Doménico el que discerniría si los casos presentados eran fraude o reales. Aún no había llegado a la parroquia de Tambacounda, pero ya se hacía una imagen mental de lo que se iba a encontrar. El ochenta por ciento de la población de Senegal eran musulmanes. El resto de cultos del país lo conformaban el cristianismo, en una proporción el seis por ciento, y el resto practicaba ancestrales cultos animistas. No era raro observar a distintos grupos de senegaleses arrojar agua o leche a los pies de algún *baobab*. Eso formaba parte de un ritual animista de agradecimiento. Esa clase de rituales coexistían y se compaginaban con el Islam y el cristianismo, hasta alcanzar unos niveles malsanos de superchería. Eso, unido al alto índice de analfabetismo del país, daría como resultado una posesión demoníaca inducida. Cómo no.

El *Jeep* en el que viajaba se detuvo junto a la pequeña parroquia, levantando una nube de polvo de la carretera sin asfaltar. Las construcciones de la zona interior del país nada tenían que ver con el desarrollo que se había alcanzado en las zonas costeras, sobre todo las cercanas a Dákar, la capital del país. Los asentamientos rurales se distribuían en torno a una carretera de tierra, eran pequeños poblados longitudinales que se establecían en las cercanías de un pozo o río. La estructura principal de casi todas las construcciones era el ladrillo, aunque también se veían muchas chozas de madera e incluso de chapa con techos de uralita.

La desgastada puerta verde de la parroquia se abrió y apareció el párroco, un sacerdote local llamado Ousmane Mbaye. Vestía de manera sencilla: camisa de manga corta gris con alzacuellos, pantalón gris claro y sandalias de cuero. Su rostro azabache era delgado y afable, aunque una sombra de preocupación empañaban sus grandes ojos enmarcados tras unas gruesas gafas de pasta.

Subió de un salto al *Jeep* y le tendió la mano a Doménico en forma de saludo. Dijo algo en francés, que el intérprete tradujo como la típica bienvenida al país y que manifestaba su alegría de tenerlo presente, etcétera. Sin más, se encaminaron hacia la casa afectada.

Por lo que tradujo el intérprete de lo que contaba Ousmane, los casos se habían declarado hace tan solo una semana. Nunca antes habían tenido algo así. Las

anteriores manifestaciones no dejaban de ser casos de algún fanático «colgado» o un intento por abrirse camino hacia la fama y abandonar la precaria situación de pobreza que se vivía en esa zona del país.

Ahora se trataba de tres jóvenes hermanos cristianos del poblado, de quince, diecisiete y dieciocho años. Doménico se sorprendió de la natalidad de la zona. Prácticamente un hijo al año en la más absoluta pobreza. A veces, él mismo se cuestionaba el mensaje que transmitía la Iglesia católica, *su Iglesia*, sobre el uso de anticonceptivos. Estaba claro que la mayoría de los cristianos no hacían caso. Eran los que conformaban el considerable grupo de «creyentes» pero no «practicantes». *Ridículo*. Profesar una fe implica ser practicante. El resto sigue una inercia, pasivamente, por costumbre pero sin criterio y sin sentir la verdadera Gracia de Dios.

Era en África en donde, a pesar de ser un culto minoritario, se encontraban los creyentes más fieles. Los seguidores incondicionales de su dogma. En el fondo de su ser, Doménico se preguntaba si el índice de analfabetismo del país tendría algo que ver. El mero hecho de intentar adivinar la respuesta le causaba estupor.

—*Ceci est* —dijo el padre Ousmane señalando una choza. A Doménico no le hizo falta esperar la traducción del intérprete para saber lo que decía. Habían llegado a la casa. Se sorprendió al ver a un soldado senegalés montando guardia en la puerta, con los brazos apoyados a ambos lados de un fusil AK47 que llevaba cruzado al pecho.

No fue hasta que entró en la choza que comprendió la presencia del militar en la entrada. El ambiente en el interior era asfixiante. Caluroso y húmedo, llevado al extremo por el vapor que generaba un caldero puesto al fuego sobre un hornillo de gas en una de las esquinas de la habitación. No había cama, tan solo unas mantas extendidas por el suelo de tierra prensada de la choza. Todas las ventanas habían sido cubiertas con gruesas mantas y telas de saco. La luz procedente del exterior, se colaba por los resquicios de las ventanas y por los agujeros de las mantas proyectando haces de luz sobre el vapor y el polvo en suspensión de la estancia.

En la pared del fondo, en penumbra y rodeando el hornillo encendido, había un grupo de mujeres, en su mayoría ancianas, murmurando rezos y plegarias por lo bajo en una letanía constante.

Sobre las mantas del suelo, atados como animales salvajes, había tres jóvenes de raza negra, vestidos con harapos. Las gruesas sogas les rodeaban el cuello y las extremidades, descarnándolas por el roce. Sobre las rozaduras en carne viva se arremolinaban una multitud de moscas zumbantes. No podía ver los rostros de los jóvenes, ya que se hallaban hechos un ovillo, unos contra otros, como protegiéndose.

El primer impulso de Doménico fue arrodillarse junto a ellos para mirarles a la cara. Antes de que pudiera hacerlo, Ousmane lo detuvo.

— *Est dangereux* —le advirtió Ousmane.

Rechazando la advertencia que le hizo el párroco, Doménico se agachó y agarró por los hombros a uno de los chicos. Su cuerpo estaba muy caliente y notaba como temblaba.

—Este chico está enfermo —dijo dirigiéndose a las ancianas del fondo—. Hay que trasladarlo a un hospital —intentó nuevamente, esta vez dirigiéndose a Ousmane.

Nadie reaccionaba ante la preocupación que mostraba Doménico. Se volvió hacia el joven que estaba sujetando, resuelto a liberarlo de sus ataduras cuando el joven alzó la cara y lo miró.

Su rostro negro lucía más oscuro de lo que sería una tonalidad normal para su raza. La cara estaba totalmente desfigurada, como en un rictus de terror, mostrando una dentadura astillada y ensangrentada de la que brotaba sangre y saliva espesa por las comisuras de los labios. Pero lo más terrorífico eran sus ojos. Aquellos ojos rojos, intensos y profundos. Como si te contemplaran desde el más allá.

Pero lo que hizo que el padre Doménico perdiera los nervios, hasta el punto de orinarse

encima fue lo que el joven hizo a continuación. Hizo lo que nadie se esperaba nunca que pudiera hacer un rostro como aquel. Reír. Rio de una forma chillona, continua y penetrante que puso la piel de gallina a los que estaban presentes. Al oírlo, una de las mujeres del fondo, la más joven, se puso a llorar. El resto de las mujeres la rodearon para consolarla. Debía de ser la madre. Esa mujer solo sufría y nunca sería capaz de comprender en qué se había convertido su hijo. De hecho, nadie lo comprendió hasta que fue demasiado tarde.



## IV

La Laguna, España  
30 de mayo de 2012

Era el Día de Canarias. Las calles de todas las islas se cubrían con carteles propagandísticos del gobierno local, vanagloriándose por ser canarios y hacer frente al trato colonial ofrecido por el resto del territorio nacional. La situación en la isla de Tenerife era más exagerada aún si cabía, ya que los nacionalistas poseían una amplia mayoría tanto en el Cabildo como en los principales Ayuntamientos.

Álex se revolvió con tanta publicidad chovinista. A pesar de la convulsa situación a nivel mundial, los actos para el Día de Canarias permanecían inalterables. En los dos aeropuertos de la isla, era una escena común ver a la multitud ajetreada de un lado a otro con mascarillas blancas cubriéndoles el rostro. Aún ninguna fuente oficial se había manifestado con claridad sobre esta nueva «gripe» a nivel mundial, pero por Internet circulaban rumores de que la gripe A había mutado al combinarse en Asia con la gripe aviar y los resultados serían nefastos. China había cerrado sus fronteras y la única información que se conocía de la situación en el país era a través de Internet. La información subjetiva, confusa y fragmentada no hacía sino añadir más incertidumbre al problema.

Al pasar por la Plaza del Cristo, se sorprendió al ver a una gran multitud agolpada en la Iglesia del Santísimo Cristo de La Laguna. El edificio de la iglesia era pequeño y databa del siglo XVII, junto con el resto del complejo era un antiguo monasterio franciscano. La gente se agolpaba en el umbral de la puerta. Los que no cabían en el interior, se habían repartido por la pequeña plazoleta de la fachada principal, bajo el arco cubierto por una frondosa enredadera que se abría a la plaza. Era difícil decir cuántas personas se habían congregado allí para la misa de las doce, pero fácilmente podría haber mil personas. *El párroco debe estar dando saltos de alegría* —pensó Álex—. No lo conocía personalmente, pero lo veía al pasear por la ciudad. Era un cura viejo y gordo, de los de la antigua escuela. Esa iglesia tan solo se llenaba así durante las fiestas del Cristo, las fiestas más importantes en la ciudad de la Laguna.

Indudablemente la gente estaba asustada y recurría a antiguas creencias, a mitos enaltecidos en busca de seguridad ante esta situación de incertidumbre. Desde que le habían dado publicidad a la noticia de los tres poseídos de Senegal, la gente se había vuelto más supersticiosa. Los medios habían exagerado la noticia y habían bombardeado a la población, desmenuzando cada *frame* del vídeo durante días. Álex no se lo terminaba de creer, pero por lo que parecía, en Senegal se habían declarado tres casos «reales». de posesión demoníaca. Lo ratificaba un experto en este tipo de casos enviado por el Vaticano. Los afectados habían pasado a disposición de las autoridades y por lo que se veía en el vídeo, no paraban de gritar y reír como locos. Y entre risotada y chillido vociferaban en una lengua desconocida. El experto del Vaticano, un joven cura italiano de cabeza rapada, aseguraba que el lenguaje era arameo antiguo y no dejaba de anotar lo que tomaba por profecías satánicas.

El caso había calado hondo en la opinión pública y varias ONG internacionales temían por el trato que se les estaba dando a los tres «demonios de Senegal», como los había bautizado la prensa. Hasta el Papa Francis Arinze, o como se había rebautizado, Pío XIII, había hecho unas declaraciones y se disponía a visitarlos en un viaje de última hora al continente africano, del cual era originario.

Pío XIII había causado una controversia cuando fue elegido Papa a principios de año. La repentina muerte, aún sin aclarar de Benedicto XVI y la rápida elección del africano como sucesor de San Pedro en la Tierra, habían desenterrado toda clase de profecías y supercherías acerca del «Papa negro». Nostradamus había profetizado que el último Papa de la Iglesia Católica sería un Papa de raza negra. Otro tipo de profecías cuyo origen era más confuso, vaticinaban que tras Juan Pablo II, tan solo habrían dos Papas

más antes del fin del mundo. Las teorías catastrofistas iban ganando adeptos en contra de la razón y el sentido común.

Así que, entre la crisis económica que nunca llegaba a remontar, la pandemia y los casos de posesión, la idea del fin del mundo vaticinada por los Aztecas para ese mismo año se iba asentando en el inconsciente colectivo. Hubo gente incluso que se había tomado el año sabático. Los que no pudieron habían optado simplemente por dejar de acudir a sus trabajos. Muchos de los comercios permanecían cerrados. Si la pandemia no acababa con la humanidad lo haría la quiebra económica derivada de este estado de alerta y superstición.

Pero pese a todo esto, *Los Sabandehños* actuarían igualmente ante su público, tal y como estaba establecido en el programa del Día de Canarias y nada podría cambiar eso. Ese multitudinario grupo folclórico local se iba renovando como el mito del *Hombre Enmascarado*. Cuando uno moría o abandonaba el grupo, surgía otro que heredaba su manta esperancera<sup>[9]</sup> con la que iban ataviados en sus conciertos. De esta manera, por más de cuarenta años, mantenían su número de manera constante.

A Álex no le gustaba el folclore. Él prefería algo más duro y profundo. Muchos pensaban que el *heavy metal* había muerto con los ochenta. Pero se equivocaban. Álex pensaba que simplemente había evolucionado. El *heavy* no es el tipo de música comercial que se impone entre los jóvenes, rítmica y superficial. Era la música clásica de nuestra era. Y la música clásica era prehistoria.

Se colocó los auriculares de su *iPod* en las orejas y continuó avanzando hasta su casa, al otro lado de la plaza. Los locales de debajo de su casa permanecían cerrados, así que tampoco hoy pudo comprar pan fresco.

Vivía solo en un pequeño piso de estudiantes sin ascensor. Al llegar a la puerta, casi no tenía aliento. Se detuvo un momento en el rellano para recuperarse mientras tanteaba en el llavero en busca de la llave correspondiente a su puerta. Cuando la encontró, la introdujo ruidosamente en la ranura y girándola con fuerza dos veces abrió la puerta.

Su piso estaba poco decorado, un par de pósteres en la pared, los muebles básicos de formica con los que están amueblados todos los pisos de estudiantes en alquiler y alguna que otra figurita de porcelana que la casera había dejado dispersas entre las estanterías y por encima de las repisas en un intento de «vestir un poco más la casa».

Álex había reunido todas esas figuras —antes denominadas del «todo a cien», ahora simplemente del «chino»— y las había colocado juntas en una misma vitrina, con lo que el efecto al verlas era mucho mayor. Era lo que denominaba su *museo del kitsch*.

La sensación horrorizante de la exhibición de figuritas horteras se veía suavizado por el desorden y suciedad reinante en el resto de la casa. Montañas de ropa sucia por aquí y por allá, una pequeña mesa con platos llenos de restos de comida reseca, latas de cerveza vacías y un sinfín de objetos, cada cual más inútil e inservible, se amontonaban por cada rincón, estantería y cajón de la vivienda.

Abrió la nevera y lo único que vio fue una botella de refresco casi vacía, una tarrina de paté, en la que el moho blanco cubría todo el cristal y una media cebolla arrugada cuya otra mitad tuvo la suerte de formar parte de alguna fritura, mientras esta languidecía en la rejilla del primer estante. El resto estaba vacío. Sucio y vacío.

Rebuscó en sus bolsillos hasta reunir unos diez euros con un billete de cinco arrugado y calderilla de diferente tamaño y decidió pedir una pizza. Mientras las principales empresas obligaran a sus empleados a continuar trabajando, aún habría esperanza. Llamó por teléfono desde su móvil y encargó una *pizza Teide* —con mozzarella, jamón, piña y plátano—. Era su manera particular de celebrar el Día de Canarias.

*Ulán Bator, Mongolia*

El hotel *Sunjin* estaba situado cerca de la Universidad Internacional de Mongolia. La habitación estaba limpia y eran grande, aunque dos grandes camas de colchas blancas ocupaban casi todo el espacio disponible. El edificio del hotel era el más elevado de la

zona y desde sus ventanas se divisaba una panorámica de casas de madera con cercado y calles sin asfaltar enfangadas y llenas de charcos. Al fondo, a lo lejos, el centro de la ciudad con altos edificios contrastaba con la visión que ofrecía esta zona periférica.

Ricardo paseaba nerviosamente de un lado al otro de la habitación. Ya el dinero que había perdido en este viaje y la imposibilidad de continuar hacia China le habían dejado de preocupar. Su máxima preocupación ahora era abandonar la ciudad y regresar a España.

Tras el cierre de fronteras chino se había creado un estado de alarma mundial. La bolsa había caído en picado y muchas multinacionales de transportes habían quebrado en pocos días. Siguiendo las medidas de aislamiento y cuarentena llevadas a cabo por la República Popular China, el resto de países había situado rigurosos controles de tránsito en sus fronteras. Sea como fuere, estaba atrapado en Mongolia. No había conseguido contactar con la embajada, ya que la embajada española más cercana era la de Pekín.

El *Chinggis Khaan International Airport*, situado a 18 kilómetros al sudoeste de la ciudad, estaba colapsado por la gran cantidad de personas que intentaban salir del país. Se había hecho necesario que una unidad del ejército regular se desplazara hasta allí para controlar el acceso. Se habían producido cientos de altercados y había decenas de detenidos. Por lo que le habían comunicado en el aeropuerto, ni hoy ni mañana había programado ningún vuelo de regreso a Europa y le recomendaron que permaneciera en el hotel hasta que hubiera algún enlace disponible para regresar.

Se arrepentía de no haberse quedado en el ferrocarril *Transmongoliano* de vuelta. En un principio, había pensado avanzar por su cuenta para intentar alcanzar la frontera China. Habría sido una locura. La situación era más grave de lo que imaginó en un principio y ahora estaba atrapado en ese país. Para colmo de males también estaba incomunicado, ya que no tenía ni cobertura, ni Internet. Las últimas noticias que recibió desde su portátil eran sobrecogedoras. En España, el rey había hecho un comunicado oficial llamando a la calma. La situación se descontrolaba y los altercados —no especificaba a qué tipo de altercados se refería— eran generalizados.

En Estados Unidos la situación no era muy diferente. El espacio aéreo del país no había sido cerrado desde los atentados del once de septiembre de dos mil uno. En un discurso vacío dirigido a su nación, el Presidente Barack Obama recomendaba a sus ciudadanos que permanecieran en calma en sus casas hasta que se estabilizara la situación. Es extraño ver a un presidente norteamericano recomendando ante una crisis algo diferente a «salir de compras». Ese fue el único consejo que dio George Bush Jr. ante el caos desatado hace once años en el atentado del *World Trade Center* en Nueva York.

El presidente español Mariano Rajoy también hizo un comunicado, el suyo mucho menos destacable.

Abajo, en la calle próxima a la ventana de su habitación, se produjo repentinamente una algarabía de gente. Sin apartar la cortina de la ventana, se asomó por un resquicio para observar la calle.

Se había reunido allí un grupo de personas armadas con palos, junto a la valla de madera de la casa de enfrente. Todos rodeaban a otro individuo, al que sujetaban con fuerza. De pronto, comenzaron a golpearlo con los palos de forma brutal. Ricardo quedó sobrecogido por la escena, descolgó el servicio de habitaciones para pedir ayuda, pero debido a los nervios, apenas se hizo entender por el encargado del servicio de habitaciones. Desesperado, volvió a la ventana. El cuerpo inmóvil de aquel hombre yacía ahora boca abajo en un charco de barro. Sus asesinos continuaban formando un círculo en torno a su cuerpo. Observándolo. Parecía como si esperasen algo. Al fondo de la calle, unos estridentes chillidos, como los producidos por una

bandada de pájaros llamaron la atención del grupo. Desde la ventana Ricardo no podía ver de qué se trataba, pero a juzgar por la reacción del grupo de hombres de la calle, debía de ser algo escalofriante. Solo dos de ellos alzaron sus palos en posición defensiva, el resto salió corriendo por la calle en dirección contraria. Los dos que se quedaron pronto fueron arrollados por una multitud enfervorecida, sucia y andrajosa. De esta multitud en estampida, muchos pasaron de largo persiguiendo a los que habían huido. Otros, un buen número de ellos, rodeó a los dos pobres desgraciados que se habían quedado, golpeándolos, pateándolos e incluso mordidiéndolos, hasta convertirlos en guiñapos inmóviles. Pero lo que verdaderamente le congeló la sangre en las venas a Ricardo fue observar que el cuerpo de la primera víctima había desaparecido. Es más, habría jurado que el tipo se había incorporado y era uno de los que ahora se hallaban golpeando frenéticamente a los dos hombres moribundos de la calle. ¿Qué demonios estaba pasando?

*Madrid, España*

A trescientos metros de altura, el estadio Santiago Bernabéu era como un enorme estanque de luz verde. Eva terminaba de ajustar su equipo realizando un balance de blancos en su cámara. Estaban a escasos treinta minutos del inicio del *Ángelus Estival* que iba a officiar en directo el Arzobispo Rouco-Varela desde un altar improvisado y ella sería una de las operadoras de cámara en la retransmisión en directo de este evento tan poco usual. Normalmente no cubría este tipo de eventos, pero debido al estado de alerta generalizado —muchos faltaban incluso al trabajo, asustados por la desconcertante situación— y el hecho de operar desde el zepelín de *Goodyear* a trescientos metros de altura, se habían reducido los candidatos para el puesto a una sola opción en la productora: ella.

Siempre había sido una chica valiente y realmente estaba entusiasmada por estar a bordo. La estrecha canasta del dirigible, cubierta por un mamparo de plexiglás, tenía capacidad para el piloto y tres pasajeros. Pero en aquella ocasión tan solo iban el piloto de la aeronave —un rudo australiano llamado Mark— y ella, con su equipo de filmación. El dirigible disponía además de una cámara exterior alojada en un giroscopio que filmaba una panorámica cenital del estadio.

*Goodyear* solo había desplegado dos de estos dirigibles *A60 plus* en una gira por Europa y tras el accidente en un aeródromo de Alemania del *Spirit of Safety I* en el que pereció su piloto, el *Spirit of Safety II* había permanecido hasta ahora en tierra en un aeródromo de Castellón. Fue tan solo hace unos meses cuando decidieron proseguir con la gira y se involucraron en la retransmisión de este evento. Justo hoy se cumplía un año de aquel fatal accidente.

Alrededor del estadio, un cordón de parpadeantes destellos de color azul tungsteno indicaba el lugar dónde se había colocado el cordón de seguridad de la policía nacional. En el último mes la violencia se había disparado a tasas nunca antes alcanzadas. Con los mensajes apocalípticos que se transmitían por los medios, la gente parecía haber enloquecido. Esta misma mañana había cubierto un reportaje en el barrio de Lavapiés, en el que una anciana, —*juna anciana!*— había echado abajo la puerta de unos vecinos provocando una matanza. Había tres muertos, uno de ellos un menor. La anciana acabó arrojándose por una ventana. No se sabe lo que ocurrió, los vecinos no se lo explican. Hasta el momento, la anciana había sido una señora afable y tranquila. Los vecinos solo oyeron el tumulto, pero no son capaces de aportar ningún dato que pueda explicar las causas de aquella tragedia.

Eso había ocurrido esta mañana, pero escenas como aquella se habían repetido cada día durante los últimos dos meses. Por primera vez no se le había puesto nombre a esta nueva situación y eso creaba desconcierto. Siempre que la sociedad se enfrenta a una nueva amenaza, ponerle nombre ayudaba a cuantificar la gravedad de la misma. En los ochenta fue el sida, luego la crisis de las vacas locas, la gripe aviar, el timo de la

gripe A, la crisis económica «mundial»... Los periodistas cumplían una función vital a la hora de catalogar y acotar esas tragedias. Cuando no eran los periodistas, era la comunidad científica la que ponía nombre a las amenazas, le ponía nombre a los huracanes, cuantificaba la potencia de los terremotos y hasta los meteoros en posible ruta de colisión con nuestro planeta tenían nombre. Siempre creímos que el fin de la Humanidad vendría provocado por algo a lo que le hubiéramos puesto nombre. Algunos pobres ignorantes pensaban incluso que la Humanidad nunca se extinguiría.

Sin embargo aquí estábamos, afrontando una enfermedad fantasma que según fuentes oficiales era solo un rumor, ya que nadie se ponía de acuerdo ni con los síntomas, ni había logrado aislar ningún agente que lo provocara. Los casos de «posesiones» se habían multiplicado. Primero por mil, luego por millones. Al igual que los avistamientos de ovnis, estos sucesos se ponían de moda y la autosugestión jugaba un papel fundamental en este tipo de crisis. Pero más de la mitad de la población, al menos en occidente, había padecido en los últimos meses algún tipo de trastorno que la opinión pública no tardaba en relacionar con este tipo de fenómenos.

La fe era el último recurso, incluso para los no creyentes. En lo que iba de año, el aumento progresivo de fieles en los oficios religiosos había provocado que se ofrecieran estos servicios en parques y plazas. Incluso algunos, en estadios deportivos como en este caso.

El estado generalizado de alarma y la demanda creciente de oficios religiosos para purgar el alma de pecados habían desembocado en que se instalara un escenario provisional sobre el césped del estadio de fútbol más importante de España. Los palcos estaban a rebosar y la gente, agolpada en las distintas entradas, hacía cola mientras los agentes de policía los conducían hacia sus asientos. El servicio religioso sería retransmitido en directo a todo el territorio nacional por las diferentes cadenas locales y al resto del mundo a través del canal internacional.

Al acto asistían el rey, diferentes personalidades del ejército del aire, mar y tierra, y cómo no, el presidente Rajoy. Ahora mismo no había un lugar más seguro en el mundo que ese estadio.

A Eva nunca le había gustado el fútbol y siempre pensó que el espacio que ocupaban en las ciudades los estadios podía reutilizarse de una manera más prolífica. Pero el uso que ahora mismo tenía el emblemático estadio nunca se le hubiera pasado por la cabeza. Realmente era una escena digna del Apocalipsis. Lo peor era que nadie sabía lo que estaba ocurriendo. Nadie podía dar una explicación lógica de los acontecimientos que estaban sucediendo a diario. Por eso, todos tiraron por la fe. Se agarraban como a un clavo ardiente, sin importarles si se abrasaban al alcanzarlo. Rezaban, se arrepentían y pedían perdón. Pedían perdón sin saber siquiera lo que habían hecho.

El Arzobispo apareció en el escenario, justo detrás de un enorme altar. Las más de ochenta y cinco mil personas que atestaban las gradas del estadio se pusieron en pie casi al unísono. Así dio comienzo el mayor acto religioso que ha tenido lugar en España desde la visita del desaparecido Benedicto XVI.

\* \* \*

La larga fila de monjas y sacerdotes que habían sido seleccionados para recibir la eucaristía en el acto, se terminaba y cada uno volvía a sus respectivos asientos. El servicio religioso había durado algo más de lo establecido, pero estaba a unos cinco minutos de concluirse. Eva se dio cuenta de que algo no iba bien. Contemplando el estadio desde la altura a bordo del *Spirit of Safety II*, veía a la muchedumbre como un manto vivo, que se movía como los bancos de peces lo hacían en el mar y oscilaban como una marabunta de hormigas. En una zona sobre la grada se produjo un altercado. Desde arriba se observaba como una onda expansiva sobre la arena. Cientos de personas moviéndose a la vez para alejarse de un punto concreto. Enfocó

con su cámara hacia esa zona, intentando ampliar la imagen al máximo con el *zoom*. Pero a esa altura y con la lente que estaba usando no consiguió ver mucho más. Era como una pelea en una manifestación. A esa distancia no podía distinguir cuántas personas estaban involucradas o cuál era la causa del movimiento repentino. Desde una de las bandas del estadio, una fila de policías de negro subió corriendo a poner orden.

De repente surgió otro altercado, esta vez sobre las sillas plegables que habían colocado para personalidades importantes sobre el césped delante del altar. En otra de las gradas superiores ocurrió lo mismo. Y otro más. Poco a poco, los incidentes fueron repitiéndose hasta que se desató el caos. El estadio entero era un hervidero de gente frenética. Muchos se arrojaban desde los palcos superiores, trepando por las vayas de protección para caer sobre las gradas de abajo atestadas de gente. Eva intentó contactar con su productor y observó que Mark hacía lo mismo con su coordinador de vuelo.

—¡Javi! ¡Javi! ¿me copias? —gritó Eva por el micrófono del auricular que llevaba puesto.

—Lo veo *rubia* —así es como la llamaban en el equipo— nosotros aquí también lo estamos «flipando».

—¿Pero qué vais a hacer? Tenéis que salir de ahí ahora mismo.

—¡Negativo! —repuso Javi, el productor— la unidad móvil está encajada. Los furgones de la poli nos bloquean el paso.

—¿Estáis locos? La situación es alarmante ¿veis las imágenes que os estoy enviando?

—Eva enfocó una panorámica del dantesco espectáculo que ofrecía el estadio.

Desde la unidad móvil, Javi y el resto del equipo contemplaron asustados lo que ocurría a escasos cien metros de ellos. Se comenzaron a oír disparos.

—¡Hemos perdido la cámara tres! —gritó un operador. Todos miraron al monitor de la cámara tres y solo conseguían ver una nube de estática.

—¡Cámara tres! Cámara tres ¿me copias? —intentó comunicarse Javi— ¿Jorge estás bien? ¿Qué ha pasado con esa cámara?

Al otro lado del micro solo se oía el murmullo ensordecedor de la multitud, los gritos, y algún disparo de vez en cuando.

—También hemos perdido la dos y la cuatro —comentó el operador de VTR. Todos miraron a los monitores dos y cuatro para comprobar que también habían perdido la señal. Al instante, otro monitor perdió la señal y luego otro, hasta que la única cámara operativa que tenían en la móvil era la de Eva desde el zepelín *Goodyear*.

Con un enorme estruendo, que sobresaltó a todos los técnicos que se hallaban en la unidad, lo que parecían cientos de manos comenzaron a golpear el exterior del vehículo, zarandeándolo de un lado a otro como si fuera un barco. La pequeña puerta lateral de la unidad móvil se abrió de golpe y una multitud entró por ella.

Todo lo que escuchaba Eva por su auricular eran los gritos de sus compañeros, junto a una multitud de risas chillonas. Se asemejaban al agudo graznido de las aves de carroña. Sintió como si un puño helado le apretara el estómago hasta aplastárselo. Estaba tan conmocionada que era incapaz de llorar. Cruzó la mirada con Mark y le bastó para saber que su equipo de tierra había corrido una suerte parecida. El silencio y la tranquilidad a bordo del zepelín contrastaba con el infierno que se había declarado trescientos metros más abajo.

### *Muqur, Afganistán*

Por un momento, la sala de ocio de la base de operaciones que el ejército de tierra español compartía con los marines estadounidenses quedó sumida en el más absoluto silencio. De fondo, el sonido de una bandeja de metal al estrellarse contra el suelo, sacó a la sargento Irina Rozas de su estado de estupefacción. Todos los componentes de la misión humanitaria en Afganistán —menos a los que les había tocado guardia—



estaban en aquella sala frente al televisor. La tele había perdido la señal y ahora mismo todos contemplaban una pantalla azul en la que había un cartel que decía:

## «Señal codificada o de poca calidad».

Hacía un momento, por este mismo monitor, todos ellos habían sido testigos de una catástrofe inesperada. Habían visto como su actual modelo de vida se desmoronaba. Lo que había ocurrido en el estadio Santiago Bernabéu no tenía precedentes en la Historia. Lo que había ocurrido, nadie era capaz de explicarlo aún pero sus consecuencias se podían llegar a adivinar.

España declararían el Estado de Excepción ante el caos desatado y la ausencia de gobierno. El ejército tomaría las riendas del país. Todas las tropas serían retiradas de las misiones que estuvieran cumpliendo en otros países y regresarían a España. Esa era la única parte buena, regresaría a España muy pronto. La mala era que no estaba segura de querer volver en este momento.

Comenzaban a oírse los murmullos entre los distintos grupos de soldados de la sala cuando se abrió la puerta. El capitán Cevallos entró con rostro adusto. Cevallos era un joven capitán cordobés con un marcado acento de su tierra natal. Tras el accidente sufrido por el teniente Yáñez en las maniobras, era Cevallos el que trataba directamente los asuntos de la tropa.

No hizo falta que dijera nada para que todos los soldados de la sala se volvieran hacia él. Guardaban un silencio sepulcral, expectantes a lo que el joven capitán venía a comunicarles. Todos adivinaron lo que sería, pero ninguno se atrevía a decirlo en voz alta. Cevallos tragó saliva para aclararse la garganta y, con voz temblorosa pero firme, comenzó a hablar.

—Hemos recibido un mensaje de prioridad alfa desde el Alto Mando del ejército. El mismo comunicado ha sido enviado a las diferentes tropas desplegadas por nuestro país en el mundo —todos los hombres lo miraban con una mezcla de expectación y asombro—. España se encuentra en estado de alerta, ya sabéis lo que eso significa. Se nos ha ordenado volver a nuestras respectivas bases con efecto inmediato. Se ha llamado a la reincorporación a todos los reservistas. El ejército tomará las riendas del país hasta que el orden democrático sea restablecido —hizo una pausa para observar la reacción de sus hombres antes de proseguir.

—¡Así que moveos! Partiremos al amanecer.

### *La Laguna, España*

Se oían gritos por las calles, pero desde la ventana de su apartamento, Alex no veía a nadie abajo. Él no estaba viendo la tele en ese momento. Jugaba al *World of Warcraft online* cuando ocurrió todo. A través del chat del propio juego supo, por los comentarios, que algo gordo estaba ocurriendo. Las redes sociales eran un hervidero de rumores y alarmas. Algo había ocurrido con la misa multitudinaria que iban a dar en directo por todas las cadenas nacionales. Encendió la tele, pero lo único que había en la primera cadena era programación enlatada. Hizo *zapping* para ver si alguna cadena estaba emitiendo un informativo de última hora con lo ocurrido. En Antena 3, Matías Prats estaba informando sobre lo que había ocurrido en el Santiago Bernabéu en Madrid. La situación le recordaba a Álex al tipo de informativos que habían emitido hace once años, cuando los atentados de las *Torres Gemelas*, o los de Atocha en Madrid. Solo que esta vez tenía peor pinta, si cabía. La situación era descontrolada. Aún no se sabía qué era lo que había ocurrido pero gran parte de la familia real, el presidente y muchos de los ministros, junto con autoridades del ejército se hallaban en paradero desconocido dentro del caos que se había desatado. Las únicas imágenes de las que disponía el noticiero, que las repetía una y otra vez, eran una panorámica aérea del estadio a bastante altura. En ella se veía como el manto humano que plagaba las gradas y el césped del recinto parecía enloquecer al unísono y se desataba el caos. Aún no se manejaban cifras concretas, pero había comentaristas que hablaban de las

diez mil víctimas mortales. El ejército había asumido el control, y no faltaban comentarios en *blogs* de Internet que atribuían el incidente a un enmascarado golpe de estado perpetrado por los militares. La historia de este país estaba plagada de golpes de estado, o al menos de intentos.

Abajo, grupos de personas poco numerosos corrían de un lado para otro en su calle profiriendo siniestras risotadas que le helaban la sangre —*Gamberros* pensó— *se ha declarado un estado de emergencia y lo único que se les ocurre a estos gilipollas es salir a la calle a hacer el ganso*. Procurando no ser visto se asomó por el resquicio de la contraventana del salón. Sombras corrían y chillaban frenéticas de un lado a otro. Habían roto las farolas cercanas y la calle estaba en penumbra, pero pudo discernir entre la oscuridad a un grupo de sombras blancas. *Qué llevaban esas figuras puesto ¿mantas esperanceras?*

No podía creer lo que estaba viendo. Un grupo de unos cincuenta individuos, con capas blancas corriendo calle abajo. De pronto, repararon en un incauto vecino del edificio de enfrente, que pese al estado de alerta, había decidido que era el momento oportuno para salir a tirar la basura. Álex contuvo un grito de horror cuando observó cómo el grupo se abalanzaba sobre el distraído vecino. Se echaron encima mientras la pobre víctima se revolvía, pero sus gritos de angustia fueron ahogados por las agudas risotadas de la tétrica horda de asaltantes. Al quedar algunos de ellos iluminados bajo el haz de luz de la farola de enfrente, pudo ver que muchos de esos siniestros atacantes de capa blanca eran ancianos. Por un momento, incluso creyó reconocer a alguno de ellos como uno de los integrantes del grupo *Los Sabandehños*. Pero ¿qué es lo que le había ocurrido a esa gente para acabar convertidos en una horda de vampiros? Estaban eufóricos, frenéticos y reían locamente.

Sea lo que fuera que había ocurrido en Madrid, también estaba ocurriendo aquí. Por todas partes, en todos los lugares. Mientras echaba el fechillo a la puerta, descolgó el teléfono para llamar a la policía. El grupo de *Sabandehños* de abajo ya se había marchado, dejando tras de sí el guiñapo sanguinolento en el que quedó convertido su vecino. La línea telefónica estaba saturada, como ocurría todos los fines de año, solo que esta vez no se trataba del volumen de personas que se felicitaban el año nuevo. Desistió de intentar llamar a la policía y se puso a marcar el número de sus padres. Ahora caía en la cuenta de que hacía mucho de que no hablaba con ellos. Pero la línea continuaba saturada.

*Madrid, España*

Mark hizo virar al zepelín poniendo rumbo al aeródromo de La Mancha, cerca del aeropuerto de *Barajas*, en donde se encontraba su base en tierra. Estaba muy nervioso y, saltándose todo el protocolo de seguridad, encendió un cigarrillo mientras pilotaba.

La cabina pronto se inundó con el pegajoso aroma del tabaco rubio. A Eva ese olor le provocaba náuseas, pero no se sentía siquiera con ánimo de protestar. Ambos permanecían en silencio, sumidos en sus pensamientos, rodeados por el constante murmullo de los motores de impulso.

Se habían alejado un poco del estadio, pero seguían teniendo una excelente panorámica de la zona. Vehículos militares de la base de Getafe, a catorce kilómetros al sur, comenzaban a llegar a la zona y ocupaban posiciones. Pronto establecieron un perímetro de calles cortadas que aislaban la zona de la catástrofe. No dudaban en abrir fuego contra turbas histéricas que se abalanzaban sobre los controles militares.

Aunque Eva se había quitado los auriculares de la cabeza, pudo escuchar como crepitanaban, para después oír una voz que se dirigía a ellos.

—Aquí el mando operativo de las Fuerzas Especiales del ejército de tierra, nos dirigimos a la tripulación del zepelín *Goodyear* que sobrevuela la zona, ¿Me reciben?  
—el mensaje volvía a repetirse una y otra vez, como si de una grabación se tratara.

Mark alzó la mirada con gesto sorprendido al escuchar los auriculares. Desde donde él estaba no podía oír el mensaje, pero le sorprendió que alguien contactara por esa frecuencia en lugar de la que comúnmente usaba su operador europeo, *The Lightship Europe*, para coordinar las operaciones de amarre.

Eva se colocó los auriculares y respondió.

—¡Le recibimos! Nos estamos dirigiendo al aeródromo de La Mancha, hemos perdido contacto con nuestro equipo de tierra.

—Bien *Goodyear*. Aquí el mando operativo de las Fuerzas Especiales. A partir de este momento nos hacemos cargo de la situación. ¿Tiene su aeronave autonomía para sobrevolar la zona durante un par de horas más? —Eva miró a Mark. El australiano, aunque hablaba español a la perfección, no podía oír la conversación.

—¡Mark! —gritó Eva— ¿Cuánta autonomía de vuelo nos queda?

—¡Mucha! —respondió Mark— ¿por qué?

—¿Cuánto es mucha para ti? ¿dos horas? —insistió Eva.

—Más de veinticuatro horas —respondió finalmente. Eva se acercó el micro de los auriculares a los labios para hablar con el tipo de las Fuerzas Especiales.

—¿Sí? ¿me oye? —gritó— tenemos autonomía.

—Bien —respondió el mando de tierra—. Aún no podemos garantizarle una zona segura de aterrizaje. Pero necesitamos que continúe sobrevolando la zona hasta que dispongamos de apoyo aéreo en la zona. Ustedes son los únicos ojos que tenemos por el momento. Los necesitamos ahí arriba.

Eva miró a Mark. Mark le devolvió la mirada. Pero en ese mismo instante, Eva supo que algo no iba bien. Por su expresión, el australiano no parecía el mismo que hace un momento. Respiraba ruidosamente y sus ojos estaban nublados. Mark se había ido, pero en ese momento Eva no supo que era lo que estaba ocurriendo.

## V

*Herāt, Afganistán  
1 de junio de 2012*

A penas había despuntado el día sobre el desierto. El convoy militar de soldados españoles que se dirigía al Aeródromo de Herāt, escoltado por soldados estadounidenses, había sido atacado por los Talibanes. De los cincuenta vehículos que componían el convoy tan solo una docena permanecían operativos. Pero eran incapaces de moverse, al estar atrapados entre los restos desguazados de los demás. El repliegue inmediato ordenado por el Alto Mando del ejército español era sumamente complicado. España había desplegado alrededor de mil quinientos soldados en Afganistán y no poseía capacidad física para transportarlos a todos en un corto período de tiempo. Por eso los habían dividido en diez compañías de ciento cincuenta soldados cada una y los habían distribuido entre los aeropuertos disponibles más cercanos. A la compañía de la sargento Irina Rozas le había tocado el de Herāt.

Casi todos los soldados estadounidenses que escoltaban el repliegue hasta el aeródromo habían muerto. Y el resto no tardaría en hacerlo, al estar atrapados en sus vehículos mientras los Talibanes que los rodeaban seguían disparándoles desde varias posiciones.

—¡Vamos a morir si no salimos! —gritó Ira hacia el teniente al mando, escupiendo cada palabra. No pudo contener la rabia en sus palabras, pero por algo la llamaban «sargento Ira».

—Moriremos si salimos —respondió el teniente— vuelva a su puesto —le ordenó.

Las balas golpeaban y rebotaban sobre el blindado en donde se encontraban. Alguna, de vez en cuando, entraba por alguna parte vulnerable e impactaba en uno de sus compañeros, hiriéndolo. El vehículo RG31 situado detrás del que se encontraba Ira explotó de repente, convirtiéndose en una enorme bola de fuego naranja que se elevaba en el cielo sobre una columna de humo negro.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó su teniente conmocionado.

Si los Talibanes disponían de lanzacohetes o explosivos estaban perdidos. Unos minutos de fuego sostenido después explotó otro vehículo del convoy, esta vez delante de ellos. Al verse rodeado, el teniente tomó una decisión.

—Sargento Rozas —gritó en medio del estruendo— dirija a la compañía a aquella zona en busca de cobertura. Cuando haya asegurado la zona abra un canal y nos replegaremos hacia esa zona.

—A la orden teniente —respondió Irina. No era precisamente lo que ella hubiera propuesto, pero al menos era mejor que esperar a ser fusilados en el interior del blindado.

Salieron del vehículo por la puerta trasera derecha. Irina colocó a uno de sus hombres cubriendo la puerta abierta mientras que lideraba a un grupo de otros tres hombres para intentar alcanzar la cobertura que ofrecía un edificio de ladrillos rojizos al otro lado de la carretera.

—A la de tres —dijo. Y tras contar mentalmente, ella y sus hombres salieron corriendo. Las balas zumbaban a su alrededor. El estruendo era tal, que tan solo el ruido del combate bastaba para aturdir a una persona normal. Sintió como uno de sus hombres se detuvo bruscamente. Supuso que lo habían herido. Volver a por él sería un suicidio. Primero debía alcanzar una posición donde cubrirse y poder observar la situación antes de poder hacer nada por su hombre.

No había alcanzado la puerta del edificio de ladrillos rojizos cuando sintió un fuerte golpe en la cabeza, que la empujó con fuerza hacia la pared. Se sentía aturdida y cayó al suelo, pero su instinto de supervivencia reaccionó ante la situación y la impulsó a colarse por la puerta, arrastrándose frenéticamente en medio de la nube de polvo del desierto que se había levantado a su alrededor.

Una vez dentro, en la penumbra fresca y protectora del interior del edificio, apoyó la espalda en la pared y tomó aliento. Sentía un dolor punzante en la cabeza y algo caliente y viscoso se deslizaba por su sien en dirección a la mejilla. ¿Sangre? Su corazón le dio un vuelco en el pecho. ¡La habían herido! Con gesto nervioso, se desenganchó las correas del casco y se lo quitó. Lo examinó y efectivamente el casco tenía un impacto de bala. No había conseguido perforar el *kevlar*, pero sí tenía una abolladura profunda. Se tocó el cráneo y comprobó que tenía una brecha en la cabeza, pero dudaba que hubiera fractura. Tras comprobarlo volvió a recordar a su hombre caído y la apurada situación del convoy. Una nueva explosión la obligó a tirarse al suelo en el interior del edificio para protegerse. Esta vez tenía los tímpanos perforados y apenas oía nada por encima del profundo zumbido que le taladraba la cabeza. Intentó reincorporarse para ver la situación de fuera, pero trastabilló al intentar ponerse en pie. Se arrastró hasta la pared y apoyándose en la culata de su G36, se levantó costosamente. Justo cuando iba a asomar la cabeza por el marco de la puerta, un soldado estadounidense entró gritando seguido de una lluvia de proyectiles. Sus cuerpos chocaron y él la empujó hacia adentro, cubriéndola con su cuerpo. El soldado americano estaba herido, pero eso no afectaba a su movilidad y determinación. Echó un rápido vistazo por la puerta por donde había entrado y tras comprobar la situación, agarró a Ira por el hombro y la ayudó a incorporarse de nuevo, para seguir avanzando. Avanzaban sin intercambiar ni una sola frase. No hacía falta hablar para comprender la comprometida situación del convoy y la de ellos mismos. No sabía si había más supervivientes pero de haberlos, estarían en la misma situación que ellos. Perdidos en zona de combate.

*Madrid, España*

Comenzaba a amanecer mientras el zepelín flotaba a la deriva, únicamente empujado por el viento. Los motores estaban apagados y a medida que iba perdiendo helio iba descendiendo un poco más. Esto ocurría muy lentamente. Eva despertó súbitamente. Se había atrevido a dar una cabezada porque no podía aguantar más. Miro su reloj de pulsera y calculó que no habría dormido más de dos horas. Esa noche había sido una pesadilla. Una pesadilla de la que aún no se había despertado. Le costaba hacer memoria de lo que había ocurrido. Primero, la debacle del estadio, luego, cuando por fin contactaron por radio con las fuerzas especiales de seguridad, ocurrió lo de Mark. Había conocido al australiano la mañana del día anterior y le había caído bien. Era un tipo alto y rubio, con un grueso mostacho y una enorme panza cervecera. En un abrir y cerrar de ojos, el afable piloto extranjero se convirtió en una fiera salvaje. Echaba espuma por la boca, pataleaba y gritaba con una voz chillona impropia del australiano. De no haber estado sujeto a su asiento de piloto por el cinturón de seguridad, estaba segura de que la habría matado. Se convulsionaba con tanta fuerza que movía con sus aspavientos toda la barquilla del zepelín. Sus manotazos golpeaban y movían palancas por aquí y por allá obligando a la aeronave a realizar extraños giros. De continuar así, se iban a estrellar. En su estado de frenesí, el hombre intentaba zafarse para ir hacia ella. Probablemente para matarla, devorarla, o algo peor. Pero por suerte no era capaz de manipular el mecanismo de enganche y seguía atado en su puesto de piloto. Intentó calmarle, tranquilizándolo, pero no funcionó.

Por radio, las Fuerzas Especiales le recomendaron que buscara algo que pudiera usar como arma y se defendiera. No le dieron explicaciones acerca de la situación o de lo que estaba ocurriendo. Simplemente le dijeron que ese estado era muy peligroso y por lo que sabían, irreparable.

Tras un primer momento de desesperación, Eva decidió actuar. El zepelín había descendido peligrosamente dibujando amplios círculos en el aire y amenazaba estrellarse contra los edificios de Madrid. Por aquel entonces, Mark continuaba forcejeando con el cinturón de su asiento mientras reía de manera histérica. Era una

risa chillona, escalofriante. Quizá fuera el sonido de esa risa la que impulsó definitivamente a Eva a agarrar lo más pesado que tenía, una cámara *Betacam Digital* de seis kilos, para defenderse. Se aproximó en tres ocasiones, pero en ninguna de ellas fue capaz de hacerlo. El rostro de Mark había cambiado sustancialmente. Miríadas de capilares surcaban su cara, oscureciéndole el tono de la piel. Tenía el gesto desfigurado y de su boca manaba espuma de saliva mezclada con esputos de sangre. Lo peor eran sus ojos. Tenía ojos de loco. Idos, ausentes y presentaban un inquietante e inexplicable color rojo sangre.

Si prolongaba más esta situación los dos morirían. Él ya estaba condenado, hiciera lo que hiciera pero Eva aún podía salvarse. Con este pensamiento en mente, se armó de valor y se dirigió hacia el piloto con la cámara sujeta en alto.

Estrelló la pesada cámara varias veces sobre la cabeza del piloto. Sentía el sonido de los huesos del cráneo crujir bajo cada golpe que asestaba, y la sangre salpicaba hacia todas partes. La mampara transparente de plexiglás de la cabina se moteó de puntitos rojos traslúcidos que se fueron escurriendo hacia abajo poco a poco, dejando un reguero carmesí en su recorrido.

No recordaba cuántos golpes le llegó a asestar, pero en un momento dado, el cuerpo de piloto dejó de moverse. Tiró los restos destrozados de la *Betacam* hacia un lado y se dejó caer en su asiento de la parte de atrás. Tardó un tiempo en recuperarse y reaccionar. En ese tiempo, el zepelín se mantuvo a la deriva, impulsado por sus dos motores en un amplio giro.

Solo reaccionó cuando desde tierra, el operativo de Fuerzas Especiales se puso en contacto con ella.

Para pilotar una aeronave LTA<sup>[4]</sup> bastaba con un carísimo entrenamiento de solamente seis meses impartido por la Administración Federal de Aviación. A pesar de ello, los pilotos no eran nada comunes. Y dada la situación actual, era absolutamente imposible que el operativo de emergencia encontrara entre su equipo a un piloto LTA que pudiera guiarla desde tierra, para aterrizar la aeronave. Lo más que pudieron hacer fue recomendarle que apagara los motores, con la esperanza de que el viento la alejara de la zona urbana. Eva no sabía si esa recomendación estaba orientada a lo que era más recomendable para ella, o para ellos. El caso es que identificó los controles de los motores de impulsión y los apagó.

Desde entonces había permanecido a la espera en la parte trasera de la barquilla. Tenía Internet gracias a su móvil y estaba informada de la situación a nivel global. A pesar de la trágica situación, sentía un resquicio de orgullo al ver que las imágenes más emitidas sobre la noticia las había captado ella con su cámara. La misma cámara que ahora estaba tirada a un lado, abollada y ensangrentada.

Durante las primeras horas intentó llamar a su novio, a sus padres, a su hermana y a sus amigos. Pero las líneas telefónicas estaban saturadas. Gracias al *Whats app* de su móvil pudo contactar con varias de sus amigas y supo que estaban bien. Aterrorizadas y encerradas en sus casas, pero a salvo.

Sabía que tarde o temprano tendría que arrastrar el cuerpo de Mark hacia la parte trasera de la cabina y ocupar su lugar si quería aterrizar sana y salva con el zepelín. Pero aún no se veía con fuerzas de enfrentarse a ello.

Mientras avanzaba a la deriva tuvo la ocasión de contemplar las afueras de Madrid. La situación iba a peor. El mismo caos que se había desatado en el estadio Bernabéu en menos de quince minutos, ahora se estaba extendiendo por todas partes. Sin saber por qué, la gente se volvía loca, como «endemoniada». Así que pensó que en realidad su situación era privilegiada. Al estar sola, no corría el riesgo de ser atacada por la súbita transformación de algún compañero o ser querido. Además, a trescientos metros de altura, era inalcanzable por esas multitudes enfervorecidas que pululaban por las calles, enfrentándose al resto de ciudadanos y a los militares. Cuando Mark se



transformó, tenía un comportamiento irracional pero los grupos de esos pobres diablos, contemplados desde el cielo, parecían tener un patrón organizado. Se reunían en manadas, que a veces alcanzaban el centenar de individuos y realizaban ataques organizados. Como si cazaran a sus presas. No tenían miedo, ni parecían sentir dolor, pero sus cuerpos seguían siendo tan frágiles como lo eran antes de perder el control, aunque mucho más agresivos.

Hizo acopio de fuerzas y se aproximó al cuerpo de Mark. Además de necesitar ocupar el asiento del piloto, tenía que sacar ese cuerpo de allí. Dada la situación, nadie iba a ofrecer sepultura al pobre Mark y al mantenerlo ahí, corría el riesgo de sufrir una infección. Además de los desagradables olores que comenzaba a emanar. Así que, a base de tirones cortos y repetitivos, fue arrastrando el pesado cuerpo hacia la parte trasera del habitáculo y ella ocupó el asiento de pilotaje rociado de costras de sangre seca.

Con un paño grasiento que encontró enganchado a una abrazadera, limpió con cuidado pero enérgicamente el panel de control. A primera vista, se le antojaba complicadísimo, pero había observado cómo lo hacía Mark mientras pilotaba y casi siempre usaba los mismos controles. El panel de control se parecía al de un avión comercial, solo que había menos mandos y el mamparo de observación era más amplio. Había dos timones, pero ningún volante o palanca central de mandos. En centro del panel de control distinguió los indicadores de altitud, velocidad y combustible de cada motor. También encontró un reloj entre tanto indicador de agujas. *Bien —pensó— ese sí que lo sé interpretar. Empecemos por lo fácil primero.*

## VI

*Tambacounda, Senegal*

*2 de junio de 2012*

Nada había podido hacer Doménico para interceder por los tres jóvenes. A pesar de que Senegal había abolido la pena de muerte desde dos mil cuatro y que la última ejecución se había celebrado hacía más de cuarenta años, el consejo de ministros se había reunido en una sesión extraordinaria para aprobar la aplicación de la pena capital como caso de excepción a los «Tres demonios de Senegal». Así era como los llamaban.

El Vaticano, a través de Doménico Lapuente había interpuesto todos los recursos a su alcance para evitarlo, pero el cristianismo tenía poco peso en una república mayoritariamente musulmana. Amnistía Internacional había emitido un comunicado, por el cual condenaba esta desafortunada decisión y culpaba de ella directamente al Primer Ministro de la nación Souleymane Ndéné.

La alarma que había provocado este caso de posesión dio como resultado numerosos altercados graves y la situación estaba descontrolada, dentro y fuera del país. En España la situación era crítica, habiéndose declarado el Estado de Excepción. En Alemania, Francia y Reino Unido la situación no era muy diferente. Los altercados y las víctimas mortales se contaban por centenares. El mundo se había vuelto loco. Por eso, en Senegal, pensaron que lo mejor era cortar por lo sano. Los «Tres Demonios» se habían convertido ya en un fenómeno mediático, así que no podían desaparecer sin más. Había que ejecutarlos, y hacerlo de forma legal, para convertirlos en un modelo ejemplarizante.

Lo único que había conseguido hacer el padre Doménico por aquellos tres jóvenes era que le permitieran oficiar la Extremaunción de los reos en los servicios previos a la ejecución. Así que preparó los lienzos sagrados y se colocó la estola roja sobre los hombros. La estola roja significaba martirio. En cierta forma, a pesar de ser Satanás su mayor enemigo, consideraba unos mártires a estos tres jóvenes y un grave error esta ejecución.

Antes de que el gobierno de Senegal se hiciera cargo de ellos, Doménico tuvo ocasión de practicar varios ritos de exorcismo sobre ellos. Resultaron ser inútiles. Este caso de posesión era absolutamente impresionante. No le cabía duda de que este acontecimiento significaba algo muy especial, y el hecho de que esta posesión marcara el inicio de estas oleadas de posesión colectiva, indicaba algo. Aunque por el momento no sabía qué. Hasta ahora, solo se habían registrado casos de posesión demoníaca individuales. Mientras que las apariciones marianas, al menos las corroboradas, siempre afectaban a un grupo de personas. El caso más conocido era sin duda la aparición de la Virgen de Fátima a los tres niños: Lucía de Jesús y los hermanos Francisco y Jacinta Marto. En aquella ocasión, la Virgen había revelado tres grandes secretos a aquellos niños. Esa era la forma que tenía el Creador de guiar a su rebaño. Para que luego los ateos usaran como argumento de su incredulidad que El Señor no intervenía en el curso de los acontecimientos de sus hijos, como si los hubiera abandonado. Constantemente nos enviaba señales, guía y amparo. Pero solo mediante un acto de fe podemos discernir sus señales. En aquella ocasión, tres grandes secretos les fueron revelados. Los dos primeros fueron revelados al instante: El fin de la Segunda Guerra Mundial y la conversión de Rusia al catolicismo. El último de los secretos causó mucha expectación, pues fue conocido por el Papa Juan Pablo II pero no lo reveló por aquel entonces. Por esa razón se auguró que trataba sobre el Apocalipsis o el fin de la Iglesia. Fue hecho público por el Secretario de Estado, el Cardenal Ángelo Sodano, el trece de mayo del año dos mil. El texto, que era la transcripción directa de las visiones de Sor Lucía, era muy confuso. Joseph Ratzinger interpretó la visión ofrecida por la aparición de la Virgen ante los tres niños de una

manera esperanzadora. Pero la interpretación de Doménico era muy diferente. Había leído tantas veces esa transcripción que incluso se la sabía de memoria:

*«Un Ángel con una espada de fuego en la mano izquierda; centelleando emitía llamas que parecía iban a incendiar el mundo; pero se apagaban al contacto con el esplendor que Nuestra Señora irradiaba con su mano derecha dirigida 60 hacia él; el Ángel señalando la tierra con su mano derecha, dijo con fuerte voz: ¡Penitencia, Penitencia, Penitencia! Y vimos en una inmensa luz qué es Dios, a un Obispo vestido de Blanco. También a otros Obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas subir una montaña empinada, en cuya cumbre había una gran Cruz de maderos toscos como si fueran de alcornoque con la corteza; el Obispo vestido de Blanco, antes de llegar a ella, atravesó una gran ciudad medio en ruinas y medio tembloroso con paso vacilante, apesadumbrado de dolor y pena, rezando por las almas de los cadáveres que encontraba por el camino; llegado a la cima del monte, postrado de rodillas a los pies de la gran Cruz fue muerto por un grupo de soldados que le dispararon varios tiros de arma de fuego y flechas; y del mismo modo murieron unos tras otros los Obispos sacerdotes, religiosos y religiosas y diversas personas seglares, hombres y mujeres de diversas clases y posiciones. Bajo los dos brazos de la Cruz había dos Ángeles, cada uno de ellos con una jarra de cristal en la mano, en las cuales recogían la sangre de los Mártires y regaban con ella las almas que se acercaban a Dios».*

Revelador y angustiante. Doménico creía profundamente en este tipo de revelaciones. Incluso había visto en sueños esa Cruz sobre la montaña. Y no podía dejar de establecer similitudes entre ambos casos. Ganarían mucho más manteniendo a los Tres Demonios vivos, que ejecutándolos sin más. Doménico no había dejado de anotar todo lo que los tres jóvenes había dicho. Muchas palabras carecían de sentido para él, pero gran parte de los mensajes los manifestaban en arameo. Aunque por el momento ningún gobierno cabal del mundo reconocería que todo lo que estaba ocurriendo en el planeta estaba relacionado con el Demonio, se palpaba el miedo en las medidas adoptadas. La ONU había acordado en las últimas horas una resolución de emergencia que le permitía actuar mediante una respuesta militar contundente en cualquier estado miembro sometido a una de estas crisis. Al sufrir «altercados» dentro de sus propios grupos operativos, habían decidido actuar en equipos reducidos, ya que según ellos, el estado de paranoia inducido y generalizado, afectaba de igual manera a sus soldados, abandonando su cargo y misión, y poniendo en considerable riesgo al resto de su operativo. Esto sucedió en las primeras horas, pero tras los análisis de los primeros expertos, fue el Secretario General de la ONU Ban Ki-moon el que realizó la primera llamada al Vaticano. Era inútil negar la evidencia. Nadie del consejo de sabios de la ONU, ninguno de sus científicos aportaba ningún dato concluyente sobre lo que estaba pasando. Cuando la ciencia no alcanza a explicar lo que vemos, tan solo nos queda la fe. Pero ni siquiera la Iglesia estaba a salvo de esta *amenaza*.

La puerta de la celda se abrió y Doménico hizo la señal de la cruz en la frente de los tres jóvenes. Estaban inmovilizados mediante correas, que los sujetaban rígidamente a una silla de ruedas de respaldo alto. No paraban de agitarse y reír de forma chillona y penetrante. Los celadores empujaron las sillas por el pasillo, hasta el lugar de la ejecución. Doménico los seguía recitando el Credo. Cubrieron sus rostros con una bolsa de tela negra, más para no herir la sensibilidad de los testigos que por los propios reos. Cuando las sillas estuvieron sobre las rampas, les colocaron una soga de cáñamo a cada uno en torno al cuello.

La sala de ejecución era fría. Las paredes eran de ladrillos grises y el cadalso lo formaba una zona elevada en un extremo de la habitación. Justo enfrente, se abría un ventanal de cristal transparente e insonorizado. Al otro lado había asientos. Estaban casi todos ocupados por autoridades políticas, militares y religiosas del país. A pesar de estar estrictamente prohibidas las grabaciones, Doménico pudo observar cómo

algunos celadores grababan la escena impunemente con sus teléfonos móviles. En unas horas esas imágenes habrían dado la vuelta al mundo. Eso era bueno. Mientras antes el mundo supiera a qué se enfrentaba y abrazase la Fe Verdadera, antes podría ser combatido ese mal.

Un segundo antes de que el verdugo abriera la rampa, los tres jóvenes recitaron al unísono, mientras reían escandalosamente:

—*Eli, eli, lama asabtani.*

Y con un ruido seco, la rampa se abrió y los tres cayeron a la vez. El tirón seco de la soga les partió el cuello, quitándoles la vida en el acto. Los cuerpos sin vida estuvieron balanceándose por la inercia de la caída durante unos segundos.

Doménico se había quedado petrificado. *¿Por qué los demonios habían dicho eso?* Doménico reconocía perfectamente esa frase. Era arameo. Fue pronunciada hace más de dos mil años por Jesús de Nazaret en el momento de su crucifixión. La recogía la Biblia en el evangelio de Mateo, 27:46 y se traducía como «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» *¿Estaban acaso parodiando la vida de Nuestro Señor? ¿O acaso esa frase tenía un origen más antiguo y oscuro?* Y por primera vez en su vida, el padre Doménico Lapuente dudó de la intención con la que estaba redactada la Biblia y el sentido que le habían dado durante toda la Historia de la Humanidad.

*Herāt, Afganistán*

El soldado Samuel Bowman saboreaba los últimos pedazos de su ración de la comida liofilizada que le proporcionaba el ejército de los Estados Unidos. Era sofisticada y nutritiva. A su lado, las raciones de Irina parecían galletas de perro. Se habían alejado de la zona del ataque, ocultándose. Ahora comenzaba a amanecer de nuevo. Se encontraban en una gruta poco profunda, a poco más de cinco kilómetros del lugar donde habían tenido lugar los combates. Desconocían si habían habido más supervivientes. Estaban esperando a que las células Talibanas que actuaban en la zona se dispersaran para poder alcanzar la base estadounidense en el Aeródromo de Herāt. Samuel era más joven que ella, como solía ocurrir con todos los soldados americanos. Eran todos unos chiquillos arrogantes. Con el resto de las fuerzas de cooperación internacional se comportaban como unos engreídos pavoneándose con sus equipos de última generación. O quizá, era así solo como los veía Irina. El caso es que no le caía demasiado bien el marine y tras cinco días de supervivencia en territorio enemigo, haciendo lo que él decía comenzaba a estar harta. Además, ella era sargento, no tenía por qué obedecer a un soldado raso por muy sofisticado que fuera su equipo.

Pero no era tan fácil. Irina apenas sabía cinco palabras en inglés y por su parte, el americano no encontraba razón para tener que conocer otro idioma que no fuera el suyo. Y en cierto modo le daba la razón. Hasta el seguro en su G36, que había adoptado el ejército español como arma reglamentaria, ponía «safe» en lugar de «seguro».

Así que, tras la noche de convivencia obligada y reducida comunicación, ambos tenían los nervios a flor de piel.

Samuel le indicó mediante señas que deberían ponerse en camino. Sacó un mapa y una brújula y trazó la ruta más cercana para alcanzar la base. Era una caminata de algo menos de diez kilómetros. Ella intentó verificarlo con su propio mapa, pero se enfureció más aún al ver que su brújula tenía la esfera aplastada y el mapa que ella tenía era un callejero de Qala-i-Nawa. De vergüenza.

Tragándose su orgullo, Irina recogió sus cosas y siguió la ruta marcada por el marine norteamericano.

## V

Ulán Bator, Mongolia  
3 de junio de 2012

Ricardo se había refugiado en la última planta del *Grand Hotel Sunjin* al ver el caos que se había desatado por todo el país. Había roto el cristal de la máquina de chocolatinas del pasillo, y entre eso y el mini bar, iba tirando.

En la calle se había desatado una guerra total. Grupos de hombres desarmados de abalanzaban sobre las lenguas de fuego de los fusiles de soldados del ejército regular. Muchos caían, pero aún así, la abrumadora ventaja numérica hacía que cada vez el ejército comenzara a retirarse un poco más sobre posiciones más seguras. La capital de Mongolia era territorio de guerra y Ricardo aguantaba, esperando la intervención de los Cascos Azules de la ONU, o cualquier otra fuerza que viniera del mundo civilizado a estabilizar la situación.

Los empleados del hotel habían abandonado sus puestos para ir con sus familias, esperando que no fuera demasiado tarde. Los inquilinos se fueron inmediatamente después, con la esperanza de encontrar algún transporte con el que abandonar el país. Ricardo ya había estado en el aeropuerto y sabía que eso era poco probable. Además, la situación de emergencia ya había provocado varios altercados en el aeropuerto y los militares estaban muy tensos.

Únicamente los corresponsales de un diario británico habían permanecido en el hotel, viendo en esta tragedia una oportunidad para destacar en sus carreras periodísticas. En varias ocasiones, el gerente del hotel y alguno de los empleados que aún quedaban en servicio les habían instado a abandonar el hotel, no pudiendo garantizar la seguridad de los inquilinos. *¿Y qué clase de seguridad iban a tener garantizada fuera?*

Se habían negado a abandonar el hotel en todas esas ocasiones y el gerente, cada vez con menos subordinados, no tenía forma de hacerlos desalojar sus habitaciones.

Hacía unos días, una de esas hordas se había adentrado en el edificio del hotel. Mataron al gerente y a los pocos empleados que aún acudían a su puesto de trabajo, la mayoría inmigrantes o estudiantes extranjeros en prácticas. Soldados del ejército habían irrumpido poco después para abatirlos a tiros. Al ver a los militares tan cercanos, el grupo de reporteros salió a pedir ayuda. Cometieron un error.

Los soldados dispararon primero y preguntaron después. Ricardo no vio la escena pero la oyó desde su habitación y le sirvió para comprobar cómo estaban funcionando las cosas. Si quería sobrevivir hasta que llegara la ayuda internacional tendría que hacerlo por sus propios medios. Se escondió y no le resultó difícil pasar desapercibido al registro superficial de los soldados.

Cada día comprobaba su móvil y el portátil en busca de que la línea se reestableciera. Estaba incomunicado, atrapado y desesperado. Lo peor es que no tenía quién le echara de menos. Tan solo su editor se preguntaría dónde estaba. Su editor y el camarero de su bar habitual de la ramblas.

Un día, en el que los alrededores del hotel permanecían tranquilos, se aventuró a bajar hasta la planta baja. Buscaba comida, libros, y sobretodo, información del exterior. Una radio, tele, o lo que quiera que fuera el método que utilizaba esta gente para estar informados antes de la aparición de Internet.

Toda la planta baja estaba infectada por un olor nauseabundo. Los soldados no se habían llevado los cuerpos y empezaban a descomponerse. El *hall* del hotel estaba invadido por moscas zumbantes. Se metió en la recepción y registró la oficina. Encontró una pequeña tele y una radio de bolsillo en un cajón. Bajo el mostrador de recepción había un periódico. La fecha era del uno de junio. El periódico era el *өдрийн сонин* —que se traducía por *Daily News*— no tenía ni idea de cómo se pronunciaría en mongol. Se guio por las fotografías para intentar comprender a qué se referían las noticias recogidas. Por las fotos, había ocurrido algo importante en el centro de Ulán

Bator. En la portada había una imagen de la plaza *Sukhbaatar*, en el mismo centro de la ciudad. Allí era donde se ubicaba el parlamento mongol. En la sección internacional había una foto aérea del estadio Santiago Bernabéu, en España. Ricardo se sorprendió muchísimo de ver esa foto. Estaba desenfocada y por la resolución, parecía que la hubieran sacado de alguna retransmisión televisiva. No entendía lo que decía el texto, pero daba la impresión de que algo grave estaba ocurriendo también en España. *¿Y si lo que estaba ocurriendo aquí se estuviera repitiendo por todo el mundo?*

*La Laguna, España*

Hoy la tele aconsejaba quedarse en casa y no salir para nada, salvo que los camiones del ejército pasen por tu barrio con víveres. Distribuían ayuda humanitaria, medicinas, agua y comida liofilizada del ejército. Aún Álex no había visto a ninguno de ellos por su calle. Supuso que el circuito de los camiones de ayuda solo incluiría las calles principales.

El agua del grifo comenzaba a salir marrón. Eso indicaba que la compañía estaba teniendo algún tipo de problema, y puede incluso que no sea del todo potable. *¿Y si uno de esos vampiros cayó en uno de los depósitos?* Bebiendo esa agua todos podrían contaminarse. Acabarían todos convertidos en zombies.

En el fondo, Álex siempre quiso vivir un Apocalipsis zombie. Pero prefería a los zombies de película. Caminaban despacito, no eran ágiles y se les engañaba con facilidad. La locura que se había desatado aquí era muy diferente. Aún no se había determinado la vía de propagación, aunque por la disparidad de personas afectadas, la opinión más generalizada era que se transmitía por el aire.

Había intentado hablar con sus padres para saber si se encontraban bien, pero las líneas seguían colapsadas. Por mail había contactado con algunos amigos. Todos se encontraban en el mismo estado que él. Sobrevivían encerrados en sus casas, con las persianas cerradas y llamando poco la atención. Pero todos tenían la misma preocupación, tarde o temprano agotarían sus víveres y se quedarían sin agua. Si esos malditos camiones no pasaban por su calle, moriría de sed o de inanición.

Al menos por el momento tenía suministro eléctrico e Internet. La tele solo emitía programación enlatada e informativos. Pero desde que los militares se hicieron cargo de la situación y se había declarado el Estado de Excepción, se notaba que censuraban gran parte de la información que salía en los noticieros. Había levantado una gran cortina de humo con la noticia de que tras la trágica muerte de la Familia Real y la desaparición de gran parte de la nobleza del país, todo indicaba que la corona recaería en Alessandro Lecquio. *Increíble*. Era verdad que estaba en trigésimo cuarto lugar en la línea de sucesión al trono de España. Era bisnieto de Alfonso XIII. Su nombre completo era Alessandro Vittorio Eugenio Conte Lecquio di Assaba y Torlonia. Y ahora, también Rey de España. Reinaría como Alejandro I de España. Álex no se lo podía creer. Se negaba a pertenecer a un país en el que Alessandro Lecquio fuera el rey. Aún lo recordaba desnudo en la portada del *Interviú*. Al menos, como cortina de humo era efectivo. Dentro de todo este caos, la gente en sus casas sin apenas agua, ni comida, no hablaría de otra cosa. Con noticias como esta, la verdad es que uno dejaba de temer a la muerte y tenía más miedo de sobrevivir.

Otra cosa que echaba en falta en los informativos eran las noticias internacionales. Vale que la situación actual fuera la más grave que afrontaba el país desde la invasión musulmana en el siglo VIII. Pero ese silencio acerca de lo que ocurría en otros países del mundo, era cuando menos inquietante.

Las reservas de comida de Álex mermaban a un ritmo acelerado. Calculaba que de seguir así, tan solo podría resistir una semana. Oía a los vecinos. Ellos, a veces se reunían y hablaban en el descansillo de la escalera. Álex nunca había mantenido una relación cordial con ellos y no tenía sentido iniciarla ahora.

La situación se había vuelto más tensa desde que una de esas «hordas» logró colarse



en el edificio. Todos lo oyeron, pero los teléfonos estaban saturados y no tenían manera de localizar a los escasos efectivos del ejército que se hallaban desplegados por la isla.

Subieron por las escaleras y bajaron en tropel un par de veces. De vez en cuando, entre las desagradables risas chillonas, se les oía olisqueando, como si buscaran algo guiándose por el sentido del olfato. Consiguieron entrar en el primer piso izquierda. Allí vivía una anciana sola. Todos los domingos, Álex veía cómo sus hijos y nietos venían a comer con ella. Desde que se desató el caos, no los había visto aparecer. O bien no pudieron llegar, o estaban demasiado asustados y habían abandonado a la anciana a su suerte.

El caso, es que todos en el bloque la oyeron gritar, pero nadie fue capaz de intentar ayudarla. Hubiera sido estúpido, enfrentarse desarmado a una horda de esos «zombies reidores», arriesgando la vida para salvar a una anciana a la que solo conocías de vista. Estaba justificado de sobra, pero eso no le hizo sentir mejor a Álex.

#### *Herāt, Afganistán*

Habían pasado la noche caminando por el desierto. Al ser solamente dos, les era más fácil pasar desapercibidos en la oscuridad, ya que a plena luz del día, podían ser fácilmente avistados y cazados como comadreja. Desde que había comenzado a oscurecer habían escuchado ruidos de enfrentamientos, fusiles de asalto, ametralladoras de gran calibre y explosiones de granadas. Mientras más se acercaban al centro de Herāt, más cerca estaban del combate. Cuando quedaban ya pocas horas para el amanecer, divisaron las luces del aeródromo. En torno al perímetro, se había planteado una defensa feroz. El aeródromo, se había convertido en un objetivo muy disputado. Había posiciones enemigas rodeándolo y parecía muy difícil que alguien pudiera salir de allí. O entrar.

Por debajo del traqueteo y las explosiones de las armas de fuego, se oía un zumbido profundo y constante. Era el inconfundible ronroneo del motor de un avión. Probablemente estaban preparando la evacuación de la base. El soldado Bowman le pasó los prismáticos a Ira —ella ni siquiera tenía unos— después de echar él un vistazo. Al acercárselos a la cara pudo ver cómo entre las sombras de la instalación, se distinguían las luces de navegación de un enorme C-5 *Galaxy*. Este enorme monstruo cuatrimotor de setenta metros de envergadura, era el avión de transporte militar más grande del mundo. Tan solo las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos tenían estos «pájaros» a su servicio. Eran capaces de transportar una unidad militar completa, incluido carros, a cualquier parte del mundo en pocas horas. Estaba claro que los marines americanos también se retiraban con todo lo que tenían. Pero si los asaltantes tomaban el aeródromo, el C-5 tenía muy pocas posibilidades de llegar siquiera a despegar.

Bowman le hizo un gesto con la cabeza para avanzar. Quedaba claro que el marine iba a lanzarse de cabeza hacia la base del aeródromo, o a morir en el intento. Revisó su arma, una carabina M4 de la familia de las M16 pero más compacta, y comprobó la munición. Ira hizo lo propio con su G36. Hasta el último momento, pensó que era una locura pero al no ocurrírsele otra opción mejor, decidió seguir al soldado americano.

Salieron corriendo de la cobertura, ocultos por la oscuridad. De vez en cuando, una ráfaga corta desde una posición defensiva en el aeródromo, advertía del peligro que suponía acercarse a la zona iluminada. Esa ráfaga, era respondida por los disparos de otra ametralladora de gran calibre situada a ras de suelo y en una posición más precaria que la anterior, pero oculta por la oscuridad. A veces, alguno de los sitiadores, presumiblemente rebeldes del anterior régimen Talibán, se aventuraba a lanzar una granada de mano, con la esperanza de alcanzar el interior de la base. En uno de esos intentos de lanzamiento, uno de los rebeldes quedó a la vista de Bowman e Ira, que corrían hacia la base en plena oscuridad. Ella, al descubrir que la habían visto, se tiró

cuerpo a tierra mientras apuntaba con su arma. El soldado Bowman fue más impulsivo y abrió fuego contra el rebelde. Disparando su carabina en fuego automático mientras corría, le era imposible obtener un blanco preciso, pero la rociada de balas proyectada por el marine se abrió como un abanico cubriendo una amplia zona. El rebelde cayó al suelo, era imposible decir si había sido impactado directamente, o si simplemente se había cubierto cuerpo a tierra. El hecho, fue que debía haberle quitado ya el seguro de la granada que iba a lanzar, porque antes de que Bowman dejara de disparar, el lugar que ocupaba el rebelde fue sacudido por una repentina explosión. A su vez, el fogonazo del marine delató su posición en la oscuridad. El tirador oculto a ras de suelo disparó hacia la zona donde se encontraba. Ira reaccionó, y guiada por los fogonazos de la ametralladora en la oscuridad que abría fuego contra su compañero, disparó a ciegas ráfagas cortas de tres balas. En una fracción de segundo, ocurrió todo. Liberó cinco grupos de tres balas, silenciando al tirador que disparaba en la oscuridad, más allá de su campo visual. Samuén Bowman detuvo en seco su carrera y cayó sobre sus rodillas. El tirador del aeródromo observó el tiroteo y llegó a la conclusión de que había soldados amigos fuera del perímetro. Comenzó entonces a disparar de forma sostenida para proporcionar un fuego de cobertura que les permitiera acercarse. Eso, o intentaba acertarles a ellos tomándolos por rebeldes. En la confusión del combate nunca se podía estar absolutamente seguro de nada, y cada soldado seguía su instinto para hacer lo correcto y sobrevivir. Ira siguió su instinto y corrió hacia la posición de Bowman. Lo ayudó a incorporarse y pasándose un brazo por encima de su hombro, continuaron la carrera hasta la verja. Formaban una auténtica estampa clásica de la guerra, apoyados la una en el otro, para intentar ganar la seguridad de la base. A su alrededor, un infierno de centelleantes balas trazadoras surcaban el aire impactando cerca, pero sin alcanzarles. La mera idea de llegar a ese avión para abandonar aquel infierno le proporcionaba a Ira la energía que sus músculos necesitaban para avanzar con el sobrepeso que suponía su compañero herido.

Casi cuando estaban alcanzando la alambrada, el oscuro desierto se vio iluminado súbitamente por un pequeño sol incandescente que surgió del interior del masivo C-5 de la pista de aterrizaje. Lo habían alcanzado y la explosión formó una inmensa bola de fuego que los empujó hacia detrás. Ira notó el fuerte golpe del suelo arenoso contra su espalda. Sintió el dolor perforante en los tímpanos y el súbito cese de los disparos. Después, la oscuridad la engulló.

## VIII

*La Laguna, España  
5 de junio de 2012*

Alex tenía una idea para paliar sus necesidades de agua y comida. La situación estaba empeorando. No habían sufrido más asaltos por las hordas de «zombies», como él los llamaba, pero había oído cómo en la casa del vecino de arriba, alguien se habían transformado en uno de ellos. Durante horas oyó gritos, objetos cayéndose al suelo, rotura de puertas y ventanas, y como no, la risa chillona de aquellos zombies. Fue todo eso lo que lo mantuvo encerrado en el apartamento, haciendo el mínimo ruido durante días, hasta que le quedaron únicamente unas pocas latas de atún para comer. Había conseguido hablar con sus padres, que vivían en la misma ciudad. Al igual que él, estaban encerrados y nada podían hacer sino esperar a ser rescatados. Pero la escasez de víveres, hacía que quedarse y esperar, fuera la manera más segura de morir. Había trazado un plan para evitar eso. Era arriesgado, simplemente salir lo era, pero podía funcionar. En el edificio de Álex había un pequeño comercio familiar, como los que se estilaban antiguamente. Las llamadas «ventas» eran unas tiendas atiborradas de cosas, regentadas la mayor parte de las veces por una familia numerosa y en la que se podía encontrar de todo lo que hay actualmente en una superficie comercial, pero en un espacio infinitesimalmente más reducido. Despachaban detrás de un mostrador y anotaban lo que se iba comprando en hojas sueltas de papel y cartones de tabaco, para hacer después la suma del importe a mano. Era como un fragmento de los años sesenta transportado hasta la actualidad. Quedaban muy pocas de estas «ventas», ya que los precios más competitivos de los centros comerciales estaban acabando con este modelo de negocio.

Pues uno de los locales de la planta baja del edificio de Álex atesoraba uno de estos negocios. Lo había observado —reflejado en las ventanas de los coches aparcados, ya que desde su ventana no tenía una línea de visión directa— y había permanecido cerrado desde el Día de Canarias. Dentro, encontraría víveres suficientes para aguantar durante meses. O puede que más. Además, la familia que lo regentaba no vivía en la comunidad, por lo que lo más probable era que si no habían acudido al trabajo, el local permaneciese vacío. La puerta principal tenía una pesada verja antirrobo, con lo que era un lugar totalmente seguro ante los «zombies reidores».

Ahora venía la parte arriesgada del plan. Para entrar, tendría que subir a la azotea de su edificio. No era muy alta: tres pisos más un ático. Desde la azotea, estaría a ocho o diez metros del suelo. Tendría que saltar de una azotea a otra para llegar al portal de al lado, en cuyo bajo se ubicaba el local. Y luego, tendría que descolgarse esos ocho metros hasta el suelo por el patio interior. Caería en el patio interior del local y tan solo tendría que forzar una puerta interior, probablemente acristalada, ya que era una puerta de un patio y solían pensarse más para dar buena iluminación que seguridad.

Tampoco tenía suficiente cuerda en su casa, así que, cuando llegara a la azotea tendría que cortar todas las liñas de tender la ropa y anudarlas unas a otras. Había pensado hacerlo de noche para que la oscuridad le sirviera de cobertura, pero al pensar en encontrarse a uno de esos «zombies sonrientes» en plena noche, no le pareció tan buena idea. Así que hoy mismo lo pondría en práctica. Iba equipado con un cuchillo cebollero de la cocina, una linterna pequeña —muy práctica por poder sujetarla con la boca— guantes para protegerse las manos de la fina cuerda de las liñas de tender y había metido en una mochila su portátil, teléfono móvil, un neceser de aseo, algo de ropa y algunos efectos personales como fotos y recuerdos por el estilo. Era más fácil instalarse abajo que ir cargando los víveres, arriesgando su vida en cada incursión. Aguantaría en la venta hasta que esta situación pasara o hasta que algún país extranjero interviniera.

Respiró hondo y miró su reloj de pulsera. Las doce y media. Fuera, la calle estaba

desierta y los ruidos de los vecinos de arriba ya no se escuchaban. No quería ni imaginarse lo que habría ocurrido. Abrió la puerta con delicadeza y la cerró con llave, después de salir al descansillo. Parecía un gesto ridículo preocuparse de cerrar la puerta con llave en medio de un Apocalipsis, pero puede que necesitara volver y tenía que asegurarse de que su casa no se infectaba de esos «zombies».

A veces se maravillaba de su increíble capacidad de adaptación. Asimilaba lo que le ocurría con una asombrosa pasividad. Había ocurrido lo mismo cuando lo habían despedido, hacía más de un año, o cuando su novia lo dejó. Según ella «porque no tenía metas en la vida, más que pasarse el día jugando a videojuegos». Un día, incluso le robaron el coche y lo aceptó con el aplomo que le caracterizaba. Ni siquiera denunció el robo a la policía. Aceptaba lo que le venía, tal cual y no quería complicaciones. De todos modos, ¿para qué hubiera servido resistirse en todas aquellas ocasiones? El tiempo le había dado la razón. Hiciera lo que hiciera en cada una de aquellas ocasiones, nada cambiaría el hecho de que hoy se encontrara, exactamente, en la misma situación en la que estaba.

Volvió a centrarse en el presente, que no era cuestión dejar volar la mente en una situación tan arriesgada como aquella. En el suelo de la escalera habían huellas de pisadas, marcadas en lo que parecía una mezcla de barro y ¿sangre? No sabía si sería muy alarmista por su parte pensar que cualquier marca rojiza podía ser sangre, pero tampoco lo descartaba. *Bueno —pensó— qué más da eso ahora —y decidió continuar subiendo—*. Llegó sin problemas a la puerta de aluminio y cristal biselado de la azotea. Todas las puertas de sus vecinos permanecían cerradas. Giró el pomo de la puerta y esta se abrió. No estaba cerrada con llave. Con cuidado atravesó la puerta y se encontró en la azotea del edificio. Tras cinco días de encierro con las persianas bajadas, sentir la luz del día y el aire fresco en la cara era una sensación indescriptible. Durante unos segundos se quedó quieto, disfrutando de la sensación. Desde la azotea tenía una visión perfecta de la plaza que se encontraba al lado de su edificio y de parte de la ciudad de La Laguna. Silencio. Un silencio más aterrador que el ruido, fue lo único que escuchó. A lo lejos, se veían manchas de humo negro que ascendían hacia el cielo. Probablemente eran pequeños incendios que se habían provocado por accidente, o por ataques de hordas de esos «reidores». A lo lejos, podía ver cuerpos tendidos descomponiéndose en la calle, sin que nadie se preocupara de ellos.

Saltó el muro que lo separaba de la azotea contigua apoyando los dos brazos y pasando la pierna por encima. Álex no tenía un cuerpo atlético y su flexibilidad dejaba mucho que desear. Durante toda su infancia había suspendido educación física. Quizá un poco más de ejercicio sí que hubiera cambiado un poco su situación actual.

Con un último impulso saltó a la azotea del bloque de contiguo. Se aproximó al patio. Un muro que le llegaba al pecho lo separaba del vacío. Había una altura de cuatro pisos. No había contado con un techo acanalado de fibra de vidrio recubriendo el patio de la venta. El patio del local de la tienda estaba cubierto. Cuando estuviera abajo tendría que arrancarlo. Puede que lo hubieran techado para ampliar la zona de almacén y que bajo ese techo estuviera directamente el acceso a la tienda, sin ninguna puerta u obstáculo más.

Se apartó de la boca del patio y comenzó a cortar las liñas de tender que había colocadas en los tendedores de la azotea. Había liñas en las que prendas olvidadas continuaban secándose indefinidamente. Una camiseta por aquí, un par de pantalones vaqueros por allá y un juego de cama infantil de *Spiderman*. Álex no pudo dejar de pensar en lo que le podía haber ocurrido al niño que solía dormir entre esas sábanas. Sintió rabia. Fue una sensación extraña. Lo común ante tal situación era sentir compasión o tristeza, pero en lugar de todo eso, lo único que se revolvía en el interior de Álex era la rabia. Una rabia intensa que sentía en las mejillas como un hormigueo intenso. Si tuviera alguno de esos «zombies reidores» allí mismo desearía clavarle el

cuchillo una y otra vez hasta que no pudiera mover los brazos del agotamiento. Respiró profundamente para calmarse y volvió a centrarse en su plan.

Cortó las liñas que encontró en la azotea y las fue anudando entre sí. Calculó a ojo la longitud, hasta que formó una cuerda de unos diez metros de largo. La ató con fuerza a uno de los postes de metal que servían como soporte a las liñas de tender y dio un par de tirones a modo de prueba. Le pareció que resistiría. Se asomó al patio interior y arrojó el resto de la cuerda hacia abajo. La cuerda cayó desenrollándose y golpeó con fuerza el tejado ondulado de fibra que cubría el patio. Eso provocó un sonido seco que retumbó con el eco que producía el interior del edificio. Por un momento, Álex se detuvo a escuchar. Oyó movimiento en las casas que había debajo, probablemente vecinos atemorizados, o al menos eso quiso imaginar. Él agudizaba el oído en busca de esas delatoras risas chillonas que advertían la presencia de uno de aquellos monstruos.

Al no oír nada más, se aventuró a completar la última parte de su plan. De un salto, se montó a horcajadas sobre el muro del patio y, tensando la cuerda, apoyó los pies en la pared para comenzar a descender. El tubo de metal al que había atado la cuerda crujió con un sonido de metal oxidado en respuesta al peso que estaba soportando. Pero por el momento, aguantaba bien. No podía decir lo mismo de sus manos, en las que sentía un dolor lacerante provocado por la presión que ejercía una cuerda tan delgada. Bajar este patio iba a ser extremadamente doloroso. Intentaba apoyar los pies en la pared desprovista de ventanas para pasar desapercibido, pero la fuerza que tenían que soportar sus brazos y la tensión de las cuerdas en las palmas de sus manos amenazaban con hacerlo caer. Así que decidió ayudarse apoyando los pies en los marcos de las ventanas. Esto alivió considerablemente el peso que tenía que aguantar con la cuerda. Intentó bajar lo más rápido posible para evitar ser visto a través de las ventanas. Los cristales de las ventanas interiores del patio estaban biselados, de tal modo que solo pasaba la claridad a través de ellos. Pero si en ese momento alguien estaba mirando hacia la ventana por la que estaba pasando, verían una sombra descolgándose por el patio. Y no quería que eso pasara. No sabía realmente qué había dentro de esas casas y por lo que a él respectaba, comenzaba a considerarse el único superviviente de la zona.

Puso el pie en el marco de la ventana del segundo piso. Solo quedaba uno más para alcanzar el patio techado. Estaba empapado en sudor y sus brazos temblaban por el esfuerzo. Tenía todos los huesos de las manos doloridos y los dedos se le habían dormido. Tomó aliento mientras apoyaba los dos pies en la ventana y se dispuso a continuar pero, súbitamente apareció una oscura sombra al otro lado de la ventana en la que se había apoyado. No tuvo tiempo de reaccionar cuando, al instante, notó un fuerte golpe contra la ventana. Después, la risa endemoniada. *¡Había uno de ellos ahí dentro!* Agilizó su descenso tanto como pudo, hasta el punto que por la prisa, resbaló y se dio un costalazo contra la pared bajo la ventana. El ser al otro lado de la ventana, pareció enloquecer, y entre risas y gruñidos la embestía una y otra vez. La fuerza de los golpes era tal, que pudo incluso ver las manchas de sangre que iba dejando cada golpe en el cristal. No había conseguido llegar a apoyar el pie en el marco de la ventana del primer piso cuando oyó como se rompían los cristales de la del segundo. Como un acto reflejo, no pudo evitar mirar hacia la ventana. Una figura oscura alongaba medio cuerpo por fuera y agitaba los brazos frenéticamente. Sus ojos rojos se movían sin parar, espasmódicamente como los de un ave. No paraba de reír de forma aguda y de gruñir al tiempo, mientras mostraba unos dientes ensangrentados. La mayor parte del pelo de la cabeza se le había caído y el poco que conservaba presentaba un aspecto malsano y alborotado. No llevaba ninguna prenda de ropa puesta y su cuerpo había adquirido una tonalidad negruzca. Diferente a la piel de raza negra. Era un color apagado, vascularizado e irregular, como una mancha de

gangrena. A pesar de que Álex intentó soltarse en el último momento, no pudo evitar que aquella cosa se le abalanzara encima cuando saltó al vacío. Notó cómo lo agarraba mientras se precipitaban juntos al vacío. Cayó sobre él y ambos impactaron con fuerza sobre el tejado de fibra de vidrio, que se abombó con el impacto y cedió, resquebrajándose en pedazos. Ambos cayeron al interior del almacén, sobre un palé de enlatados.

Una punzada de dolor estalló en la espalda de Álex y comenzó a extenderse por todo su cuerpo. Estaba aturdido y desorientado, así que por unos instantes, fue incapaz de hacer otra cosa que defenderse por instinto. Delante de él solo veía unos ojos rojos y una boca de dientes partidos intentando darle una dentellada. Los miembros de aquel ser pataleaban y se revolvían con fuerza en todas direcciones. Durante un instante estuvo únicamente rodeado por esa risa chillona y no existía nada más en su mundo que él y aquella criatura. Poco a poco fue volviendo en sí y reaccionó, empujándolo con las piernas para quitárselo de encima. La criatura cayó de espaldas por el empujón, pero de un salto volvió a incorporarse y se lanzó de nuevo contra él. Consiguió agarrarle los brazos, aunque la fuerza que ejercía era impresionante. Estaba completamente desnudo y su cuerpo era totalmente negro, con una tonalidad más clara en el rostro. Álex intentó propinarle de nuevo otra patada, pero la criatura se revolvía y pataleaba de tal manera que nunca conseguía impactarle de lleno. Lo empujó con todas sus fuerzas hacia atrás con la intención de quitárselo de encima y poder agarrar el cuchillo que llevaba en la mochila. Con el impulso, ambos perdieron el equilibrio y cayeron juntos. La criatura cayó de espaldas con Álex encima. Pudo oír cómo el cráneo de aquel ser golpeó con fuerza sobre el suelo. A pesar del golpe, la criatura continuaba pataleando y riendo en un intento por acertar a morderle. Álex no podía soltarle los brazos o se le escurriría y acabaría mordiéndole, así que no podía alcanzar el cuchillo. Estaba atrapado en una situación sin solución que dependería del aguante y Álex estaba ya al límite de sus fuerzas. La criatura no parecía perder el aliento, a pesar del esfuerzo que estaba realizando.

Repentinamente, el reidor dejó de moverse. Álex no se atrevió a soltarlo por si se trataba de algún tipo de truco. Pero se percató de que había dejado de respirar. Era extraño que estos seres respiraran, los «zombies» no respiraban. Pero esto es lo más parecido a uno de ellos que Álex había visto nunca. Tras permanecer así durante un rato llegó a la conclusión de que la criatura había muerto. Quizá habría sufrido algún tipo de lesión interna durante la caída. O puede que su metabolismo funcionara de una manera tan acelerada que llegara un momento en que moría por desgaste.

Como no le gustaba la idea de tener ese cuerpo ahí y era incapaz de subirlo, lo arrastró hasta la tienda y lo dejó junto a la puerta. En otro momento lo sacaría fuera. Por fin había completado su plan. Cientos de latas en conserva lo contemplaban desde las estanterías. Con lo que había en la tienda y en el almacén tendría para aguantar varios meses. Se dirigió a la nevera y sacó una cerveza fría. La abrió y sintió cómo el ambarino líquido helado se deslizaba por su garganta. Después de lo que había pasado para llegar hasta allí, ese trago era reconfortante. Echó un vistazo a su mochila. Tras la caída, su portátil había quedado destrozado. El móvil no parecía que hubiera sufrido daños. Ahora era su único instrumento de comunicación y su único acceso a Internet.

Mientras ordenaba un poco lo que iba a ser su hogar durante los próximos meses, comenzó a sentirse acalorado. Con lo que había ocurrido y después con la cerveza estaba empezando a sudar a mares, así que se quitó los guantes y la chaqueta. Tenía las manos enrojecidas y doloridas, pero en su antebrazo derecho descubrió algo que lo llenó de horror. Con todo el jaleo apenas se había percatado, pero a unos diez centímetros del codo tenía una marca. Perfectamente se distinguía la media luna punteada de un mordisco. El corazón le dio un vuelco. Estaba condenado. *¡Ahora me*

*transformaré en uno de ellos!* —se alarmó—. Álex siempre asimilaba lo que le ocurría con una asombrosa pasividad. Pero esta vez no fue así. Se dejó caer al suelo del almacén y lloró. Por más de una hora, simplemente lloró.

## IX

Madrid, España  
6 de junio de 2012

Una ráfaga de viento sacudió el zepelín, zarandeándolo como si del globo de una fiesta de cumpleaños se tratara. El cabo que lo mantenía anclado se tensó y el poste que usaba como punto de ataque crujió y se inclinó ante la tensión que estaba soportando. La imagen era cuando menos, curiosa. Una de las pistas de aterrizaje del aeropuerto de *Barajas* había sido tomada por el campamento militar. Docenas de tiendas color verde oliva se extendían ordenadas en torno a un banderín rojo que ondeaba en un mástil en la pista. Alrededor del campamento había media docena de helicópteros militares posados y junto a ellos, varios camiones y *Jeeps* también verde oliva y con el emblema del águila del ejército español. El tono discordante lo daba la mole alargada azul y gris plata del zepelín atracado en las proximidades. En las bandas azules de cada lado se leía la palabra *Goodyear* en letras amarillas.

Eva lo había conseguido. A través de las instrucciones que le iba dando un piloto del ejército desde tierra, consiguió poner rumbo hacia el aeropuerto de *Barajas* y había conseguido hacer descender la mole de la inmensa aeronave. La ayudaron a tomar tierra un pelotón de soldados, que agarraron la barquilla del zepelín y consiguieron bajarla. Parecía increíble que esa mole se sirviera de un grupo de hombres para despegar y aterrizar. Para elevarse se procedía de la misma manera. El zepelín era extremadamente ligero y un grupo de seis hombres lo alzaban e impulsaban hacia arriba por un lado, para que ganara cierta altura de seguridad. Era entonces cuando encendía los motores y las grandes hélices traseras le daban el impulso necesario para que ganara altura. En toda la maniobra, el viento jugaba un papel fundamental.

Llevaba desde entonces viviendo en el campamento militar. No había muchos más refugiados. Se suponía que la mayoría habían caído en los primeros días y que el resto de supervivientes aún permanecían encerrados en sus casas. La situación del campamento era tensa. Todos estaban obligados a ir, como mínimo por parejas, ante el peligro que existía a sucumbir al delirio. Aún nadie había ofrecido una explicación satisfactoria de qué lo provocaba, o las razones que conducían a ello, pero en cualquier momento, cualquiera podía verse afectado y se convertía en un riesgo para el grupo. El mando militar había perdido a más de la mitad de sus operativos en la zona de esta manera. Y por lo que sabían, en otras zonas había ocurrido lo mismo. Por eso, ahora mismo los supervivientes estaban más seguros aislados en sus casas, que juntos en un campo de refugiados.

El hecho de que Eva fuera cámara y se encontrara sobrevolando, la que suponían como la zona cero en España, había sido de bastante utilidad para el mando militar. Habían captado su señal y gracias a las imágenes recibidas, tenían una vista aérea de la zona de operaciones. Los helicópteros consumían demasiado combustible y los reservaban para una ocasión de verdadera necesidad. No tenían suministros de combustible y no sabían hasta cuándo se prolongaría aquella situación.

El piloto que había guiado a Eva hasta tierra se llamaba Horacio Rojas. Era un atractivo piloto de helicópteros de las fuerzas especiales. Como el zepelín había demostrado ser de bastante utilidad en las operaciones de rescate y abastecimiento de la base, le habían asignado al teniente Horacio como su instructor de vuelo. Andaban escasos de pilotos, así que Horacio sería el piloto del zepelín y ella aprendería como su copiloto en misiones normales. Y cuando se declarara alguna emergencia, él sería destinado a uno de los helicópteros y Eva pilotaría sola el zepelín. Lo más sorprendente es que ni siquiera le habían pedido su opinión para disponer esto de esa manera. Por lo que parecía, el Estado de Excepción otorgaba a los militares derechos sobre todos y sobre todo. Eva no estaba segura de que legalmente esto fuera así, pero después de lo que había visto, no lo iba a discutir. Desde el centro de Madrid hasta *Barajas*, este



campamento era lo único que presentaba un aspecto civilizado.

En dos operaciones distintas de abastecimiento habían recuperado el autobús de soporte *Goodyear* para el mantenimiento del zepelín y su unidad móvil, la que estaba retransmitiendo el día del *Ángelus Estival*. El aspecto que presentaba el interior de la unidad móvil era devastador. Parecía como si una estampida de ganado hubiera pasado por allí. Sobre los tableros y sillas destrozadas habían manchas de sangre. Sangre que podía ser de cualquiera de sus compañeros... Javi, Víctor, David. Ahora daba igual. Estaban todos muertos.

Desde que llegó al campamento, Eva había intentado ponerse en contacto con su familia. En un primer momento las líneas telefónicas habían estado saturadas. Después habían vuelto a funcionar, pero ahora solo funcionaban determinados números. No había podido hablar ni con sus padres, ni con su novio, ni con su hermana. Y el no saber cómo estaban era algo que la desgarraba y le provocaba crisis de ansiedad en determinados momentos. Sobre todo de noche. Desde que todo comenzó, no había disfrutado de una sola noche de descanso. La oscuridad la envolvía y la desesperaba, y lo único que ansiaba en aquellos momentos era ver la luz del día de nuevo. La luz se había vuelto una necesidad vital para el espíritu humano en el horror que se había desatado.

Eva había salido de su casa hacía ahora una semana, para cubrir un evento con su cámara. Como en tantas otras ocasiones. Y jamás había regresado. Aquella Eva no había vuelto a casa, y jamás regresaría. Muchas veces, pensaba en su casa, en cómo la había dejado. En que nunca la había disfrutado lo suficiente. Sobre la encimera de la cocina aún estarían el plato de la cena, un simple sandwich de jamón y queso. La ropa seguiría húmeda en la lavadora. Su ordenador estaría aún encendido, si había suministro eléctrico, lo había dejado bajándose películas piratas de Internet. Y la nota para Carlos, su novio, aún en la nevera. Cada uno de esos recuerdos la desgarraba por dentro, y a veces, al acostarse, deseaba no volver a despertar.

#### *Ulán Bator, Mongolia*

Ricardo pasaba la mayor parte del tiempo en la azotea del Hotel. Tan solo un tramo de escaleras lo separaban de la habitación en la última planta en la que se había instalado. Por todo el interior del edificio se había extendido un olor dulzón y malsano a putrefacción, que provenía de los cadáveres del vestíbulo. Sobre el suelo de la azotea había pintado un enorme «S.O.S.» con pintura blanca que había encontrado en un cuarto de mantenimiento. Si alguien sobrevolaba la zona, sabría que aquí había supervivientes.

En la semana que llevaba sobreviviendo aquí escondido había tenido tiempo de registrar la mayor parte de las habitaciones. En la habitación de los reporteros asesinados había encontrado un portátil con router y con acceso a Internet. Pero a los pocos días, el suministro eléctrico había caído y la batería que le quedaba en el portátil la reservaba para una emergencia. También había encontrado un móvil que continuaba teniendo acceso a Internet. Intentó llamar a España, pero no pudo establecer conexión. *Quizá la situación en España fuera aún más grave* —pensaba después de lo que había visto en el periódico—. Además, en la misma habitación en la que había encontrado el móvil, también había encontrado uno de esos juegos con miles de clavijas y una pequeña placa solar, que te venden para recargar el móvil o pequeños aparatos electrónicos con energía solar. Apenas servía y tardaba varios días en cargarse, pero gracias a ese dispositivo iba tirando.

Ricardo nunca había sido fanático de la tecnología. Tenía un portátil principalmente porque su editor se negaba a recogerle los manuscritos de sus libros en papel. Tampoco solía frecuentar *foros*, *blogs*, ni *Facebook*. Tenía una cuenta de correo que revisaba religiosamente cada dos semanas. Para lo demás, prefería el soporte físico. Ahora que el mundo se había ido al garete y no tenía forma de comunicarse con nadie

para que lo sacaran de allí, había recurrido a Internet para intentar pedir ayuda. Utilizando el móvil, envió *emails* contando su situación a todos los contactos que tenía. Tardó una eternidad en escribir el mail con el teclado táctil del móvil y tras ello, tuvo que volverlo a ponerlo a cargar al sol. No podía permitir que se apagara nunca, ya que no sabía el código PIN y si se apagaba nunca podría volver a utilizarlo.

Al no recibir respuesta de aquel *email* decidió hacerse un perfil en *Facebook*. Tuvo que desatarse el Apocalipsis para que Ricardo se hiciera un *Facebook*. En el fondo, se sentía orgulloso de cómo sonaba. Lástima que no tuviera con quién compartir su cinismo. Una vez registrado, encontró varios grupos de supervivientes escribiendo en *Facebook*, pero uno especialmente, le llamó la atención. Se llamaba «Yo sobreviví al Día de Canarias». Intentaba poner en contacto a las personas que habían sobrevivido al 30-M y se encontraban ocultas sobreviviendo como podían. Lo había creado un chico canario y, por el momento, contaba únicamente con tres seguidores. Ricardo comenzó a escribir contando su situación. Al menos tres personas en España sabrían que al otro lado del mundo, había un superviviente español atrapado en Mongolia.

Las respuestas fueron inmediatas. Los tres respondieron dándole ánimos y pronto comenzaron a charlar animadamente. Como recordaría Ricardo en el futuro cada vez que pensaba en cómo empezó todo, esas conversaciones fueron lo que lo mantuvieron con vida en aquellos momentos tan difíciles.

#### *La Laguna, España*

Tras recuperarse del susto y vendarse el brazo, Álex había reunido el coraje suficiente para abrir la verja de la venta y sacar el cuerpo del reidor a la calle. Había recolocado como pudo el techo de fibra que había roto al caer sobre el patio. No quería que se mojara el almacén en caso de que lloviera. Además, en el patio interior no se oía a los vecinos, tan solo ruidos y risas chillonas. Probablemente ya no quedaba nadie sano en todo el bloque y todos se habían transformado en reidores. Encerrados en sus casas, incapaces de abrir una simple puerta. Esto le volvió a recordar la mordida en su brazo y el aciago destino que le esperaba.

En la caída, su portátil quedó totalmente destrozado y sin posibilidad de reparación. Solo le quedaba el móvil. Por el momento tenía suministro eléctrico. El agua continuaba saliendo de color marrón por el grifo. De todas maneras, por lo que pudo comprobar, en el almacén había más de cincuenta garrafas de ocho litros. Si la racionaba y recogía agua de la lluvia que cayera por el patio, podría ir aguantando. Pero para eso tendría que llover. Bueno, al fin y al cabo estaba en La Laguna, que lloviera en junio no era tan extraño.

Usaba el móvil para intentar contactar con su familia y con algunos amigos. Como a través de *emails* la comunicación era lenta, había creado un grupo de *Facebook* de supervivientes a los que pronto se habían agregado los dos amigos con los que había conseguido contactar. Así se pasaba el día acompañado, chateando por Internet sobre lo que estaba ocurriendo. Además, si había algún movimiento organizado de rescate, todos sabían dónde se encontraba cada uno de ellos. Todos tendrían más posibilidades de sobrevivir.

Se sorprendió muchísimo cuando otro superviviente más había solicitado unirse a su grupo. Su *nick* era *Ulán Bator* y su perfil no tenía foto. Por lo que escribió en su presentación, era de España y estaba atrapado en la misma situación que todos, pero en un hotel en Mongolia. Álex lo admitió y pronto estuvieron chateando sobre lo que les había ocurrido.

Era increíble que se estuvieran comunicando de una parte a otra del mundo en mitad de un Apocalipsis. Gracias a estas conversaciones, ambos se enteraron de cómo era la situación al otro lado del mundo. En cuestión de horas se habían sumado otras tres personas al grupo. Mientras tuvieran suministro eléctrico formaban una red desde la que podrían conocer la situación en diferentes partes del mundo.

# X

*Ulán Bator, Mongolia*

*9 de junio de 2012*

Un fuerte estruendo despertó repentinamente a Ricardo de su estado de duermevela. Rápidamente se incorporó y agarró el martillo que había encontrado en el cuarto de mantenimiento y que conservaba como única arma disponible. Aturdido por el sonido, deambuló de un lado a otro de la habitación. Abrió la puerta y observó el pasillo. Nada. Se aventuró a salir y cubrió el pequeño tramo de escaleras que lo separaban de la azotea del edificio. Su cuerpo se estremeció al sentir el fresco de la mañana. Era una sensación reconfortante. Aquel sonido lo envolvía y rebotaba por todas partes, de manera que no supo determinar de dónde provenía. Dos fugaces sombras cruzaron su cabeza. ¡*Eran cazas del ejército!* No era experto militar así que no supo discernir de qué modelos se trataba, ni a qué ejército pertenecían. Iban dejando dos grandes estelas blancas en el cielo. La silueta era apenas un punto alargado, como un cohete. Tan pronto como aparecieron se perdieron en el horizonte. Iban tan deprisa que a duras penas hubieran sido capaces de ver su mensaje de auxilio en la azotea del edificio. Al menos esto suponía un gran cambio de estrategia con respecto a las últimas semanas. La única actuación del ejército que había presenciado Ricardo desde el comienzo de este episodio de caos y desolación, habían sido los escuadrones de la muerte que estaban acabando con toda la población de la zona. Se quedó en la azotea por un tiempo, esperando a ver alguna otra actividad, pero la mañana continuó tranquila y sin más movimientos. Así que al par de horas, volvió a la habitación a desayunar su habitual bolsita de galletas saladas.

\* \* \*

Era por la tarde y comenzaba a oscurecer cuando Ricardo volvió a oír otro sonido. Esta vez mucho más lejano y amortiguado. Subió a la azotea en busca del origen. A lo lejos, en el centro de la ciudad se alzaba una columna de humo. Un momento después, volvió a escuchar de nuevo el mismo sonido. Era como un cañonazo amortiguado y distorsionado por los ecos lejanos. Segundos más tarde de haber escuchado el sonido, observó cómo, por la misma zona, se elevaba una bola de fuego naranja hacia el cielo. El fuego dejó paso a una espesa nube negra y grasienta que se elevó junto a la anterior. Estaba teniendo lugar un combate dentro de la ciudad. Si la lucha se desplazaba hacia la periferia y llegaba hasta el hotel donde él se encontraba, podía encontrarse en una grave situación.

Continuó observando hasta que la luz se extinguió con el atardecer. Ahora, en la negrura de ciudad en la que ya no había suministro eléctrico, tan solo resplandecían hogueras por diferentes puntos del centro. Justo donde se habían producido combates durante el día. Continuó observando pero no volvió a oír ninguna explosión más. No sabía quiénes se estaban enfrentando, pero por lo que parecía, uno de ellos había ganado la batalla.

No fue hasta avanzadas horas de la noche, que volvió a oír sonidos de nuevo. Esta vez, el traqueteo pesado producido por un convoy de vehículos militares. Pasaron muy cerca del edificio del hotel desde el que observaba oculto entre las sombras. Los vehículos usaban faros para alumbrarse. La columna la abrían varios tanques del ejército chino, del tipo 99. Aunque Ricardo no sabía identificar el modelo de vehículo, le bastó ver que era un tanque camuflado en caqui y verde oliva con una estrella roja, para saber que eran chinos. *Los chinos invaden Mongolia* —pensó conmovido—. La idea de que el numeroso ejército chino rebasara sus fronteras en un mundo desprovisto de gobiernos era escalofriante. Pero Ricardo quedó desconcertado al ver que junto al convoy caminaban incontables hordas de «reidores» —como comenzaban a llamarlos en Internet—. *¿Qué demonios hace el ejército chino con esta gente?*

Caminaban en manadas definidas, oteando con sus hocicos el aire mientras avanzaban. Muchos ya no tenían ni siquiera restos de ropa encima. Desde donde observaba solo se veían como una multitud de sombras oscuras con movimientos espasmódicos, como los de los pájaros. Asomando por la escotilla sobre uno de los tanques, bien iluminadas por los focos, iban dos mujeres. Estaban completamente desnudas salvo por una especie de cascos de aspecto aparatoso y no parecían afectadas por el síndrome deshumanizante que padecía el resto de la hueste. La actitud que mostraban le hizo pensar a Ricardo que bien podrían estar al mando de la prole. *Pero ¿quién pilotaba los tanques? ¿Acaso aquellas criaturas serían capaces de hacerlo?*

Ricardo los había observado de cerca y sabía que su comportamiento era más parecido al de un animal salvaje que al de una persona. De hecho, no eran capaces siquiera de abrir puertas usando el pomo. Su propia supervivencia se había basado en ese hecho. Pensaba que sería algún tipo de enfermedad psicológica que afectaba al comportamiento y que se transmitía de un sujeto a otro por medios físicos. Pero lo que estaba viendo ahora le hacía pensar que esa organización respondía a unos planes preconcebidos de contagio. *Los afectados por el síndrome son la base de un ejército. Pero ¿el ejército de quién?*

Incluso le pareció ver pintada malamente una insignia negra sobre la estrella roja en algunos de los tanques. El símbolo tenía forma de letra «M». A Ricardo se le antojó un cierto parecido con el logo de *McDonald's*, pero en negro.

Cogió el móvil y comenzó a escribir todo lo que había visto para compartirlo en el grupo de supervivientes. Quizá lo que estaba ocurriendo aquí se repetía en otras partes del mundo.

Mientras escribía, la actividad en la página era frenética. Su noticia había causado conmoción y todos los supervivientes conectados lo bombardeaban a preguntas. Nadie pudo ofrecer una explicación para lo que Ricardo —Ulán Bator en *Facebook*— había visto. Pero lo que sí corroboraban todos era que los reidores habían comenzado a unirse por manadas y ya no actuaba solos, como al principio. Hasta el momento nadie había observado que esas manadas tuvieran un líder o respondieran a órdenes concretas. De esta manera, entre preguntas y respuestas, fue como el usuario Ulán Bator repentinamente se desconectó. El resto de usuarios no supo por qué había cerrado su *Facebook*, abandonando la conversación en su punto más álgido. Aún quedaban muchas dudas por responder. El hecho del que había sido testigo cambiaba todas las teorías que se habían formulado hasta el momento acerca de lo que estaba ocurriendo en el mundo. Pero Ulán Bator no continuó aportando datos a aquella conversación. Había agotado la batería de su móvil y con ella, su única posibilidad de comunicación con el exterior.

A partir de ahora estaba solo.

*La Laguna, España*

Alex sujetaba entre sus manos una taza de oscuro café humeante. Bebió un sorbo y notó como el líquido caliente y amargo se deslizaba por su garganta, reconfortándolo. Volvió a consultar el móvil para comprobar si habían colgado alguna novedad. Nada. Desde ayer no tenía noticias de Ulán Bator. Se había desconectado justo después de colgar aquel hecho insólito que había observado. El ejército chino conduciendo hordas de reidores. Además, China había sido el primer país en cerrar sus fronteras, antes incluso de que se desencadenara todo. *¿Sería todo esto un plan del Gobierno Chino?* Era demasiado descabellado, incluso para ellos. Habían plagado el mundo entero con sus tiendas y restaurantes. Les habría sido posible introducir en sus productos algún agente de contagio, que dejara fuera de juego al resto de países del mundo, para después ellos comenzar una conquista a gran escala. Era posible, pero poco probable. Esa hipótesis tenía varios cabos sueltos. Primero, los chinos tendrían que haber

desarrollado un agente biológico indetectable que enviaran a todas partes del mundo y después, necesitaban coordinarse para activarlo a la vez. Una conspiración así le recordaba a Álex la que había orquestado Felipe IV de Francia «El Hermoso» para acabar en su época con los templarios. El monarca había enviado mensajes cerrados a todos los rincones de su reino, con la orden de apresar a los caballeros templarios y requisar todos sus bienes. Esos mensajes iban acompañados de la orden estricta de no ser abiertos antes del trece de octubre de mil trescientos siete. Así fue como coordinó la operación a mayor escala que se había producido hasta el momento. Esto ocurrió en pleno medievo y sin ningún tipo de comunicación en tiempo real.

Era cierto que los chinos poseían colonias en las ciudades y países más importantes del mundo. Además, sus negocios tan solo contrataban personal chino y el dinero era depositado en bancos chinos. Internet estaba lleno de advertencias en contra de estos modelos de economía parasitaria China. No solo era una competencia que acababa por arruinar al resto de negocios de la zona, sino que no generaba riqueza al país que los acogía. Ni puestos de trabajo, ni dinero. Y para colmo, en la mayoría de países contaban con unas inmejorables condiciones fiscales. Pero de ahí a que fueran bases del gobierno chino para lanzar un ataque biológico masivo al resto del mundo...

Por el momento, en el grupo de supervivientes no se descartaba nada y había seguidores que apostaban firmemente la teoría de la conspiración China. Aparte de a Ulán Bator, habían perdido el contacto también con dos miembros más del grupo. Esas ausencias comenzaban a ser inquietantes, podía haberles ocurrido algo. Puede que estuvieran en apuros y nadie pudiera ayudarles. O también podían haber sucumbido ante los reidores. Devorados o formando parte de ellos. Al pensar esto, Álex sintió un escalofrío y se estremeció. Miró la venda de su brazo, donde el reidor le había mordido hacía tres días. Retiró la venda y miró la herida. La piel se había desgarrado en forma de media luna y la herida estaba punteada con las heridas que le habían producido cada diente. La zona estaba enrojecida, como si se hubiera infectado, y alguno de los orificios supuraba pus. La estaba tratando con yodo y toda la zona estaba teñida de amarillo. Cubrió de nuevo la herida e intentó centrarse en otra cosa.

Una algarabía en la calle llamó su atención. Se dirigió a la parte principal de la tienda. Junto a la puerta había un intenso olor a podrido. Fuera, el cuerpo del reidor que le había atacado se pudría al sol. Tapándose la nariz con la mano, abrió la puerta tras la reja para observar la calle.

Afuera, un grupo de jóvenes armados con escopetas estaban subidos en la parte trasera de una furgoneta mientras vociferaban y gritaban en todas direcciones. La furgoneta se detuvo y, poco a poco, varias hordas de reidores comenzaron a salir de sus oscuros escondites, atraídos por el ruido. Cuando la multitud intentó alcanzar el vehículo, este avanzó y los reidores comenzaron a perseguirlo. Entonces oyó los estampidos producidos por las escopetas al abrir fuego. Era una trampa para reidores. Había supervivientes que se estaban organizando y les estaban combatiendo.

Álex estaba emocionado por haberse encontrado con aquel grupo de supervivientes. Su primer impulso fue salir y unirse a ellos, pero antes de dejarse llevar por sus emociones recapacitó. No los conocía de nada. *¿Qué les impedía matarlo a él también y quedarse con su pequeño almacén de víveres?* Nada. Absolutamente nada. No había ley, ni forma de gobierno. Imperaba la ley del más fuerte. Y ellos eran tres, si contaba al conductor, y estaban armados. Álex solo contaba con el cuchillo de cocina, que hasta ahora le había servido más bien de poco. Además, si le descubrían la herida en el brazo probablemente, lo mataran sin pensárselo dos veces.

Así que, con gesto decepcionado y sombrío cerró la puerta de la venta con cuidado de no ser visto. Fuera, continuaba la algarabía coreada por decenas de risas chillonas a ritmo de escopetazos. Siguió así por algo más de media hora. Al menos habían limpiado la zona de reidores. Quizá ahora pudiera aventurarse a salir para reunirse con

alguno de sus amigos del grupo de supervivientes de Internet. Cuando se disponía a sentarse a seguir la última hora de los comentarios de su grupo a través del móvil, sintió cómo alguien zarandeaba la verja exterior de la tienda. Su corazón dio un vuelco en el pecho.

—¡Aquí, chicos! —gritó una voz desde el otro lado— creo que he encontrado comida. Y Álex pudo escuchar como dos personas más llegaron y se detuvieron ante la puerta principal. La única puerta de la venta, y comenzaban a forzarla.

# XI

Madrid, España  
11 de junio de 2012

Habían utilizado el zepelín en dos operativos en los últimos tres días. En uno de ellos Eva había pilotado sola la aeronave. Ahorrar combustible, mantenerse a la vista y fuera de alcance resultó ser de gran ayuda contra el enemigo al que se enfrentaban. Tal fue así, que el alto mando había localizado los astilleros españoles de *Turtle Airships*, una empresa española que estaba desarrollando unos enormes dirigibles de uso comercial que se alimentaban a base de paneles solares colocados por la superficie de la envoltura. Estaban diseñados para cubrir la ruta París-Nueva York, pero el proyecto se había ralentizado debido a la recesión económica y aún no había visto la luz. Ahora, bajo la autoridad que le confería el Estado de Excepción, el ejército había requisado los dos prototipos que se habían ensamblado en la fábrica española de aeronáutica *EADS CASA* en Getafe. Los *Turtle* tenían una considerable capacidad de carga y sustentación. Estaban alimentados por un motor híbrido que usaba la energía solar captada por las células fotovoltaicas de la cubierta. Cuando esta se agotaba, o era necesario mayor potencia, podía valerse de unos motores diésel acoplados. La estructura de aluminio contenía un depósito de Helio que mantenía a la aeronave en suspensión sin consumo de energía. Estas plataformas volantes podrían servir tanto como hospital de campaña volante, como base de operaciones móvil.

Físicamente la nueva gamma de dirigibles era impresionante. Debían tener más de cien metros de eslora y su forma era un poco más achatada que la de un zepelín convencional. Unos alerones de proa adicionales de conferían un aspecto amenazador, como el de un gigantesco tiburón volante.

Eva cumplía con su obligación con el ejército debido al estado de las cosas. Continuar con lo que estaba haciendo era la mejor opción que tenía, la más segura. Pero nunca había sentido el más mínimo interés por la aeronáutica o por los aviones. A pesar de ello, el diseño de los *Turtle* era tan fascinante que compartía la misma inquietud que tenía el teniente Horacio por poder pilotar una de esas moles del aire. Pero tendrían que esperar. Hoy la base de *Barajas* esperaba visita. Los máximos responsables militares de las provincias controladas con las que se mantenía el contacto asistían hoy a la reunión más importante desde que se declaró el Estado de Excepción.

Algo había ocurrido a nivel mundial y un representante de las Naciones Unidas aterrizaría en pocas horas en el aeropuerto para comparecer y explicar la situación actual de Europa a los mandos españoles.

La epidemia se continuaba extendiendo. Nadie conocía aún las causas del contagio ni los grupos de riesgo. Simplemente ocurría. En un momento, una persona se estaba comportando con total normalidad y en cuestión de segundos —como le había ocurrido a Mark— se volvía frenético. Todos en la base tenían la orden de ir en parejas y de esposar a cualquiera que presentara los síntomas. Uno de los almacenes vacíos del aeropuerto se estaba utilizando para tratar a los afectados. Aunque por el momento no se había encontrado ninguna cura para ese estado y muchos morían si una causa aparente. Otros en cambio, habían sobrevivido en ese estado y tenían que ser sedados por presentar un verdadero riesgo para los médicos que los trataban. Habían disminuido las muertes en la base desde que estaban trabajando por parejas, pero aún así, mientras no se determinaran las causas que provocaban esta reacción, no se procedería al rescate de supervivientes. Tener en la base a un grupo numeroso de refugiados podría repetir el episodio del Santiago Bernabéu a pequeña escala y acabaría con la única resistencia presentada ante la *amenaza*.

Eva permanecía en uno de los barracones leyendo un libro que había traído en su mochila. Una de las pocas posesiones personales que aún conservaba desde antes del Apocalipsis. Era el primer libro de una trilogía, el famoso *Best Seller* de Stieg Larsson

«Los hombres que no amaban a las mujeres». Siempre era la última en leer los libros de moda, su trabajo nunca le permitía tener demasiado tiempo libre para la lectura. Ahora no tenía mucho sentido leer la primera parte de una trilogía de la que difícilmente conseguiría encontrar las otras dos partes. El ajetreo que se formó entre los soldados del barracón la devolvió a la realidad. Habían allí muchos técnicos aeronáuticos que se encontraban de servicio el fatídico día en que empezó todo y habían sido enrolados sin opción en el ejército, más o menos como le había ocurrido a ella. Todos corrían de un lado para otro, algunos se cambiaban el mono de trabajo que usaban a diario por el uniforme reglamentario. Nadie quería perderse la esperada reunión. El avión del representante de la ONU estaba a punto de aterrizar en suelo español.

Desde ayer habían llegado generales y coroneles desde diferentes puntos de la geografía española. La mayoría llegaba en pequeños aviones militares mientras que algunos, los más cercanos, se habían desplazado en helicóptero.

En el extremo de la pista 33R del aeropuerto se divisaba ya un *Bombardier* CRJ-200 con el tren de aterrizaje desplegado. Cuando por fin tomó tierra estaba lo suficientemente cerca para que se leyeran las letras que llevaba a ambos lados del blanco fuselaje: *UNITED NATIONS*.

Se abrió la puerta lateral y bajaron siete personas, todas en traje de chaqueta. Aunque vestían elegantemente no tenían buen aspecto. Sus caras demacradas daban a entender que no habían dormido en las últimas horas. Encabezando el grupo iba Alain Le Roy. Le Roy se había encargado de las operaciones de pacificación de la ONU. Primero en Sarajevo, luego en Kosovo y más recientemente en el Congo. Era un hombre alto y canoso, rondaba los sesenta pero tenía unos rasgos atractivos, a pesar de la decrepitud que presentaba ahora mismo.

Antes de hacer público el comunicado, los líderes militares y los representantes de Naciones Unidas mantendrían una reunión previa a puerta cerrada.

\* \* \*

La reunión había durado más de lo esperado. Un breve encuentro de una hora se había convertido en una reunión a puerta cerrada que había durado ya más de cuatro horas. El ambiente en toda la base era tenso, más aún cuando repentinamente se dieron dos casos de súbita transformación. Uno de ellos fue particularmente agresivo y tuvo que ser reducido a tiros. Se trataba de un joven cabo del ejército. Era muy apreciado por sus compañeros y presentaba una impecable hoja de servicios. Había sido veterano de Afganistán en el dos mil diez y estaba a punto de promocionar a sargento. El otro fue uno de los técnicos aeronáuticos de *Barajas*. Había sido sedado y se le había trasladado al «hangar de los malditos», como lo empezaban a llamar los soldados de la base. Esto había enturbiado los ánimos de todos los miembros de la base y la moral estaba más baja que nunca. Pero aún podría bajar más.

Súbitamente, la puerta de la oficina que usaba el general como centro de mando se abrió. Todos salieron con gesto grave en el rostro. Alain Le Roy se subió al atril que habían colocado para el comunicado y un intérprete del ejército se colocó a su lado. Tras él se colocaron todos los mandos que habían acudido a la reunión desde los diferentes puntos del país. Había un surtido y variopinto grupo de militares de los tres ejércitos. En Barcelona, las operaciones las dirigían los GOE's<sup>[5]</sup>, la Brigada de la Legión habían tomado el mando de la zona de Almería y Levante, junto con Ceuta y Melilla al norte de África. La situación en el norte de África era tan desesperada que se temía por estas dos ciudades. Los afortunados que tuvieron acceso a Internet antes de servir bajo el mando militar hablaban de rumores que apuntaban que las peores situaciones se habían vivido en el continente asiático y africano. Siempre eran los continentes con las condiciones más duras, incluso cuando el mundo era «normal».

Prácticamente todo el personal de la base estaba atento a las palabras del representante de la ONU. Muchos, los que sabían inglés, iban cambiando las



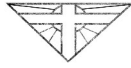
expresiones de sus rostros a medida que Le Roy hablaba. Eva y el resto de «monolingües» tenía que esperar a que el intérprete fuera traduciendo el discurso. Con algunos segundos de desfase, a Eva se le heló la sangre en las venas al oír el comunicado.

—El día siete de junio, a las 21:00 horas, hora española, Estados Unidos fue bombardeado de forma intensiva con armamento nuclear. El diez por ciento de la superficie del país fue arrasada en un primer y contundente ataque sorpresa. Se estima que las áreas inmediatamente afectadas se extenderán al treinta por ciento de la superficie en las próximas cuarenta y ocho horas, afectando a la mitad de la superficie en el plazo de un mes. El repentino e inesperado ataque cogió desprevenido al operativo de defensa, de tal manera que muchos de los objetivos incluían centros de control, núcleos de población o posibles localizaciones del arsenal del país. Inmediatamente los Estados Unidos lanzaron un ataque nuclear en respuesta que se dividió entre objetivos diversos entre los países supuestamente atacantes: China y Rusia. La zona oriental de China y el sur de Siberia han sido declaradas zonas de catástrofe. Existe peligro de contaminación por radiación en diversos países de la Europa del este, Asia, Canadá y México. Los motivos que hayan tenido estos países para llevar a cabo este acto atroz nos son desconocidos, así como la relación entre este ataque repentino y la *amenaza* a la que nos enfrentamos.

Estados Unidos ha ordenado el repliegue de todas las tropas que había repartidas en diferentes misiones por el mundo, con la orden de regresar para encargarse de la defensa del país. Pero un virulento brote de la *amenaza* tras el ataque los ha dejado sin capacidad organizativa. El mando de las tropas estadounidenses en retirada ha recaído sobre la ONU, que en estos momentos se dispone a celebrar una cumbre extraordinaria para exponer los últimos avances obtenidos en la lucha contra la *amenaza* y para coordinar el despliegue de fuerzas internacionales con la esperanza de frenar el inminente avance de las tropas asiáticas sobre Europa.

El silencio en la base era espectral. El contemplar a una multitud como la que había allí reunida en absoluto silencio era escalofriante. Tras una pausa dramática, Le Roy prosiguió.

—Tengo el amargo deber de comunicarles, que a partir de ahora estamos en guerra.



# LOS PUROS

La cuestión es el precio de la pureza.

*Humberto Gessinger*

## XII

*La Laguna, España  
11 de junio de 2012*

Comenzaba a amanecer. La humedad de la noche empezaba a desaparecer con los primeros rayos del sol. Álex tenía el cuerpo entumecido y la cabeza aturdida por la falta de descanso. Estos dos últimos días habían sido una experiencia muy dura y desagradable.

Dos días atrás, el grupo de supervivientes armados había descubierto su pequeño refugio de víveres y habían forzado la entrada. Álex pensó que su historia acabaría allí mismo. Cuando ese grupo de personas armadas lo descubrieran allí, lo matarían. Más aún si descubrían la mordedura en su antebrazo. Los había visto actuar ahí fuera. Eran salvajes y no tenían ningún tipo de escrúpulos. Habían matado a más de medio centenar de reidores apenas sin parpadear. La venta únicamente tenía como acceso la puerta principal que estaban forzando y por el patio por el que había descendido le era imposible subir. Desesperado mientras escuchaba cómo la puerta principal cedía ante los golpes de aquellos individuos, había recogido lo que pudo cargar en una pequeña mochila y buscó un sitio donde esconderse. Su esperanza es que saquearan el lugar pero no se quedaran dentro. Pero en el último momento cambió de opinión. Si registraban el lugar en busca de víveres acabarían encontrándolo. Buscó con rapidez dónde podría meterse. Quizá podría subir y esconderse sobre el techo de fibra de vidrio del patio. No —pensó— *es traslúcido, podrían ver mi silueta.*

Oyó cómo la verja caía ruidosamente sobre los cristales rotos de las puertas. Después, unas pisadas hicieron crujir los trozos de cristal en el suelo. ¡Estaban dentro! Álex miraba nerviosamente hacia todas direcciones sin saber exactamente qué buscaba. De repente vio la pequeña ventana que daba a la escalera de la comunidad. Era estrecha, con hojas de cristal biselado abatibles. Más bien era un respiradero que aportaba algo de luz a las oscuras escaleras interiores del edificio. Rápidamente se subió sobre una estantería de metal y comenzó a retirar las láminas de cristal del ventanuco. Las pisadas que hacían crujir los cristales del suelo avanzaban lentamente hacia el interior del almacén. No tardaron en incorporarse otros dos grupos de pisadas que entraron en la tienda. Se movían muy cautelosamente. Intentando no hacer ruido y con la frente perlada en sudor, Álex fue depositando en la estantería de al lado todas las hojas de cristal, hasta que la abertura de la ventana quedó despejada. Al otro lado, tan solo veía la oscuridad de la escalera. Apoyándose con ambos brazos impulsó su cuerpo a través del agujero. La ventana no tendría más de cuarenta o cuarenta y cinco centímetros de diámetro. Pasó primero los brazos y después con un poco de esfuerzo su cintura. Pero cuando llegó a las caderas su cuerpo quedó atorado por un momento. No alcanzaba a la barandilla de la escalera para poder ayudarse tirando y con sus pies no encontraba a ciegas un apoyo para poder impulsarse. Respiraba tan aprisa por la situación que los brazos comenzaron a dormírsele. Con un último esfuerzo logró apoyar la punta del pie en la estantería de metal en la que se había subido y se impulsó hacia adelante. Con el nuevo empujón su cadera salió por el otro lado y quedó tumbado boca abajo sobre el descansillo de la oscura escalera. Pero con muy mala suerte el último empujón sobre la estantería se convirtió en un ejemplo práctico de la *Ley de acción y reacción* de Newton. La estantería ejerció a su vez una fuerza idéntica a la de Álex, pero en sentido contrario y cayó al suelo provocando un enorme estruendo.

Casi sin aliento al oír el escándalo que había causado, no se le ocurrió otra cosa que salir corriendo. Su primer instinto fue bajar a la puerta principal y salir a la calle. Así que se precipitó escaleras abajo, abrió el portal y corrió por la calle. Fuera se encontraba la furgoneta de aquellos tipos y la calle estaba plagada de los cadáveres de todos sus vecinos convertidos en macabros reidores. Nada más comenzar a correr, oyó a su espalda cómo le gritaban.

—¡Alto! ¡Quieto o disparo!

Álex en ese momento recapacitó sobre la tontería que acababa de hacer y se detuvo en seco. Alzando ambas manos se dio la vuelta hacia la voz. Los tres tipos habían salido de la venta y estaban apuntándole con las escopetas.

—No voy armado —les dijo Álex— no busco problemas.

—¿Por qué corrías? —le preguntó uno de ellos, con aspecto de motero.

—Oí los disparos y me asusté. Después asaltasteis mi refugio —respondió Álex señalando con la cabeza en dirección a la venta.

—¿Este era tu refugio? —le preguntó el que le había dado el alto la primera vez— hay muchas cosas ahí para una sola persona.

A Álex no le gustó el tono de esa última frase.

—Ven, acércate aquí —continuó el tipo de la escopeta.

—Podéis quedaros con todo —contestó Álex asustado— buscaré otro sitio donde esconderme.

—¿Esconderte? ¿Para qué esconderte? ¿Es así como pretendes acabar con este problema?

—Tarde o temprano llegará la ayuda internacional —respondió Álex sin saber muy bien qué decir.

Finalmente ayudó a esos tipos a saquear los víveres de la venta —*a saquear su propio refugio*— y cargarlos en la furgoneta. Después lo montaron a él mismo en la parte de atrás y se pusieron en marcha. Álex vio cómo la venta se quedaba atrás. Abierta y con la puerta destrozada. Mientras se alejaba pensó que nunca más volvería a ver su casa y eso le llevó a pensar en sus padres. En los últimos días había tratado de reprimir ese tipo de pensamientos.

Subieron a las colinas que rodeaban el valle en donde se ubicaba la ciudad de La Laguna. Esa zona se llamaba *El Bronco* y estaba formada por casitas dispersas y cuevas reconvertidas. Sí, en *El Bronco* la gente aún vivía en cavernas. Abandonaron el camino de tierra principal para meterse por una gruta más escarpada. Al final del camino un barranco interrumpía el paso. Había una huerta en la pendiente de una montaña, hacia el lado derecho. Al final de la huerta se abrían las oscuras bocas de sendas cuevas. Los bordes del camino estaban llenos de latas y basura desperdigadas. Al lado izquierdo, el chasis de un viejo coche sin ruedas ni cristales se oxidaba a la intemperie.

Se detuvieron y de las cuevas salieron varias personas de aspecto abigarrado. Habían siete hombres y tres mujeres, una de ellas muy anciana. Todos guardaban una semejanza, por lo que Álex dedujo que eran miembros de una misma familia.

Los ayudó a descargar los víveres, sus propios víveres, en una de las cuevas. El interior de la cueva era húmedo y al entrar un desagradable olor lo golpeó como si de algo sólido se tratase. Había un hornillo de camping encendido y una olla de latón se mantenía encima en un asombroso ejercicio de equilibrio. Algo líquido burbujeaba dentro de ella impregnando de un oloroso y húmedo vapor el interior de la cueva. Por todos lados habían tirados sacos de dormir y mantas, todas manchadas de lo que parecía barro. Amontonaron las cajas de comida en el fondo de la cueva, justo donde la pared rocosa parecía más húmeda.

Sobre una caja de madera había un radiocasette ocupando un lugar privilegiado dentro del aparente desorden del campamento. Ya para cuando hubieron descargado toda la furgoneta comenzaba a oscurecer.

Apenas hablaban con Álex, ni siquiera para interesarse por su historia o por lo que hacía allí, algo que ni él mismo sabía a ciencia cierta. Se sentaron todos sobre las mantas sucias en torno al caldero de lo que resultó ser una sopa y repartieron una ración a cada uno, incluido él, en unas desgastadas tazas de aluminio. Antes de que nadie probara si quiera un sorbo, la mujer anciana bendijo la comida.

—Señor, bendice estos alimentos que vamos a recibir, y permítenos continuar con nuestra labor, obedeciendo tu voluntad, no nos dejes caer en la tentación de abandonar el Camino y bendice a nuestro santo patrón Francisco José, por los siglos de los siglos.

—¡Amén! —corearon todos, incluido Álex, que no consideraba prudente ofender a un grupo numeroso de personas armadas.

Mientras cenaban encendieron la radio. Había muchas cadenas que continuaban emitiendo su programación, aunque la mayor parte de la emisión estaba formada por música enlatada. Había cadenas de noticias que emitían las veinticuatro horas sin interrupción. Álex en todo este tiempo no había escuchado la radio. Tan solo se mantenía informado por las noticias que aparecían en Internet y a juzgar por la información que manejaban los «cavernícolas» —así era como Álex había bautizado en privado a este grupo de supervivientes— él estaba mucho más al día de lo que estaba ocurriendo a nivel global.

Los «cavernícolas» sintonizaban una emisión de lo más extraña. No era ninguna cadena convencional que Álex conociera. Una seductora voz de galán, quebrada por el tabaco, emitía consejos de supervivencia mezclados con mensajes religiosos de esperanza. Proclamaban el Camino Neocatecumenal y relacionaban directamente la situación actual con una pérdida de la fe y el ataque de los demonios a la llegada del Anticristo. Además animaba a la lucha armada contra los demonios, que era como llamaban a los reidores. Su creencia era que al matar su cuerpo, se exorcizaba al demonio y se liberaba el alma de la persona poseída.

Durante los dos días que estuvo Álex conviviendo sobre una de esas mugrientas mantas con los «cavernícolas» esa fue la rutina diaria.

\* \* \*

Álex se incorporó con los miembros entumecidos por la humedad. Se puso la chaqueta y salió afuera de la cueva. El día comenzaba a despuntar y las vistas desde el borde del barranco eran magníficas. Se alejó por uno de los bordes y se puso a orinar. Un ruido a su espalda le interrumpió la meada. Era Manu a su espalda. Manu era el tipo grande y gordo, con barba y pelo largo que le había parecido un motero desde la primera vez que lo había visto. La vez que le había apuntado con una escopeta. Llevaba unos prismáticos al cuello.

—¿Te he asustado? —le preguntó con sorna.

—No —mintió Álex— ya había terminado. ¿Ibas a algún sitio?

—Subiré a la loma para echar un vistazo a los de la base —le respondió Manu.

—¿Qué base? ¿Tenéis otra base aparte de esta?

—No. La de *Los Rodeos* —respondió Manu— los militares se han atrincherado allí.

*Los Rodeos* era uno de los dos aeropuertos de la isla. Se encontraba junto a la ciudad de La Laguna, a escasos cinco minutos. Allí se había producido el mayor accidente aéreo de la historia española, cuando por culpa de la niebla colisionaron dos aviones en el setenta y siete.

—¿El ejército? ¿Y por qué no vamos a reunirnos con ellos? Llevo días esperando que el maldito camión militar pase por mi calle —se sobresaltó Álex.

—¿Estás loco? ¿Acaso no sabes lo que significa Estado de Excepción? —le recriminó el otro— si no descubrieran nos reclutarían al instante. Estaríamos bajo sus órdenes.

—¿Y qué tiene eso de malo? ¡Es un estado de emergencia! —Álex no comprendía a reticencia de aquel tipo a colaborar— con ellos estaríamos más seguros.

—¿Eso crees? —le preguntó Manu de forma recriminatoria— los militares no tienen ni puta idea de lo que está pasando.

—¿Y qué es lo que está pasando? —quiso saber Álex— ¿Tú lo sabes?

—Sé más que ellos —le respondió escupiendo las palabras—. Sé que es un castigo divino y sé cómo matar a esos demonios.

Un destello de locura en los ojos de aquel hombre le hizo pensar a Álex que sería

buena idea dejar la conversación. Sabía que había militares en la zona y ya sabía hacia dónde ir. Pero primero tendría que salir de allí, porque a los «cavernícolas» su plan no les iba a hacer ni pizca de gracia.

## XIII

*La Laguna, España  
12 de junio de 2012*

Habían salido nuevamente a buscar víveres. A buscar víveres y a «exorcizar» —como ellos lo llamaban— a todos los demonios que encontraran. Además de colaborar con el resto de tareas del campamento, a Álex le habían destinado también al grupo de exploración. Lo habían acogido entre ellos como uno más, sin preguntarle siquiera si era lo que quería. No importaba, Álex había escondido algo de comida esta mañana en su mochila. Pensaba escabullirse de su grupo al menor descuido. Intentaría alcanzar la base de *Los Rodeos*. Ese era su plan.

Aunque lo trataban como a uno más, con la misma brusquedad en los modales y apenas sin dirigirle la palabra, no le habían confiado ningún arma. No había ningún dispositivo para acceder a Internet en el campamento. La única comunicación que mantenían con el exterior era a través de aquella vieja radio. Y lo único que escuchaban eran las extrañas transmisiones religiosas. Cuando había preguntado que por qué no tenían acceso a Internet le habían puesto mala cara y le explicaron que Internet era una herramienta del demonio y que los auténticamente puros de espíritu evitan esas tentaciones. Tras ese comentario decidió no hacer más preguntas y ocultar su móvil, ya que se lo arrebatarían si se lo encontraran. Desde que estaba en el campamento no había podido saber nada más de su «cibergrupo» de supervivientes.

Iba en el cajón trasero de la furgoneta junto con el motero y otro más de aspecto rudo y con un raído suéter de lana de colores llamativos. Los asientos delanteros los ocupaban otro hombre y una mujer. Antes de arrancar rezaron en alto un *Padre Nuestro*. Álex movió los labios como si lo recitara, pero lo cierto era que lo había olvidado. Su madre le había enseñado la oración de niño cuando iba a realizar la primera comunión. Pero poco a poco fue abandonando la fe y ese había sido uno de los motivos que lo distanció de sus padres.

El zarandeo de la amortiguación al circular por la carretera de tierra estuvo a punto de tirarlo por fuera del vehículo. Esto les provocó una sonora carcajada a Manu y a su compañero del suéter de colores.

Esta vez se dirigían a una gran superficie comercial a las afueras de La Laguna. La organización del campamento de «cavernícolas» dejaba mucho que desear. Constantemente llenaban la furgoneta de víveres que consumían sin previsión alguna, teniendo que salir nuevamente a buscar. Sus saqueos eran algo parecido a hacer la compra. Aparte de eso, en la huerta por fuera de las cuevas cultivaban papas, zanahorias, lechugas y tomates. Suficiente para sobrevivir si le sumamos los huevos que aportaban las gallinas que pululaban a su aire por todo el campamento. Aún así siempre andaban cortos de tabaco. En aquel campamento los únicos que no fumaban eran los niños y las gallinas. Además fumaban un tabaco negro del que manaba un humo espeso y maloliente.

Atravesaron la ciudad y cogieron por la autopista. Estaba totalmente desierta. Álex se esperaba un colapso de coches abandonados con las puertas abiertas de la gente que intentaba huir. Pero no era así. La gente permanecía atrincherada en sus casas. Las calles estaban desiertas y el silencio era roto tan solo de vez en cuando por algún eco lejano de aquellas risas chillonas.

Justo cuando avanzaban por la autopista en dirección al centro comercial la furgoneta se detuvo. De ella se bajaron el conductor y la mujer que se sentaba a su lado. Miraban en la lejanía, algo les preocupaba. Manu se llevó los prismáticos a la cara y estuvo un momento oteando en dirección al centro comercial. Todos se miraban unos a otros pero nadie dijo una sola palabra.

—Tú decides —le dijo Manu finalmente a la mujer.

Álex no sabía de qué se trataba pero debía de ser una decisión difícil de tomar, por la

expresión en el rostro de la mujer.

—Buscaremos otro sitio.

Esto pareció molestar a Manu, que soltó un bufido de desprecio. Sin mediar palabra, volvieron a subir al vehículo y dieron la vuelta para volver por donde habían venido.

Manu le pasó los prismáticos a Álex sin que se los hubiera pedido. Le indicó una dirección a la que quería que mirase. Al colocarse los prismáticos delante de los ojos observó con dificultad, debido al movimiento del vehículo, varias figuras armadas diseminadas por el aparcamiento del centro comercial.

—¿Quiénes son? —preguntó Álex.

—Policía, militares, cualquier cuerpo de seguridad del estado —le respondió Manu— vigilan de los saqueadores. No son capaces de proteger a los ciudadanos, pero han destinado recursos para vigilar cómo se pudre esa comida ahí dentro.

—¿Y ahora, a dónde estamos yendo? —continuó Álex.

—Buscaremos alguna tienda más pequeña. No pueden vigilar todos los comercios que hay.

El ejército estaba protegiendo las zonas comerciales de los saqueadores. Si Álex hubiese permanecido más tiempo oculto en aquella venta, solo hubiese sido cuestión de tiempo que lo encontrasen.

\* \* \*

Entraron en el local rompiendo una de las puertas del aparcamiento con la furgoneta todo terreno. Era más fácil destrozar la puerta del garaje que forzar la verja que rodeaba al establecimiento. La calle estaba desierta. Ni militares, ni reidores a la vista. Álex se sentía aliviado por esto último. Sabía que el resto del grupo no evitaría un enfrentamiento con aquellas criaturas. Desde las ventanas de los edificios circundantes se notaba movimiento. Decenas de vecinos encerrados en sus casas, se sobresaltaron del ruido y observaban por las ventanas. Todos estaban atentos esperando lo mismo: el camión del ejército con ayuda humanitaria. Ese camión que nunca llegaría.

El garaje estaba en absoluta oscuridad. Dejaron la furgoneta con las luces encendidas y buscaron las puertas de acceso a la tienda. Manu y el tipo del suéter iban abriendo camino con las escopetas por delante. Las llaves estaban puestas en el contacto por si había que salir pitando.

Después de empujar las puertas de emergencia que daban al garaje, subieron por la escalera que estaba junto al ascensor. El ascensor parecía continuar en funcionamiento pero prefirieron no arriesgarse. Al final de la escalera llegaron a la entrada del supermercado. Algo de luz se colaba por la reja del exterior, pero los largos pasillos se antojaban lúgubres y oscuros. Seis hileras de cajas registradoras esperaban en la penumbra. Lo primero que hicieron fue abrir las cajas registradoras en busca de dinero. Estaban vacías. Era lógico que cada cajera se responsabilizara de su cambio y que al finalizar la jornada se llevaran todo el montante. El supermercado no había sido abandonado, simplemente lo habían cerrado debido al estado de emergencia.

—Nosotros nos encargaremos de cubrirles —dijo Manu— ustedes vayan cada uno por un pasillo con un carro y traigan todo lo que puedan cargar. Geni, encárgate tú del tabaco.

*Ahora era el momento* —pensó Álex—. Se alejó empujando uno de los carros en el que iba metiendo todo lo que encontraba en el lineal de su pasillo. La entrada principal estaba bloqueada por la verja, así que tendría que salir por donde había entrado. Mientras Manu y el otro tipo rebuscaban en un expositor buscando algo de picar mientras vigilaban, Álex se escabulló hacia la escalera por la que habían subido. Bajó apresuradamente, siempre con la sensación de que lo estaban observando. Llegó al garaje y comenzó a correr hacia la puerta de salida. A medio camino miró a la furgoneta —aún con las luces encendidas— y se detuvo. Si la cogía se iban a enfadar bastante. Pero era absurdo ir a pie. Sería un blanco perfecto, tanto para ellos como



para los reidores. Sabía que se arrepentiría pero volvió sobre sus pasos, se metió dentro y cerró el seguro de la puerta. Cuando giró la llave en el contacto el motor arrancó a la primera con un enorme rugido. Álex metió la marcha atrás y comenzó a maniobrar para salir del garaje. Pudo oír como los tipos bajaban por la escalera gritando y vociferando. Por encima de sus voces destacaban los gritos de Manu. Sus gritos llegaron a atemorizar a Álex más incluso que los reidores. Las manos le temblaban y tenía la garganta seca.

Consiguió alcanzar la rampa antes de que los otros se asomaran por las puertas que daban a la escalera. Se comenzó a sentir mejor mientras más se alejaba del lugar. Los había condenado. Sin vehículo jamás llegarían de nuevo a su campamento. Había hordas reunidas en diferentes puntos de la ciudad. No podrían hacerles frente con solo dos escopetas. Los reidores no sentían miedo, no se les podía intimidar.

Antes de dirigirse a la base de Los Rodeos se permitió el lujo de pasar por la casa de sus padres. Cerró la furgoneta con llave —no iba a cometer el mismo error que los «cavernícolas»— y subió. Aún llevaba en el bolsillo el llavero con las llaves de su casa y una copia de las de sus padres. Entró sobrecogido, preparado para encontrarse lo peor. No había nadie. No estaba ni siquiera el gato, Talco, una bola de pelo blanca que siempre dormitaba en alguna silla o encima de algún mueble. Todo parecía ordenado, así que dedujo que habían salido en los primeros días hacia algún otro refugio. Faltaba algo de ropa en los armarios. Comprobó que la casa tenía agua caliente y se dio una ducha rápida. Llevaba varios días sin hacerlo, desde que comenzó a convivir con aquellos «cavernícolas» y se sentía bastante incómodo. Antes de salir, Álex se detuvo ante una mesa llena de portarretratos que tenía su madre en el salón. Sacó de sus marcos un par de fotos de sus padres, de él cuando era niño e incluso una de Talco. Tras esto se apresuró a marcharse directo a *Los Rodeos*.

\* \* \*

Mientras avanzaba hacia el aeropuerto vio desde el coche algunas hordas dispersas de reidores corriendo de aquí para allá por las montañas que rodeaban la ciudad. Había muchas casas dispersas a lo largo de la carretera del norte que conducía al aeropuerto. Muchas personas realizaban sus tareas domésticas en el interior, ajenas al peligro que correteaba por las montañas cercanas. Y es que realmente aún era pronto para asimilar todo esto. Hacía menos de dos semanas que todo había comenzado. Las calles estaban vacías, pero la gente permanecía en sus casas, asustados. Aún tenían provisiones y suministro eléctrico en la mayoría de ellas. Cuando eso comenzara a escasear, quizá dentro de un mes o dos, la situación sería muy desagradable. Todos esos pobres ciudadanos hambrientos, saldrían a buscar comida. Se enfrentarían unos a otros por obtenerla y los reidores serían el menor de sus problemas. Todos los que se quedaran estaban condenados. El comercio había cesado. Los servicios básicos estaban desabastecidos y nunca se sabía a ciencia cierta cuándo uno de los tuyos iba a enloquecer para engrosar las filas de los reidores.

Al pensar esto sintió un escalofrío. Sin dejar de conducir se miró la herida del brazo. Tenía las incisiones en forma de media de la mordida enrojecidas. Estaba infectada. Aparte de eso la herida, a pesar de dolerle bastante, parecía normal.

Cuando llegó al aeropuerto sufrió una gran decepción. El exterior del edificio parecía muerto. Estaba desierto y las puertas estaban cerradas. A través de los cristales pudo observar movimiento a lo lejos, en las pistas de aterrizaje. Sintió una punzada de arrepentimiento por no haber avisado a su grupo de supervivientes. Llevaba tanto tiempo desconectado que había perdido sus rutinas anteriores. Se metió en la furgoneta, echó para atrás el asiento del conductor para pasar desapercibido y encendió el móvil.

Resumió a grandes rasgos toda la información que había averiguado en los últimos días y los animó a salir de sus escondites y reunirse con él en el aeropuerto. Muchos

respondieron inmediatamente que eso era una locura. Otros estaban atrapados en edificios que se habían convertido en un hervidero de reidores. El resto no respondía. Y Ulán Bator no había escrito nada desde la última vez que hablaron. Al ver que estaba solo en esto decidió entrar sin más demora. Cogió su mochila con los víveres que había ocultado y dejó la furgoneta cerrada y con la llave en el contacto, por si alguien en el futuro la necesitaba.

Las puertas giratorias de cristal, que eran la entrada principal al aeropuerto estaban atrancadas. Recorrió la fachada exterior del complejo. Todas las entradas eran de cristal y todas estaban cerradas desde dentro. Por detrás del edificio principal se extendían las pistas de aterrizaje coronadas por dos torres de control. Una era la antigua, de cuando el aeropuerto no era más que un pequeño aeródromo. Desde el año pasado se había comenzado a utilizar la nueva, que estaba dotada con la última tecnología. Saliendo de la carretera y bajando un pequeño terraplén, Álex se encontró justo frente a la verja de la pista. A lo lejos, justo entre varios bimotores de hélice que cubrían los transportes entre islas, se habían instalado varias casetas de color verde oliva. Estaban rodeados por varios vehículos y camiones militares y a su lado había posados tres helicópteros distintos. Uno del ejército, otro de la Guardia Civil y otro de la Policía.

Álex trepó por la verja con cuidado de no engancharse en el alambre de espino que había en la parte superior. Con dificultad, alcanzó el otro lado y se dejó caer. Su corazón latía con fuerza sobre su pecho. Cada latido tenía un reflejo igual pero doloroso en su herida del brazo. Con la adrenalina fluyendo aún por su cuerpo, comenzó a correr hacia el campamento con los brazos extendidos.

Al verlo, los vigías del campamento se pusieron tensos y dieron la voz de alarma. El campamento estaba formado por un centenar de personas, entre militares, Guardia Civil, policía e incluso bomberos y personal médico. Al otro extremo de la pista había otro campamento paralelo. Un campamento de refugiados que iban llegando de todas partes para ser hacinados por los militares dentro de un perímetro enrejado.

En unos segundos tuvo como a media docena de soldados apuntándole. Le gritaron que se detuviera y cuando lo hizo, avanzaron sin dejar de apuntarle. Lo empujaron al suelo y le esposaron las manos a la espalda. Lo cachearon y le arrebataron el móvil y las fotos. También se quedaron con su mochila de víveres. No dejaron que hablara, ni tampoco le hablaron. Simplemente lo encerraron en un cuarto de aduanas en el interior del complejo.

## XIV

*Ciudad del Vaticano, Roma*  
*15 de junio de 2012*

Un avión militar de la ONU había evacuado al padre Doménico Lapuente de Senegal. Habían utilizado las instalaciones militares del aeropuerto de *Ciampino* para poder aterrizar en Roma. El espacio aéreo era un caos con esta situación y los únicos con movilidad suficiente para poder mover efectivos de un país a otro eran los militares.

El mando de la ONU había abierto una vía consultiva con el Vaticano ante el estado actual de desconcierto. Agotados todos los recursos para dar una explicación a la *amenaza*, el consejo de las Naciones Unidas había decidido intentar combatirla probando otros métodos. Estos métodos incluían el asesoramiento por parte de miembros especializados de la Iglesia que afirmaban poder explicar el fenómeno.

La presencia de Doménico se había hecho imprescindible, al haber estudiado por más tiempo el caso de los Tres Demonios de Senegal, además de ser un experto en la materia. Se había convocado un cónclave que se reuniría en el Vaticano con autoridades de la ONU para trazar una serie de actuaciones destinadas a paliar la situación actual de emergencia. El Santo Padre en persona presidiría la reunión a la que asistía la subsecretaria general de Naciones Unidas, Asha-Rose Migiro, generales de diferentes estados miembros y una amplia representación de líderes religiosos de diferentes doctrinas. Tímidamente, las autoridades estaban reconociendo que el problema al que se enfrentaban concernía más al espíritu que al cuerpo.

Un coche con la insignia blanca y amarilla del Vaticano estaba esperándole a la salida de las instalaciones del aeropuerto de *Ciampino*. Había una fuerte presencia policial y militar por todo el complejo. Aún así, no dejaban de producirse altercados cada cierto tiempo. Altercados en los que siempre moría alguien. Las fosas comunes en la periferia de las ciudades se habían vuelto un espectáculo cotidiano en el mundo civilizado. En el resto del mundo los cadáveres se dejaban donde caían mientras iban descomponiéndose al sol poco a poco.

\* \* \*

Alrededor de la mesa solo había una docena de personas, en su mayoría militares y sacerdotes. Presidiéndola se encontraba el Papa Pío XIII, flanqueado por su camarlingo, Tarcisio Bertone a su derecha y a su izquierda por el padre Andrea Cordero Lanza di Montezemolo, cardenal de Santa María in Pórtico. Junto al cardenal estaba sentado Doménico, al lado de un portátil. Al otro lado de la mesa estaban los representantes de la ONU, la subsecretaria general, representantes del comité científico, representantes de otras religiones y varios militares de paisano que funcionaban como asesores. Llevaban reunidos allí durante más de cuatro horas y aún no habían sacado nada en claro. En realidad, las intervenciones por parte de los miembros de la Iglesia se centraban en interpretaciones de la situación actual desde un punto de vista teológico. Los militares y la subsecretaria general de las Naciones Unidas eran mucho más pragmáticos y buscaban una fórmula concreta que aplicar para prevenir lo que —a falta de una definición mejor— ya habían reconocido como «posesiones». Doménico fue el encargado de abrir la reunión exponiendo el caso que había tratado directamente de la posesión de los tres hermanos en Senegal. Proyectó varias fotos de los sujetos ayudándose de un portátil y un monitor de cincuenta y dos pulgadas. Las imágenes de los rostros de esos jóvenes endemoniados dejaron sin palabras a los enviados más escépticos de las Naciones Unidas. Habían determinado que no se había encontrado un patrón físico basado en la raza, edad o especie para que se produjeran esos casos. Algunos mueren a las pocas horas de la posesión sin motivo aparente. Otros en cambio, se vuelven más fuertes y resistentes físicamente. Aparte de la tensión muscular y los derrames oculares, los síntomas de la posesión van evolucionando en las siguientes setenta y dos horas. Surge una profusa

vascularización, un aumento de la temperatura y la presión sanguínea que produce rotura de capilares y pequeñas hemorragias a nivel subcutáneo por todo el cuerpo. La pérdida masiva de cabello es apreciable a partir de las cuarenta y ocho horas. La piel del cuerpo se va oscureciendo, adquiriendo un tono oscuro y mate tras las primeras horas de posesión. La piel del rostro en cambio, presenta una palidez lívida. Muestran una insensibilidad total al dolor y por lo que observó personalmente Doménico, en general carecen de sentido del tacto. La vista, el oído y el olfato parecen conservarlos. En cuanto al gusto es imposible determinarlo con los datos de que disponen hasta el momento. Pero los rasgos físicos no son lo más sorprendente de estas «criaturas», como se refirió a ellos Doménico. El extraño comportamiento compulsivo que se manifestaba en forma de risa histérica no tenía ninguna explicación aparente. Por lo que creía Doménico, esta era una reacción de la física del cuerpo humano ante la presión psíquica de la posesión.

—¿Por lo que usted cree? —le interrumpió el Presidente del Comité Científico de la ONU, Wolfgang Weiss—. ¿En qué se basa para hacer esas conjeturas, únicamente en su valoración personal?

—Sí —respondió Doménico— por ahora mi valoración personal es lo único que tienen, ya que estudié los primeros casos en manifestarse.

—Nosotros también disponemos de informes médicos de sujetos que se han visto afectados por ese síndrome al que ustedes se refieren como posesión. Pero aún no hemos logrado establecer un agente responsable de esta situación. Nuestros expertos se decantan por una alteración psicológica más que física.

—¿Y en qué se basan sus expertos para sus conjeturas? —inquirió Doménico— ¿en su valoración personal? Si me lo permite, continuaré con lo que me ha parecido más destacable y sorprendente.

Weiss, haciendo un gesto con la cabeza, le indicó que continuara. Doménico cambió la fotografía proyectada en la pantalla del monitor. En ella aparecían unos símbolos rectangulares muy apretados.

—Esto es arameo. Es la oración más antigua que conocemos, el *Padre Nuestro* original en arameo. El arameo es una lengua semítica con una antigüedad de más de tres mil años. Había sido el idioma original en el que se escribieron grandes partes de la Biblia, como el *Pentateuco* de Moisés y probablemente fue lengua que habló Jesús de Nazaret.

En una fase posterior durante la posesión, cuando las constantes vitales son estables y la temperatura del cuerpo es continua, el poseído es capaz de hablar esta lengua. Bueno, más bien es un dialecto algo diferente del arameo que se habla actualmente en algunas pequeñas comunidades no arabófonas de Oriente Medio.

—¿Lo ha escuchado usted directamente? —preguntó la subsecretaria de la ONU, Asha-Rose Migiro.

Doménico no respondió a su pregunta. En su lugar hizo doble clic sobre un archivo de audio que guardaba en el escritorio del portátil. Los altavoces del monitor crepitaron y se comenzó a escuchar una voz grave y rasposa. Ninguno de los presentes consiguió entender nada. Wolfgang Weiss y Asha-Rose Migiro intercambiaron una mirada esquiva.

—¿Y qué sentido tiene eso para usted? —continuó la subsecretaria— ¿cuál es el motivo de que las personas afectadas hablen de repente una lengua con más de tres mil años de antigüedad?

—Aún no lo sabemos —reconoció Doménico— pero indudablemente establece una relación entre los afectados por las posesiones y el origen de nuestra religión. Puede que los demonios hablen arameo.

El efecto de su último comentario se reflejó en los incómodos rostros de los representantes de las Naciones Unidas. Estaban realmente desconcertados, les

costaba aceptar esta nueva realidad pero tampoco tenían argumentos suficientes para rebatirla.

—En el supuesto caso de que tenga razón —volvió a intervenir Weiss— según usted ¿qué podemos hacer para protegernos de esta *amenaza*?

Doménico notó cómo Weiss trataba el problema con el mayor escepticismo posible. Después de todo era una mente eminentemente científica. Pero la forma en que lo miraba, le transmitía a Doménico la sensación de que ocultaba algo. Quizá sabía algo más de lo que aparentaba y su incredulidad sobreactuada era una simple mascarada.

—Aún no podemos saberlo —respondió finalmente Doménico. En ese sentido nadie en todo el Vaticano podía responder aquellas dudas.

—Entonces ¿no existe algo que podamos hacer para evitar esos casos de... posesiones? —intervino Asha-Rose Migiro— ¿me está diciendo que no podemos protegernos de alguna manera para no ser poseídos?

—Únicamente rezar —intervino el cardenal Lanza di Montezemolo.

—Muchos han rezado sin que sirviera de nada —puntualizó uno de los generales presentes que Doménico no conocía.

—El motivo de esta reunión es acordar unas medidas extremas que nos ayuden a combatir los casos espontáneos de posesión, pero hasta el momento no hemos concretado nada —intervino Asha-Rose Migiro.

El Santo Padre Pío XIII observaba la discusión pero se mantenía en silencio. Doménico notaba que de vez en cuando, le lanzaba una mirada furtiva. Horas antes de esta reunión, Doménico se había reunido con el resto de los miembros de la Asociación Internacional de Exorcistas que se encontraban en Roma para poner en común los datos que había recopilado sobre los últimos casos. Todos coincidían en lo mismo, las características de los casos presentados en los últimos días difieren de todos los anteriores que se habían producido, por lo que suponían que la causa de estas posesiones era diferente. Ningún texto del Apocalipsis hacía referencia a algo así, ni arrojaba luz alguna sobre las causas de lo que estaba ocurriendo. Las únicas referencias eran extractos de algunos de los volúmenes paganos que se escaparon de la quema en los tiempos de la inquisición. Pero esas reliquias estaban bajo llave y requerían de un permiso especial que solo el Santo Padre podía otorgar.

Doménico se había sorprendido cuando les habían negado tal permiso de consulta. El miedo de la Iglesia Católica a abrir viejas heridas había provocado que las reliquias más importantes que poseía se conservaran encerradas dentro de oscuras cámaras en los sótanos del Vaticano.

El Santo Padre temía a esos volúmenes más que a la propia muerte o a la extinción de toda la Humanidad. Y negaba esa posibilidad al resto de los hombres.

Para Doménico estaba claro. Era el momento de corregir errores del pasado. Era el momento de desvelar misterios y enmendar doctrinas. De asistir a la Humanidad en su hora más oscura y resurgir como salvadores del mundo en un Nuevo Orden.

El temor del Papa se materializó cuando vio que el padre Doménico carraspeó como preámbulo a una intervención. Doménico observó cómo los nudillos del Santo Padre se ponían blancos al apretar con fuerza los brazos de su silla estilo *Luis XV*. Lo estaba mirando, esta vez no de manera furtiva, sino fijamente. Y en sus ojos se adivinaba el brillo de la rabia.

Era una jugada arriesgada. Un desafío como ese acabaría con su meteórica carrera en la Iglesia. Pero si, como suponía, estábamos ante un fenómeno de extinción total, lo que iba a hacer podría salvarnos como especie.

—Quizá haya algo que aún podamos hacer —intervino el padre Doménico tímidamente.

La discusión proseguía animadamente y nadie pareció percatarse del comentario del joven sacerdote, pero poco a poco todas las cabezas se fueron girando en su dirección

y se hizo el silencio. El Papa lo miraba con fuego en los ojos.

—¿Cómo dice? —inquirió la subsecretaria de la ONU.

—En nuestro dogma no encontramos referencias a algo como lo que está ocurriendo. Pero poseemos algunos tratados paganos de demonología en los que podemos encontrar similitudes —respondió el padre Doménico.

—¿Y a qué estamos esperando? —preguntó uno de los generales—. ¿Por dónde propone usted comenzar?

—Solo Su Santidad puede autorizarnos a consultar ese libro —dijo, y todas las miradas se centraron en el Papa. Pío XIII bajó la cabeza y cerró los ojos apesadumbrado.

—¿De qué se trata? —intervino el camarlengo—. El Papa, aún con la cabeza agachada, contenía el aliento. Todos los sacerdotes palidecieron al unísono cuando Doménico pronunció su nombre.

—Solicito consultar el *Szibula Darkonis*.

\* \* \*

Siglos atrás, el simple hecho de que alguien pudiera desentrañar los secretos encriptados mediante la escritura era magia. Cuando no se conocen las herramientas adecuadas, los actos más simples parecen fruto de artes arcanas inalcanzables para la gente corriente. Mientras más aprende la especie humana, son menos los hechos con los que ocurre este fenómeno. Las posesiones que en una semana prácticamente habían acabado con la civilización tal y como la conocíamos eran uno de ellos. Y mientras unos aconsejaban rezar y ponerse en paz con Dios, el padre Doménico era de los que no se rendían y quería desvelar ese conocimiento que aún no habían alcanzado y que convertía lo que por ahora parecía un efecto mágico en una herramienta a su disposición. Doménico quizá fuera un paria entre los suyos, un rebelde entre los que, al verse vapuleados, mostraban de buen grado la otra mejilla. Llevaba toda la vida combatiendo con *el maligno*, aunque ahora se daba cuenta de que nunca había estado ni siquiera cerca de él. El padre Doménico optaba por combatir el fuego con fuego y la sangre con sangre. En usar las mismas armas que el enemigo, incluso cuando esas armas condenaran su alma para siempre. Y eso era lo que sucedería si se revelaba el conocimiento contenido en el volumen maldito del *Szibula Darkonis*.

Tras la abierta solicitud de Doménico ante los representantes de la ONU, los expertos llevaban tres días descifrando y transcribiendo el contenido del viejo tomo. Se trataba de un libro de unos sesenta por veinte centímetros con seiscientos sesenta y cinco páginas, con una hoja cosida a modo de inserto etiquetado. La encuadernación era de aspecto rugoso, una especie de cuero resquebrajado aún sin determinar. Su escritura se atribuyó a una monja de clausura del siglo XIII, la hermana Szula. Según está recogido en el propio inserto del libro, a la hermana Szula se le reveló todo este conocimiento mediante visiones que ella volcó sobre este tomo, ya que el voto de silencio le impedía compartirlo de otro modo. Tanto los restos calcinados de la hermana como su obra se encontraban a buen recaudo en una de las cámaras de seguridad del Vaticano. Las reliquias habían sido recolectadas por la inquisición y etiquetadas adecuadamente por una logia masónica del norte de Italia. Se desconocían las motivaciones que tuvo la religiosa para crear un tomo tan macabro pero el tribunal inquisitorial no tuvo dudas acerca de la mediación de Satán en el hecho y la pobre hermana acabó en la hoguera. La leyenda negra del tomo había comenzado en 1960, cuando el padre Leo Armitage, encargado de inventariar el relicario, tuvo acceso al libro. Hasta el momento nadie había conseguido descifrar los intrincados criptogramas que cubrían sus páginas. Tras semanas de estudio, el padre Leo determinó que el tomo era un tratado de demonología. Contenía rituales y descripciones en sus renglones encriptados. Tanto el origen como el significado de esa escritura eran desconocidos para el padre Leo pero aún así desarrolló una clave para traducir esos

signos. Fue gracias a su trabajo que se supo el verdadero nombre del «tomo negro», como se le conocía hasta aquel momento. El padre Leo desapareció en extrañas circunstancias tras asesinar sin explicación aparente a un colega suyo, el también sacerdote Anatoli Defago. Eso ocurrió justo días después de haber dado con la clave. Desde ese día el tomo fue encerrado en una cámara de acceso restringido.

A partir del censurado trabajo de Defago, también archivado en la misma cámara, estaban avanzando en la traducción de los blasfemos secretos que fueron confiados a aquella monja de clausura del siglo trece.

El Sumo Pontífice, Su Eminencia el Papa Pío XIII estaba notablemente disgustado con esta violación de la cámara secreta del Vaticano. Se había sentido acorralado y accedió a conceder permiso de consulta cuando Doménico mentó el libro ante los representantes de la reunión. Pero como Papa estaba al tanto de secretos que tan solo unos pocos conocían. Y la desgracia siempre había acudido a aquellos que se habían atrevido a hurgar en sus páginas. Ahora no solo el equipo de transcripción estaría involucrado. Toda la información extraída del tomo estaba siendo codificada y analizada en soporte digital, que a su vez sería enviada a los líderes de la ONU y de ahí a los mandos militares de todo el mundo que ahora mismo estaban luchando a ciegas contra sus propios hombres poseídos.

En estos tres días de trabajo, el equipo de expertos había encontrado referencias a risas demoníacas con las que se podrían establecer similitudes si lo comparaban con los actuales casos de posesión.

Se trataba de la primera y más básica forma de posesión demoníaca y su función para el maligno no pasaba de la mera exploración. Doménico y los expertos estaban comunicando esto a Su Santidad y al resto de representantes de la ONU cuando Weiss los interrumpió.

—¿Meros exploradores? ¿Quiere decir que han diezmado la población mundial solo con unos exploradores echando un vistazo?

—¿Acaso hay más tipos de posesión? —se sumó la subsecretaria Migiro, y nada más hacerlo se sintió incómodamente extraña al estar discutiendo sobre este tema con tanta naturalidad.

Doménico se puso en pie y respondió a la pregunta en lugar del experto que había hecho la presentación. Después de todo el, aunque no era criptógrafo, era quien coordinaba al equipo de desciframiento.

—Hay otro tipo de demonio al que se hace referencia, sí. Aunque por el momento aún no han llegado a manifestarse.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —inquirió uno de los generales convocados por la ONU.

—Porque de haber sufrido posesiones del segundo tipo —Doménico miró directamente a los ojos del general— no estaríamos siquiera manteniendo esta conversación.

\* \* \*

La reunión mantenida en el Vaticano era absolutamente secreta. La disgregada opinión pública, la de los países en los que aún existía una opinión pública, permanecía al margen de los avances que se estaban realizando en la ciudad del Vaticano. A nivel global, la secretaría de la ONU manejaba la información más fiable y los datos eran absolutamente desesperanzadores. Se había perdido contacto con Estados Unidos, sus principales ciudades habían sufrido ataques nucleares y lo poco que quedaba intacto del país estaba desorganizado e incomunicado. En gran parte de Rusia y China había ocurrido lo mismo a causa de la represalia estadounidense. Japón y las Islas Británicas también habían sufrido algún tipo de bombardeo nuclear menos intenso, aún sin determinar su fuente, pero los gabinetes de crisis tanto de Londres como de Tokio estaban en línea. Europa se mantenía estable. La actividad se había paralizado y no se sabía por cuánto tiempo podría resistir la población. Pero incluso en algunos lugares se

había comenzado a repartir ayuda humanitaria, sobre todo en Suiza, Alemania y Francia. África estaba envuelta en una guerra civil y los estados de Sudamérica, India y Australia se habían encerrado sobre sí mismos bloqueando sus fronteras y cualquier trato con el exterior. Se desconocía la situación interna en aquellos países. Pero por lo que se sabía el patrón de la amenaza se distribuía por igual por todas las zonas del planeta. Con una excepción; aún no se sabía el motivo, pero el número de casos de posesión disminuía radicalmente en poblaciones ubicadas en sistemas montañosos. Tenían datos que lo confirmaban desde los *Alpes*, *El Caúcaso* y *Los Pirineos*, por lo que no era descabellado pensar que ocurriría lo mismo en *El Himalaya*, *Los Andes* y otras regiones similares.

La información que arrojaba el *Szibula Darkonis* suponía un gran avance con respecto a los que se habían llevado a cabo hasta ahora por los organismos internacionales. Pero tampoco se podía extraer de él una fórmula que ayudase a combatir con efectividad la catastrófica situación. A medida que se avanzaba en la traducción, más y más datos desalentadores iban siendo revelados.

Tras consultar con su superior, el secretario general de la ONU Ban Ki-moon, la subsecretaria Migiro decidió convocar una cumbre general para trazar un plan estratégico de actuación junto con los representantes de los estados miembros. El presidente de la Asamblea General Joseph Deiss había fijado la cumbre para el veinte de junio en Andorra, por ser uno de los países menos afectados debido a su situación geográfica. Además, se situaba en el centro geográfico de los principales países asistentes, lo que igualaba las posibilidades de todos los representantes para acudir al lugar. Se había establecido un operativo para facilitar el acceso desde los tres aeropuertos más cercanos: *El Prat* y el aeropuerto de *Reus* desde España y el de *Toulouse* en Francia. Parecía que Los Pirineos actuaban como una barrera defensiva frente a la *amenaza*. Su estructura gubernamental no había resultado dañada y su dependencia de los ejércitos francés y español para la defensa lo convertían en un punto estratégico. El estado de alerta era generalizado y en la mayoría de los países el ejército había tomado el mando. Pero en Andorra la vida continuaba llevándose a cabo dentro de la normalidad. Sus jefes de estado, tanto el presidente de la república francesa, Nicolás Sarkozy como el Obispo de Urgel eran vistos como héroes bajo cuya tutela se salvaguardaba el principado parlamentario de Andorra. La actividad comercial en cambio, había caído en picado, provocando el desplome de las bolsas a nivel mundial. El nivel de la economía al terminar esta crisis volvería a niveles parecidos a los del medievo.

Se había bautizado a esta cumbre como la *Cumbre de Andor*, en conmemoración al nombre con el que Carlomagno había bautizado a esa región en referencia al valle Bíblico Canaanita.

Casualmente el lema de estado de Andorra: *Virtus unita fortior*, «la virtud unida es más fuerte» en latín, resultaba providencial para la reunión.

Uno de los principales objetivos de la *Cumbre de Andor* era la formación de un ejército a nivel mundial bajo el mando directo de las Naciones Unidas. La situación de emergencia en cada país disgregaba sus fuerzas y no se estaban coordinando como deberían para hacer frente a la *amenaza*. En algunos países la ayuda humanitaria comenzaba a ser la principal función del ejército. En otros, por el contrario, se empleaban todos los esfuerzos en proteger los bienes públicos frente a los saqueadores, un mal frecuente en todas las catástrofes. Los países menos desarrollados o políticamente menos estables habían sucumbido a la guerra civil. A veces, incluso a tres y cuatro bandos.

Los mandos militares de España, Portugal, Reino Unido, Italia, Alemania, Suiza, Finlandia, Polonia y Checoslovaquia habían confirmado ya el envío de sus representantes a la cumbre. Se esperaba que en las próximas veinticuatro horas



confirmaran su asistencia Suecia, Bélgica, Estonia, Islandia, Canadá, Japón y Rusia. Con el resto de países la comunicación era difícil o nula. Por primera vez se aceptaba la representación del Vaticano como estado miembro soberano. Su pequeño ejército de cien soldados era un gran apoyo teniendo en cuenta la situación.

Todo estaba listo. Las principales obras de arte del museo del Vaticano se habían protegido y guardado en cámaras de seguridad. La guardia suiza, cuyo papel en los últimos años no había sido más que representativo, iban ataviados con chalecos antibalas y fusiles de asalto SIG SG550 del ejército suizo. Al cinto, aparte de la espada ropera reglamentaria para la que también habían sido instruidos, llevaban una pistola SIG *Sauer* P226 de 9 mm. A medida que se iba traduciendo más información del libro maldito, más aumentaba el estado de alerta. Muchos de los pasajes descritos en sus páginas encriptadas podían relacionarse con hechos recientes. Los representantes de la ONU habían abandonado el Vaticano pero recibían diariamente la transcripción que se obtenía. Estaban preparando una cumbre a nivel mundial para presentar una nueva estrategia para encarar a la *amenaza*. Los trabajos de descryptación habían avanzado bastante y se había llegado a traducir la mitad del manuscrito. Aún así, el estado de algunas páginas impedía que se pudiera extraer toda la información contenida con exactitud. Pero hasta ahora los datos revelados eran de suma relevancia y habían ayudado a comprender un poco mejor la situación. Aún habían muchos escépticos entre los generales de las Naciones Unidas, pero mientras más avanzaba el equipo de análisis en su labor con el *Szibula Darkonis*, más seguro estaba Doménico de que sería el Vaticano el que tendría las claves para guiar a la Humanidad en sus horas más oscuras.

Históricamente, ante cualquier peligro o asedio, los Papas habían huido por un pasadizo que conectaba la basílica de San Pedro con el *Castel Sant'Angelo*, la tradicional fortaleza papal en Roma. En la actualidad, el castillo había perdido su función defensiva y se había convertido en un museo. Las propias instalaciones en torno a la basílica eran más seguras que el castillo.

Francis Arinze, o Pío XIII como era conocido en todo el mundo, se encontraba en su despacho cuando el padre Doménico se dirigía a entregarle las copias de la última transcripción. Su puerta estaba flanqueada por dos soldados de la guardia suiza. Ambos sujetaban sus alabardas con la mano derecha mientras que una cinta cruzada en sus pechos revelaba la presencia de unos subfusiles de asalto a sus espaldas. El Vaticano se enfrentaba a una situación bélica que no se daba desde el medievo, ni siquiera durante las dos Grandes Guerras estuvo el Vaticano enfrentado a semejante *amenaza*.

Los soldados reconocieron a Doménico y lo saludaron con la cabeza. Uno de ellos le abrió la puerta, permitiéndole entrar.

El interior de la estancia era cálido. Se trataba de un despacho amueblado de manera clásica en madera oscura y con una profusión de ornamentos y cortinas. El Papa se encontraba sentado en un cómodo sillón de cuero marrón tras una enorme mesa de escritorio. Junto a la mesa había una chimenea encendida que proporcionaba a toda la habitación un ambiente cálido y confortable. De pie junto al Papa se encontraba el camarlengo, ordenando alguna clase de notas. Ambos levantaron la mirada cuando entró Doménico.

—Ilustrísima —dijo Doménico agachando la cabeza— traigo la última transcripción.

—Bien —respondió Pío XIII sin mirarle a los ojos— déjela sobre la mesa.

Doménico dejó la carpeta que traía sobre el escritorio y se giró para marcharse. Antes de alcanzar la puerta se detuvo y volvió a dirigirse al Papa.

—¿Aún piensa Su Eminencia que mi petición de consulta ha sido un error? —preguntó Doménico con una nota de desafío en la voz.

—¿Acaso importa? ¿Acaso en algún momento te ha importado lo que yo pueda

pensar? —le respondió Arinze mirándolo por encima de sus gafas— vuestra asociación de Exorcistas ha sido como una piedra en el zapato desde mucho antes de que todo esto comenzara. Primero el majadero de Amorth y ahora tú mismo desafiándome abiertamente. Delante de nuestros invitados. Poniéndome en evidencia.

—Solo cumplía con mi deber con Dios, Ilustrísima —interrumpió Doménico.

—¡Tu deber es para conmigo primero! —gritó el Papa poniéndose en pie—. ¿O acaso tú conoces los designios de nuestro Señor mejor que yo mismo?

Doménico mentalmente respondió de manera afirmativa. Tras un segundo en silencio continuó.

—Simplemente creí que se estaba cometiendo un error. Un error que supondría la diferencia entre el fin de la Humanidad o su renacimiento bajo los preceptos de una nueva Iglesia fortalecida.

—Ya nada puede impedir el fin de la Humanidad. Está escrito. Esta lucha no provocará más que un sufrimiento sin fin, un dolor sin fin —dijo pensativo, como si extrajera las palabras de algún recuerdo en su mente— una eterna penitencia.

—No podemos darnos por vencidos —insistió Doménico— ¿acaso Nuestro Señor se dio por vencido? No, él estuvo dispuesto a sacrificar incluso a su único hijo para salvarnos. Cualquier sacrificio que hagamos nosotros palidece ante este hecho.

—¿Estarías dispuesto a sacrificar tu alma inmortal? —le retó el Papa—. ¿Lo harías por aquello en lo que crees?

—Sin albergar ninguna duda. Lo haría una y mil veces —respondió Doménico impertérrito.

—Insensato —murmuró el Papa dándose la vuelta hacia la chimenea— hay tantas cosas que desconoces. Hay hechos innegables que ocurrirán hagamos lo que hagamos. Hechos que están cotejados, que coinciden sorprendentemente y que nos conducen todos hacia el mismo punto. Hacia el final.

Doménico iba a interrumpirlo pero el Papa alzó una mano para indicarle que permaneciera en silencio.

—San Malaquías —continuó— ya profetizó en el siglo XII el final de la Iglesia. Había predicho los siguientes ciento doce Papas que gobernarían el Vaticano desde Celestino II hasta el que él llamó *Petrus Romanus*. Desde que fui elegido, esa profecía ha pendido sobre mí como una losa.

Respiró profundamente y a continuación se giró hacia Doménico recitando el *Lignum Vitæ* en latín. La cálida luz de la chimenea sobre su cara contrastaba con su piel de ébano, dándole el aspecto de una máscara tribal.

—«*In prosecutione extrema S.R.E. sedebit. Petrus Romanus, qui pascet oves in multis tribulationibus: quibus transactis civitas septicolis diruetur, et Iudex tremendus iudicabit populum suum. Finis*».

Doménico tradujo mentalmente: «Durante la última persecución de la Santa Iglesia Romana reinará. Pedro el Romano, quien apacentará a su rebaño entre muchas tribulaciones; tras lo cual, la ciudad de las siete colinas será destruida y el tremendo Juez juzgará a su pueblo. Fin».

—El único texto inspirado por Dios sobre el Fin del Mundo es el Apocalipsis de San Juan —repuso Doménico— el resto de visiones son superstición.

A medida que la conversación iba subiendo de tono percibió la incomodidad del camarero, que se mantenía alejado de ellos sin saber bien qué postura adoptar.

—El fin de la cuenta del calendario Azteca —prosiguió el Papa—. ¿Acaso te has preguntado por qué acaba el veintidós de diciembre de dos mil doce?

—Superchería —le espetó Doménico.

—Todo coincide. Los Archivos Secretos están plagados de referencias. Solo el alma puede salvarse. No pierdas la tuya en una lucha inútil, ni arrastres al resto de la Humanidad en tu loca cruzada.

—Si no desea Su Eminencia nada más de mí —atajó Doménico.

Arinze permaneció en silencio durante un momento y con un gesto de la mano le ordenó que se retirase. Doménico salió y cerró la puerta detrás de él.

Antes de que Doménico bajara la escalinata que ascendía hasta el despacho del Papa de donde acababa de salir, un escalofriante grito lo detuvo. Los techos abovedados del edificio distorsionaron el sonido confiriéndole un eco fantasmagórico e irreal. Pero el grito era real y provenía del despacho. Doménico reaccionó al instante, corriendo hacia el despacho. La puerta estaba ya abierta y los dos soldados de la guardia habían entrado. En el interior del despacho estaba ocurriendo una escena dantesca. En las paredes rebotaban las penetrantes risotadas demoníacas proferidas por aquel ser. El ambiente había dejado de parecer cálido para transformarse en una atmósfera asfixiante. La chimenea combinada con el calor del pleno verano en Roma, caldeaban la habitación. Sobre la mesa forcejeaban cuatro figuras. Una de ellas, vestida de blanco se hallaba encima del camarlengo forcejeando sobre la mesa. Con furia desatada, la figura de blanco mordía la cara del pobre sacerdote sin que los soldados de la guardia suiza se atrevieran a golpearlo para separarlo. Temían hacer daño a aquel al que habían jurado proteger. El camarlengo gritaba y agitaba los brazos. Su cara sangraba abundantemente y había dejado un reguero carmesí en la túnica papal. Doménico avanzó y sin dudar, agarró por el pelo rizado y gris al Papa, tirando de su cabeza hacia atrás.

—*¡Hic est dies!* —gritó Doménico mientras miraba a sus profundos ojos rojos—. *¡Exi nunc, Exorcizamus te, omnis immundus spiritus, omnis satanica potestas...!*

Los soldados continuaban forcejeando mientras Doménico le recitaba el ritual de exorcismo al Papa. El escándalo atrajo al resto de soldados de guardia y a diferentes sacerdotes que servían en el complejo. Los cuatro hombres, forcejeando para intentar contener al Papa endemoniado, cayeron al suelo. Ahora el camarlengo se encontraba tumbado de espaldas al suelo. Los soldados de la guardia suiza habían conseguido que se separara de él, uno sujetándole desde detrás por un brazo y el cuello, mientras que el otro sujetaba el torso y el otro brazo. Al tenerlo incorporado, Doménico aprovechó para mostrarle la cruz que llevaba colgada al cuello. La aproximó tanto como pudo a aquellos ojos rojos y estuvo a punto de romper la cadena que la unía a su cuello.

—*¡Ab insidiis diaboli, libera nos, Domine. Ut Ecclesiam tuam secura tibi facias libertate servire, te rogamus, audi nos!* —gritaba casi sin respirar. Sentía la presencia de muchos rostros observando la escena desde la puerta. Oyó como alguien entraba para ayudar pero no pudo ver quién era, porque sus ojos estaban clavados en los ojos rojos del demonio—. *¡Vade, satana, inventor et magister omnis fallaciae, benedictus Deus!*

Y repentinamente, la cabeza del que había sido hasta ahora el Papa Pío XIII, reventó con un gran estruendo. Sangre y trozos de cerebro salpicaron en todas direcciones. Sus rostros, la ropa, e incluso hasta las paredes quedaron moteados con la sangre del representante de Dios en la Tierra, sucesor de San Pedro y obispo de Roma.

Los oídos le pitaban de tal manera que parecía que tenía la cabeza taladrada de parte a parte. Tras los primeros segundos de estupor, en los que Doménico intentaba comprender lo que había ocurrido, se percató de que otra figura se había sumado al forcejeo en el último momento. Era Daniel Rudolf Anrig, el actual coronel de la Guardia Suiza Pontificia. Aún sujetaba en su brazo extendido la humeante SIG Sauer P226 que acababa de disparar. El máximo comandante del ejército más pequeño del mundo, que había jurado proteger al Papa con su vida, acababa de volarle la cabeza a Pío XIII. Mientras los pensamientos se agolpaban en las aturcidas mentes de todos los que habían sido testigos del inefable hecho, el camarlengo continuaba gritando de dolor cubriéndose la cara con las manos.

Antes de que nadie dijera nada, el propio coronel Anrig habló.

—Esta fue su voluntad. La Guardia no vela únicamente por la vida del Santo Padre, sino también por su alma.

Y dicho esto entregó su arma y fue detenido por el resto de la Guardia Suiza. Había cumplido la voluntad del Papa, la ley de Dios y ello había condenado su propia alma y transgredido las leyes humanas.

\* \* \*

El camarlengo, Tarcisio Bertone, tenía toda la cara vendada y le habían suministrado calmantes para el dolor. En su posesión, el Papa le había destrozado la cara a mordiscos antes de que pudieran hacer nada. Ahora que Pío XIII estaba muerto y la Sede vacante, todos los demás puestos del Vaticano cesarían. Únicamente se quedaría el camarlengo como encargado de la gestión hasta la elección de un nuevo Papa. A tres días de la cumbre, no era posible realizar la elección para un nuevo Sumo Pontífice. Todas las decisiones importantes y los compromisos que se adquirieran en la *Cumbre de Andor* recaerían sobre aquel hombre que ahora mismo se retorció de dolor con la cara vendada.

*Quizá ahora sí que haya una oportunidad para la Humanidad* —pensó Doménico—. La relación de la Asociación Internacional de Exorcistas con el camarlengo Bertone era mucho más fluida de lo que había sido con el Papa. Doménico se encontraba fuera de las habitaciones donde estaba siendo atendido el camarlengo. Le acompañaban un nutrido grupo de cardenales y un destacamento de la Guardia Suiza.

Uno de los prelados del Vaticano subió las escaleras apresuradamente y se dirigió hacia al Cardenal de Santa María in Pórtico para decirle algo al oído. El Cardenal respondió con un gesto negativo. Doménico no pudo evitar inmiscuirse en la conversación.

—¿Puedo servir de ayuda monseñor? —Esta intromisión no pareció agradaarle al Cardenal.

—Descuide padre Doménico —respondió el Cardenal con falsa amabilidad—. Se trata de una reunión y ahora mismo el camarlengo no puede recibir a nadie.

—¿De quién se trata? —preguntó Doménico, pero esta vez directamente al prelado, lo que enfadó aún más al Cardenal.

—Es el señor Gómez de Argüello. Lleva esperando reunirse con el Santo Padre durante toda la semana y ahora pide una explicación de lo que ha ocurrido.

Argüello. Doménico había oído hablar de aquel hombre. Era el líder de un movimiento neoconservador dentro de la Iglesia. Muchos lo consideraban una secta. Argüello, que ni siquiera era sacerdote, se había proclamado líder del Camino Neocatecumenal, una rama radical del catolicismo que contaba con más de un millón y medio de seguidores en más de cien países del mundo. Sus orígenes se remontaban a finales de los setenta, cuando el Papa Juan Pablo II se había encontrado en su ascensión al poder con una alarmante situación creada por el vacío de los seminarios de todo el mundo. Había una crisis de fe que ponía en peligro la supervivencia misma de la Iglesia. Fue entonces cuando, como caídos del cielo, aparecieron una serie de grupos religiosos neoconservadores: Opus Dei, Focolares, Carismáticos y Legionarios de Cristo entre otros. El Papa tuvo que apoyar a estos grupos y darles poder. Cuatro años más tarde comenzó por concederle al Opus Dei un estado de prelatura personal. Lo que quería decir que la autoridad de estos grupos estaba por encima de la jurisdicción de los obispos diocesanos. Una Iglesia dentro de la Iglesia. Uno de estos grupos radicales lo formaban los seguidores del Camino Neocatecumenal o como son más conocidos, «los Kikos», los seguidores de Kiko—Francisco José—Gómez de Argüello. Recibir el *verdadero bautismo* por este grupo requería de entre veinte a treinta años de preparación. Y los miembros del culto eran bautizados mediante inmersión en el mismísimo río Jordán.

Para sus seguidores, ese hombre era una divinidad viviente al que respetaban y

seguían con una fe ciega. Y para superar la amenaza que estaba sufriendo actualmente la Humanidad, la mejor herramienta según Doménico era precisamente la fe ciega.

—Dígale al señor Gómez de Argüello que yo lo recibiré —le respondió Doménico al prelado. Y dicho esto se giró y se marchó sin prestar atención a lo que le gritaba el Cardenal de Santa María in Pórtico a su espalda. Era el momento de mover sus fichas y forjar alianzas. El papel que le tocaría jugar a la Iglesia a partir de ahora iba a ser muy diferente del que tenía hasta entonces. Necesitaba rodearse de personas que compartieran su punto de vista. Esos serán los líderes que salvarán a la Iglesia y con ella al resto del mundo.

\* \* \*

El hombre que se encontraba esperando en uno de los lujosos recibidores del Vaticano iba vestido de riguroso negro, como un sacerdote pero sin alzacuellos. Sobre la solapa de su chaqueta lucía un símbolo sencillo en forma de triángulo invertido de plata. Grabado en su interior había una cruz con una corona radiante. El hombre tenía el cabello gris y un rostro áspero y carmesí, terminado en una barba luciferina. Fumaba un cigarrillo sin filtro mientras esperaba. Al entrar Doménico en la sala, Argüello machacó el cigarrillo contra el cenicero para apagarlo y se puso en pie. Daba la impresión de ser un hombre seco y enjuto, ligeramente encorvado pero con una imponente presencia.

Desprendía un magnetismo especial. Doménico le ofreció la mano y él la aceptó, respondiendo con un decidido y firme apretón.

—Tenemos mucho de que hablar —le dijo Doménico.

—A eso he venido padre —respondió Argüello sonriente, con su voz de galán quebrada por el tabaco.

## XVI

*Ulán Bator, Mongolia*

*18 de junio de 2012*

*A dos días de la Cumbre de Andor*

Despertó con un enorme dolor de cabeza. El hambre y la sed que venía sufriendo desde hacía días lo habían debilitado hasta la extenuación. Estaba solo, más solo que nunca. Abandonado en una ciudad llena de cadáveres putrefactos. La situación había acabado por sobrepasarle y se estaba desmoronando. Cada día se sentaba en el marco de la ventana del último piso del ruinoso hotel *Sunjin* con la intención de tirarse y acabar con su sufrimiento. Pero nunca lograba reunir el valor necesario para hacerlo. Había racionado la comida que había encontrado, a pesar de tener de sobra. Pero el agua había comenzado a ser un verdadero problema para su supervivencia. No había suministro de agua corriente y ya había consumido el agua embotellada que había encontrado por todo el hotel. Ahora estaba agotando el alcohol que había en el bar de la primera planta. Pero el alcohol le provocaba más sed aún y el estado constante de embriaguez le producía un enorme dolor de cabeza.

Sabía que no podría aguantar así mucho tiempo pero le costaba más esfuerzo buscar nuevas vías para sobrevivir que rendirse y darse por vencido. Deseaba que esta pesadilla terminase y despertar en su casa en Barcelona, sin que nada de esto hubiera ocurrido.

De su reserva de alcohol había empezado a consumirlos de peor a mejor, reservando la ginebra y el whisky de doce años para el final. Había comenzado por unos dulzones licores chinos que le abrasaban la garganta al beber. Guardaba lo mejor para el día en el que lo sacaran de este pozo de miseria. Pero ahora tenía más claro que nunca que ese día nunca llegaría. O que para cuando llegara, él ya estaría más que muerto. A veces deseaba haberse contagiado de la locura que había afectado al resto para no verse obligado siempre a sobrevivir rodeado de penurias.

Hastiado de su propia vida pero sin valor para hacer nada al respecto, abrió el doce años y llenó una gran jarra con el precioso líquido contenido en su interior. Sintió la quemazón del alcohol en la lengua y en la garganta mientras el licor ambarino se deslizaba por su esófago. Comenzó a sentir cómo un calor interior crecía en su estómago y se extendía a través de todo su cuerpo. Esta sensación lo aliviaba y reconfortaba. Así que cuando terminó con la jarra, la volvió a llenar.

Totalmente borracho, Ricardo bajó a trompicones hasta el vestíbulo del hotel y salió a la calle. El olor era nauseabundo. Había restos de cadáveres y moscas por todas partes y de vez en cuando veía manadas de perros asilvestrados vagar de una calle a otra buscando algo de comer. Continuó deambulando por las calles y de vez en cuando se detenía para echar un nuevo trago de la botella de ginebra que llevaba en la mano. El sol estaba alto en el cielo. Debía ser mediodía pero a pesar de lucir el sol, hacía frío. Un frío húmedo que se calaba hasta los huesos.

Caminó sin rumbo fijo, sin ningún objetivo, quizá con la esperanza no reconocida de que una turba enloquecida apareciese y acabara con su mísera vida. Pero esto no ocurrió. La ciudad estaba desierta. Inducido por el alcohol comenzó a gritar, buscando a alguien con vida que se hubiera escondido y que hubiera tenido la mala fortuna de sobrevivir igual que él. Llegó a la plaza *Sukhbaatar*, en el distrito del gobierno. Sobre la estatua ecuestre que coronaba la plaza había cadáveres secándose al sol. Continuó caminando y gritando por una amplia avenida. El centro de la ciudad, al contrario que las afueras, estaba asfaltado y había numerosos parterres con árboles. Esta zona de la capital podría confundirse con cualquier ciudad europea en la que Ricardo hubiera estado. Se detuvo cuando le pareció ver movimiento en una de las ventanas de la amplia avenida. Tras unos segundos vio cómo alguien le observaba desde una ventana. Justo enfrente, había otra ventana en la que se movía una cortina. Y al lado

de esta, otra. *Había gente dentro de esas casas.* Habían más supervivientes de los que había creído en un principio. Se acercó a un portal y comenzó a aporrear la puerta pidiendo que lo dejaran entrar, pero nadie abrió la puerta. Gritó para que salieran de sus casas. Podrían organizarse y asegurar una zona. Su mente bullía con un millar de ideas que le habían surgido al descubrir más supervivientes, pero su lengua ebria no era capaz de traducirlas. Lo único que veían esas personas era a un borracho profiriendo gritos ininteligibles en la calle. Estaban aterrorizados.

Lleno de rabia y frustración corrió hasta el final de aquella avenida. Cada vez que se fijaba, veía más y más ventanas con gente dentro. Había muchos supervivientes, pero eran incapaces de salir de sus casas. Se refugiaban como si estuvieran siendo víctimas de una guerra. Continuó corriendo hasta que, seguramente atraídos por los gritos que estaba dando, se encontró con un grupo de reidores —como los habían bautizado en Internet—. Era el encuentro que estaba esperando. Luchó consigo mismo para no salir corriendo, para que todo acabara allí mismo, pero su instinto de supervivencia era más fuerte que él. Corrió en dirección contraria tan rápido como pudo. Detrás, una horda de diez reidores de cuerpos oscuros le iba ganado cada vez más terreno. Ricardo iba dando trompicones, le costaba mantener el equilibrio y en varias ocasiones estuvo a punto de caer.

Extenuado, llegó a la zona de la ciudad en la que había observado los combates con fuerzas del ejército chino. Muchas de las fachadas mostraban impactos de proyectiles de gran calibre y habían restos calcinados de edificios que habían ardido hasta los cimientos. Encontró algunos tanques camuflados y desguazados. En esta zona volvió a aumentar el número de cadáveres tirados por la calle, la mayoría de ellos con uniforme militar. Escuchaba la risa chillona de los reidores pisándole los talones. Estaban a punto de alcanzarle cuando vio la estación ferroviaria de Ulán Bator. Parecía que hubiesen pasado siglos desde que todo había comenzado justo en aquel mismo lugar. Sentía el aliento y la risa chillona de uno de sus perseguidores por encima del hombro, a punto de agarrarlo. Sin dejar de correr, se giró y le lanzó a la cara la botella de ginebra que tenía en la mano. La botella golpeó al reidor con fuerza en la cara. Ni siquiera retrocedió al recibir el tremendo golpe. La criatura no parecía sentir dolor pero el impacto le dio con tanta fuerza que lo desequilibró, haciéndolo trastabillar. Al caer, entorpeció la carrera de los demás reidores y eso le dio un margen de ventaja a Ricardo.

Estaba a punto de desplomarse por falta de aire. Tantos días de encierro e inactividad y ahora este sobreesfuerzo repentino estaban a punto de provocarle un colapso cardíaco. Subió al andén con la esperanza de alcanzar alguna puerta que lo separara de sus perseguidores. Todos los cristales de la estación estaban rotos. De lejos acertó a ver los lavabos de la estación. Pero encerrarse en el baño era una muerte segura. La misma muerte segura que había estado buscando tan solo hacía unos minutos, pero que ahora le parecía totalmente inaceptable.

No había ningún tren en la estación pero a unos cincuenta metros de ella, en una de las vías muertas, había un extraño camión color verde oliva con una enorme parabólica que sobresalía de su parte superior. Como única identificación tenía pintada una estrella roja a cada lado. *El ejército chino* —pensó—, y por un momento estuvo a punto de correr en dirección contraria. Sin saber bien por qué —quizá porque no tenía una opción mejor— se dirigió hasta el camión militar. Los reidores habían vuelto a ganar terreno, parecía como si no se cansaran al correr.

Llegó a la puerta lateral trasera del camión y tiró de ella con fuerza. Estaba cerrada. Corrió a su alrededor para escapar de sus perseguidores y para ver si había otra puerta por el otro lado. Efectivamente, había otra puerta. Probó a tirar y esta sí cedió, con un chirrido metálico prolongado mientras se deslizaba por su rail lateral. Saltó a su interior y volvió a cerrarla pero antes de que la puerta encajara en su marco, varias manos



ennegrecidas de uñas rotas asomaron por la abertura intentando agarrarle. Lo agarraron por la muñeca y le arañaron los brazos sin dejar nunca de reír locamente. Con un último esfuerzo, empujó la puerta hasta que se cerró. La puerta se detuvo con un golpe opaco. No conseguía hacerla encajar en la cerradura porque había pillado la mano de uno de los reidores que intentaban entrar. Por más que forzaba la puerta y aplastaba la mano, la criatura no la retiraba y no parecía afectarle el hecho de que le estuviera aplastando los huesos con la cerradura. Ricardo abrió un poco la puerta corredera, como si cogiera carrerilla y empujó con todas las fuerzas que le quedaban en su cuerpo. La puerta cerró con un sonido sordo, amortiguado por los dedos del reidor agarrado aún al borde. La puerta se había cerrado atrapando a uno de sus perseguidores por fuera. Antes de derrumbarse exhausto por la carrera, Ricardo giró el pasador de seguridad que hacía de cerrojo.

Agotado, se sentó en el suelo, de espaldas a la puerta mientras luchaba por respirar. Estuvo ahí sentado durante varios minutos. Fuera, sentía cómo el reidor atrapado forcejeaba y chillaba. De repente, la situación para aquella pobre criatura dio un giro inesperado. Quizá por verlo atrapado y desprotegido, o simplemente por la herida que le había producido la puerta al cerrarse, el resto de la horda que lo había perseguido hasta allí comenzó a atacarlo. Ricardo pudo oír cómo se abalanzaban sobre él chillando y riendo. Oyó el macabro ruido de los mordiscos al arrancar trozos de carne y piel. Todo el camión se zarandeaba de un lado al otro. Al cabo de unos pocos segundos dejó de moverse y las criaturas de fuera dejaron de gritar y reír de forma aguda. Ahora los únicos sonidos que le llegaban del exterior eran los húmedos crujidos del banquete que se estaban dando los reidores devorando a su compañero derribado. A pesar de los desagradables sonidos que escuchaba, por un momento hubo paz.

Cuando recuperó el aliento pudo ver en dónde se encontraba. Era un avanzado puesto de mando móvil del ejército chino. Sobre el respaldo de una silla descansaba una chaqueta camuflada con un parche en el hombro. Esta vez no encontró la estrella roja del ejército chino sino un caballo alado dorado sobre un círculo azul. Ricardo conocía ese escudo, era el «Corcel del Tesoro», el símbolo del espíritu de Mongolia. Aquella chaqueta pertenecía a un soldado del ejército de la República Popular de Mongolia. Esto revelaba la existencia de algún tipo de colaboración o coordinación entre ambos ejércitos. Quizá había sido un intento de China por controlar sus fronteras. En el fondo del habitáculo había un pequeño armario en el que quedaban solo dos fusiles de aspecto extraño. Junto al armario habían estuches del ejército con diversos kits. Un botiquín, uno de raciones liofilizadas y otro con bengalas de señales. En una esquina había un bidón transparente de agua en un dispensador. Ricardo pegó directamente la boca al pequeño grifo de plástico y bebió. Bebió hasta saciar su sed, sin pensar en racionamiento, en provisiones, ni en el futuro. Bebió como si no hubiera un mañana. Cuando quedó satisfecho se secó la boca con el dorso de la mano y continuó observando el interior del puesto de mando móvil. Había varios paneles de control y muchos monitores. La mayoría estaban apagados pero había algunas luces de emergencia encendidas, lo que indicaba que el camión tenía su propia fuente de alimentación. Un murmullo le reveló la ubicación del pequeño generador. Funcionaba a combustible, pero ahorraba energía a base de acumuladores. Los rótulos en los paneles de control estaban rotulados en chino e inglés. Para Ricardo todo en aquel panel de control era igualmente chino. Lo único que le resultó familiar fue un teclado, con alfabeto occidental junto a un *mouse* y un monitor de pantalla plana en reposo. Era como un ordenador convencional. Movié el *mouse* y la pantalla se iluminó cobrando vida. El ordenador estaba conectado a una interfaz del gobierno chino pero a su vez tenía acceso a Internet, probablemente de manera independiente, con conexión directa con el satélite a través de uno de los servidores del ejército.

Encendió el resto de monitores. Oyó cómo el generador comenzó a rugir más fuerte de

forma automática para abastecer el incremento en la demanda de energía. Muchos de los gráficos mostrados en los monitores eran incomprensibles pero otros, en cambio, dejaban muy claro lo que representaban. En uno de ellos pudo observar un cerco en torno a China. Otro mostraba una representación desplegada de los continentes con varias zonas marcadas en rojo. La mayor parte estaba en rojo, un porcentaje en números rojos en la pantalla informaba que la superficie era de un 46% de extensión. *Pero ¿qué es lo que había ocurrido en ese cuarenta y seis por ciento del planeta? ¿La propagación de la infección?* —se preguntaba sin obtener respuesta—. La franja roja recorría toda China, sur de Rusia, parte de las Islas Británicas, manchas dispersas por Europa y el norte de Estados Unidos. La única zona totalmente oscura y sin ninguna mancha roja eran los continentes africano y australiano.

A través del terminal con teclado se conectó a Internet. Resultaba irónico emplear los avanzados sistemas de comunicación de este puesto de mando móvil para entrar en su «muro» de *Facebook*. Pero en aquel momento, ese grupo de supervivientes era la única fuente de información que tenía en occidente y su único apoyo moral. Todos aparecían desconectados. Hacía días de que no había movimiento en la página del grupo de supervivientes. Puede que ellos también acabaran sucumbiendo al hambre o a la sed. O quizá se hayan desmoronado moralmente como le había ocurrido a él hacía tan solo unos instantes. Comenzó a escribir sobre todo lo que observaba, sobre el puesto de mando chino, sobre las coordenadas de su localización, sobre la gente dentro de sus casas que había visto. No sabía si lo que estaba escribiendo lo vería alguno de los del grupo o si únicamente quedaba vivo él. Pero indudablemente alguien lo leería. Había sido testigo de que a pesar del caos, habían muchos supervivientes refugiados en sus casas. Y probablemente no era un caso aislado, en el resto de ciudades del mundo habría miles de personas encerradas, muchos aún con suministro eléctrico e Internet. No había pasado ni siquiera un mes desde que comenzó todo. Los generadores eléctricos podrían seguir funcionando durante semanas sin mantenimiento hasta que agotaran su combustible. Sería fácil que alguien, buscando, encontrara lo que él estaba escribiendo.

Mientras estaba inmerso en describir todo lo que había observado no reparó en la pequeña ventana de diálogo que se abrió en la esquina inferior derecha de su monitor. Solo cuando hizo una pausa, se detuvo y observó que alguien que estaba conectado intentaba *chatear* con él.

El rótulo superior de la ventana de chat ponía «Alexander03» —¡Álex!— dijo en voz alta.

«Ulán Bator, me alegro de leerte de nuevo, te daba por perdido» —apareció escrito en la ventana del *chat*.

«Estuve perdido» —replicó Ricardo—. «Me alegro mucho de que te hayas conectado. Os echaba de menos».

«Parece que tan solo quedamos tú y yo del grupo» —escribió Álex— «y yo me he encontrado algunas dificultades. Ya te contaré, ahora no puedo hablar».

Y dicho esto se desconectó.

## XVII

La Laguna, España

19 de junio de 2012

*A un día de la Cumbre de Andor*

Guardaba el móvil apagado y escondido en su ropa interior. No estaban permitidos en el campamento de refugiados. Ya se lo habían confiscado una vez y Álex no estaba dispuesto a que se lo volvieran a quitar. El ejército no tenía capacidad para atender a toda la población civil, por eso recomendaban por todos los medios que tenían aún disponibles que se quedaran en sus casas. Pero aún así, encontraban grupos de personas vagando de un lado para otro, o que acudía al aeropuerto con la esperanza de que aún estuviera operativo y pudiera conseguir un vuelo para huir a un lugar seguro. Por culpa de estas personas, el mando militar había montado el campamento de refugiados BHELMA VI en donde vivían hacinados en tiendas de campaña y sacos más de doscientas personas. Algunas de ellas le sonaban de vista a Álex. Había en el campamento personas de toda la isla, la mayoría con trágicas historias debido a la imprudencia que cometieron al salir de sus casas con el estado de emergencia que se había declarado.

Tras su detención, fue trasladado al campamento. Al menos aquí estaba a salvo, tenía agua y comida y la proximidad del ejército le hacía sentirse seguro. Las vallas del perímetro del aeropuerto recibían constantemente asaltos por parte de hordas de reidores. De vez en cuando, no era raro oír disparos en el campamento. Cuando una horda comenzaba a ser numerosa los soldados «limpiaban la zona» para impedir daños en la verja.

Tras interrogarle, más bien para obtener información del estado de la situación fuera del campamento, recibió atención médica. Le curaron la herida del brazo y pasó unos días aislado en la zona de aduanas del aeropuerto. No parecieron darle mayor importancia al hecho de que la herida fuera producida por uno de esos reidores. De hecho, al médico militar que lo atendió le hizo gracia el nombre con el que los había bautizado Álex y en la base se comenzaba a utilizar ese término de manera habitual. Hizo buenas migas con el médico que lo atendió durante esos días y gracias a eso lo convenció para recuperar algunas de sus cosas y para conservar las fotos de su familia. El médico había accedido y le trajo la caja donde habían metido todo lo que le habían confiscado en el momento de su detención. Sin que se diera cuenta, Álex aparte de las fotos, había cogido el móvil y el cargador disimuladamente. Cuando su herida mejoró y pasó unas horas de aislamiento, lo trasladaron a las tiendas del campamento. La mayor parte de los oficiales se alojaba en el interior de las instalaciones aeroportuarias mientras que los refugiados y los soldados se quedaban en tiendas sobre la pista de aterrizaje. El problema que tenía era que en el campamento no disponía de enchufes para recargar la batería, así que lo racionaba cuanto podía y lo cargaba sin que lo viera el resto de refugiados en las instalaciones del baño cuando tenía turno de ducha.

Llevaba días sin ver movimiento entre el grupo de supervivientes en Internet. Creyó que los había perdido a todos hasta el día en el que vio de nuevo en línea a Ulán Bator. No tuvo tiempo de charlar largo y tendido con él, pero por lo que contaba, la situación en Asia estaba comenzando a cambiar. Álex siempre había comparado la catástrofe con un Apocalipsis zombie, pero lo que estaba ocurriendo actualmente en Mongolia era más parecido a una invasión. *¿Estaban los chinos involucrados en esto de alguna manera?* Si no era así ¿cómo era posible que los reidores manejaran esos tanques del ejército chino que había visto Bator?

Álex poseía a través de su contacto una importante información que debería conocer el ejército. Pero en esta base no era más que un simple refugiado. Si les contaba lo que sabía a los militares, probablemente le quitaran el móvil nuevamente y serían ellos los

que hablaran directamente con Ulán Bator. No, tenía que pensar bien su jugada porque esta información era su salvoconducto para salir de aquel campo de refugiados.

El movimiento inusual que había hoy en el campamento militar llamó súbitamente la atención de Álex. Varios *Jeeps* del ejército pululaban de aquí para allá y había soldados haciendo de recaderos de un lado a otro por toda la base. Un grupo de soldados totalmente equipados se desplegó por el interior de la terminal del aeropuerto. Desde donde se encontraba la verja del campamento de refugiados, Álex no podía ver lo que ocurría dentro del edificio. Así que se quedó observando con la esperanza de enterarse de algo. Unos cuantos refugiados del campamento, al ver el interés que ponía Álex en lo que estaba ocurriendo, se detuvieron a su lado también a observar.

Al cabo de un momento un tropel de militares salieron del edificio de la terminal. Escoltaban a un grupo *¿Otro grupo de supervivientes?* —pensó Álex en un primer momento—. Desde la distancia donde él observaba eran un grupo de personas vestidas con ropa sucia y gastada. Un detalle le sorprendió: llevaban escopetas colgadas al hombro. *¿Cómo es posible que los dejen entrar armados a la base?* —se preguntaba Álex justo antes de ver al general de la base, un militar de pelo canoso al que hasta ahora no había visto pulular más que dentro del edificio, estrechar la mano a uno de ellos—. Se trataba de una visita. No eran refugiados, era algún tipo de ayuda que Álex no alcanzaba a imaginar cómo o por qué habían venido.

El general y un nutrido grupo de soldados mostraron las instalaciones a los nuevos visitantes. Con pose chulesca y ropa paramilitar gastada, el grupo de visitantes iba observando las instalaciones de la base, siempre con sus escopetas al hombro. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca de la verja del campamento de refugiados, Álex pudo reconocer sus rostros. Uno de ellos era Manu, el «cavernícola» con aspecto de motero al que había abandonado hacía unos días mientras saqueaban un supermercado. Nada más verlo, a Álex el corazón le dio un vuelco en el pecho. Si lo veían lo matarían después de lo que les había hecho. Se giró sobre sus talones y se escabulló entre los refugiados que ahora se agolpaban por decenas junto a la verja para ver lo que estaba ocurriendo. El grupo del general y sus invitados pasaron frente a la verja del campamento de refugiados. Álex se ocultó en una de las tiendas. No dejaba de pensar en la furgoneta todo terreno que les había robado. Ahora se encontraba aparcada dentro de la base. Los militares la habían confiscado cuando lo detuvieron. Si la veían esos tipos sabrían que él estaba aquí. La visita duró el resto del día y Álex decidió no dejarse ver, permaneciendo oculto dentro de la tienda. Pudo enterarse por los refugiados a los que les había tocado turno de lavandería hoy en el interior del complejo, que a través del mando militar habían llegado órdenes para colaborar con esta fuerza paramilitar de supervivientes. Estaban organizados y se extendían por cientos de países. Por lo que se veía, eran unos locos que llevaban toda la vida esperando la llegada del Anticristo y se habían preparado para ello. Lo que era realmente de locos fue que el ejército se prestase a colaborar con un grupo como este. Cada vez que uno de los refugiados regresaba del edificio de la terminal traía consigo nuevas noticias del nuevo grupo. Se hacían llamar *Los Puros* y llevaban años formando parte de un brazo radical de la Iglesia Católica. Por alguna extraña razón, ninguno de *Los Puros* se había convertido en un reidor. Este dato causó un gran revuelo en el campamento y pronto comenzaron a tener seguidores entre los supervivientes de la base. Álex no sabía si era mera coincidencia o mentían, pero tuvo la ocasión de convivir con ellos durante unos días y sabía que estaban rematadamente locos. Sobrevivían de manera efectiva a través del caos en que se estaba convirtiendo el mundo pero eso no significaba que ellos estuvieran en lo cierto y que todo esto tuviera que ver con Dios o el Demonio.

\* \* \*

Álex se ocultó en uno de los retréteres de plástico que había situados en una zona del

campamento. Era posiblemente, el único espacio en donde podía disfrutar de algo de privacidad en toda la base. Encendió el móvil y comprobó con alegría que Ulán Bator estaba en línea.

—«Hola. ¿Estás?» —escribió.

La respuesta no fue inmediata, pero al cabo de unos segundos, Bator comenzó a responder a través de la ventana de diálogo.

—«Estoy en un puesto de mando móvil del ejército chino. ¿Qué sabes a cerca de la situación en el resto del mundo?».

—«Poca cosa. Los rumores que corren por la web. Pero ahora mismo estoy vigilado en un campo de refugiados del ejército y nos tienen incomunicados. Están preparando una reunión importante. Una cumbre internacional. Necesito datos relevantes sobre tu posición. Tengo un plan para salir de este campamento, pero necesito tu ayuda».

—«¿Qué clase de datos?» —preguntó Bator.

—«Algo relevante para los militares, algo que solo tú pudieras conocer desde ahí. Después de todo, eres un soldado tras las líneas enemigas». —Escribió Álex.

—«No te puedo darte ningún dato relevante. Únicamente tengo lo que veo en los monitores: zonas bombardeadas, cercos militares y un satélite que me ofrece una panorámica aérea sobre parte de Asia». «Espera» —añadió—. Y por unos segundos se mantuvo en silencio.

Álex se sobresaltó cuándo alguien golpeó la puerta del reservado. Había cola para usar el retrete. Volvió a centrar su atención en la pequeña pantalla del móvil. Tras unos segundos que le parecieron eternos, Ulán Bator volvió a la conversación.

—«Puedo focalizar y aumentar zonas de todo el país. Es como una especie de *Google maps* en tiempo real. Hay una zona, a 40° N, 100° W, en China, justo al sur de Mongolia. Están construyendo algo».

La sangre de Álex se heló. *¿Construyendo algo? ¿Podían hacer eso?* —pensó—. Si eso era cierto todas las teorías que circulaban por la red sobre virus, enfermedades o episodios psicóticos se desmoronarían como un castillo de naipes. *¿A qué demonios nos estamos enfrentando?* Quizá Los Puros no estuvieran tan desencaminados después de todo y realmente tendríamos que estar preparándonos para una guerra, en lugar de estar buscando formas de sobrevivir a una pandemia. Definitivamente Álex llegó a la conclusión de que lo que estaba ocurriendo no tenía nada que ver ni con zombies ni con enfermedades. Su mundo estaba siendo atacado y no sabían nada acerca de la naturaleza de los atacantes.

—«¿Puedes ver de qué se trata?» —le preguntó.

—«No te podría decir. Tiene forma orgánica, es como un edificio con forma de montaña. Está rodeado por miles de ellos. No distingo nada más, pero es escalofriante».

—«Eso es suficiente. Nos servirá». —Escribió finalmente Álex— ahora tengo que irme. Seguiremos en contacto. Cuídate”.

Y sin esperar respuesta desde el otro lado de la línea, apagó el móvil. Fuera, los refugiados en cola tras la puerta del retrete prefabricado continuaban aporreando la puerta. Su única prioridad era vaciar el contenido de sus intestinos, ignorantes de lo que se les avecinaba.

## XVIII

*Andorra la Vella, Andorra*

*20 de junio de 2012*

*Primer día de la Cumbre de Andor*

Caía una fina llovizna sobre los tejados a dos aguas de la pequeña ciudad. El Palacio de Congresos de Andorra la Vella era un edificio moderno, al más puro estilo Mies van der Rohe. Las líneas sobrias del edificio de una sola planta contrastaban con la pared rocosa de los Pirineos que se alzaba justo detrás. El agua de la lluvia veraniega se deslizaba dejando sinuosos dibujos por la fachada acristalada, mientras los oscuros coches oficiales no paraban de llegar. Los representantes de los principales países que aún se mantenían en pie habían acudido a la Cumbre en busca de respuestas. Una sorpresa inesperada hasta el momento fue la asistencia del ministro de defensa hindú, Arackaparambil Kurien Antony. Como había ocurrido con muchos otros países, la República de la India no había confirmado su asistencia hasta última hora por motivos de seguridad. El Palacio de Congresos tenía capacidad para albergar a medio centenar de personas. Esa capacidad se iba hoy a poner a prueba entre asesores, dirigentes de gobiernos y representantes militares. El estrado principal del auditorio del Palacio de Congresos estaba presidido por el presidente francés Nicolás Sarkozy y el obispo de Urgel, ambos en calidad de jefes de estado. A su alrededor, el Jefe del Gobierno de Andorra con sus ministros y en un estrado un poco más bajo el *Consell General*, órgano de representación de las siete parroquias en las que estaba dividido el pequeño país. Por primera vez desde el medievo, el Vaticano con voto acudía a una de estas reuniones.

Se había previsto comenzar la reunión a las nueve, hora local. Sin embargo habían estado llegando dignatarios desde las siete de la mañana. La gente en las calles no salía de su asombro al contemplar el impresionante trabajo de organización de una cumbre a este nivel. Los visitantes también se quedaban asombrados al ver un panorama inusual en la actualidad: gente en la calle. A pesar del estado de alerta generalizado, por alguna razón que aún no alcanzaban a comprender, no se habían dado casos de posesiones en este país. Aún así, la falta de abastecimiento y el racionamiento de víveres dejaba patente el estado de alarma en los rostros de sus ciudadanos.

El auditorio del Palacio de Congresos se había abierto una hora y media antes de la celebración de la Cumbre. Se podían ver dignatarios, representantes y asesores de países de todo el mundo hablando animadamente por todos los rincones del recinto. De vez en cuando paraba en la puerta un nuevo coche oficial. A través de la mojada cristalera se podía ver cómo dos azafatas acudían con un paraguas negro a cobijar al recién llegado hasta la entrada.

Un furgón negro de lunas tintadas rompió la cadencia de elegantes limusinas. De su puerta lateral salieron cuatro hombres con mono de trabajo oscuro y guantes a juego. Cargaban un pesado arcón negro de metal. Esta vez las azafatas no acudieron a protegerlos de la lluvia con el paraguas. Tampoco parecían necesitarlo. Los cuatro hombres, con su pesada carga, atravesaron el vestíbulo hacia uno de los recintos interiores. Al llegar, fuerzas de seguridad de la policía local andurense escoltaron al grupo. Los estaban esperando. Este inesperado espectáculo levantó la curiosidad de los presentes y pronto todos los grupos no hablaban de otra cosa sino del contenido del misterioso arcón.

Antes de que hubieran dado las nueve el auditorio estaba lleno. Tras ubicar en sus asientos a los dignatarios y a los representantes, tan solo unos pocos asesores más cupieron en la sala. El resto fue repartido entre el resto de salas del Palacio de Congresos. Las salas habían sido acondicionadas para la ocasión con una pantalla gigante que retransmitía la reunión principal a tiempo real. En todas las salas había

botellas pequeñas de agua, café, té y un refrigerio que consistía en galletas saladas y dulces variados, entre los que se encontraban las torrijas típicas del lugar. Un intento de promoción turística que pasaba inadvertido dado el ámbito de la Cumbre.

Sin más preámbulo tras dar la bienvenida, el Jefe de Gobierno anduriano pasó la palabra al secretario general de las Naciones Unidas. El asiático de pelo canoso se puso en pie y se acercó al atril. Detrás de él, una enorme pantalla compartía el espacio con una gigantesca bandera azul con el logo de las Naciones Unidas que pendía desde lo alto del escenario. Desde la sala de sonido del auditorio, decenas de intérpretes comenzaron a traducir simultáneamente sus palabras.

Doménico se colocó el auricular seleccionando la opción en español. A pesar de llevar años en Italia y dominar el italiano como una lengua materna siempre le resultaba más cómoda la lengua con la que se había criado. Una sensual voz femenina con un ligero acento madrileño retransmitía el discurso en español.

—Señoras y señores dignatarios, lamento no haber preparado un discurso inaugural pero la gravedad del asunto a tratar requiere todo nuestro tiempo disponible.

La sala se quedó en silencio. Todos miraban fijamente a Ban Ki-moon. El secretario general vestía traje negro, camisa blanca y corbata gris plata. La única nota que se salía de la sobriedad escogida para la ocasión era el broche dorado con el emblema de las Naciones Unidas que lucía en la solapa de la chaqueta.

—Como todos sabrán, estamos sufriendo un ataque de procedencia desconocida —continuó—. Se ha denominado a esta agresión hacia nuestro mundo como *la amenaza*. La naturaleza de esta *amenaza* aún no se ha definido pero sus síntomas coinciden con lo que vulgarmente se ha conocido como «casos de posesión». Aún no se ha determinado si estas posesiones responden a un factor físico, psicológico o ambiental. Científicos de todo el mundo han estudiado a los afectados. Lo que en un principio se catalogaba de epidemia, ha resultado no serlo ya que no hemos sido capaces de hallar ningún agente externo responsable de tales cambios. No creo que sea necesario entrar en detalles sobre los síntomas de los afectados ya que cada gobierno del mundo dispone de sus propios informes. Una vez descartadas las posibilidades de que se trate de un agente físico, solo nos quedan dos posibles orígenes: psicológico o ambiental. Algunos expertos han señalado que los niveles de contaminación de algunas regiones del mundo pueden provocar desórdenes psicológicos que pueden llegar a afectar a un individuo hasta perder la salud mental. Pero el índice de contagio de esta *amenaza*, unido al hecho de que en las últimas horas parece que los afectados se están organizando de alguna manera, nos hace descartar el factor ambiental.

Al decir esto se formó un revuelo en la sala. El Jefe del Gobierno tuvo que llamar al orden para que el secretario de la ONU pudiera continuar.

Tras la primera intervención subieron al atril dos médicos del Comité Internacional de las Naciones Unidas para mostrar los resultados de las autopsias realizadas a diversos afectados. La información expuesta por los expertos de la ONU no reveló ninguna sorpresa nueva, ni arrojó luz a las incógnitas que todos los dirigentes se habían encontrado al estudiar dichos casos. Según la degeneración que presentaban los cuerpos, se establecía una media de vida de los afectados de entre una y dos semanas. Por el momento, al carecer de un agente trasmisor, carecían de cura o remedio posible pero sí había determinado que ese estado no parecía transmitirse de un individuo a otro, ni por contacto físico, ni por el aire. Tras la intervención de los médicos, Ban Ki-moon dio paso al camarlengo del Vaticano, Monseñor Tarcisio Bertone. Subió al atril aún con los vendajes que le cubrían gran parte del rostro. Este hecho, junto con la reciente noticia de la muerte del Papa Pío XIII, produjo un inquietante efecto de alarma creciente entre los presentes. El camarlengo abrió su intervención rezando un *Padre Nuestro*. Esa falta protocolaria descolocó a muchos

dirigentes y los representantes Rusia y la India incluso se levantaron ofendidos de sus asientos.

La intervención del camarlengo se centró en los trabajos de descriptación del *Szibula Darkonis*. El hecho de tratar en esta Cumbre unas predicciones recogidas en un libro arcano que procedía de lo más profundo de los archivos secretos del Vaticano, daba un tono inusual a la reunión. Representantes de todos los países allí reunidos se miraban unos a otros con incredulidad. La pantalla gigante detrás del camarlengo iba proyectando imágenes de diferentes páginas del tomo mientras él pronunciaba su discurso. El intérprete italiano traducía sus palabras simultáneamente a través de los auriculares.

—No debemos tomarnos esta información como un ejercicio de adivinación de eventos. Aunque lo parezcan, no son profecías tal y como podríamos considerarlas. La manera en que está escrito nos hace pensar de que se trata de un plan. Un detallado plan de conquista de toda la Humanidad que lleva urdiéndose durante siglos. Un plan que se ha puesto en marcha ahora, pero que nos había sido revelado desde el medievo a través de diversas evidencias.

Sus palabras no acertaban a apaciguar el clima crispado que se estaba derivando de esta mística intervención.

—Tenemos datos reveladores —prosiguió— sobre los poseídos. Como hemos visto, el agente de la posesión es imposible de determinar, ni aún por la medicina moderna. Afecta al *Alma*. A la mente. Es la invasión de cuerpo y alma por parte de un... llamémosle demonio.

Ni siquiera el camarlengo se sentía cómodo utilizando esa terminología en una Cumbre como aquella.

—En el texto se detallan con precisión los síntomas. Todos coinciden con los que se han reconocido como síntomas de *la amenaza*. De hecho, podemos diferenciar entre dos tipos de posesiones. La que todos conocemos, llamémosla de *Tipo I*, mientras que existe un segundo tipo. La posesión por parte de entes más poderosos puede dar lugar a posesiones de *Tipo II*. Esta clase, según se define, actuaría como un ser humano, con plena facultad sobre sus capacidades físicas e intelectuales. Los extraños casos de muerte sin razón aparente del hospedador se deben a un período que hemos definido como período de adaptación. A medida que los entes se estabilicen, aprenderán a controlar el cuerpo de su hospedador sin causarle lesiones mortales. Dependiendo del poder y las capacidades de la entidad, el cuerpo del hospedador se degradará en más o menos tiempo. Aún no se ha establecido una duración media de los afectados, pero según estudios realizados, los afectados durante los primeros días presentaban una supervivencia media de una semana. Los afectados de la segunda semana se estima que puedan sobrevivir meses, e incluso años. Lo que está claro es que no van a desaparecer por sí solos. Cada vez sobrevivirán más y durante más tiempo.

—En cuanto al origen que provoca esta *amenaza* —continuó el camarlengo con su intervención— el texto no es del todo claro.

Sintió sobre él las miradas escépticas de los máximos responsables de los países allí reunidos.

—El libro cita el ataque provendrá de «los cielos» cuando «las condiciones sean propicias». Esto sugiere una alineación determinadas de cuerpos celestes del sistema solar, pero se nos hace difícil extrapolar esa alineación de la astronomía medieval, con el Sol aún orbitando la Tierra, a un esquema actual.

Varias manos se alzaron en las gradas para recibir el turno de preguntas. Bertone tenía pensado terminar su discurso para dar paso a las preguntas pero ante la expectación que había causado su última revelación decidió responder algunas dudas antes de proseguir.

—¿Quiere decir —preguntó el representante de Japón al ser señalado por el



camarlengo— que el origen de *la amenaza* a la que nos enfrentamos no está aquí, en la Tierra, sino que proviene de algún lugar de nuestro Sistema Solar?

—Como he manifestado anteriormente —respondió Bertone— el texto es confuso en ese aspecto. No podemos decir con exactitud si el origen de esta *amenaza* se encuentra en nuestro Sistema Solar o más allá de él. Lo que está claro es que hemos estado mirando en la dirección equivocada.

Señaló ahora al representante de Alemania, que aguardaba pacientemente con la mano alzada.

—Entonces —intervino el Ministro de Defensa Alemán, Thomas de Maizière—. ¿Cree usted que esos «entes» que usted llama demonios proceden del espacio exterior?

—Es difícil de decir pero todo apunta a eso. Podría decirse que los demonios que nos poseen vienen de un lugar diferente a este mundo.

Un coro de voces se alzó en el espacio del auditorio. El Jefe del Gobierno llamó nuevamente al orden para que los asistentes a la Cumbre guardaran silencio.

—Eso podría explicar la aparente seguridad ante *la amenaza* que presentan las cadenas montañosas —intervino el Presidente del Comité Científico de la ONU, Wolfgang Weiss.

Era un hombre corpulento, de rostro rosado y pelo y barba blanca. Tenía un cierto aire a Papá Noel pero de paisano.

—Si lo que provoca ese estado en los seres humanos proviene del espacio —continuó Weiss— puede que se propague de manera similar a las ondas. Una especie de radiación cósmica capaz de atravesar el campo magnético de la Tierra, pero que tiene problemas para propagarse por perfiles abruptos como los sistemas montañosos. Serían zonas de sombra para *la amenaza*, justo como ocurre con la cobertura de teléfonos móviles.

Toda la sala permaneció en silencio mientras escuchaba las últimas frases de la traducción simultánea. Bertone aprovechó el silencio de la audiencia para recuperar su intervención.

—Hay también en el texto que hemos traducido referencias a diferentes figuras que desempeñarán un papel fundamental en los futuros acontecimientos. Una de ellas, denominada *El Barón de la Virtud*, servirá de guía para la Humanidad en estos tiempos oscuros. Diferentes similitudes encontradas en el texto nos hacen relacionar esta figura con la del Papa de Roma; el próximo Papa quiero decir —tuvo que hacer una pausa al decir esto, ya que la frase disparó un desagradable recuerdo reciente en su memoria.

—Por otro lado —continuó— el texto hace referencia a otras importantes figuras surgidas desde Asia que reciben el nombre de *Hermanas de la Santa Sangre* y están llamadas a convertirse en «heraldos» de Satán en la Tierra.

El camarlengo se percató de la inquietud de varios de los diplomáticos y asesores que alzaban la mano para intervenir. El representante ruso intervino sin esperar invitación.

—¿Ha dicho Satán? ¿Qué papel juega Satán en esto exactamente? —intervino inquisitivo.

—Detrás de todo esto es Satán el que instiga el caos desatado —respondió el camarlengo.

Inmediatamente se formó un tumulto por toda la sala. Muchos de los dignatarios lanzaban sus preguntas a la vez, de tal manera que no se entendía más que una algarabía confusa en distintos idiomas. Bertone pensó en el pasaje bíblico de la torre de Babel y no pudo evitar sentirse parte de un nuevo capítulo del libro sagrado. Un capítulo que iba a ser escrito por los hombres y mujeres que estaban en aquella sala. Cuando el revuelo montado fue perdiendo volumen, el camarlengo prosiguió.

—Hemos visto cómo nuestra gente sufre posesiones demoníacas a las que la ciencia no encuentra explicación. Hemos visto cómo nuestra civilización se ha desmoronado en un solo mes ¿y aún les cuesta ver la mano de Satán detrás de todo esto? ¿Cuántas

pruebas más necesitan para creer?

Desde uno de los asientos reservados para los asesores del Vaticano, Doménico contemplaba la escena con rostro adusto. Estaba claro que en estos tiempos, la Iglesia tenía la necesidad de tener un verdadero líder al frente y no a un simple predicador de barrio. Sin la credibilidad necesaria a nivel mundial, la Humanidad no superaría esta situación. A su lado estaba sentado Argüello. Sus miradas se cruzaron y el otro asintió, como si le leyera el pensamiento. A su alrededor, la sala sucumbía al desorden en un creciente bullicio. En este punto, una creciente ola de indignación fue cobrando forma entre los asistentes a la Cumbre, de tal manera que fue difícil continuar con la sesión. El Jefe del Gobierno propuso un receso de diez minutos antes de proseguir.

\* \* \*

Eva y Horacio se encontraban en una sala contigua atendiendo a la pantalla. Tras un receso de diez minutos se había reiniciado la sesión de la Cumbre. En este momento volvía a intervenir el secretario general Ban Ki-moon. Todos guardaban silencio y miraban fijamente a la pantalla. Habían repartido a los asesores por idiomas y, sorprendentemente la sala dedicada a la traducción al castellano era por una vez mayor que la dedicada al inglés.

El teniente Horacio le acababa de pasar un vaso de plástico con café caliente. Eva lo sujetaba entre el índice y el pulgar para no quemarse y de vez en cuando daba pequeños sorbos. Habían acudido a la Cumbre, como la mayoría de los cuerpos especiales del estado, en calidad de asesores. Venían a presentar el proyecto que estaban llevando a cabo a bordo de enormes dirigibles para operaciones de rescate de supervivientes y como centro de mando móvil. Por el momento tenían dos unidades operando en la península ibérica con base en *Barajas*. Se estaba entrenando a pilotos del ejército para pilotar LTA, pero la escasez de personal cualificado hacía más recomendable entrenar a civiles que destinar a un preciado piloto de helicópteros a un dirigible.

No hacía ni un mes que ella había aprendido a pilotar, pero Horacio la había llevado de copiloto a todas las misiones y no era excesivamente complejo. Por eso se encontraba ahora en la Cumbre. Era de las pocas personas disponibles en el mundo capaces de pilotar un dirigible, ahora que habían redescubierto el potencial que tenían estas aeronaves.

De repente, Eva se sintió observada. Justo enfrente de donde estaban ellos había un tipo sentado en una silla que disimulaba como si estuviera atento a la pantalla. Pero de vez en cuando, le lanzaba una mirada furtiva. Debía tener unos treinta años, puede que menos, pero la barba corta que llevaba le hacía lucir mayor. Vestía ropa camuflada del ejército de tierra. Prestada, a juzgar de cómo le quedaba. El único toque discordante que desvelaba que no pertenecía al ejército era una camiseta negra que llevaba bajo la chaqueta militar. Parte del dibujo de la camiseta sobresalía por el cuello de la chaqueta. Solamente la barba y la camiseta le daban un *look* de *heavy*, a pesar de llevar el pelo corto. El individuo volvió a mirarla y al ver que ella lo estaba observando, disimuló mirando hacia el resto de la sala. Eva llevaba el mono verde del ejército del aire desabrochado hasta la cintura y con las mangas atadas en torno a la cadera. Lucía un *top* sin mangas con un generoso escote. Al verse observada de esa manera, comenzó a sentirse incómoda y sujetó el vaso de café con ambas manos por delante de su escote, intentando taparse un poco. Finalmente, optó por colocarse el mono y subirse la cremallera.

Mientras tanto, el secretario general de la ONU continuaba con su intervención pero Eva no estaba atendiendo a lo que decía y por lo que se veía, el hombre que la observaba tampoco. Se sentía ofendida por la forma en que la estaba mirando, incluso después de haberse cerrado el mono hasta el cuello. Así que decidió intimidarlo. Conocía a esa clase de individuos. Miraban mucho pero después, cuando tenían a la

chica delante no hacían más que tartamudear. Le iba a dar el corte de su vida. Mirándolo fijamente se puso en pie y se acercó hacia él. El tipo la miró sorprendido. Eva interpretó por su mirada que estaba asustado, así que se creció. Sin mediar palabra se sentó a su lado y le ofreció su mano.

—Hola, mi nombre es Eva —dijo con una sonrisa forzada—. Perdona, ¿te conozco de algo?

El hombre, sorprendido, se reincorporó un poco y aceptó su mano —Álex respondió dubitativo y añadió—. No, creo que no nos conocemos.

—Es que como no parabas de mirarme —le espetó Eva— creí que nos conocíamos y no me había dado cuenta.

Ahora, dependiendo de la respuesta había dos clases de persona. Los que aprovechaban que ya se había roto el hielo para soltarte piropos en plan «no podía dejar de mirar esos ojos como estrellas y bla, bla, bla...» y los que se acobardaban y se disculpaban sin más.

Mientras tanto, en el auditorio del Palacio de Congresos, el secretario de la ONU había dado paso a un militar español que estaba proyectando unas imágenes desde un satélite, en el que se veía una extraña estructura.

—«... así que tenemos imágenes de una estructura que al parecer están construyendo los individuos afectados en algún lugar de China. Aún no sabemos de qué se trata pero continuamos observándola. Tenemos un contacto allí, pero eso mejor se los puede explicar nuestro enlace...».

—Disculpa —dijo finalmente Álex— creo que me toca intervenir.

Y un cabo del ejército de tierra español con aspecto eficiente entró en la sala a buscarlo. Álex se levantó y lo siguió hacia el vestíbulo. Antes de salir, se detuvo junto a la puerta y se giró hacia ella.

—Me encantaría seguir charlando de esto después pero ahora tengo que irme. Encantado de conocerte... Eva ¿era Eva, no? —dijo con una amnesia sobreactuada y salió por la puerta.

Eva se quedó estupefacta, sentada junto al sitio vacío que hacía un momento había estado ocupando ese tal Álex. Al rato lo vio subir al atril de la sala principal con la imagen satelital proyectada en una enorme pantalla tras él. ¿Qué tendrá que contar un heavy mirón en una Cumbre como esta? —pensó Eva.

\* \* \*

Las personas más poderosas del mundo, las que aún quedaban, tenían los ojos fijos en él. Álex tenía las manos frías y sudorosas y sentía la lengua seca dentro de la boca. Su plan había funcionado. Había salido del campo de prisioneros y ahora era tan valioso como la información que aún se guardaba. Le había enseñado al general de la base de *Los Rodeos* la imagen que Ulán Bator le había enviado. Antes de hacerlo había borrado todo el historial de navegación *web* del móvil para evitar que los militares descubrieran la manera de contactar con Bator sin él. Así, se había convertido en una pieza clave para cualquier estrategia a nivel global, ya que tenía contacto con un hombre infiltrado —en contra de su voluntad— en un puesto de mando móvil tras las líneas enemigas. Por una serie de azarosas coincidencias se había convertido en una pieza clave del panorama militar actual. Y ese era su salvoconducto para la supervivencia.

Álex se agarró al atril con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos. Tomó aire y comenzó a hablar. No sabía por dónde empezar en una intervención de este tipo, así que comenzó por presentarse.

—Buenos días a todos. Mi nombre es Leonardo Alexander Huertas. Soy un superviviente de la base de *Los Rodeos* en Tenerife. A través de Internet he contactado con un superviviente español en Ulán Bator, Mongolia. Ahora mismo, dicho superviviente se encuentra refugiado en un puesto de mando móvil operativo del

ejército chino y tiene acceso directo a un satélite militar sobre la zona.

Los dirigentes se miraron los unos a los otros. Tras un mes sin control y mantenimiento, la gran mayoría de los satélites artificiales existentes se habían salido de sus órbitas o eran inaccesibles en ese momento. Los ejércitos del mundo estaban «ciegos» a lo que ocurría a su alrededor. La idea de un satélite operativo y con una base remota en tierra era todo lo que necesitaba un ejército para ganar una guerra.

—En los últimos días —continuó— se ha registrado una actividad inusual. Primero, los reidores comenzaron...

—Perdón ¿ha dicho *reidores*? —interrumpió el secretario general de la ONU.

—Sí, es así cómo llamamos en la red a los afectados —respondió Álex—. Como iba diciendo, los reidores comenzaron a organizarse por manadas o grupos más numerosos. Lo más insólito fue cuando nuestro observador de Ulán Bator fue testigo de una movilización de carros del ejército chino a cargo de estos reidores. No consiguió identificar a los conductores, pero los vehículos iban escoltados por centenares de reidores convencionales y dirigidos por personas que no parecían afectadas por el síndrome. Ahora no cabe duda de que son capaces de organizarse y de que lo que está ocurriendo es más que una mera pandemia. Desde las imágenes del satélite al que ha tenido acceso, Ulán Bator ha enviado estas imágenes. En ellas podemos contemplar esta extraña estructura, rodeada por miles de reidores. Están construyendo algo, no sabemos el qué —con un gesto, le indicó al operador que se encargaba de las imágenes que cambiara la foto en la pantalla—. En la siguiente imagen podemos ver cómo están movilizando vehículos y hordas de reidores hacia puntos estratégicos en la frontera de China. Se observan avances de tropas sobre las fronteras de Mongolia, Rusia y Kazajistán. A medida que estos ejércitos van avanzando se van nutriendo de más y más hordas de reidores. Hasta el momento no sabemos si los pilotos de estos vehículos son reidores de *Tipo II* o, como los llamábamos *meta-reidores*. Aunque también podría tratarse de personas no afectadas por el síndrome que colaboraran con ellos.

—¿Y en qué se basa usted para hacer este tipo de suposiciones? —preguntó el representante ruso poniéndose en pie—. ¿Es usted algún tipo de estrategia militar o asesor del ejército?

—No, simplemente en lo que se observa en las imágenes —respondió Álex.

—Pero ¿qué tipo de experiencia militar tiene usted? —insistió el representante ruso— ¿a qué especialidad pertenece?

—Ninguna —se vio forzado a responder Álex— soy civil.

El representante ruso se sentó en su asiento sin ni siquiera mirarlo. No hacía falta ser asesor militar para darse cuenta que la hipótesis de Álex había perdido en aquel momento toda la credibilidad.

El cabo del ejército español le hizo una señal para que supiera que el equipo estaba conectado y que dadas las circunstancias, era el momento de establecer la conexión. Álex se sentó junto a la terminal y abrió la sesión en privado con Ulán Bator a través del *chat* de *Facebook*.

—«¿Estás?» —escribió Álex.

—«Estoy» —respondió Ulán Bator al cabo de unos segundos—. «¿Cuándo me sacarán de aquí?».

—«Aún eso está en el aire. Cuéntales algo interesante. Por el momento tú eres la única fuente de información viable en esa zona. Si van a actuar dependerán de ti. Hazte valer. Ahora conecta el *Skype* como hablamos. Voy a iniciar la vídeo-llamada» —y dicho esto Álex solicitó la videoconferencia.

Tras unos tonos de llamada en el monitor, Ulán Bator aceptó la solicitud y su imagen apareció en la pantalla. En ese momento, conectaron la señal y su rostro apareció proyectado en la gigantesca pantalla de la sala.

—Conexión con Ulán Bator establecida —dijo Álex mirando al secretario general de la ONU.

*Ulán Bator, Mongolia*

Ricardo tenía las manos frías. Aunque pareciera mentira, en estos momentos cosas como aquella lo ponían nervioso. A pesar de estar abandonado a miles de kilómetros de su hogar, encerrado en un camión y rodeado por reidores caníbales, intervenir en una reunión de altos cargos conseguía que el estómago se le encogiese por los nervios. Álex apareció en la pequeña ventana de su monitor. Habían hecho varias pruebas de conexión desde que le sugirió la idea. El planteamiento de Alexander era perfectamente lógico. Las fuerzas de seguridad estaban sobrepasadas. La mejor forma de sobrevivir era formando parte de la primera línea. Aportando algo de utilidad, algo que te hiciera indispensable en aquella crisis. El golpe había sido tan duro al nivel mundial, que el ejército ni siquiera estaba rescatando supervivientes. De hecho no tenían capacidad para enviar ayuda humanitaria a la mayor parte de las zonas habitadas. Hasta que se pudiera identificar a *la amenaza* y organizar una línea de actuación los supervivientes estaban abandonados a su suerte. Y tras el primer mes de encierro, la situación comenzaba a ser grave. En el puesto de mando móvil había encontrado raciones del ejército suficientes para sobrevivir durante varios meses. El mayor problema iba a ser el agua. Si no lo rescataban en una semana tendría que salir en busca de agua. Ricardo dejó de divagar y se centró en el monitor que tenía enfrente. Disolvió cualquier atisbo de pesimismo de su mente y se dispuso simplemente a informar. El rostro de Álex se movía ralentizado y nubloso en la imagen captada por la *webcam*. Oyó cómo le decía a alguien que estaba fuera de la imagen: «Establecida conexión con Ulán Bator».

Giraron el monitor, lo que causó que Ricardo recibiera imágenes en forma de un borrón en movimiento que le produjeron una profunda sensación de mareo. Cuando la imagen se estabilizó pudo ver una gran sala con cientos de personas sentadas. Expectantes. La iluminación era tenue y la resolución de la *webcam* únicamente le mostraba sus siluetas en sombras.

Fue un general español el primero en intervenir.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó el general— ¿está usted bien? ¿tiene víveres?

—Tengo alimento para dos semanas y agua para una —respondió Ricardo.

—No se preocupe, le sacaremos de ahí tan pronto como nos sea posible —respondió el general intentando, sin conseguirlo, sonar a la vez tranquilizador y convincente.

—No es por mí por quien tiene que preocuparse —interrumpió Ricardo— China ha caído. Están utilizando lo que han incautado de su ejército para avanzar y ocupar posiciones en todos los países fronterizos. La cantidad de reidores que se observan desde el satélite es abrumadora.

—Los datos de que disponemos nos hacen pensar que la mayor concentración de esas criaturas, por alguna razón que desconocemos, se encuentra en ese país —comentó el general.

—Hace días tuve un encuentro con una de las avanzadillas. Escoltados por hordas de reidores había tanques y vehículos militares del ejército. No todos estaban afectados por el síndrome. Pude observar cómo eran dirigidos por dos mujeres desde el interior de un blindado.

—¿Está sugiriendo que el Gobierno de la República Popular de China puede estar involucrado en esta *amenaza*? —le preguntó sorprendido el general.

—Eso son ustedes los que deben determinarlo. Yo solo le cuento lo que he visto y los movimientos que observo desde los monitores. Los reidores están construyendo estructuras en diversos puntos de China y están avanzando en tres columnas a través de Mongolia, Kazajistán y Pakistán. Esta última columna ha atravesado ya el país, adentrándose en Afganistán.

Ricardo pudo ver cómo los dirigentes reunidos en la sala se miraban entre sí desconcertados. Hacía más de sesenta años que un ejército no marchaba de esa forma sobre Europa.

*Ciudad del Vaticano, Roma*

El immaculado laboratorio de investigación y recuperación del archivo del Vaticano se encontraba en penumbra. Tan solo la mesa central que contenía el ejemplar del *Szibula Darkonis* estaba iluminado por un foco. Varios técnicos en criptografía y restauración pululaban ocupados de un lado a otro del laboratorio. Los trabajos iban avanzando a buen ritmo y pronto habrían transcrito la obra entera. Mientras el coordinador se encargaba de enviar la información obtenida directamente a Doménico vía *email*, uno de los técnicos analizaba pedazos del tejido en el que estaba impreso el tomo. Había una serie de incoherencias en los resultados obtenidos por las pruebas que se le habían realizado a los materiales del libro. Incompatibilidades entre la edad y composición de las tintas usadas para su escritura —cuando la había, pues una gran mayoría del texto se había escrito con sangre mezclada con resinas naturales—. Los caracteres cuneiformes en los que estaba encriptado no parecían corresponderse con los de ninguna cultura conocida. Cada uno de esos símbolos representaba una palabra, la escritura carecía de alfabeto, ese hecho había dificultado su descifrado. Era similar a la escritura china, lo que podía mostrar un origen en común, o la procedencia de los conocimientos aplicados por la hermana Szula para encriptarlo, ya que había peregrinado en misión a Asia durante el siglo XIII, antes de haber ingresado como monja de clausura. Una de las cosas más intrigantes de aquel tomo era la cubierta. Indudablemente no era la original pero el material utilizado aún no se había conseguido determinar. Según los primeros análisis era un tejido orgánico, algún tipo de piel sin curtir. Era áspera y rugosa al tacto y su superficie estaba surcada por pliegues con lo que parecía que alguna vez fueron capilares de algún tipo de tejido animal. Ahora el tejido estaba seco y mostraba un tono pardo oscuro. El único símbolo sobre la cubierta era una imagen simétrica, como un arco, o como las alas de un murciélago. Estaba grabado a fuego sobre la piel cuarteada.

El técnico no pudo evitar la tentación y se quitó uno de los guantes de látex para tocar la cubierta. Sabía que la grasa de sus dedos podría causar daños irreparables en un ejemplar tan antiguo y dañado. Pero no podía contener la atracción que sentía hacia el libro. Ahora estaba solo en el laboratorio, nadie lo sabría. Con una mano desnuda ansiosa, casi lujuriosa, el técnico acarició la piel de la cubierta. Era un tacto extraño, como la piel de un escualo, suave en una dirección y áspera en la contraria. Presionó con la yema de sus dedos la gomosa cubierta y esta cedió acolchadamente. Nunca había sentido una sensación tan placentera al tacto. Notaba un hormigueo cálido por toda la mano, un cosquilleo recorrió al momento todo su cuerpo para concentrarse en sus genitales. Fue una experiencia extraña. Estaba sufriendo una erección simplemente por rozar el viejo libro. Era una experiencia que estaba dispuesto a repetir. Incluso en su éxtasis le pareció observar cómo la piel del tomo latía y se estremecía bajo sus dedos.

Oyó cómo el coordinador abría la puerta del laboratorio. Retiró la mano del tomo para enfundársela en el guante de látex antes de que el otro viera lo que estaba haciendo. Antes de introducir la mano en el guante, miró la yema de sus dedos. Estaban perladas de diminutos puntitos rojos. Se frotó el índice con el pulgar y la mancha carmesí se extendió por la piel. Eran minúsculas gotas de sangre.

Su propia sangre.

*Andorra la Vella, Andorra*

Pasada primera jornada matinal de la Cumbre se levantó la sesión para el almuerzo. Álex se movía incómodamente por el salón comedor del Palacio de Congresos con su bandeja de comida. Tras su intervención se sentía desubicado, como si sobrara en

aquel lugar. Realmente había usado la información de la que disponía para catapultarse fuera de aquel campo de refugiados. Solo por eso estaba allí. De pronto, oyó una voz femenina a su espalda.

—¿Leonardo Alexander?... ¿Era Leo, no?

Álex se giró y vio a la soldado a la que había estado observando descaradamente en la sala de asesores.

—Álex —la corrigió con una sonrisa.

—¿Qué pasa, no tienes dónde sentarte? —le preguntó Eva con sorna— puedes sentarte aquí si quieres —le dijo señalándole un asiento vacío frente a ella—. Álex sonrió y se sentó. Ella le devolvió la sonrisa y recogiendo su bandeja se puso en pie.

—Yo ya había terminado —dijo mientras se marchaba— que aproveches.

Álex se percató de cómo el militar con el que Eva había estado sentada en la sala de asesores los observaba desde el otro lado del comedor.

—Creo que tu novio te está esperando —dijo señalando a Horacio con la cabeza.

Eva volvió sobre sus pasos y se acercó a Álex para responderle.

—Es un truco muy viejo. Si quieres saber si es mi novio tendrás que ser valiente y preguntar. Pero antes de que pierdas tu tiempo, te diré que no me interesan los mirones —y se dio la vuelta y se dirigió hacia donde estaba Horacio.

Álex se sorprendió a sí mismo con una tonta sonrisa en la cara. Hacía tiempo que no jugaba a ese juego. Antes incluso del caos que se había desatado con los reidores. Manteniendo esa sonrisa en su cara conectó los auriculares del móvil y se dispuso a escuchar música mientras disfrutaba por fin de una comida de dos platos y postre.

\* \* \*

La palabra que mejor resumía el sentimiento de la Cumbre al dar comienzo la sesión vespertina era la de expectación. Un grupo de científicos españoles que habían estado trabajando en un descubrimiento conjuntamente con científicos estadounidenses —ahora fallecidos, por lo que todo parecía indicar— habían subido al atril. El maletín negro de metal que tanta expectación había causado a la entrada del Palacio de Congresos se encontraba allí, junto a ellos.

Una mujer joven de pelo castaño y rizado, perteneciente al equipo español de investigación, fue la encargada de exponer los datos.

—Señoras y señores aquí reunidos, señor secretario general y jefes de gobierno, estamos aquí para revelar el resultado de nuestra investigación durante los últimos diez años de trabajo. Creemos que es el momento de difundir ahora estos resultados ya que pueden estar relacionados con los acontecimientos que se están desarrollando a lo largo de todo el planeta. Hace diez años, un equipo paleontológico encontró un yacimiento fósil de formas de vida primitivas en una sima en Burkina Faso, en el centro de África. Los estratos encontrados en esa sima se corresponden con una de las zonas más antiguas del planeta, con una edad aproximada de entre cuatro mil y tres mil novecientos millones de años. Ese estrato corresponde a una era muy anterior a la aparición de la vida en este planeta, hace unos tres mil quinientos millones de años. Este dato nos hace concluir que estas formas de vida pluricelulares no habrían evolucionado en la Tierra, por lo que todo apuntaba a que su origen fuera extraterrestre. Puede incluso que, a partir de alguna de estas formas de vida se generaran los primeros organismos vivos que han evolucionado hasta nuestros días.

—Por el momento —continuó— todo eso no son más que conjeturas. Lo más sorprendente de este descubrimiento fue encontrar una forma de vida que llevaba habitando los estratos más profundos de la corteza terrestre desde hace más de cuatro mil millones de años. Sabemos que no somos la primera forma de vida que domina este planeta. A lo largo de la evolución, otras formas de vida han prosperado y se han extinguido en un proceso cíclico y continuado. Pero durante todos estos ciclos esta especie ha estado coexistiendo con nosotros a más de treinta kilómetros de

profundidad en la corteza terrestre. Cuando lo hallamos, el espécimen estaba vivo y en estado aletargado. Murió horas después de su descubrimiento por causas desconocidas. Las excavaciones prosiguieron durante otros cuatro años más, hasta que en el año dos mil cinco un temblor de tierra colapsó la sima sin que hubiéramos conseguido localizar otro individuo de la misma especie. Restos fósiles hallados en la misma zona nos sugieren la existencia de esa especie desde casi el mismo momento de las primeras manifestaciones de vida en este planeta.

Mientras la doctora que presentaba el caso de Burkina Faso hablaba, en la pantalla se proyectaban fotos detalladas del espécimen. Detalles de patas articuladas como las de un artrópodo, largos filamentos de aspecto baboso que partían de una estructura central de aspecto óseo e incisiones en forma de agallas, como las de una lamprea. Pero todas las imágenes formaban piezas aisladas de un rompecabezas incapaz de imaginar. Fue entonces cuando el grupo de hombres que habían traído el maletín de metal lo abrieron.

La sala quedó de repente sumida en un conmocionado silencio. Del interior del maletín sacaron un cilindro de cristal de casi un metro de altura y medio metro de diámetro. El interior estaba lleno con un líquido transparente que mostraba un ligero tono verdoso. El recipiente poseía luces incorporadas, una en la tapa superior y otra en la inferior, para poder observar el espécimen con detalle.

—A pesar de que pueda parecer que el espécimen está dotado de estructura ósea, solo posee tejidos cartilaginosos a modo de esqueleto y exoesqueleto. Quizá la mayor similitud biológica que comparte con otras especies conocidas del planeta sea con los lamelibranquios bivalvos y con las lampreas. El setenta por ciento de la longitud de su cuerpo está constituido por una armadura genital similar a la de muchas especies conocidas de insectos. Por esta razón hemos bautizado provisionalmente al descubrimiento como Lamelibranquio *petromyzon longipenis*.

—El análisis llevado a cabo sobre nuestro *Lamelibranquio longipenis* —prosiguió la doctora— nos ha llevado a descubrir unos órganos sensitivos muy desarrollados, capaces de producir señales de baja frecuencia que podrían transmitirse a kilómetros de distancia. Dado los estratos del manto terrestre en los que se ha localizado a esta especie, la comunicación entre los individuos de la misma podría dar explicación a las lecturas de «*Earth's Hum*»<sup>[6]</sup> obtenidas por los sismógrafos.

La Tierra estaba continuamente sufriendo pequeños terremotos. Los sismógrafos registraban constantemente actividad sísmica en sus lecturas pero había momentos en los que esa actividad sísmica cesaba. Durante esos escasos momentos los sismógrafos detectaban un zumbido de fondo en nuestro planeta que habían llamado «*Earth's Hum*». Muchos científicos lo relacionaban con la teoría de *Gaia*, según la cual el planeta sería un solo organismo vivo formado por todas las especies que lo habitan. Otros científicos pensaban que se trataba simplemente de la interacción de diferentes factores, como turbulencias atmosféricas o diversos procesos en los profundos lechos oceánicos. Puede que lleváramos años escuchando a esta especie sin saber que existía.

—¿Y cómo es posible que no hayamos descubierto antes a estos seres —intervino uno de los representantes canadienses— si llevan, como dice, toda la vida compartiendo nuestro mismo planeta?

—Actualmente tan solo el diez por ciento de las especies que habitan el planeta tienen nombre —respondió la doctora— el resto nos es desconocido. El gran misterio no es que existieran sin que los hubiéramos descubierto sino por qué han comenzado a tener ahora mayor actividad.

—Como he dicho antes —prosiguió— descubrimos este espécimen hace diez años. En este último mes de incidentes ha habido avistamientos de lo que creemos que son miembros de esta misma especie casi por todo el mundo. ¿Qué es lo que los hace salir



ahora?

La criatura que flotaba en el interior del cilindro poseía características de muchas especies que habitaban la Tierra pero no se asemejaba a ninguna en concreto. Poseía un cuerpo central de aspecto blando y color pardo. En la parte superior lucía unos apéndices cartilaginosos afilados, como si fueran dientes en una disposición circular. A ambos lados de lo que parecía ser un intento frustrado de boca se abrían varias aberturas longitudinales a modo de agallas, lo que le daba a este cuerpo central el aspecto de una lamprea. A ambos lados del cuerpo central se desplegaban dos retorcidos miembros del mismo grosor que el tronco. Estos apéndices estaban enroscados de tal manera que parecían la cornamenta de una cabra montesa. De la parte inferior del cuerpo central salían una indeterminada cantidad de patas articuladas de color negro brillante, como las de un escorpión. El cuerpo central acababa en su parte posterior en una especie de bulbo del que sobresalían unas estructuras que se asemejaban a vértebras y se extendían formando una especie de cola de unos sesenta centímetros de longitud. De los espacios entre cada articulación de estas vértebras sobresalían miríadas de finos apéndices oscuros como si fueran lombrices. El conjunto total de la criatura mostraba un aspecto elegante a la vez que desagradable. Pero sobre todo inquietante. Ser conscientes de que esas criaturas llevaban viviendo desde el principio bajo la corteza terrestre era igual que si alguien descubriese de repente que siempre había tenido lombrices en los intestinos. Quizá no notase nada pero a partir de entonces se sentiría incómodo. Muy incómodo.

Miles de preguntas bullían en las mentes de todos los presentes pero nadie dijo nada. Todos necesitaban poner en orden sus ideas. Lo que se les había revelado era sorprendente e inquietante pero aún no alcanzaban a descubrir qué relación podría tener con el hecho de que toda la Humanidad estaba siendo poseída por una *amenaza* desconocida. Ni uno solo de los presentes fue capaz de relacionar estos dos hechos, aparentemente aislados. Pero el instinto humano, esa herramienta precognitiva que la sociedad nos había enseñado a reprimir, instigó en todos los presentes un sentimiento de rechazo hacia estos nuevos seres y su repentino descubrimiento. Nadie era capaz de imaginar cómo, pero todos estaban seguros de que desempeñaban un papel clave en lo que estaba sucediendo.

## XIX

*Andorra la Vella, Andorra*

*21 de junio de 2012*

*Segundo día de la Cumbre de Andor*

El día había amanecido húmedo y gris. Había dejado de llover y el aire de la mañana era fresco. En los rostros de los dignatarios allí reunidos se podía ver reflejado que no habían descansado lo suficiente durante la noche. Reunidos en pequeños comités por países, habían estado digiriendo los nuevos datos hasta altas horas de la madrugada. No se había dado ningún nuevo caso de posesión desde que habían llegado a la Cumbre, y eso relajaba bastante un ambiente ya de por sí tenso.

Tras un breve café y unos pastelitos servidos en la recepción del Palacio de Congresos los asistentes fueron ocupando sus asientos. Había un olor agradable en el ambiente a café recién hecho, mantequilla derretida y pan tostado. El cálido olor contrastaba con las líneas frías del vestíbulo. La sesión de la mañana se inició con un comunicado de última hora emitido por el ejército italiano. Había ocurrido un accidente, aún sin determinar, en la ciudad del Vaticano que había provocado centenares de muertos. El equipo de representantes del Estado Vaticano había recibido esa misma mañana el último informe de los trabajos de dese criptación del *Szibula Darkonis*. Por ello se estimaba que, sea lo que fuera lo que había ocurrido, había sucedido inmediatamente tras dicho envío.

Esa misma mañana, a las 9:35 hora local, los sistemas de radio de varios ejércitos acuartelados en la ciudad de Andorra la Vella durante la Cumbre habían detectado una señal de baja frecuencia, por debajo de los cincuenta hertzios, que había sido constatada por radioperadores del ejército en Francia, Italia, España y Rusia.

Esto significaba que, exactamente a la misma hora, una señal indetectable para el oído humano había cruzado el planeta de parte a parte. Inmediatamente todos recordaron con inquietud la última intervención del día anterior, en la que aquella doctora había presentado la nueva especie descubierta en Burkina Faso.

El orden de la sesión matinal de la Cumbre, que consistía en la presentación de la situación actual de los distintos países por cada uno de los representantes asistentes, fue cancelada. El secretario general de las Naciones Unidas convocó en *petit comité* a la máxima autoridad competente de cada país para reunirse a puerta cerrada. El padre Doménico asistió a dicha reunión en calidad de representante del estado pontificio ya que el camarleno se sentía aquejado por los dolores que le provocaban sus heridas. Lo que allí les iba a ser revelado cambiaría para siempre el curso de la Humanidad de manera irreversible.

*Ciudad del Vaticano, Roma*

*Una hora antes*

Como cada día, el coordinador del centro de investigación del archivo del Vaticano salió del laboratorio para enviar el informe. Cuando su ayudante volvió a quedarse solo, se aproximó al viejo volumen y echó un vistazo a su alrededor para comprobar que nadie lo estuviera observando. El libro estaba abierto por la mitad. Lo cerró con cuidado sobre la cubierta posterior y se recreó contemplando la maltrecha y abultada portada. Sacó la mano del guante de látex y la posó con suavidad sobre la acartonada piel de la encuadernación. Acarició sus formas rugosas con deleite, recreándose en las sensaciones que aquel acto de onanismo le proporcionaba. Volvió a sentir el éxtasis y la cálida sensación palpitante sobre las yemas de sus dedos. Sentía el latido de su corazón en la punta de cada uno de ellos y cómo otro latido más profundo vibraba en respuesta bajo la vieja y gomosa piel de la cubierta. No pudo evitar mover todo su cuerpo acompasadamente mientras se estremecía al sentir cómo el libro palpitaba bajo su mano.

De repente, aquel festín de sensaciones cesó abruptamente. Una frecuencia

imperceptible para el oído humano hizo reaccionar al tejido vivo de la encuadernación del tomo. A kilómetros de allí, perros de toda Roma aullaron al unísono al sentir esa señal. La sensación de la mano sobre aquella piel rugosa se tornó desagradable. Dolorosa. La separó violentamente dejando un rastro de sangre al hacerlo. La sangre formaba pequeños charcos alargados entre los pliegues de la oscura piel del libro.

En ese momento regresaba el coordinador al laboratorio. Su rostro se desencajó al ver lo que estaba ocurriendo pero no tuvo tiempo de pedir explicaciones a su ayudante. La sangre sobre la cubierta se fue deslizando hacia el interior con un sinuoso movimiento serpentino. Uno de esos pliegues, que ocupaba una posición central en la portada, se hinchó súbitamente hasta que se abrió y la piel se retrajo hacia los lados como si fueran párpados. El interior dejó ver una esfera hinchada y oscura, como un globo ocular con los colores invertidos. La parte central de la esfera estaba coronada por un iris de color rojo, similar al de los reidores. Nada más abrirse los párpados de la cubierta el libro respondió a la señal ultrasónica que había recibido. La respuesta emitida fue tan intensa que los dos técnicos del archivo del Vaticano sufrieron un colapso al reventarles miles de capilares y vasos sanguíneos al unísono. Los dos hombres sangraron por todos los orificios de su cuerpo y se desplomaron de rodillas al mismo tiempo con la sensación de que les estaban arrancando las venas del cuerpo. A kilómetros de distancia se dejaron sentir los devastadores efectos de aquella señal. En la cercana redacción de *L'Osservatore Romano*<sup>[7]</sup>, todos los redactores cayeron sobre sus teclados, manchándolos de sangre. Todo el personal que no había acompañado al camarlengo a Andorra y que había permanecido en la ciudad, cayó fulminado en aquel instante. Este efecto mortal se propagó incluso fuera del Vaticano, sobre los ciudadanos de Roma. Se registraron muertes simultáneas en varios kilómetros a la redonda.

Al no quedar nadie con vida en la Ciudad del Vaticano, los reidores ocuparon la basílica de *San Pedro* sin que nadie los frenara. Las calles de Roma, como las de la mayor parte del mundo, estaban desiertas. Alguien lo suficientemente loco como para pasear por la *Plaza de San Pedro* en aquel momento, hubiera contemplado el sobrecogedor espectáculo de cientos de oscuras siluetas como demonios, saltando entre las estatuas colocadas sobre la fachada de la basílica. Los ecos de la plaza repetían y multiplicaban el sonido de un centenar de risas enloquecidas que el viento llevaba.

*Barcelona, España*

A pesar del estado de emergencia declarado en todo el mundo, Pervertvm Xtreme no había dejado de trabajar ni un solo día. Estar encerrados en sus casas las veinticuatro horas del día hacía que la válvula de escape de la mayoría de las personas fuese Internet. Su portal porno de pago había cuatriplicado sus visitas desde que se declaró el Estado de Excepción y se podía decir, que a parte de los cuerpos del ejército y los de emergencia, el único cuerpo que continuaba trabajando en esta crisis era el suyo. Al menos había continuado trabajando hasta ahora. Los internautas que hoy accedieron a sus *webcam* de pago quedaron profundamente decepcionados. A través de sus monitores contemplaban, al más puro estilo *voyeur*, el pequeño salón de su casa, lleno de cojines rojos, su lavabo presidido por un gran jacuzzi, el dormitorio con una enorme cama redonda con dosel rojo e incluso la cocina, decorada con sugerentes hortalizas de formas peculiares. Cada rincón de aquella casa desprendía erotismo y sensualidad. Pero en ese espectáculo faltaba la actriz principal. Los que accedían hoy al portal únicamente podían contemplar una sugerente casa sin actividad. Sus lujuriosas expectativas se deshacían cuando no conseguían encontrar la ansiada silueta de Pervertvm por ningún lado.

En un ángulo muerto para las deladoras webcams se encontraba Pervertvm, tendida en el suelo y convulsionándose entre sudores febriles. Era una chica joven, de unos veintitantos, de piel blanca y sedosa con una larga cabellera pelirroja. Se encontraba

tendida boca arriba a uno de los lados de la enorme cama redonda de la alcoba. Toda la habitación estaba cubierta por velos de colores cálidos que cubrían las paredes, ventanas e incluso el techo. Había estanterías con libros baratos de esoterismo y una escogida decoración a base de bolas de cristal, cráneos, velas y extraños símbolos. Formaban parte del decorado de aquel *show* pero no habían sido escogidos por casualidad. El destino de aquella chica de pelo rojo había quedado trazado desde hacía más de un milenio, cuando sus antepasados habían llegado a la zona de *Montjuic*.

Los sefarditas habían ayudado en aquel entonces a los Musulmanes a apoderarse de las principales ciudades de la península ibérica. A cambio, durante la ocupación Musulmana, los sefarditas gozaron de libertad religiosa y ocuparon importantes cargos en la corte califal. Los sefarditas practicaban en secreto una serie de oscuros ritos que les dotaron de una sabiduría impropia de aquel tiempo. Les fueron revelados oscuros designios en los que su estirpe jugaría un papel fundamental. Los sefarditas ansiaban el poder sobre todas las cosas y a través de oscuros pactos el plan fue trazado. El destino de toda su estirpe quedó sometido desde aquel entonces y por más de veinte generaciones permanecieron a la espera. Las efímeras vidas humanas se desvanecían a la espera de que se pusiera en marcha un plan de dimensiones cósmicas. La estirpe de los sefarditas se diluyó y el papel que jugaban dentro del plan maestro fue olvidado. Pero siempre quedó en sus descendientes un sentimiento residual de aquel pacto, que a menudo se manifestaba como una predilección por lo arcano o simplemente un desprecio por los de su propia especie. Durante la guerra civil, los actos más atroces y crueles por ambos bandos fueron cometidos por sefarditas, a pesar de que ellos mismos desconocían su condición.

Una fotografía de una niña sobre un triciclo rojo se había caído al suelo y el cristal del marco de plata se había roto. Había más cristales en el suelo. Las hojas rectangulares del pequeño ventanuco del baño que daba al patio interior se habían desprendido y estaban esparcidas por el suelo del baño y del salón. El patio interior estaba atestado de cañerías y ropa tendida, como en la mayoría de los edificios antiguos del Barrio Gótico de la ciudad. Un rastro húmedo, como de lodo, podía seguirse desde la ventana hasta el cuarto. Lo que había provocado aquel rastro viscoso se encontraba ahora acoplado al cuerpo de *Pervertvm*, como si formaran uno solo. El *Lamelibranquio* se había acoplado a la parte superior de su cabeza, clavando sus colmillos profundamente en su frente. Cuatro pares de patas negras y articuladas aferraban su cráneo desde la nuca, agarrándose con fuerza a la mandíbula y el rostro. La larga cola de la criatura se había acoplado a lo largo de la columna vertebral de la chica, y de entre cada una de las articulaciones del nudoso miembro partían largos filamentos oscuros que se adherían a la piel de los brazos, espalda y muslos. El apéndice continuaba la silueta de su columna y se perdía adentrándose profundamente entre las nalgas de *Pervertvm*.

\* \* \*

La gente que sobrevivía encerrada en sus casas en la ciudad de Barcelona quedó sobrecogida al ver el espectáculo. Cientos de figuras oscuras, una multitud de harapientos reidores, salían de sus guaridas y corrían en la misma dirección a través de las ramblas. Se amontonaban en torno a un maltrecho edificio del Barrio Gótico, como si de una peregrinación a Belén se tratase. Subieron en tropel por la desvencijada escalera interior hasta llegar ante una puerta. Escudriñaron el portal valiéndose de sus hocicos ensangrentados y sus ojos carmesí. Siguiendo sus más básicos instintos, echaron la puerta abajo y se colaron en el interior de una vivienda. Desde el portal de enfrente, los vecinos observaban por la mirilla de la puerta con el aliento entrecortado por las risotadas de aquellos seres. Al cabo de un rato, la multitud informe de criaturas volvió a salir. Se llevaban lo que habían venido a buscar. Alzada sobre sus oscuros miembros, cargaban a una chica joven con un llamativo pelo rojo.

Algo oscuro y viscoso se envolvía en torno a su esbelto cuerpo desnudo. La silueta de la chica alzada sobre los reidores se perdió en la oscuridad de la escalera.

*Andorra la Vella, Andorra*

Los dirigentes y representantes de los trece países reunidos en torno a la mesa estaban atónitos. Doménico era quizás el que se mostraba menos conmovido por la revelación.

El presidente del Comité Científico de la ONU, Wolfgang Weiss, acababa de revelarles algo que muchas teorías conspiracionistas venían apuntando desde hacía años. Un grupo de científicos de las Naciones Unidas, formado por expertos de todo el mundo, había mantenido contactos con una EBE<sup>[8]</sup>.

Tras largas deliberaciones decidieron que el mundo actual no se encontraba preparado para asumir un descubrimiento de tal magnitud y decidieron mantenerlo en secreto por el momento.

Weiss repartió *tablets* a todos los presentes. Los monitores tenían el logo de las Naciones Unidas como fondo de escritorio. En cada una de ellas había un archivo con el nombre «Argonauta Z».

—En el archivo que ven se encuentra toda la información detallada a cerca del ente y lo que hemos averiguado hasta ahora —les contó Weiss— aún el Comité Científico no se ponía de acuerdo sobre la conveniencia de revelar este hecho durante la Cumbre, pero habíamos preparado esos *dossiers* por si se daba el caso.

Todos los presentes jugueteaban con los documentos digitales desplazando sus dedos índices por las pantallas táctiles mientras el presidente del Comité Científico hablaba. Un caudal de datos, imágenes y esquemas se desplegaba ante los atónitos ojos de los dignatarios. A pesar de las teorías conspiracionistas que circulaban por todo el mundo, ningún gobierno había desarrollado un protocolo de actuación definido para un encuentro con seres de una civilización extraterrestre. Y para unas mentes tan anquilosadas, centradas en bajar la prima de riesgo ante una crisis económica abstracta como la de los últimos años, este hecho los descolocaba por completo. La realidad estaba cambiando a pasos agigantados. Primero, las posesiones que habían llevado al planeta casi hasta su extinción, el descubrimiento de nuevas formas de vida bajo la corteza terrestre y ahora entidades extraterrestres. Y todo se había desatado al mismo tiempo, poniendo a prueba la capacidad adaptativa de la mente humana.

—Como se les muestra en los archivos —prosiguió Weiss— el primer contacto se produjo en mil novecientos noventa, cuatro años después de que la sonda *Voyager II* pasara por Urano. Las fotos obtenidas por la sonda de Oberón, uno de los satélites más alejados de Urano, nos muestran una zona de un gran cráter de doce kilómetros, que ocupa una posición central en el disco. El suelo de esa zona es negro y brillante y de la parte central sobresale una estructura metálica. Esa estructura parece ser el principal centro habitado del satélite. Nuestra sonda despertó el interés de esta civilización y decidieron iniciar un contacto con la especie humana. Hace menos de un año, un miembro de esa especie llegó hasta nuestro planeta e inició un contacto formal con la ONU, sobreentendiendo que era el organismo más cercano a una autoridad planetaria.

—Fisiológicamente, dicho sujeto es una forma de vida basada en el carbono, con un evolucionado cerebro similar al nuestro —salvando las distancias—. Su cuerpo es de reducido tamaño en proporción a un humano e igualmente sus órganos presentan una disposición simétrica. Parece que su especie acabó con otras formas de vida nativas. Al no depender de ninguna forma de agricultura y ganadería, la extinción del resto de especies no supuso ningún inconveniente para ellos.

—Básicamente, su función biológica se desarrolla con la ayuda del Argón, gas que obtienen en grandes cantidades de la atmósfera de Urano. Han desarrollado una tecnología muy avanzada, sobre todo en el campo de la bio robótica. Los individuos de

esta especie visten unos arneses que hemos denominado Oviscaptos<sup>[9]</sup>, por su capacidad de emular algunos comportamientos de especies terrestres de insectos. Con el Argón como aislante son capaces de moverse por sí mismo a través del vacío del espacio. Controlan sus movimientos expulsando chorros de este gas a través de sus Oviscaptos y así pueden desplazarse por nuestro Sistema Solar. Aunque por lo que hemos observado, sus migraciones se desarrollan en los fragmentos más alejados del sistema. Por esa capacidad de viajar en base a la utilización del Argón como aislante y propelente los hemos denominado «Argonautas». Su especie no suele usar el lenguaje oral, aunque es capaz de reproducir y analizar sonidos en una atmósfera densa como la nuestra.

—¿Quiere decir que tenemos a uno de estos especímenes aquí, en la Tierra?  
—preguntó el Presidente francés Nicolás Sarkozy.

—De hecho, existen motivos para pensar que el contacto con esta especie puede haber desencadenado la amenaza que estamos sufriendo —respondió Weiss.

—¿A qué se refiere? —insistió el presidente francés.

—Por lo que sabemos de los Argonautas, en los confines del Sistema Solar se lleva desarrollando una gran guerra desde hace milenios. Los Argonautas no son más que un resquicio superviviente de una antigua civilización. Muchas especies han evolucionado y se han extinguido durante esta guerra silenciosa que se ha librado al margen de la Humanidad. Ahora estamos involucrados en ella.

—¿Qué relación mantienen estos entes contactados con los supuestos casos de posesiones y cómo nos pueden ayudar? —intervino el general del ejército español.

—Aún no podemos responder a eso —se sinceró Weiss— pero establecen el origen de *la amenaza* en diversos planetas enanos del Sistema Solar. Estamos contemplando la posibilidad de que el ataque recientemente sufrido por nuestro planeta proceda de Eris, 2003UB<sub>313</sub>, conocido extraoficialmente como «Xena». Este cuerpo fue descubierto recientemente, dado que su órbita a 44° del plano elíptico convencional hace que sea difícil de detectar. Es como si subiera y bajara verticalmente bordeando las órbitas elípticas del resto de los planetas. Su órbita se completa cada cinco siglos y medio, lo que podría explicar el resurgimiento de fenómenos paranormales a lo largo de la historia escrita en ciclos de quinientos años. La era de Jesucristo, la baja edad media y la creación de la Inquisición cinco siglos después, las cruzadas y finalmente el momento actual. Parece que tenemos a Eris justo en su punto más alejado, en una posición cenital con respecto a la Tierra. Otras posiciones que ocupa *la amenaza* en el Sistema Solar se sitúan en Ixión y en el sistema binario Plutón-Caronte. Desde este último es desde donde mayores ofensivas se han lanzado contra los Argonautas y otras especies aliadas a ellos en el pasado.

—¿Y no es mucha casualidad que acudan ahora a contarnos todo esto? —preguntó el primer ministro Hindú— ¿no podían habernos advertido antes de que ocurriera?

—Como ya he dicho, la comunicación establecida con los Argonautas ha sido lenta, tardaron de entre tres a cuatro años en llegar hasta aquí. Desde cuando fue enviado su enlace, el individuo que hemos denominado Argonauta Z, hasta su llegada, ha transcurrido mucho tiempo.

—Entonces la aparición de *la amenaza* coincide con la llegada de este... Argonauta ¿no es cierto? —preguntó nuevamente el presidente francés.

—Sí, el contacto entre ambas especies puede que acelerara la actuación de *la amenaza* sobre nuestro planeta —respondió Weiss—. Conocer la realidad de nuestro Sistema Solar nos ha lanzado dentro de ella de golpe y porrazo.

Doménico, que había permanecido en silencio y observando cómo se desarrollaba toda la escena, decidió intervenir en aquel momento.

—También es posible que fueran ellos los que trajeran a la amenaza consigo —sugirió Doménico con un tono neutro en la voz.

Su comentario caló hondo en el resto de representantes. Weiss observó la preocupación y el miedo en los ojos de todas las personas en torno a aquella mesa. El miedo era un mal consejero. Weiss y Ki-moon intercambiaron una mirada de preocupación. Era precisamente la reacción que querían evitar ante la noticia de los nuevos entes.

—Sabemos que puede resultar difícil —dijo finalmente Weiss— pero los Argonautas llevan lidiando durante miles de años contra lo que ahora nos enfrentamos. Puede que confiar en ellos sea la única ayuda que nos pueda salvar.

—Pero ellos llevan precisamente miles de años sin solucionar el problema —inquirió Doménico—. ¿Cómo nos van a ayudar?

—Lo que nos han propuesto es entablar una relación simbiótica entre especies, ellos necesitan evacuar Oberón y a cambio nos pueden ofrecer su tecnología.

—¿Evacuar? —se sorprendió el embajador canadiense— ¿no acaba de decir que pueden desplazarse por el vacío por medios naturales?

—No son los Argonautas los que tienen que ser evacuados. En Oberón acogen a los miembros supervivientes de otra especie. Una especie cuyo planeta forma ahora parte del polvo cósmico de la Nube de Oort.

—Pero ¿podemos hacer eso? —preguntó el presidente Francés— ¿tenemos capacidad para llegar a Oberón y evacuar a toda una especie? ¡Una operación como esa nos llevaría años!

—Llevan tiempo observándonos —respondió Weiss—. Han desarrollado un plan de evacuación basado en nuestra tecnología pero necesitan nuestra colaboración. A eso se debe la presencia del individuo Z en nuestro mundo. *La amenaza* lo ha detectado y ha adelantado sus planes.

—Habla de esto como si fuera una campaña militar —intervino Doménico— pero ellos parecen saber más de nuestro enemigo de lo que usted nos ha contado.

—Aún no comprendemos exactamente la naturaleza de *la amenaza*, que era uno de los objetivos que intentábamos alcanzar en esta Cumbre —reconoció Ban Ki-moon—. Pero el tiempo se nos echa encima. Una alianza con estas civilizaciones provocaría un salto evolutivo tremendo para la especie Humana. Un paso que es necesario dar para hacer frente a lo que se nos avecina. Podemos simplemente sufrir sus consecuencias o alcanzar un papel preeminente en los acontecimientos futuros.

—¿Y no ha sido muy poco precavido por su parte dejar entrar a uno de estos seres en nuestro planeta cuando aún sabemos tan poco acerca de ellos, y de lo que realmente está ocurriendo? —inquirió el general del ejército español—. ¿Cómo sabemos que podemos confiar en ellos?

—No podemos —se adelantó Doménico, antes de que Weiss pudiera responder— nuevamente, se trata de una cuestión de fe.

Tras quince meses de viaje espacial, la estación espacial rusa no tripulada llegaba a la órbita de Marte. La misión estuvo a punto de fracasar desde su lanzamiento, cuando por un problema con los impulsores quedó atrapada en la órbita terrestre. Los técnicos consiguieron que tras un retraso de varias semanas recuperara el rumbo hacia el planeta rojo.

Era una misión muy ambiciosa. No solo orbitaría Fobos, uno de los dos satélites de Marte, sino que descendería a su superficie y tomaría muestras para luego volver a despegar y regresar a la Tierra con ellas. Se trataba de la primera misión no tripulada que recogería material de un cuerpo celeste del Sistema Solar para traerlo de regreso a nuestro planeta. El proyecto le había costado a las mermadas arcas rusas unos cinco mil millones de rublos y se suponía que iba a permitir estudiar la materia inicial del sistema solar y podría explicar el origen de los satélites de Marte.

Ya nada de eso importaba. Nadie quedaba vivo en el control de tierra del cosmódromo kazajo de *Baikonur* desde donde fue lanzada la estación. Nadie podría manipular los impulsores de la costosa *Fobos-Grunt* para que descendiera con el ángulo correcto. Se vería atraído por el pozo de gravedad del planeta rojo y comenzaría a orbitarlo hasta que finalmente se precipitara sobre su superficie.

Desde la órbita en donde se encontraba la estación, un observador vería los dos satélites como puntos de luz, uno más brillante y cercano —Fobos— y otro apenas diferenciable del resto de los puntos de luz que componían en firmamento marciano —era Deimos—. Los habían bautizado como *miedo y terror* en griego, ya que según aquella mitología, eran los nombres de los dos hijos que acompañaban siempre a Ares a la batalla.

A más de veinte mil kilómetros de distancia, desde la órbita de Deimos, la estación *Fobos-Grunt* era invisible a simple vista. Al menos a la vista de un ojo humano convencional. Pero no era un ojo humano el que observaba desde el vacío sideral próximo al satélite. Un pozo de oscuridad, apenas mayor que el puño de un hombre, contemplaba la inmensidad del espacio. Su capacidad para registrar un espectro más amplio que el visible para un ojo humano, no solo le permitió distinguir la pequeña mota que a esa distancia se distinguía del *Fobos-Grunt*, sino que le permitía conocer otros datos como temperatura, dirección, velocidad y composición de lo que observaba. Junto a ese agujero negro del espectro lumínico había otro, en perfecta simetría, como si formaran la estructura básica de un rostro. Un rostro universal compuesto a imagen y semejanza de un Creador consciente. Bajo los ojos no había nariz. Pero el rostro tenía boca. Una amplia mandíbula surcada por decenas de arrugas verticales. Sobre estos ojos, un abultado cráneo constituía la estructura principal de aquel ser. Un cráneo surcado por anchas venas y enfundado en una estructura negra y gomosa que se ajustaba a sus formas con una sorprendente precisión. Este voluminoso cráneo, que en medidas humanas rondaría los cincuenta centímetros, ocupaba los dos tercios de la figura del ser. Bajo la arrugada barbilla, un ridículo apéndice constituía el resto del cuerpo. Un cuerpo minúsculo en comparación. De la parte central de ese minúsculo cuerpo sobresalían cuatro extremidades metálicas, delgadas como las patas de un insecto, que acababan en pinzas prensiles de tres dedos. Esas pequeñas extremidades junto con el enorme cráneo le conferían un aspecto parecido al de un virus con rostro. Su diminuto cuerpo carecía de extremidades inferiores y la estructura negra y gomosa que enfundaba la mayor parte del ser estaba rematada por un pequeño artefacto de metal que emitía una ligera luminiscencia azul.

La criatura, tras determinar que aquel extraño cuerpo artificial no suponía una amenaza, se giró y prosiguió su camino por el espacio. Por diversos orificios de su



exo esqueleto gomoso expulsaba pequeños chorros de un gas blanquecino que lo ayudaban a controlar su posición y velocidad. Miles de capilares orgánicos surcaban su traje gomoso, transportando argón a todas las partes de su cuerpo a través de microagujas que se inyectaban directamente bajo su correosa piel.

La enorme silueta irregular de Deimos se recortaba sobre el fondo de estrellas mientras el ser se aproximaba en lo que parecía una carrera a cámara lenta, pero que en realidad alcanzaba velocidades muy próximas a la de la luz. Sintió la pequeña atracción de la gravedad del satélite al descender sobre él.

A pesar de tratarse de un minúsculo satélite irregular de apenas doce kilómetros de diámetro, en el espacio todos los cuerpos se atraen y crean campos gravitacionales que interactúan entre sí. Los secretos de esa interacción únicamente pueden ser desentrañados cuando formas parte de ella. Y su raza llevaba siglos formando parte de ello.

Con mirada ceñuda, el ser observó detenidamente la superficie del pequeño satélite, como si buscara algo. Tras unos minutos de búsqueda, el rostro del ser cambió ligeramente de expresión. Quizá un acto reflejo provocado por la reacción ante un residuo de emoción. Sea lo que fuera lo que había provocado esa súbita muestra de excitación en el ser, lo que había encontrado estaba a unos pocos centímetros bajo la superficie del satélite.

Cerrando sus oscuros ojos comenzó a hacer un gran esfuerzo. Las venas de su cráneo se hincharon y la tez blanquecina de su piel se moteó con manchas oscuras por el esfuerzo. Las válvulas de expulsión de su ex traje rezumaron gas en pequeñas volutas de humo blanco que se dispersaron en el frío vacío espacial. Cuando parecía que el diminuto ser iba a explotar, una nube de polvo se levantó súbitamente sobre la superficie rocosa. El humo polvoriento se dispersó hacia espacio, escapando así de la escasa gravedad generada por Deimos. Cuando la nube se disipó se podía observar un pequeño cráter abierto por la fuerza mental de la criatura. En él, asomaba una superficie lisa de metal. Apenas perceptibles, habían unas líneas que delimitaban una forma aproximadamente hexagonal. Una puerta. La criatura colocó sus manos sobre ella y realizando un nuevo esfuerzo, la superficie de la abertura vibró y acabó por desencajarse hacia el interior, expulsando una nube de humo blanquecino por todas las fisuras.

El ser se introdujo por la abertura. A pesar de estar en la más absoluta oscuridad, sus sentidos alienígenas le permitían moverse por el interior de la estructura sin necesidad de recibir el reflejo de un espectro lumínico visible por el ojo humano. La estructura oculta bajo el polvo y el hielo exterior era inmensa. Una estructura alienígena que llevaba más de cinco mil años inerte, orbitando Marte. Una estructura que escondía en su interior un terrible secreto. En la más absoluta oscuridad, el ser llegó a una sala que se abría al final del lúgubre corredor. Varias aberturas que procedían de todas direcciones parecían indicar que esta sala era un nexo con todos los conductos interiores. Con sus delicados brazos mecánicos, la criatura comenzó a manipular los mandos de una consola de aspecto confuso. Era una superficie de metal rojizo, oxidado y rugoso. Estaba compuesta por un sin fin de piezas hexagonales de metal que encajaban unas con otras. A simple vista nada diferenciaba una pieza de otra. Pero el ser podía leer un lejano rastro biológico, probablemente las feromonas que utilizaba la estirpe marciana para comunicarse. Analizando esos residuos orgánicos con más de cinco milenios de antigüedad, la criatura supo cuál era la secuencia correcta para volver a conectar la estación. En lo más profundo de Deimos, un pequeño reactor de fisión comenzó a despertar. Un chorro de plasma fue proyectado hacia el espacio desde una de los aparentes cráteres de la superficie del planeta y el asteroide comenzó a cambiar de órbita. Se acercaba más y más al sol. Pronto, el incremento de temperatura se pudo sentir en toda la instalación. La energía proporcionada por el

pequeño núcleo alimentó a un millar de bobinas luminiscentes que arrojaron luz sobre los oscuros pasillos de la colmena. Las hexagonales paredes dejaron a la vista un millar de celdas transparentes. En el interior, una pasta semitransparente albergaba una forma insectoide en letargo. El calor comenzó a provocar que la pasta se licuara y las criaturas comenzaron a mover algunos de sus miembros quitinosos. Despertar de una criogenización milenaria iba a ser un proceso largo y delicado. El ser de forma vírica pudo percibir con su evolucionado cerebro dos emociones aflorando en la mente colmena que estaba reanimando: ira y hambre. Mucha hambre.

La gigantesca masa informe que hasta ahora había sido uno de los satélites de Marte comenzó a desplazarse a través del espacio. Mientras lo hacía, la vibración de su estructura pulverizaba la capa de polvo y rocas que lo envolvía. Tras milenios soportando el impacto de pequeños asteroides, su superficie estaba totalmente cubierta de minerales que formaban una corteza superficial. Progresivamente, esta corteza se iba fragmentando, revelando el metal oscuro en el que estaba construida la estructura alienígena. Poco a poco, fue abandonando la órbita del planeta rojo, poniendo rumbo hacia un pequeño y distante punto azul en el espacio.

#### *Herāt, Afganistan*

Una columna de humo alertó a toda la base del aeródromo de Herāt. Ira se incorporó a su puesto sobre una de las alambradas de la base. Presentaba un aspecto de lo más amenazador. Su uniforme militar, del ejército español, estaba sucio y raído. Vestía un chaleco de kevlar verde oliva de los marines con el apellido «Bowman» cosido en su pechera. Era el único recuerdo que le quedaba del soldado con el que había logrado escapar al cerco de las tropas españolas llegando hasta allí. Él no lo había conseguido. La base americana había quedado abandonada a su suerte. No tenían ningún vehículo aéreo disponible para poder evacuarla. Los helicópteros que habían enviado en busca de ayuda jamás habían regresado. A los vehículos terrestres los empleaban en misiones cercanas a la base, centradas en obtener víveres y combustible. A un lado de la pista de aterrizaje del aeródromo habían posados cuatro helicópteros de ataque AH-64D *Apache* y dos helicópteros utilitarios UH-60 *Black Hawk*. Los restos ennegrecidos de un enorme C-5 se tostaban al sol como el esqueleto de un enorme animal en el centro de la pista. Soldados franceses, marines norteamericanos y la «Sargento Bowman» —como la conocían en la base— eran los únicos supervivientes en cientos de kilómetros a la redonda. Durante las primeras semanas habían sufrido el asedio de numerosas células de insurgentes del régimen Talibán. De pronto, las hostilidades cesaron como si se los hubieran tragado la tierra. Durante la última semana los afectados por el síndrome psicótico que se estaba padeciendo por todo el mundo, se lanzaban contra las alambradas. Últimamente no lo hacían con tanta frecuencia pero había que mantener el perímetro vigilado, porque de vez en cuando, grupos de afectados intentaban penetrar por alguna zona más accesible de la alambrada.

Esa había sido la rutina habitual de la base hasta ahora. Los más de doscientos soldados que convivían en ella se encontraban en perfecto estado por el momento. La baja moral era lo que más les afectaba. Primero, la muerte de sus compañeros en el intento frustrado de evacuación y después, las noticias de la situación a nivel global. Desde lo ocurrido en España hasta el supuesto caos desencadenado en Norteamérica, que supuestamente habría acabado con todos los ciudadanos del país. Todos se sentían como si fueran el último retazo de civilización sobre la faz de la Tierra. Todos los días, el oficial de telecomunicaciones rastreaba las frecuencias más utilizadas para intentar localizar posibles supervivientes. Hacía diez días habían detectado una señal a muy baja frecuencia, que se les había pasado por alto hasta ese momento.

Tan solo unas horas después, habían entablado comunicación con el mando terrestre de la ONU y recibieron por primera vez un informe en condiciones de la situación

actual. Los presidentes y asesores de los países de Europa en los que aún existía forma de gobierno habían declarado la ley marcial, cediendo la coordinación del mando estratégico a la ONU. La Organización de las Naciones Unidas pasaría a coordinar a todos los ejércitos supervivientes bajo una misma bandera. Las bases seguras en los diferentes puntos del planeta mantendrían su dotación hasta nueva orden y servirían de apoyo a las tropas de La Organización. Al mismo tiempo, se les advertía que una columna de blindados e infantería procedente de China avanzaba sobre su posición. La base norteamericana en Herāt estaba bajo el mando de un capitán de los marines, veterano de Irak y Afganistán. Las órdenes que había recibido consistían en mantener y defender la posición hasta la «llegada de refuerzos».

Esas noticias, más que tranquilizar a los hombres, acabó por inquietarlos más. Ninguno comprendía el papel de China en la ofensiva, y tampoco se mostraban muy optimistas en cuanto al envío de nuevas tropas hacia su posición. Por eso, aunque ya lo esperaban, el avistamiento la columna de blindados chinos produjo un enorme desasosiego en la base.

Un joven teniente del ejército francés se acercó los prismáticos a la cara en dirección a la columna de humo y polvo que se observaba en el horizonte. Divisó una avanzadilla compuesta por una decena de carros ZTZ-99, un modelo parecido al T-72 ruso. Su arma principal consistía en un cañón de 125 mm. cuyo alcance efectivo era de entre cien a cuatro mil metros. Además, disponían de misiles guiados anti-tanque 9M119 desarrollados por el ejército ruso. Estaba protegido, aparte de por blindaje convencional, con dispositivos de blindaje reactivo explosivo y contramedidas láser. Su potente motor diésel podía colocar sus cincuenta y cuatro toneladas de peso a una velocidad de entre sesenta y ochenta kilómetros por hora.

Tras la columna de blindados avanzaban una docena de camiones pesados con un esquema de blindaje pixelado. Entre los camiones, una multitud de figuras seguían el convoy a pie. No parecían infantería, se comportaban más bien como un grupo de manifestantes en desorden.

Se hizo sonar la sirena de la base y pronto los pilotos de guardia acudieron a sus helicópteros. Mientras tanto, el interior de la base bullía de actividad. Unos corrían hacia las torretas defensivas mientras que otros preparaban parapetos para las piezas de artillería.

Ira se santiguó, se besó la punta de los dedos índice y pulgar formando una cruz para después colocarlas sobre su pecho, justo donde tenía el nombre en el chaleco. Amartilló su G36 y observó lo que se les venía encima a través de la mira de su fusil de asalto.



## **EXORCIO DEUS MACHINE**

Cualquiera que tenga forma puede ser definido, y cualquiera que pueda ser definido puede ser vencido.

*Sun Tzu*

Weiss abrió la puerta e invitó a todos los presentes a ocupar el interior de la sala. Tras una larga mesa de madera oscura se encontraba una pantalla de tela blanca colgada de la pared. La estancia estaba en penumbra y el haz de luz que el proyector derramaba sobre la pantalla iluminaba pequeñas motas de polvo en suspensión. Cuando todas las personas de la sala ocuparon sus asientos en torno a la mesa, Weiss proyectó la imagen de un plano de construcción. Los rostros de los hombres y mujeres reunidos en torno a aquella mesa se iluminaron con el azul y blanco de la luz reflejada de la pantalla. La imagen mostraba los planos técnicos de lo que parecía un submarino ruso de la clase *Akula*. Esa clase de submarinos era la más grande que existía y desplazaba una masa de doce mil setecientas toneladas. Era prácticamente un casco doble formado por dos submarinos convencionales y disponía de un espacio interior inusual para este tipo de vehículos. La palabra *Akula* significaba «tiburón» en ruso, haciendo referencia a la forma que poseía la nave. Al contrario que los submarinos convencionales en forma de misil, los de la clase *Akula* era más chatos y anchos, con timones de elevación a estribor y babor en la proa, dos hélices propulsoras a popa y un abultado timón de cola dotado de una cápsula o «*pod*» con el sónar.

—Lo que están contemplando damas y caballeros —explicó Weiss— son los planos modificados de un submarino clase *Akula* facilitados por el ministerio de defensa ruso. Weiss hizo un ademán de agradecimiento con la cabeza que fue correspondido por el ministro ruso desde el lugar que ocupaba en la mesa.

—Basándose en esta superestructura —continuó— los Argonautas han introducido algunas modificaciones que permitirán la botadura y navegación de esta nave a través del vacío espacial con la capacidad de albergar vida humana y con una autonomía total de más de cinco años.

—¿Dónde se realizarían las modificaciones y cuánto tiempo nos llevarían? —preguntó el embajador alemán.

—Usaremos las instalaciones que la ESA<sup>[10]</sup> posee por todo el mundo, coordinándolas desde la base central en París —respondió Weiss— y serían puestas en órbita desde la base de la Guayana Francesa en América del Sur.

—¿Ha dicho «serían puestas»? —preguntó el presidente francés— ¿cuántos de esos «submarinos» pretenden que pongamos en órbita?

—Debemos fletar un mínimo de cinco naves para evacuar el personal y la tecnología que necesitamos traer a la Tierra —respondió Weiss— al prescindir de los tanques de lastre de las naves, aumentamos su capacidad de carga. El desembarco a tierra se realizará mediante lanzaderas convencionales tipo *Shuttle*.

—El Gobierno Ruso —explicó el embajador de ese país— cederá un total de cinco submarinos de los veintiséis que quedan operativos de esa clase. Con este gesto esperamos un mayor reconocimiento a la hora de repartir la nueva tecnología.

—Hay algo que no entiendo —dijo el general del ejército español que había asistido como representante—. Si poseen una tecnología avanzada ¿cómo es que recurren a nosotros para ser evacuados? ¿No será esa supuesta tecnología una falacia con la que nos han engatusado y son una especie en la misma situación que la nuestra o peor?

—No hablaría en esos términos si conociera las aportaciones técnicas que ha hecho «Z» al diseño de estos prototipos —respondió Weiss tajante—. Los supervivientes son, sin embargo, restos de dos civilizaciones al borde de la extinción. Lo que les queda no es ni una décima parte de lo que llegaron a desarrollar y sufren una situación de bloqueo que les impide abandonar su pequeño satélite. Aún así, esos avances tecnológicos que aún poseen son determinantes para que la Humanidad pueda afrontar el reto que se le ha presentado.

Los asesores militares presentes intercambiaron fugaces miradas pero decidieron permanecer en silencio. Weiss continuó hablando.

—Hemos estimado que la habilitación de los buques y su lanzamiento será posible dentro de dos meses. Mientras tanto debemos poner en marcha un operativo para frenar el avance en Asia. Eso nos deja muy escasos de personal. También necesitaremos voluntarios para la dotación de los buques —prosiguió Weiss— lo que dejará mermada nuestra dotación en tierra, por lo que debemos reclutar civiles para desarrollar el resto de tareas militares. No tenemos capacidad para cobijar refugiados. Ahora mismo es necesario que toda la población civil pase a estar bajo el mando directo de las Naciones Unidas. Para la operación en Asia movilizaremos una serie de submarinos nucleares y bases de lanzamiento móviles para bombardear selectivamente las zonas en donde se registra mayor actividad. Debemos racionar los aviones y el poco combustible que nos queda para operaciones en las que no tengamos una opción mejor.

—Además, tenemos razones para pensar que las personas cobijadas en sus casas suponen otro factor importante de amenaza —intervino Ban Ki-moon—. En diferentes poblaciones están comenzando a aparecer enfermedades producidas por el miasma de los cadáveres.

El miasma, las emanaciones pestilentes de los cuerpos de humanos y reidores descomponiéndose a la intemperie, estaba provocando enfermedades que comenzaban a extenderse por toda Europa.

Como la peste en el siglo XIV, el miasma seguía a la guerra allá por donde esta pasara. Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis volvían a cabalgar de nuevo por el mundo.

*Madrid, España*

La torre de control de la T4 en el aeropuerto de *Barajas* estaba en calma. Los operadores charlaban animadamente sobre las noticias de la Cumbre que llegaban a través de la frecuencia de comunicaciones de mando. Eloy Martín, controlador aéreo del ejército español, daba distraídos sorbos a su café al margen de la conversación de sus compañeros. De repente, dejó el vaso sobre el panel de control y se colocó los auriculares sin dejar de mirar la pantalla del radar.

—¡Tengo algo! —gritó.

La conversación en la sala cesó abruptamente y todos se colocaron a la espalda de Eloy para contemplar su monitor.

—Tengo en pantalla un vuelo a distancia de radar —exclamó— designación VC-25A.

El resto de operadores militares se miraron entre sí. Esa designación era única en el mundo y tan solo podía corresponder a un aparato.

—VC-25A, aquí aeropuerto de *Barajas*. Responda —Eloy intentó ponerse en contacto con el avión— VC-25A, aquí *Barajas*, ¿me recibe?

La radio crepitó por la estática para dar paso después a una voz en inglés, con un marcado acento norteamericano.

—Aquí VC-25A. Precisamos aterrizaje urgente. Vamos escasos de combustible —respondió el piloto—. ¿Dispone de una pista practicable segura?

—Afirmativo VC-25A —dijo Eloy—. Comunique origen y carga y le enviaré coordenadas de aterrizaje.

—Origen: *Aeropuerto Internacional Washington-Dulles*, código IAD —informó eficientemente el piloto del VC-25A— en cuanto a la carga, llevamos a bordo al Presidente de los Estados Unidos.

Un vaso de plástico con café caliente rodó por el suelo cuando uno de los operadores que estaba detrás de Eloy lo dejó caer sorprendido por lo que acababa de oír. Esa designación era única y solo podía corresponder a un aparato en el mundo: El *Air Force One*.

*Andorra la Vella, Andorra*

Álex estaba tomándose una cerveza en el *Panamá Café*, probablemente uno de los pocos cafés en el mundo que todavía tenían camareros. La Organización había repartido tiquets de consumo entre los asistentes a la Cumbre y sus asesores. Quizá fuera de las últimas veces en su vida que podría disfrutar de un gesto tan mundano como era tomarse una cerveza en un bar.

—Mira a quién tenemos aquí —dijo una voz femenina a su espalda.

Era Eva, la chica a la que había estado observando en la sala de asesores.

—¿Qué? —continuó ella— ¿tomando una cañita mientras el resto curra?

—Hoy no, por favor —respondió Álex alicaído— hoy no estoy de humor.

A pesar de la rivalidad entre ambos, Eva observó que había algo que le preocupaba profundamente. Tras un instante en el que permaneció en pie, se sentó en la banqueta de al lado.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—No tienes por qué fingir que te preocupas —la cortó Álex.

—Mira, puede que no hayamos comenzado con muy buen pie —respondió Eva— pero es absurdo seguir con este juego. Y más cuando el mundo se va al carajo. Te propongo que empecemos de nuevo.

Álex la miró sorprendido.

—Hola, me llamo Eva —dijo ella con una sonrisa en el rostro mientras le ofrecía la mano.

—Encantado, yo soy Álex —le siguió el juego.

—¿Te puedo llamar Alexander? —le preguntó ella— es un nombre que siempre me ha gustado. No sé por qué lo afeás acortándolo.

—La gente es vaga, supongo —respondió— es más fácil recordar a alguien con menos letras. Si tu nombre es muy largo, cansa pensar en ti. Tú no tienes ese problema. Eva es un nombre perfecto.

—No empieces de nuevo —le interrumpió ella.

—Lo siento —se disculpó Álex— y siento haberte mirado de aquella forma el otro día en la sala.

—Disculpas aceptadas —respondió Eva— por todo. Y ahora ¿me vas a decir por qué estás «de bajona»?

—Por la operación en Asia —respondió Álex— han establecido un frente de combate por las fronteras de Rusia, Kazajistán y Afganistán. Y pretenden bombardear las posiciones en China.

—Parece lo más lógico —dijo ella.

—Sí, pero si no avanzamos, jamás lograremos sacar a Ulán Bator de Mongolia —dijo Álex— y los bombardeos se harán con su ayuda desde el puesto de mando móvil.

—¿Era muy amigo tuyo ese Ulán Bator?

—Apenas le conozco —respondió.

—Pues no pareces el tipo de persona altruista que se preocupa por desconocidos —le espetó ella.

—No lo soy —reconoció Álex— sobreviví encerrado en mi casa. Oí cómo los reidores devoraban a mis vecinos y no hice nada para ayudarles. De haberlo hecho, no estaría hoy aquí. Logré salir del campo de refugiados gracias a la información que obtuvo Ulán Bator. Estoy aquí gracias a él y le prometí que iríamos a rescatarlo.

—No debiste prometerle eso Alexander —le dijo Eva— porque eso no depende de ti.

—Además, están desviándonos a todos hacia esa operación —continuó— militares, civiles. A todos. Estoy literalmente cagado de miedo. Nunca me he enfrentado a algo así. Y la ONU ha dejado encargados del orden público a una panda de tarados que se autodenominan «*Los Puros*». ¿Has oído hablar de ellos?

—No —respondió ella— creí que sería como una especie de *Cáritas*. Encargados de repartir ayuda humanitaria.

—Son una secta —la alertó Álex— yo los he conocido y están locos como cabras.

—El mundo ha cambiado para siempre —le respondió Eva— lo haya provocado el hombre o no, poco importa ya. El mundo que conocíamos se ha ido. Y como se dice es «adaptarse o morir». Yo antes era cámara en una productora de noticias.

—Pensé que eras soldado —confesó asombrado Álex— te sienta bien el verde oliva. Eva fingió no haber oído el piropo y continuó.

—¿Viste las imágenes de lo que ocurrió en el Santiago Bernabéu el 30-M? —Álex respondió afirmativamente con la cabeza— pues yo filmé esas imágenes. Podría decirse que aquel fue mi último trabajo como camarógrafa.

—Aquel fue el último día normal de mi vida —continuó ella.

Al contarle aquello, Eva se dio cuenta hasta qué punto había necesitado contarle eso a alguien. Todo había transcurrido tan deprisa, todo era tan horrible, que nunca se había parado a pensar en lo que necesitaba realmente.

Continuaron hablando el resto de la noche, disfrutando de la falsa ilusión de una vida normal, en la que dos amigos conversan en un bar. Al día siguiente partirían de nuevo hacia el infierno en un intento de salvar a la Humanidad, al mundo. Un mundo que jamás volvería a ser el que conocían.



Sobre las seis y media de la mañana comenzó a despuntar el sol en el campo de batalla. Varias columnas de humo negro se alzaban en espiral hacia el cielo en diferentes zonas, a lo largo de lo que había sido el campo de batalla de la noche anterior.

Repartidos sobre la arena del desierto habían centenares de cuerpos oscuros. Eran los reidores que habían caído durante la noche de enfrentamiento. Abatirlos desde un nido de ametralladoras fue la parte fácil. Lo difícil había sido hacer frente a los blindados. Tan solo había sobrevivido al combate uno de los cuatro helicópteros *Apache*. Los misiles disparados desde los blindados, y después el duro ametrallamiento al que fueron sometidos, habían acabado por derribarlos antes, incluso, de haber dejado inoperativos a la mitad de los blindados enemigos. Los tripulantes de los tres aparatos derribados no habían sobrevivido. Aún así, habían sufrido pocas bajas para la dureza del combate. Contando a los seis tripulantes, la base había sufrido únicamente trece bajas más a causa del intenso bombardeo por parte de los tanques.

El enemigo había sido implacable. A pesar de una adquisición de blancos errática y un despliegue chapucero y desorganizado, habían conseguido penetrar el perímetro. Uno de los helicópteros utilitarios UH-60 *Black Hawk* había sido destruido en su propio hangar.

Lo más duro fue acabar con los carros acorazados sin apoyo aéreo. Los marines americanos se batían con coraje, de eso no cabía la menor duda. Habían sido varios grupos de ellos los que, armados con lanzacohetes capaces de atravesar el blindaje de los tanques, habían salido de la cobertura de la base y desplegándose por el campo de batalla. Esos grupos de valientes soldados no habían sufrido ninguna baja, a pesar de lo arriesgado de su acción. Ira se había incorporado a uno de estos grupos, cuando en mitad del combate habían perdido a un miembro de la dotación necesaria para operar el lanzamisiles *Javelin*.

A pesar de la superioridad numérica, la respuesta contundente de los marines americanos y los soldados franceses, ahora todos bajo el mando de La Organización de Naciones Unidas, había conseguido repeler el ataque con éxito. Ahora, los equipos de recuperación comenzaban a recorrer el campo de batalla en busca de supervivientes y equipo aprovechable.

Un grupo de marines arrastraba algo sobre la arena sirviéndose de una manta. Cuando entraron en la base, los soldados comenzaron a arremolinarse a su alrededor. Ira, que se encontraba limpiando su fusil en aquel momento, no pudo evitar sentir curiosidad por saber qué causaba tanto alboroto y se aproximó a la turba de soldados.

Dentro de la manta, los soldados habían arrastrado a la base a uno de los pilotos de aquellos tanques chinos. Aquella criatura —porque si había sido humana, desde luego que ya no lo era— vestía restos de lo que parecía un uniforme militar. Su piel era oscura, en parte por el estado medio carbonizado en el que se encontraba el cuerpo y en parte por la coloración que le conferían una miríada de capilares rotos, como si fueran moretones, que cubrían toda su piel. Los rasgos de su cara, aunque deformados por el síndrome, mostraban las características propias de la raza asiática, como son los ojos rasgados y la nariz chata. Tenía los párpados a medio cerrar y se podían ver unos ojos rojos vidriosos y sin vida. No parecía muy diferente al resto de la horda que había atacado la base a pie, como una masa enfervorecida, arrojándose fieramente contra las verjas, en un intento de derribarlas con su propio cuerpo. Salvo por dos detalles. Uno era la increíble capacidad que tenía que tener aquella criatura para ser capaz de manipular uno de los tanques más modernos que existían. El uniforme hacía pensar que quizá ese individuo hubiera sido ya piloto *antes* de verse afectado por el

síndrome. El otro detalle era su pelo. Se había vuelto completamente blanco. En lugar de comenzar a caerse, como sucedía con el resto de reidores, a estos se les volvía completamente blanco.

\* \* \*

El capitán al mando de la base reunió a todos los hombres sobre la pista central del aeródromo para informarles de que los refuerzos ya se habían puesto en camino. Una vez que llegaran tendrían que escoltar a un convoy con los vehículos encargados de transportar unas cabezas nucleares hasta un punto en el que tuvieran rango para realizar un bombardeo sobre posiciones clave en distintos puntos de la antigua China. Se estimaba que tardarían cuatro días en llegar por tierra. Durante ese tiempo, las órdenes que tenían eran de mantener y defender la posición. La ofensiva que habían sufrido el día anterior no sería la última y se esperaban que cada vez fueran más intensas.

La reunión fue interrumpida antes de concluir cuando el oficial de telecomunicaciones obtuvo una imagen de la zona enviada por el helicóptero de exploración. En ella se mostraba un nuevo avance del enemigo, esta vez en dos columnas. Una se dirigía hacia la base del aeródromo. La otra lo rodeaba, en un intento por alcanzar Europa.

Toda la base se movilizó para el nuevo enfrentamiento. A Ira apenas le había dado tiempo de limpiar el fusil entre un combate y otro.

Miró hacia sus trinchas y vio que únicamente le quedaban dos cargadores para su G36. Cuando fue a la armería a por más, le notificaron que la munición había sido racionada y solo le dieron un cargador más. Por lo que parecía, en este enfrentamiento tendría que usar la bayoneta más de lo que le hubiera gustado.

*Madrid, España*

Cuando la delegación del ejército español que acudió a la Cumbre de Andor regresó a *Barajas* se encontró con una inesperada sorpresa. En el centro de la pista 33R se hallaba aterrizado un masivo *Boing 747* blanco azul y gris. A lo largo de su fuselaje lateral se podía leer «UNITED STATES OF AMERICA».

Horacio y Eva estaban estupefactos observando el *Air Force One*. Mientras, el general hablaba a puerta cerrada con el capitán del aparato y el jefe de seguridad del Presidente de los Estados Unidos. Aún no se había realizado comunicado alguno a la tropa pero en la base ya corrían rumores. Se había decía que realmente el Presidente de Estados Unidos estaba en el aparato, pero que se había visto afectado por el síndrome. Ese rumor había surgido al ver la preocupación del médico de a bordo cuando había aparecido, tan solo un momento, al asomarse a la escalera del avión.

Ver aquel símbolo de poder allí posado era como contemplar el desmoronamiento del principal país sobre la Tierra. El *Air Force One* estaba capacitado para servir de puesto de mando móvil en el caso de un ataque nuclear. Era capaz de repostar en pleno vuelo por lo que su autonomía era ilimitada. El hecho de que hubiera salido del espacio aéreo de Estados Unidos solo podía significar que no había nadie en todo el país capaz de fletar un avión para reabastecerlo ni guiarlo a una pista segura de aterrizaje. Los supervivientes estarían escondidos en búnkeres anti-radiación construidos en la época de la guerra fría.

Y para colmo, si los rumores eran ciertos y Barack Obama se había convertido en un reidor, eso significaría que ni siquiera las mejores medidas de seguridad servían de nada. Cada vez eran más los que pensaban que estábamos literalmente en manos de Dios. Y que por esa razón el estado Vaticano había pasado a formar parte *de facto* dentro de la nueva Organización de las Naciones Unidas.

Con este nuevo caso se avivó la creencia preexistente de que las personas de raza negra, o como en este caso, afroamericanos eran más susceptibles a verse afectados por *la amenaza*. A pesar de que los mandos militares habían luchado contra este tipo de teorías sin fundamento, no habían podido impedir brotes de racismo y un

sentimiento creciente de desconfianza hacia individuos de color. El simple hecho de tener a uno cerca, y pensar que se pudiera transformar y abandonarse a la locura de un momento a otro, hizo que en muchas de las bases militares como la de *Barajas*, se acabara por formar guetos de negros dentro de la misma base. Aún no se había encontrado un agente biológico responsable de los efectos del síndrome como para poder plantear conclusiones de aquel tipo. Pero a veces el instinto se adelantaba a la razón.

El capitán de la base no tardó en disolver la reunión de curiosos que se arremolinaban en torno al aparato. Horacio se dirigió hacia el lugar de ataque de uno de los *Air Turtle*, el que iban a utilizar como apoyo en la campaña asiática. Estaban acondicionando la aeronave para entrar en combate. Habían forrado con kevlar la barquilla inferior y parte de la estructura central, para evitar daños por posibles disparos desde tierra. Habían recibido informes de los combates que se estaban librando por todo el sudeste asiático. Las hordas de reidores a los que se habían enfrentado hasta ahora no eran el mayor problema. Era enfrentarse a la maquinaria de guerra China que estaban desplegando lo que suponía el verdadero peligro. Mientras Horacio supervisaba el panelado antibalas que estaban colocando, Eva subió por la pasarela hacia el interior del dirigible. Atravesó la góndola en dirección a la sala de mandos. La mampara de observación a la que se abría la cabina era amplia en comparación con el dirigible que había operado Eva hasta ahora. En la parte trasera de la cabina estaba ubicado el cuarto de comunicaciones, que había sido adaptado para la misión. Álex se encontraba allí comprobando la conexión a Internet y estableciendo conexión con Ulán Bator cada dos horas, tal y como le había ordenado el mando militar. Un radioperador militar le había indicado a Bator cómo emplear las frecuencias del ejército, dado que se estimaba que en el período aproximado de unas semanas los servidores de Internet comenzarían a caer por falta de mantenimiento.

—¿Cómo vas? —preguntó Eva.

—Bien —respondió Álex— la verdad es que no sé bien qué pinto aquí. Ya el ejército tiene línea de comunicación con Ulán Bator. Ahora soy prescindible.

—Por Ulán Bator estás aquí. Eres el único al que él conoce. Tú tienes que mantener a ese hombre ahí fuera, sin que se desmorone ante la presión. Necesitamos el acceso que él tiene de los satélites chinos para el bombardeo. Es difícil ubicar con exactitud coordenadas tras la pérdida de control sobre los satélites. ¿Serás capaz de hacerlo?

—Eso espero —respondió con desánimo Álex— aunque no he sido entrenado para esto.

—¿Tú a qué te dedicabas antes de que todo esto ocurriera? —inquirió ella.

—La verdad es que no hacía nada —admitió él.

—¿Nada? —se sorprendió— algo tendrías que hacer para vivir. ¿De qué comías si no?

—Mis padres —respondió él avergonzado.

—¿Te mantenían tus padres? —se sorprendió—. ¿Y sabes que fue de ellos?

—Antes de dirigirme hacia la base militar más cercana pasé por la casa de mis padres y se habían ido. Faltaba algo de ropa y se habían llevado hasta a Talco.

—¿Talco? —preguntó Eva.

—El gato. Era una bola de pelo blanca.

—Nunca me hubiera imaginado que a un tipo como tú le gustaran los animales —continuó ella.

—¿Un tipo como yo? —le preguntó—. ¿A qué te refieres con «un tipo como yo»?

Pero la conversación fue interrumpida antes de que ella pudiera llegar a responder. Horacio entró en la cabina y a juzgar por el gesto severo en su rostro, no le había hecho gracia encontrárselos charlando allí.

—Todo está dispuesto —informó el Teniente Horacio— comenzaremos con la carga en diez minutos. Eva, te quiero conmigo en la bodega de carga, hay un nuevo protocolo

que debemos cumplir.

Y tras decir esto, le lanzó una dura mirada a Álex que duró un par de segundos. Después se giró sobre sus talones y salió de la cabina a grandes zancadas. Eva lo siguió pero al llegar a la puerta de la cabina, se giró hacia Álex.

Cruzaron las miradas pero ninguno dijo nada. Tras unos segundos, Eva se giró y continuó detrás de Horacio camino de la bodega.

Álex se quedó mirando su reflejo en el monitor apagado que tenía enfrente. Se acercó y se rascó la barba pensativo.

\* \* \*

En la bodega se habían reunido los veintitrés hombres y mujeres que formarían parte de la tripulación de la aeronave. El padre Doménico se encontraba separado del grupo, como si fuera a pronunciar un discurso. Había sido elegido por el estado Vaticano para formar parte del mando moral de la misión. Horacio y Eva llegaron hasta el espacio principal atravesando una delgada pasarela. A ambos lados se habían instalado trampillas en la estructura rígida de la panza del dirigible. Sobre las trampillas pendían distintos tipos de bombas, cada una del tamaño de una persona, que colgaban sujetas por cadenas enrolladas en torno a un cabestrante.

Un cabo de a bordo se dedicaba a pintar un símbolo en cada una de las bombas valiéndose de un spray blanco y una plantilla de acetato. El símbolo era parecido a una cruz de malta con algo ininteligible inscrito dentro. Se rumoreaba que era arameo, «para que los demonios lo pudieran entender» —decían. Doménico se dirigió a todos los presentes.

—Hijos e hijas del Señor —comenzó— nos vemos abocados de nuevo a lanzar una nueva Santa Cruzada contra el enemigo más antiguo de la Humanidad. No importa la forma que adopte, no importan los métodos que use, pues ya lo conocemos. Satán se alza de nuevo para probar nuestra fe y esta es una prueba que vamos a superar.

—Como en las antiguas Cruzadas —continuó— portaremos la cruz para hacer cumplir la voluntad del Señor en la Tierra. La llevaremos tan lejos como alcance nuestro brazo armado. Ante las huestes del maligno, portaremos con orgullo la Cruz Guerrera, la señal verdadera que nos distingue como soldados puros, como máquinas de guerra de Dios, dispuestos a exorcizar su hueste de demonios a sangre y fuego. Y aunque caminemos por el valle de las sombras no temeremos, puesto que al final de la oscuridad se encuentra la luz. A partir de ahora ponemos nuestras almas al servicio de la luz. Vida y muerte dedicados al deber. Ningún reproche, ningún lamento. Únicamente valor, pureza y sacrificio.

Algunos soldados se miraban unos a otros extrañados por el énfasis que mostraba el cura. El padre Doménico, con la frente prelada de sudor, prosiguió su responso.

—*Per signum crucis de inimicis nostris libera nos, Deus noster. In nomine Exorcio Deus machina, Amen* —finalizó.

—Amen —corearon todos.

—Como representante de Dios en la Tierra y con la autoridad que me ha sido administrada, yo bendigo esta nave *in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti*. Amen

—añadió mientras derramaba agua bendita sobre la cubierta de la bodega—. Que el Señor la provea de fortuna y éxito en la oscura misión que le ha sido encomendada. Zarpa ahora bajo el nombre de *Santiago Apóstol* y como él lleva la prédica de tu luz hasta los confines del mundo.

Dicho esto, se arrodilló y besó el suelo. Cuando se incorporó de nuevo, el cabo había terminado de marcar todas las bombas. Fuera, en un andamio, varios soldados terminaba de pintar una rústica Cruz Guerrera a cada lado del inmenso dirigible.

El *Santiago Apóstol* estaba listo para partir.

Pervertvm despertó de forma súbita. Su cuerpo desnudo estaba empapado en sudor. Algo rígido y viscoso le rodeaba los hombros, los brazos y le cubría la cabeza y la espalda. Los recuerdos acudían de forma desordenada a su mente y estaba desorientada. Se encontraba tumbada sobre la roca viva en algún tipo de catacumba oscura. La escasa luz que iluminaba las paredes de piedra se colaba por una de las tres aberturas que tenía la estancia donde ella se encontraba. En todas las aberturas había incontables siluetas que la observaban nerviosamente desde la penumbra. Desde donde ella estaba podía ver el refulgir de sus ojos rojos.

Tan solo conseguía recordar fragmentos dispersos de su vida anterior. A pesar de lo desconcertante de la situación, no sentía ningún miedo. Como activada por un resorte invisible se puso en pie. Observó maravillada la estructura que se le enroscaba en torno a al cuerpo. Era viscosa y de un tono pardo. Poseía un millar de capilares. Podía ver cómo palpitaba, como si latiera, sobre su piel. Al acariciarlo, reaccionaba y se contraía. Era algo fascinante y acariciar esa estructura le provocaba sumo placer.

La multitud de reidores se abrió y dos de ellos, con el pelo largo y blanco, se aproximaron a ella y la saludaron con una reverencia. A continuación, le ofrecieron la mano y ella las aceptó. Escoltada por los dos albinos se abrió paso entre la multitud hasta llegar a una zona en donde habían unas escaleras de piedra gris. Subieron por ellas y atravesaron un arco de piedra, para encontrarse en un enorme espacio que se abría a un techo abovedado con una labrada estructura. La luz entraba por diferentes vidrieras, provocando un agradable efecto óptico y dotando al interior de un ambiente etéreo. No tardó en reconocer aquel lugar. Estaban en el interior del *Temple Expiatori de la Sagrada Família* de Gaudí. Los reidores se habían apoderado de aquel lugar y ahora todos sus rincones estaban plagados de ellos. Un olor dulzón a putrefacción flotaba en el ambiente. Probablemente había cadáveres en descomposición en algún lugar cercano. La condujeron hasta el altar principal y todos se congregaron a sus pies. De cada sombra, de cada rincón, iban surgiendo figuras oscuras hasta que se reunió una auténtica multitud.

Observó cómo algunos de ellos mostraban signos de enfermedad. Algo estaba afectando a sus imperfectos cuerpos humanos. Algo los estaba matando. Por un momento, un sentimiento de su antiguo yo afloró, y sintió lástima por aquellas criaturas. Pero casi al instante, ese sentimiento de debilidad fue reprimido por el control que ejercía su huésped simbiótico sobre sus emociones.

Los meta-reidores de pelo blanco arrancaron la capa de una de las muchas imágenes de la virgen que había en el templo y cubrieron con ella a Pervertvm, en una perfecta parodia del *nacimiento de Venus* de Botticelli. El mundo evolucionaba hacia una nueva concepción y ella tendría un puesto preeminente en esta nueva Tierra. Los sefarditas habían servido bien durante generaciones, a pesar de que los individuos de la efímera raza humana difícilmente podían desempeñar un papel relevante en un orden cósmico de miles de años de planificación. A través de los fluidos que inyectaba el *Lamelibranquio* en el organismo de Pervertvm, podía acceder a su memoria genética y recuperar recuerdos de sus ancestros que habían quedado encriptados en sus células. Con esta nueva perspectiva, contemplaba el mundo como si su mente y la de sus antecesores fueran una sola. Recuerdos de decenas de vidas se agolpaban en su conciencia al mismo tiempo.

—Te nombré siete veces al oído del inocente —pronunció en alto, como rememorando un antiguo juramento hecho hace siglos por otra persona—. Ejecuté a mis progenitores en tormento de nueve meses.

Flashes de antiguos ritos, de muerte y tortura, relampagueaban en su mente con

violencia. En ese momento, usando a la criatura simbiote como nexos, recibió un mensaje en una lengua perdida en el tiempo, una lengua que tradujo casi al instante, pronunciando para sí cada una de las palabras.

—Cuando llegue el *Ángelus Invernal* será tiempo para morir y volver a nacer. Todo será detenido. Y el cielo se abrirá. Y yo me asomaré.

Invierno. Todo acabará con el invierno.

#### *Santiago Apóstol sobre Moulins, Francia*

La pesada silueta del *Santiago Apóstol* cruzaba un paisaje de pastos y arboledas a una altura de casi un kilómetro. Horacio había dejado a Eva a los mandos durante el turno de día, ya que por la noche, al carecer de energía fotovoltaica, tirarían de combustible y podía haber complicaciones con los motores.

Mientras tanto en el salón principal de la góndola, el personal militar instruía al resto, incluido el padre Doménico. De los veintitrés miembros que componían la tripulación, tan solo cinco eran soldados de profesión. El resto había sido reclutado por necesidad. Algunos eran los técnicos necesarios para el mantenimiento. Otros simplemente, eran dos manos más.

A novecientos metros por debajo, un convoy militar circulaba por carretera a través del valle del Loira. Los verdaderos expertos militares estaban abajo. El aspecto que presentaba esta tropa era poco convencional. Debido al descenso de la producción armamentística —únicamente los armeros del ejército producían ahora munición— se estimaba que en el plazo de dos meses de combates continuados se quedarían sin munición. Por ello se incluyó a la Guardia Suiza como parte de la tropa del convoy. Eran actualmente el único ejército del mundo que había sido instruido en el uso de la espada y la alabarda en combate. Así que, aunque hubieran sustituido los morriones de acero por cascos de kevlar y vistieran chalecos antibalas, de su cinto colgaban una espada a un lado y un largo puñal de la parte trasera. Algunos llevaban fusiles con la bayoneta calada mientras que otros cargaban al combate sus alabardas, que aunque no habían sido probadas, se estimaba que podrían ser útiles para mantener a raya a reidores convencionales. Sería esta variopinta tropa la que se reunirían en Francia con el resto del convoy que aportaría las cabezas nucleares con las que se pensaba bombardear a los objetivos en Asia.

Submarinos nucleares del gobierno hindú, como el *INS Arihant*, habían tomado posiciones en el Golfo de Bengala y otros cinco submarinos rusos de clase *Oscar* y *Akula* se habían colocado desde el Mar del Japón hasta el Mar de la China Meridional, en el Océano Pacífico, para atacar mediante bombardeo las posiciones en tierra. Pero el alcance tierra a dentro de los misiles era limitado. Sobre todo si, como se esperaba, el enemigo contaba con los sistemas defensivos chinos en estado operativo.

El principal objetivo del ataque era la mega-estructura de la que se habían obtenido imágenes por satélite. Y la única esperanza de alcanzarla con el bombardeo era acercarse lo máximo posible.

El general a bordo del *Santiago Apóstol* pertenecía al alto mando de la Organización de Naciones y utilizaría la aeronave como puesto de mando móvil para organizar su parte del ataque.

El paisaje que sobrevolaba el *Santiago Apóstol* fue cambiando paulatinamente a medida que se iba aproximando a la ciudad francesa de Moulins. El pesado dirigible viajaba a dos kilómetros por delante de la cabeza del convoy, a modo de explorador, para comprobar que el terreno por el que tendrían que abrirse paso los vehículos terrestres estuviera despejado.

Con un pitido sordo, que recordaba a las señales usadas en la navegación marítima, se alertó a la tripulación de que acudieran a sus puestos de combate. Por el sistema interno de megafonía se requirió la presencia del general y del padre Doménico en el puente de la nave.

—¿Qué ocurre teniente? —preguntó el general al tiempo que cruzaba la puerta de la cabina.

El general era un hombre corpulento pero bajo de estatura, con el pelo negro rapado a cepillo y un tupido bigote bajo una nariz un tanto pequeña para su cara.

—Mire —señaló Horacio, que se encontraba en el puente, a pesar de no ser su turno de pilotaje.

Bajo el amplio ventanal de la góndola del *Air Turtle* se divisaba un panorama dantesco, digno de una pesadilla. Bajo las bellas cúpulas de pequeñas iglesias góticas y largos paseos de la ciudad que estaban sobrevolando, se observaba una marea negra. Miles, millones de reidores formaban un manto oscuro que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Al parecer, todos los reidores de la zona habían venido a converger aquí por alguna razón desconocida. Desde esa altura no se podían oír sus risotadas, pero cualquiera que estuviera contemplando semejante espectáculo escuchaba un eco inquietante en lo más profundo de su ser. Inmediatamente se le dio la orden de detenerse al convoy de tierra.

Las criaturas alzaban inútilmente las manos nervudas y ennegrecidas hacia el *Santiago Apóstol*, en un vano intento por alcanzarlo.

—Busquen una ruta alternativa para el convoy que rodee esta localización —ladró el general sin concretar a quién daba la orden—. Teniente, coloque la aeronave en el centro de esa muchedumbre. Vamos a bombardearlos.

—Señor —respondió Horacio— pueden haber aún civiles atrapados en aquellas casas.

—Que Dios nos perdone —respondió el general—. No podemos avanzar y dejar semejante ejército a nuestra espalda.

Se giró hacia Doménico.

—¿Cuál es su consejo moral padre Doménico? —se interesó el general.

—A veces es necesario hacer sacrificios en pos de un bien mayor —respondió el cura con suavidad— oficiaré servicios por sus almas, ya que no pudimos hacer nada por sus cuerpos.

—Utilizaremos las bombas incendiarias —concluyó el general sin un ápice de emoción en la voz.

El convoy de tierra efectuaba un rodeo por una carretera secundaria que cruzaba el río Allier cuando divisó a lo lejos una gigantesca columna de humo.

El oficial al mando, un curtido soldado que había participado con los cascos azules en operaciones en Bosnia, Kosovo y Afganistán, pidió al técnico de comunicaciones que abriera un canal con el *Santiago Apóstol* para preguntar por el humo que estaban observando.

—Todo está controlado —fue lo único que obtuvo por respuesta—. Tras una breve corrección de rumbo, el dirigible volvía a avanzar en dirección a Alemania mientras el convoy de tierra lo seguía siempre un paso por detrás.

Los cuerpos envueltos en llamas de los reidores deambulaban de un lado para otro si parar de reír. La escena parecía sacada del mismísimo infierno, con antorchas humanas pululando y riendo de un lado para otro. Pronto, el incendio se propagó de unos a otros, hasta que aquella bella ciudad a orillas del Allier ardió hasta sus cimientos.

#### *Ulán Bator, Mongolia*

Como cada mañana, Ricardo comenzaba el día haciendo flexiones en el estrecho espacio del puesto de mando móvil. Llevaba diecisiete días encerrado en la parte trasera de un furgón y su cuerpo empezaba a resentirse. Al menos aquí tenía comida, no había alcohol —lo que evitaba que se emborrachase y cayera en la desesperación como le había ocurrido la última vez— y tenía entretenimiento a través de Internet. Aunque esto último cada vez menos. En un breve período de tiempo había sido testigo de cómo cada vez caían más y más servidores. Los buscadores continuaban

funcionando, pero los listados que le ofrecían eran de páginas fantasma que habían dejado de existir.

Desayunó raciones liofilizadas del ejército chino y se puso agua del bidón en un vaso de plástico. Miró con preocupación el agua. A pesar de haber estado racionándola desde el primer día, el pronóstico no era nada halagüeño. Según le habían informado los de la ONU, el ataque se produciría en una semana. Hasta entonces tendría que aguantar. Pero en el bidón apenas había agua suficiente para tres vasitos de plástico más. Tendría que salir a conseguir agua para poder aguantar. La mera idea de salir le hacía sentir escalofríos. En la loca experiencia de la última vez estuvo a punto de ser devorado y había aprendido la lección. Además, ahora estaba más cerca que nunca de ser rescatado. Solo tenía que aguantar un poco más y estaría a salvo. Pero si esperaba a quedarse sin agua puede que la deshidratación le jugara una mala pasada. No podía esperar a verse sediento para actuar. Tenía que armarse de valor y salir ahora que podía.

Echó un vistazo rápido al armario de las armas y cogió uno de los fusiles. Pesaba más de lo que aparentaba. No se parecía a los fusiles que estaba acostumbrado a ver en las noticias, el típico M-16 americano. El que tenía en las manos tenía un asa superior, pero la distancia de la empuñadura al cañón era más corta, de unos cuarenta centímetros. La carga se efectuaba por la parte de la culata, de tal manera que cuando lo empuñaba el cargador quedaba a la altura de la axila del tirador. El cañón terminaba en una forma cónica invertida que le recordaba a la pistola láser de Han Solo en «La Guerra de las Galaxias». Justo encima del lugar por donde se insertaba el cargador había una inscripción: «QBZ 95A».

—«Cubeceta» —leyó en alto Ricardo— suena fatal. No parece que se pueda matar a nadie con algo llamado «cubeceta».

Buscó en el interior del armario y encontró varios cargadores. Algunos curvados con la superficie cuadrículada como una tableta de chocolate y otros redondos, como los que usaban las ametralladoras de los típicos gánsteres del cine negro clásico. Pensó que el cargador redondo tendría más balas y eso le daría más posibilidades. Ajustó la cabeza del cargador en la abertura y la encajó con un golpe seco. Incluso sin haber tenido antes un fusil en las manos pudo cargarlo con facilidad, fruto del conocimiento que se extrae del cine y de los videojuegos. Sabía que ahora, para que funcionara, tenía que amartillarla con lo que la primera bala del cargador pasaría a la recámara al cañón. El resto ya se colocarían solas una vez comenzara a disparar. Solo de pensarlo se le pusieron los pelos de punta. Bajo el asa superior había una pequeña palanquita. Tiró de ella con fuerza hacia atrás. Le hizo falta un segundo intento para llevarla hasta su posición y que se oyera el «clic» que le indicaba que el arma estaba amartillada y lista para disparar. Por el lado izquierdo del arma, justo al final de la culata, tenía un selector de modo de disparo. Ese debía ser también el seguro del arma. El problema era que no tenía inscripción alguna. Tendría que probarlo sobre la marcha y no se iba a poner a pegar tiros para comprobarlo porque atraería a todas las hordas de reidores en kilómetros a la redonda. En el armero encontró también correaes de color verde oliva para enganchar en la culata y el cañón del arma y así podérsela colgar al hombro. Necesitaría tener las manos libres para cargar el agua que encontrara. Además, si tenía la oportunidad, traería agua de sobra para lavar la ropa que comenzaba a sentirla acartonada tras un mes de uso continuado. Antes de salir, echó un vistazo a la pantalla del ordenador por si había alguna novedad.

\* \* \*

Abrió la puerta corredera muy despacio. Le costó deslizarla por el raíl a causa de los restos del reidor que había pillado al cerrarla días atrás. Bajo la puerta yacían los restos devorados de la criatura. Notó el olor a putrefacción pero no era tan intenso como se había esperado viendo el estado del cuerpo.



Oteó los alrededores de la estación por si había reidores cerca. Todo estaba tranquilo. A pesar del olor nauseabundo que traía el viento se alegró de sentir el aire fresco en la cara una vez más. Cerró con suavidad la puerta, sin llegar a encajarla para no quedarse fuera, y avanzó hasta el edificio de la terminal de trenes. Se asomó por una de las esquinas y observó. La parte de la ciudad que se veía desde allí presentaba un aspecto desolador. La calle estaba cubierta de basura al viento y no se veía a nadie. Esta vez no veía movimiento siquiera en el interior de las ventanas, en donde se suponía que miles de familias capeaban a solas el Apocalipsis.

Empuñando la «cubeceta», se desplazó rápidamente con la espalda pegada a la pared por la hilera de portales cercanos a la estación. Se detenía de vez en cuando para observar. No tenía claro qué buscaba realmente. Pensaba más bien en unas oficinas, o la consulta de un médico, que tuviesen un bidón de agua, o un kiosco o supermercado que tuviera garrafas. En una esquina divisó una cafetería. Estaba cerrada pero la puerta, que era de madera acristalada, no tenía la verja de hierro echada. Avanzó hasta ella. Ayudándose de la culata del fusil —como había visto en cientos de películas— rompió el cristal de la puerta de la cafetería y metió la mano hacia el pomo para abrir desde dentro. El interior estaba sucio y olía a podrido, pero un olor a podrido diferente al que se olía fuera. Una alarma exterior comenzó a sonar. *Mierda* —pensó al instante—. No se había fijado si el local tenía alarma antes de entrar. También era mala suerte, la mayor parte de la ciudad está sin abastecimiento eléctrico. El local debía de contar con un generador de emergencia.

Sin pensarlo más, se colgó el fusil a la espalda y se lanzó por encima de la barra buscando agua desesperadamente. Bajo el mostrador, sobre un palé de madera, habían varias garrafas. *Bueno* —pensó— *a pesar de la alarma parece que ha sido fácil*. Cogió solo una garrafa de cinco litros. Sería suficiente para la semana. Cargar más podría ser un riesgo y además ya tenía localizado un lugar donde abastecerse. Saltó de nuevo por encima de la barra y salió a la calle empuñando el fusil con la mano derecha y cagando la garrafa de agua con la izquierda.

Corrió por donde había venido sin mirar a ningún lado y no se detuvo hasta llegar a la esquina de la estación de trenes. Parapetado en la esquina, asomó la cabeza para echar un vistazo. El efecto de la alarma se había comenzado a notar. De los lugares más insospechados comenzaron a salir reidores atraídos por el ruido. En unos segundos ya se había reunido en torno a la cafetería un grupo de unos diez a quince reidores, olfateando y riendo alrededor de la entrada. Se pasaban el día ocultos en lugares oscuros pero al menor estímulo se ponían en marcha sin la menor pereza.

Giró la esquina antes de que lo detectaran y continuó corriendo hacia el puesto de mando móvil. Por el rabillo del ojo percibió movimiento a su derecha pero no se paró ni siquiera a mirar, sabía que dentro de la estación había un grupillo de reidores que vivían de «ocupas». Continuó corriendo hasta que tuvo el camión del ejército chino a unos escasos cien metros. A través del ángulo de visión periférica vio como varios reidores comenzaba a correr tras él, pero estaban bastante lejos. Llegó hasta la puerta que había dejado cerrada sin encajar del todo y se sorprendió al verla más abierta de lo que la había dejado. Bastante más abierta. A pesar de que una gran señal de alerta se iba formando en su cerebro, su cuerpo continuó avanzando como tenía previsto y abrió la puerta, saltando a través de ella dentro del camión.

Antes de que le diera tiempo a cerrar de nuevo la puerta corredera, un reidor saltó sobre él desde el oscuro interior del puesto de mando.

Ricardo cayó de espaldas por el impacto y la garrafa de agua rodó por el suelo. Desde donde estaba, apuntó al reidor sujetando el arma con ambas manos y apretó el gatillo. No ocurrió nada. ¡*El seguro!* —reaccionó al instante—. Tenía que probar otra posición del selector de disparo. El reidor se abalanzó sobre él, tropezando antes con la garrafa tirada en el suelo. Eso le dio a Ricardo el tiempo que necesitaba. Giró el selector del

arma todo lo que pudo hacia la derecha mientras, a través de la puerta abierta, podía ver cómo un grupo de reidores avanzaba corriendo hacia el camión. Apretó el gatillo. Esta vez el fusil cobró vida en sus manos, escupiendo una larga lengua de fuego sobre el reidor que tenía encima. Sintió el traqueteo constante sobre su hombro derecho, lo que le produjo un enorme dolor. El ruido lo dejaba sordo y aturdido, mientras sentía cómo los proyectiles atravesaban, golpeaban y rebotaban por todo el interior del camión. Tuvo que hacer acopio de fuerzas para que el arma no se le escapara de las manos. Aún azorado por el estruendo, consiguió incorporarse y cerrar la puerta lateral de un portazo antes de que llegaran el resto de reidores. El interior del puesto de mando estaba lleno de humo y olía a pólvora y sangre. El cuerpo del reidor había salido despedido un metro y medio hacia atrás, hasta chocar con el armero del fondo. Ahora no era más que un guiñapo sanguinolento. El dolor lacerante del hombro le entumecía todo el brazo. Pero lo peor fue el efecto secundario de la desproporcionada ráfaga que había disparado. Los delicados paneles y teclados del puesto de control estaban salpicados por innumerables agujeros de bala aún humeantes.

## XXIV

*Observatorio del Roque de los Muchachos (ORM)  
La Palma, España  
26 de junio de 2012*

Mientras observaba las imágenes obtenidas por el telescopio, Víctor contuvo un grito de sorpresa. Era astrofísico, se había licenciado hacía ya dos años por la Universidad de La Laguna y hasta hacía un mes, disfrutaba de una beca de investigación en el ORM en un proyecto conjunto entre varios observatorios repartidos por todo el mundo. Cuando comenzó todo y se declaró el estado de excepción pensó que la mejor opción era reunir un equipo de supervivencia y encerrarse en el observatorio junto con algunos de sus compañeros. El observatorio estaba lo suficientemente aislado como para ser un lugar seguro y habían destinado uno de los compartimentos de las instalaciones del complejo de visitantes para encerrar a los «trastornados» que fueran surgiendo. A pesar del caos reinante, la red de observatorios seguía funcionando y eso mantenía a todos sus miembros ocupados. Era lo mejor que podían hacer en aquel momento. Hacía pocos días que el suministro eléctrico había caído y habían comenzado a usar el generador de emergencia. Habían perdido el contacto con el Observatorio Astronómico de Australia desde hacía tres días. Muchos de los puestos de control de tierra a los que accedían para usar telescopios satelitales habían dejado de operar. El mundo se iba al garete y lo único que podían hacer era mantener la mente ocupada en el trabajo.

Víctor contemplaba ahora estupefacto la pantalla principal de su equipo de observación. Sobre un pixelado fondo de estrellas se recortaba un objeto irregular desenfocado. Había descubierto ese objeto hacía veinte horas y durante todas ellas, lo estuvo observando. Los datos del espectrógrafo indicaban que se desplazaba hacia la Tierra a una velocidad de veinte kilómetros por segundo. Si continuaba en esa trayectoria, en unos días colisionaría con el planeta. Lo más sorprendente era, que en las horas que lo llevaba observando, el objeto había realizado pequeñas variaciones de rumbo apenas perceptibles. Posteriormente se había mantenido en la ruta actual durante más de diez horas sin corrección de rumbo pero, desde hacía unas horas, había comenzado a desacelerar. Sin duda alguna no se trataba de un fenómeno aleatorio de ningún tipo.

Cuando compartió su descubrimiento con el resto de sus compañeros que vivían en aquella «comuna astrofísica» coincidieron en su hipótesis. Ese objeto —tripulado o no— se dirigía hacia la Tierra de forma consciente y premeditada. Era raro que un grupo de científicos aceptara una hipótesis como aquella a la primera pero tras lo que estaba ocurriendo por todo el mundo, los niveles de escepticismo estaban por los suelos. Todo era posible. Ellos eran de los pocos que se habían resistido a creer que los afectados por la *amenaza* estaban poseídos por demonios. No tenían explicación para lo que ocurría pero sus mentes eminentemente científicas les impedían aceptar ese tipo de respuestas precognitivas sin más. En lo que iba de encierro, el síndrome había afectado a tres de sus compañeros, que habían sido encerrados en cuartos de mantenimiento y eran alimentados con regularidad. Aparte de las constantes risas, los afectados parlotaban algo incoherente. Lo que las fuentes del Vaticano habían identificado como arameo antiguo. Pero ellos estaban convencidos de que esa verborrea incoherente era fruto del estado mental de los sujetos infectados y no se trataba de ninguna lengua arcana.

Si algo del espacio exterior se estaba aproximando a la Tierra y, casi con toda probabilidad, ellos eran los únicos que lo sabían, deberían alertar al resto de supervivientes. Pero los móviles habían dejado de funcionar y cada vez se caían más y más servidores de Internet. Lo único que tenían en el complejo para comunicarse con el exterior era una estación de operaciones de radio, que se conservaba más por su valor histórico que por practicidad. Poniendo a prueba su memoria intentó rescatar los

recuerdos del segundo curso de la carrera, en el que había una asignatura en la que le habían instruido en el uso de uno de estos equipos. Siempre se quejó de la utilidad de esa asignatura, pero por suerte la había aprobado con notable. *El ejército siempre rastrea señales de radio* —pensó esperanzado— *si queda alguien con vida ahí fuera oírás esto.*

*INS Arihant, profundidades del Golfo de Bengala*

El puente de mando del submarino nuclear hindú estaba iluminado en un rojo tenue que hacía que la vista se adaptara mejor a la oscuridad. En el centro del puente, de pie contemplando los monitores, se encontraba el capitán de la Armada de India Iravan Rasul. Contemplando la escena, era imposible no encontrar similitudes con el capitán Nemo —también hindú— del clásico de Julio Verne «*Veinte mil leguas de viaje submarino*». Pero esta vez las armas y el enemigo eran diferentes. Sus órdenes formaban parte de un plan establecido por la Organización de Naciones para el bombardeo exhaustivo de focos de peligro en el continente asiático. La expansión de China durante la crisis afectaba directamente a su país, al compartir frontera directa con ellos.

Sin el avanzado sistema de medición por satélite, el bombardeo se iba a llevar a cabo a base de cálculos manuales a través de puntos prefijados en un mapa militar. El alcance de este tipo de ataques era muy limitado, por lo que la operación se completaría desde tierra con otro grupo, que tendría que acercar los lanzamisiles al objetivo lo suficiente como para causar daño. A Rasul no le hubiera gustado estar en el pellejo de esos soldados. Se le erizaba la piel con solo pensarlo. Las posibilidades de sobrevivir en una misión como aquella era escasas o prácticamente nulas.

Se encontraba absorto en sus pensamientos, cuando de repente, el oficial de sónar dio la voz de alarma.

—¡Contacto! —dijo— a uno-coma-cinco millas al noroeste. Parece un barco de gran calado.

—Timonel —ordenó el capitán— suba a profundidad de periscopio.

El horizonte del puente se inclinó por unos instantes y el capitán Iravan Rasul tuvo que asirse a unas abrazaderas para continuar erguido. Toda la tripulación sintió la sensación de ascenso en sus estómagos. Cuando la negra mole del submarino se aproximó a la superficie del agua, el horizonte volvió a estabilizarse.

—Arriba periscopio —ordenó el capitán.

—Arriba periscopio —repitió el contramaestre—. Cuando la maniobra estuvo ejecutada, el oficial asintió levemente con la cabeza al capitán. Este se colocó sobre el tubo del periscopio y lo alzó, desplegando hacia los lados las dos palancas laterales.

Efectivamente, lo que vio fue un barco de gran calado. Se trataba un masivo portaaviones de unos trescientos metros de longitud. Era gris y portaba enseñas de la Armada China. Rasul conocía esa nave. Era el buque insignia de la marina china; el *Varyag*. Se trataba de un súper portaaviones botado ese mismo año. Orgullo y gloria del ejército de la República Popular y gemelo del *Almirante Kuznetsov*, el buque insignia de la Flota Rusa. En otras circunstancias ordenaría una inmersión para pasar desapercibidos. Su misión consistía en esperar a que la incursión por tierra estuviera lo suficientemente cerca para lanzar un ataque conjunto. Pero tal como estaba la situación a nivel mundial, el encontrarse con un buque de guerra chino era sumamente alarmante.

—Está virando —le informó el oficial de comunicaciones— se dirige hacia nosotros. Al ascender a profundidad de periscopio el *Arihant* se había colocado al alcance de su sónar. Los habían descubierto. La *amenaza* parecía estar focalizada en China, pero ¿con quién estaban ellos? ¿Estarían combatiéndola con sus propios medios o ya habrían sucumbido? No podía arriesgarse, el *Varyag* poseía torpedos y cargas de profundidad capaces de borrarlos del mapa sin la más mínima oportunidad de reacción.

Tenía que actuar. Las preguntas serían respondidas más tarde.

—Inundad los tubos uno y dos —ordenó—. El contraamaestre repitió su orden. Rasul volvió a acercarse al visor. A través del periscopio vio como siluetas humanas se movían como hormigas por la cubierta del buque. A esa distancia no podía diferenciar si se trataba de humanos o de reidores, pero no podía asumir el riesgo.

—Fijen blanco en el objetivo y disparen los torpedos uno y dos —ordenó— y que *Brahmā* nos perdone.

Los torpedos dibujaron estelas blancas en su recorrido hacia el buque. Tardaron casi un minuto en recorrer la distancia que los separaba y alcanzar su objetivo. Un minuto en el que la tripulación del *Arihant* estuvo en el más absoluto silencio esperando la confirmación de «blanco impactado». Cuando el contraamaestre confirmó el impacto, el puente saltó en vítores y gritos de alegría. La hosca mirada del capitán Rasul bastó para aplacar cualquier murmullo. El capitán fue el único de la tripulación que contempló con sus ojos el efecto devastador que habían causado. El portaaviones impactado se escoraba a estribor mientras varios incendios y explosiones en cadena devoraban sus entrañas. Cientos de siluetas envueltas en llamas se arrojaban desesperadamente desde la cubierta hacia el mar. *Puede que con esta guerra salvemos a la Humanidad —pensó para sus adentros— pero para ello hemos condenado nuestra alma.*

*Santiago Apóstol sobre Stuttgart, Alemania*

El enorme dirigible se encontraba ahora a quinientos metros sobre el convoy de tierra. Desde que habían accedido a la autopista francesa A 35, el convoy marchaba mucho más deprisa que el pesado *Air Turtle*. Por esa autopista habían viajado desde la localidad francesa de Mulhouse hasta enlazar con la autopista alemana A5 con dirección Karlsruhe. Habían atravesado la ciudad suiza de Basel, en la que convergían las fronteras de Alemania, Suiza y Francia. En tan solo unas horas se habían puesto en la ciudad de Stuttgart y ahora era el dirigible el que retrasaba la marcha.

Fue en Basel —la mítica Basilea— en donde se unió al convoy la pequeña fuerza del ejército francés con los misiles que contenían las cabezas nucleares para el bombardeo. El gobierno francés acordó un punto de reunión intermedio para que no se rastreara el origen y por consiguiente, la ubicación de su arsenal nuclear en el país.

Así que ahora el convoy era más largo. En su parte central rodaban tres inmensos camiones cubiertos con tela camuflada, en los que se encontraban los seis misiles con cabezas nucleares con los que se iba a bombardear la estructura de los reidores en China.

Álex no se sentía cómodo viajando tan cerca de seis bombas nucleares. Era paranoico incluso para poner en marcha un microondas casero, así que el hecho de llevar seis núcleos inestables de uranio a quinientos metros bajo los pies le ponía los pelos de punta. Además, se sentía ignorado por el resto de la tripulación. La única persona que hablaba con él era Eva. Álex se sentía atraído por ella. En realidad siempre se sentía atraído por cualquier ser humano del sexo opuesto. Eso le ocurría antes del Apocalipsis y ahora que los supervivientes vivía una situación de «Gran Hermano», en la que todos se emparejaban sin muchos miramientos, se le acentuaba. Pero ella ya le había dejado clara su postura y, a pesar del coqueteo, no le había dejado opción a más. Justo en ese momento, ella apareció por el pequeño cuarto de comunicaciones.

—¿Alguna novedad? —le preguntó.

Álex se avergonzó cuando la vio, como si ella hubiera podido oír sus pensamientos. Se recompuso y volvió a la realidad.

—Estoy un poco preocupado por Ulán —respondió eficientemente— no lo localizo desde hace dos días.

—¿Pero por un problema técnico? —preguntó Eva alarmada.

—No, simplemente no se conecta ni responde por la frecuencia militar. Es como si no estuviera.

\* \* \*

Álex estaba de pie en el camarote del general ante un grupo de personas que lo observaban inquisitivamente. Eva se encontraba junto a él. El grupo de mando del operativo estaba reunido en aquel camarote discutiendo sobre los últimos informes. La pérdida de contacto con Ulán Bator ponía en peligro toda la misión y debían decidir si le daban un voto de confianza y continuaban avanzando o directamente abortaban la misión. Era muy arriesgado adentrarse en ese territorio, y sin el acceso al satélite de Bator el bombardeo sería inefectivo.

—En condiciones normales suspendería el ataque —comenzó el general—. Era un hombre curtido y hablaba con el aplomo que te confiere la experiencia en este tipo de situaciones.

—Pero estas no son unas condiciones normales —replicó el padre Doménico—. Álex aún no entendía qué pintaba un cura en todo esto. Nunca había sido religioso y que el mando de la ONU hubiera sucumbido tan pronto a la hipótesis de «demonios» para explicar los reidores le parecía una actitud supersticiosa y poco rigurosa. Pero en momentos de crisis la psique humana es más receptiva al esoterismo, y la mayor parte de la tripulación abordo estaba convencida de un sentido quasi-religioso en todo aquello.

Doménico por su parte estaba absolutamente convencido de la presencia de la mano de Satán detrás de *la amenaza*. El camarlengo le había informado antes de partir sobre la revelación de la que había sido partícipe unos días antes: el contacto por parte del Comité Científico de las Naciones Unidas con un E.B.E.<sup>[11]</sup> Esto había alterado la convicción de la mayor parte de los dirigentes de la Organización, buscando el origen de *la amenaza* en las estrellas, más que en el Infierno. Para Doménico esta revelación no hacía más que fortalecer su fe. Demostraba fehacientemente la existencia de Satán y mostraba cómo afectaba además a otras especies a parte de a la especie humana. El descubrimiento de una raza alienígena no iba a desbancar al ser humano como la creación preferida del Señor, hecha a su imagen y semejanza. Y si esa especie había sido creada por el mismo Dios, compartiría semejanza con el hombre: dos ojos, dos brazos y dos piernas. A imagen y semejanza del Creador.

—Debemos continuar —concluyó Doménico— Dios proveerá.

El general lo miró con escepticismo pero el resto de oficiales de la sala, incluido el teniente Horacio, compartían la misma opinión del cura.

—Lo consultaremos con el mando de la Organización de Naciones.

¡Oficial de comunicaciones!, abra un canal seguro —ordenó el general.

*Andorra la Vella, Andorra*

La sala de reuniones de la cúpula de la ONU permanecía en un tenso silencio. Tras la mesa redonda, en la que se hallaban los dirigentes debatiendo la toma de decisiones, se hallaba una frenética actividad de vaivenes de operarios recibiendo y contrastando información en el centro de mando. Había paneles desplegados con mapas llenos de garabatos, monitores con diferentes localizaciones y varios puestos de comunicaciones. Constantemente algún operario traía nueva información en forma de varios pliegos de papel, que ofrecía a la secretaria general.

La información llegaba fragmentada y tenían que hacer un esfuerzo al que no estaban acostumbrados por reconstruir el panorama global. Habían retrocedido en la forma de trabajar la estrategia hasta la época de la II Guerra Mundial. Cables y transmisiones repetidas por onda corta de un puesto a otro llegaban constantemente ofreciendo una pequeña visión de lo que ocurría, como si fuera una pequeña pieza de un puzzle que aquí se debía unir al resto para conformar la situación.

Habían interceptado un comunicado en vídeo en el que el presidente chino Hu Jintao se rendía oficialmente al enemigo y ponía su país, su ejército y su voluntad de parte de las nuevas —literalmente— «*Jiēmèimen Shèng Xuè*». Esas palabras tenían varias

acepciones en chino, pero una de ellas era «sagradas hermanas de sangre». *Las Hermanas de la Santa Sangre* reveladas por el texto del *Szibula Darkonis*. ¿Se había vuelto loco el presidente chino? ¿Con quién había podido pactar semejante rendición si los reidores apenas hablaban? El hecho era que ahora se enfrentarían no solo a la mayor *amenaza* de la Humanidad, sino además, al ejército más numeroso del mundo. Esto arrojaba luz sobre las extrañas noticias que estaban recibiendo en el centro de mando. Los informes del Mar de Bengala sobre el encontronazo de un submarino hindú de la Organización con el buque insignia chino daban a entender que el enemigo conocía la operación de bombardeo y se estaba movilizándolo. Habían subestimado a *la amenaza*. No era una simple masa que avanzaba sin más. Tras sus movimientos se desvelaba el razonamiento de una estrategia. A lo que se enfrentaban no era a un síndrome, o a una plaga. Las personas afectadas, simplemente se pasaban al bando del enemigo y luchaban por él con todas las fuerzas de su ser. Y a veces, ocurría lo mismo con países enteros.

Los principales esfuerzos organizativos de la ONU se habían centrado en localizar buques de guerra e instalaciones que había quedado segregadas y aisladas por la caída de las comunicaciones. Cada día aparecían nuevas embarcaciones perdidas que se iban sumando a la Organización. Sobre la mesa cubierta de papeles habían unos informes enviados por un astrofísico español. Habían captado un alarmante mensaje por radio de la isla de La Palma, en la que se encontraba una comuna de científicos supervivientes que continuaba con sus labores de rastreo del espacio. Hacía varios días de que habían detectado un asteroide en ruta de colisión con la Tierra. Esto no era nada extraño, cada día eran detectados cuerpos errantes en posibles rutas de colisión con nuestro planeta. Lo extraño del hallazgo era que el cuerpo parecía estar dirigido de forma consciente para alcanzar su objetivo, a juzgar por las variaciones en la ruta y velocidad. Este cuerpo tenía muchas papeletas de estar relacionado con todo lo que estaba ocurriendo. Sobre todo después de las revelaciones efectuadas por el Argonauta de Oberón. Los datos no habían sido corroborados pero, en las actuales circunstancias, no había forma de hacerlo.

Los trabajos en la Guayana francesa habían comenzado ya pero el nivel de modificaciones y la cantidad de cohetes necesarios para poner en órbita a cinco submarinos de la clase *Akula* superaba con creces las previsiones más optimistas. El dispositivo, de conseguirse, no estaría en marcha hasta finales de año como mínimo. Se había bautizado a la operación con el nombre de ODYSSEY y se habían bautizado ya, con nombres de parajes bíblicos, a las cinco naves que se enviarían: *Edén*, *Galilea*, *Babel*, *Arimatea* y por supuesto, *Andor*. Delante de cada nombre figuraba el código de la nave UNS (*United Nations Ship*), una costumbre naval que se remontaba a la era del imperialismo dominante de la marina británica de Su Majestad la Reina de Inglaterra.

—La situación que se nos presenta es de extrema gravedad —explicó el presidente francés a Weiss— ya es hora de que mantengamos una reunión cara a cara con ese Argonauta y nos ofrezca más garantías para apoyar su plan de evacuación. ¿En dónde lo mantienen oculto y por qué se resiste a mostrárnoslo?

—Se encuentra oculto por su propia seguridad —respondió Weiss— pero si la condición para que apoye las decisiones de este consejo son un cara a cara con «Z», organizaremos ese encuentro.

Tras aquella declaración todos los dirigentes parecían mucho más complacidos. Weiss sabía que mostrar al Argonauta era inevitable, pero había intentado retrasar ese momento todo lo que había podido. El ser humano desconfía de lo que no se asemeja a él mismo, y sabía que tras el encuentro se produciría una división de opiniones en aquel comité. Únicamente esperaba que las decisiones que ya se habían tomado, y de las que dependían la supervivencia de la Humanidad, se mantuvieran.

La reunión fue interrumpida por uno de los operadores que llevaba unos auriculares con micrófono en la cabeza.

—¡Llamada entrante del *Santiago Apóstol*! —anunció mientras tapaba el micrófono con la mano— dicen que han perdido contacto con Ulán Bator y piden instrucciones.

Todos los integrantes del Alto Mando de la Organización de Naciones que estaban allí reunidos se miraron con gesto grave. Sabían claramente lo que significaba aquello. Sin acceso al único satélite de operaciones en activo, el bombardeo se realizaría manualmente, y a esa distancia no había garantías de que se alcanzara el objetivo.

Pero, por otro lado, nunca tendrían una oportunidad igual. El enemigo se estaba movilizándose. En un mes, según las previsiones, asentarían su avance sobre Europa y ya no podrían avanzar en el continente asiático sin disputar cada palmo de terreno a sangre y fuego. La decisión era difícil, pero todos los miembros coincidieron en lo mismo.

—Informe al Santiago Apóstol —comunicó finalmente el Presidente de la ONU al operador— que es voluntad de este Comité que prosiga con la misión prevista y encuentre los medios adecuados para llevarla a cabo tal como se ha establecido en sus órdenes.

Sabían que les estaban pidiendo un milagro pero no en vano llevaban a un cura a bordo. Ahora solo Dios podía ayudarlos.



Olía a carne quemada y a queroseno. Tras casi una semana de asedio, la base norteamericana del aeródromo de Herāt estaba irreconocible. Excepto por los restos desguazados de vehículos humeantes, el panorama parecía sacado del medievo. Ya sin munición y sin vehículos, los combates de cada oleada se resolvían mano a mano entre los soldados, armados con bayoneta y puñal, y los reidores. Al menos, el enemigo había perdido su columna de blindados y ahora no le quedaba otra opción más que lanzarse sobre las defensas de la base a cuerpo gentil.

La escasa docena de hombres y mujeres que habían sobrevivido tenían un aspecto feroz. Estaban totalmente cubiertos de sangre seca y hollín. Tenían la ropa hecha jirones en su mayor parte, menos los chalecos, cascos y protecciones de codos y rodillas.

—¡Bowman! —gritó el capitán de la base en inglés con acento norteamericano— asegure la empalizada.

A Ira la llamaban «Bowman» en la base, por el apellido inscrito en su chaleco. Pocos allí sabían que ese no era su nombre, sino el del soldado que le había salvado la vida cuando intentaban alcanzar el aeródromo. A pocos le importaba. El hecho de que Ira no supiera más que un par de frases en inglés había sido impedimento para que entendiese la orden. Llevaba casi un mes recibiendo órdenes en inglés sin problemas. Todos en definitiva, hablaban el mismo lenguaje. El lenguaje de la guerra.

Al caer la verja del perímetro del aeródromo, habían cavado una trinchera y sobre el montículo de tierra desalojada habían colocado una empalizada, valiéndose de los hierros desguazados de los vehículos destruidos y los escombros de la base. El conjunto de desolación-empalizada tenía un aspecto sobrecogedor. Aún habían varios cuerpos de reidores ensartados en la empalizada pudriéndose al sol. Tras el combate continuado y el racionamiento de víveres, los soldados no tenían fuerzas siquiera para enterrar a sus propias bajas. Sobre la pista de aterrizaje se amontonaban los cuerpos de sus compañeros muertos en combate. Un corro de aves de rapiña sobrevolaba la zona desde hacía semanas. De vez en cuando, se aventuraban a lanzarse en picado para pillar algún trozo de carne, o algún que otro ojo de los cuerpos allí tendidos, como si de un buffet carroñero improvisado se tratara.

Ira revisó el perímetro de la empalizada. Su rostro, atractivo y de proporciones armónicas, no se diferenciaba mucho del de los reidores, cubierto como estaba, bajo la costra de sangre hollín y arena. En su mano portaba un machete largo y a la cadera un moderno hacha de mano. Hacía días que había renunciado a su fusil. Sin munición, suponía demasiado peso añadido simplemente para esgrimir una bayoneta.

Cuando pasaba por la empalizada, un gorgoteo llamó su atención. Buscó su origen y descubrió que uno de los reidores que había quedado empalado durante el asalto, continuaba con vida. Estaba atravesado por tres largos trozos de chatarra afilada y su cuerpo se sostenía en un ángulo de cuarenta y cinco grados sobre el suelo. De sus heridas manaba una sangre oscura y un hilillo de saliva y sangre se derramaba desde su nariz. Boqueaba como un pez fuera del agua. Agonizaba, pero no parecía sufrir. Ira se acercó al pobre diablo y le descargó un machetazo en la base de la nuca. El infeliz dejó de moverse. A pesar de haber descargado el machete contra un blanco inmóvil con todas sus fuerzas no logró decapitarlo del tajo. Era más difícil decapitar un cuerpo de lo que se pensaba, influenciados quizá por el cine y la literatura. Volvió a asestarle varios tajos hasta separar la cabeza del cuerpo. Sabía, por los combates en los que se había enfrentado, que esos demonios eran muy resistentes y la única forma de asegurarte de que estaban muertos era cortándoles la cabeza. O al menos eso se decía en la base. «*Cut the head*», repetían una y otra vez. No sabía cuánto de verdad

y cuánto de superstición había en ello, pero más valía asegurarse. Pronto comenzaría a oscurecer y como siempre, con la oscuridad vendrían los reidores.

\* \* \*

Todos los miembros de la base se distribuyeron a lo largo del perímetro de empalizada que rodeaba al edificio principal de la base. Era una noche oscura y sin luna, la única luz provenía de las antorchas que se habían repartido por diferentes puntos de la empalizada. En la torre de control del aeródromo, que era donde vivían la mayor parte del tiempo por ser la zona más segura, había colocado a un vigía. Oteaba el horizonte para avisar a los que estaban abajo por dónde venía esta vez la oleada. El vigía iba armado con un fusil de francotirador M21 *Sniper Weapon System*, la única arma de munición que aún se usaba en la base. Aparte de dar la alarma, cubría con sus disparos a los que estaban en primera línea en caso de emergencia. El resto de combates se llevaban a cabo a golpe de machete y bayoneta.

Sudoeste. El enemigo venía por el sudoeste. El capitán movilizó a todos los hombres para ocupar la empalizada por aquella posición. Pronto se distinguieron las siluetas de los reidores entre las sombras de la noche y comenzó a llegar el inquietante jolgorio producido por sus risotadas. Comenzaron a trepar por la empalizada y el capitán dio la orden de atacar. Ira saltó como un resorte desde la posición en la que estaba oculta en la trinchera y asestó el primer machetazo a la silueta que tenía más cerca. El estado de la ropa del reidor al que había impactado estaba muy deteriorado pero aún así pudo distinguir por la bandera en su hombro derecho que se trataba de un uniforme del ejército español. Al asestarle el segundo golpe, esta vez con el pequeño hacha que llevaba en la mano izquierda, el cuerpo cayó en una zona iluminada por las antorchas y pudo distinguir su rostro. ¡Vázquez! —se sorprendió—. Este soldado había servido bajo sus órdenes como cabo primero hacía tan solo un par de meses. Parecía que habían pasado siglos de aquello. A pesar de la deformación de su rostro y los ojos rojos, pudo atisbar el rostro de su antiguo compañero. Pensar en su vida anterior hizo que Ira se desmoronara por un momento. En aquel instante, rodeada por una feroz y sanguinaria lucha por la supervivencia, deseó estar muerta de una vez y terminar por fin con esa penuria y sufrimiento. Sus compañeros le gritaban algo, pero ella permanecía de pie, absorta en sus pensamientos. Notó cómo unas manos sucias la agarraban con fuerza por los brazos y pensó que su fin había llegado. Pronto acabaría todo.

*Ulán Bator, Mongolia*

Ricardo llevaba varios días intentado arreglar el destrozo en el puesto de mando móvil. Ni siquiera era capaz de cambiar un enchufe en su casa y ahora intentaba reparar un complejo y avanzado sistema de comunicaciones. Pero no se le ocurría ninguna idea mejor. Sin comunicaciones, jamás le sacarían de ahí y el bombardeo no se podría llevar a cabo. Realmente esto último era lo que menos le importaba, aún no entendía la importancia de bombardear aquella dichosa estructura. Según pensaba él, primero se debería evacuar a la gente de las ciudades y después ya habría tiempo de pensar estrategias militares. Pero era el ejército el que estaba al mando. Y era ese mismo ejército el único que podía sacarlo de aquí.

Arrojó a un lado con rabia y frustración el destornillador que tenía en su mano derecha. Había llegado tan lejos para nada. En pocos días llegaría el convoy europeo que podía sacarle de este país y no tenía manera de contactar con ellos. Todo se iba al infierno y no sabía cómo remediarlo.

Buscó entre la documentación que había en el puesto de mando móvil. Casi toda estaba en chino, pero había mapas e informes en inglés. Intentó buscar algo. Algo que le diera una idea de cómo reparar el sistema o sustituirlo. O quizá algo que le indicara la localización de otro puesto de mando móvil cercano.

Encontró un mapa en donde había varias localizaciones marcadas. Parecían bases chinas de cierta relevancia. Al carecer de leyenda no podía saber a qué correspondían

aquellas marcas y dedujo que debían de tratarse de un sistema de señales interno usado por el ejército chino. Un hecho le llamó la atención. Una de esas marcas le pareció que se ubicaba justo en el lugar donde los reidores estaban construyendo aquella megaestructura. Era como si estuviesen reforzando una base secreta del ejército. Aparte de ese descubrimiento no encontró nada relevante. Ingenuamente esperaba un mapa en donde estuviesen marcadas las ubicaciones de los puestos de mando móvil desplegados por la zona, o algo parecido. Agarró la garrafa de agua y volcó un poco de líquido en un vaso de plástico. Se la llevó a los labios y se bebió el vaso de un solo trago. Al menos ahora tenía agua que beber.

Afuera, un grupo de reidores continuaba aporreando la caja del camión. Sabían que un apetecible bocado se encontraba ahí dentro encerrado, como una sardina enlatada.

\* \* \*

Ya era de madrugada cuando un sonido despertó de forma súbita a Ricardo. Era el ruido del motor de un vehículo pesado. Por un momento, Ricardo recordó los tanques pilotados por reidores y se inquietó. Pero el sonido no parecía el de un tanque. Más bien era como el ronroneo pesado de un camión. De repente oyó voces. No las distinguía con claridad, pero le parecía que hablaban chino. Alguien gritaba órdenes en ese idioma. Escuchó el sonido de varias pisadas que se dirigían hacia donde él estaba. Seguidamente escuchó el sonido metálico de alguien golpeando una de las puertas. *¿Serían los restos supervivientes del ejército chino?* Quizá esta era la solución a sus problemas que estaba esperando. La persona que estaba fuera tocando gritó algo hacia el interior del vehículo. Estaba preguntando algo. A pesar de la incertidumbre, Ricardo pensó que la mejor opción era salir de allí y pidió auxilio.

Lentamente abrió la puerta corredera por la que oía la voz. Fuera, la intensa luz de los faros de un camión del ejército lo deslumbraron. Cuando fue recuperando la vista se encontró frente a dos soldados con el uniforme del ejército chino que le apuntaban con sus fusiles. Las armas eran similares a los que había en el interior del puesto de mando móvil, los «cubeceta». En el camión, asomado por una de las puertas de la cabina, se encontraba el oficial que había gritado las órdenes. Al verse encañonado, Ricardo alzó los brazos en señal de rendición. Los soldados le hicieron gestos con el cañón de sus armas para que bajara. Lo cachearon y lo introdujeron en la parte trasera del vehículo, que estaba ocupada por otros seis soldados chinos más. El camión arrancó y se alejó de la zona, mientras los soldados seguían apuntándole con sus fusiles en la parte trasera. A pesar de la hosquedad en el trato, Ricardo se sentía mucho más seguro. El simple hecho de estar acompañado por seres humanos hacía que se sintiese mejor. Mientras el camión se alejaba, comenzó a recordar las penurias que había vivido durante su aventura hasta llegar a aquel puesto de mando móvil. Como si todo hubiera terminado. Ahora se sentía a salvo.

No sabía cuánto se equivocaba.

#### *Órbita terrestre a 35.000 Km de altitud*

La ciclópea mole grisácea de Deimos disminuía su velocidad al alcanzar la órbita. Miríadas de chorros de propulsión se encendían a lo largo de la superficie del falso asteroide, haciéndolo variar de posición y anclándolo en la perfecta sincronía de una órbita geostacionaria. Deimos había llegado y con él la resucitada estirpe de Marte, otrora la especie dominante del sistema, ahora doblegados como meros sirvientes.

La maquinaria ancestral en el interior de la estación comenzó a vibrar mientras más y más trozos de roca de su superficie se iban desprendiendo y quedaban flotando a la deriva, formando un improvisado campo de asteroides. Las pequeñas rocas eran atraídas por la fuerza de la gravedad terrestre y se precipitaban sobre su superficie, consumiéndose en la reentrada por el fuego purificador provocado por la fricción con las capas más elevadas de la atmósfera.

La estación comenzó a dividirse, como un panal hexagonal, liberando poco a poco

todas las naves que guardaba desde hacía milenios en su interior.  
La segunda oleada acababa de comenzar.

Ira despertó con un fuerte dolor de cabeza. Todo lo que había ocurrido en las últimas horas le pareció de repente una horrible pesadilla de la que acababa de despertar. Se encontraba en la sala que usaban como dormitorio, en lo alto de la torre de control del aeródromo. En la misma sala, observando por los ventanales, se encontraban el capitán y tres de sus compañeros, un soldado francés y dos marines americanos: un hombre y una mujer. Al ver que había despertado, el capitán le dirigió una mirada vacía y le sonrió sin alegría. Era la mirada de un hombre sin esperanza, derrumbado. En esa mirada fue capaz de recordar lo que había sucedido. Las ásperas manos que la agarraron durante la noche y la habían arrastrado hasta allí. La retirada hacia la torre de control provocada por una avasalladora superioridad numérica por parte de los reidores. Solo habían sobrevivido ellos cinco de la docena de soldados que aún mantenían la base. Y ni siquiera ahora que despuntaba el alba, el enemigo tenía intención de retirarse como en cada amanecer. Estaban cerca de conseguirlo, estaban muy cerca de acabar con ellos. Y lo sabían.

Los soldados dejaron de mirar por el ventanal al escuchar un golpe sordo en la puerta metálica de la sala. Todos se reincorporaron con rapidez y empuñaron sus armas. El capitán ordenó apuntalar la entrada y los dos marines americanos que quedaban arrastraron pesadamente una gran mesa metálica hasta apoyarla contra la puerta. Otro golpe y luego otro, resonaron en la puerta. Los golpes se propinaban cada vez con más frecuencia y con más fuerza. Bajo el estruendo podían oír las desquiciantes risas.

Abajo, una marea negra de cuerpos moviéndose frenéticamente rodeaba la torre de control como si asediasen un bastión. Los cinco hombres y mujeres que se habían atrincherado en el edificio estaban exhaustos y no aguantarían un combate más. La puerta metálica de la sala de control estaba a punto de ceder ante la furia desatada sobre ella.

Era el final. El soldado francés no pudo soportar la presión y se derrumbó llorando. No iba a luchar. Era más fácil darse por vencido y que todo acabara allí y en aquel momento. Los marines aguantaban, decididos, empuñando sus armas y con los dientes apretados. La mujer empuñaba el fusil de francotirador y de vez en cuando disparaba a ciegas a través de la puerta. Las balas perforaban el metal con un chasquido seco y el estruendo en la sala era ensordecedor. Ira comenzó a reír incontroladamente. No podía dejar de antojársele cómica la dramática situación que estaban viviendo. Le recordaba a los chistes que comenzaban por «un francés, un americano y un español están encerrados en una torre de control». Sabía que sus carcajadas ponían aún más nerviosos a sus compañeros, pero no podía dejar de reír. Su risa se sincronizaba con la de los reidores al otro lado de la puerta. El capitán le ordenó que se callara en un parco inglés. Al no detenerse, la otra mujer la encañonó con el fusil. No hacían falta reidores. En aquellas circunstancias acabarían matándose ellos solos.

Ira saltó sobre la mujer que la apuntaba y ambas forcejearon agarradas al fusil. Rodaron por el suelo y sobre las consolas de la torre de control, sin que ninguno de sus compañeros se atreviera a intervenir. El cañón del arma oscilaba rápidamente en el forcejeo y apuntaba hacia todas direcciones. Dentro de aquella pequeña sala, un disparo de aquel arma era mortal de necesidad. Hubo un momento en el que Ira dominaba la situación y presionaba la garganta de la otra mujer con la culata del arma. Durante el forcejeo se disparó el fusil. El estruendo los hizo a todos entrar en razón y volver a la realidad. La bala había impactado en la parte alta del ventanal, atravesando el cristal y dejando un agujero astillado en forma de tela de araña. Todos observaron ensimismados el efecto del disparo.

A través de ese mismo ventanal divisaron un punto desenfocado en el horizonte, hacia

el noroeste. El capitán se aproximó al cristal astillado agarrando unos prismáticos que había sobre la mesa para observar a aquel objeto con mayor detalle. Era una forma extraña, no lo reconocía como parte de la fuerza aérea de ningún país.

El objeto flotaba en el aire y parecía desplazarse muy lentamente. Era grande y abotargado, con un aspecto parecido a la clásica imagen de un platillo volante alienígena. En uno de sus costados pudo distinguir una enorme cruz de extraño aspecto. Bajo la estructura había una góndola con ventanillas. Desde una de ellas vio un destello intermitente. Podía ser el reflejo de algo brillante que reflejaba la luz del sol. Pero el parpadeo del destello parecía seguir un patrón de frecuencia. *Morse*. Estaban enviándole un mensaje en Morse. Era paradójico que justo el año pasado hubieran declarado oficialmente el Morse como un sistema fuera de uso. El aparato era de los «buenos». El convoy de la ONU había llegado sobre el vehículo más estrafalario que había visto en su vida. Habían llegado justo a tiempo para salvarlos.

#### *Santiago Apóstol sobre Herāt, Afganistán*

Horacio giró la palanca de potencia de los motores hasta su tope. El rugido de las hélices cambió de cadencia hasta volverse un rugido sordo continuo. La tripulación sintió una sensación de vértigo en el interior de sus estómagos cuando la aeronave alcanzó su potencia máxima. En el puente del *Santiago*, el oficial de comunicaciones hacía señales en Morse con un foco por una de las ventanillas. Ningún intento de comunicación por radio con la base había funcionado. Probablemente ya no tendrían abastecimiento eléctrico. Pero sabía que seguían allí. Desde donde estaban se podía observar una aglomeración de reidores en torno a la torre de control, que era la posición elevada más defendible de toda la base. Los alrededores de la base se habían convertido en un erial de vehículos desguazados, restos de incendios y cuerpos en descomposición. Sobre la pista principal de aterrizaje habían decenas de cadáveres colocados en fila. Los restos carbonizados de un gigantesco avión de carga del ejército descansaban sobre la pista como una baja más.

—¡Acérquese todo lo que pueda! —ordenó el general a Horacio— necesitamos ganar tiempo hasta que llegue el convoy.

El dirigible era muy pesado para atracar en cualquier sitio. Necesitaba el apoyo terrestre de los pesados camiones del ejército, que hacían de mástil y ancla en las operaciones de atraque y suelta de amarras.

Cuando estuvieron a menos de un kilómetro de la base, el general dio la orden a los puestos de artilleros y las portezuelas laterales de la barcaza del dirigible se abrieron. Suspendidos mediante un arnés sobre el vacío, los artilleros apuntaron sus ametralladoras de gran calibre que iban sujetas mediante un soporte a la estructura de la escotilla. Con un traqueteo sordo comenzaron a disparar. Las balas trazadoras se distinguían tenuemente a la luz del día como chispazos intermitentes al ritmo de las detonaciones. Abajo, el efecto de los disparos era demoledor. Las siluetas se convulsionaban violentamente y se desplomaban en medio de aquella marea de cuerpos. Pronto, un charco de sangre oscura fue extendiéndose bajo los cuerpos caídos, hasta adquirir grandes dimensiones sobre la pista de aterrizaje que circundaba la torre.

Este frente de invasión acababa allí mismo. Ahora recuperarían cada palmo de territorio sobre el avance enemigo hasta llegar a Mongolia, según el plan de ataque previsto. Después bombardearían el objetivo como pudiesen. La misión se llevaría a cabo con o sin Ulán Bator. *¿Dónde se habrá metido ese muchacho?* —no podía evitar preguntarse el general cada vez que pensaba en el bombardeo.

#### *Dalandzadgad, al sur de Mongolia*

Ricardo tenía las piernas dormidas y los brazos entumecidos, tras viajar incómodamente durante toda la noche en el cajón de aquel camión militar. Los soldados que le apuntaban no le habían dejado levantarse ni para estirar las piernas.

Estaba además hambriento y sediento. No sabía hacia dónde se dirigían, ya que solo veía un resquicio del exterior a través de un hueco en la lona del camión. Lo más lógico era pensar que volvían a la frontera china, o a una base cercana. Quizá China estuviera realmente detrás de todo esto, comenzando así una Tercera Guerra Mundial y expandiéndose a través de Asia o Europa. Ya no le importaba. Prefería ser prisionero de un gobierno humano —aunque fuera China— que ser carne de reidores. Un *gulag* chino no se le antojaba tan desagradable en comparación con lo que había vivido hasta el momento.

Continuaron todo el día avanzando por carreteras asfaltadas hasta que anocheció. Se encontraba dormitando sobre su incómodo banco cuando el camión se sacudió violentamente. Cayó al suelo junto al resto de soldados y rodaron todos por el suelo de la caja del camión. A los pocos metros, el camión se detuvo aparatosamente. El oficial al mando comenzó a gritar desde la cabina del camión y todos los soldados comenzaron a bajar apresuradamente. Varios neumáticos del vehículo habían reventado. El encargado de custodiar a Ricardo se reincorporó y volvió a apuntarle de nuevo, pero antes de que pudieran bajar se oyeron disparos fuera. El camión se encontraba en medio de la nada, en una carretera solitaria en mitad de la noche. Tan solo los faros del camión proveían luz a la escena. Una potente luz blanca por delante y una tenue y rojiza luz por la parte trasera, que era por donde estaban desplegándose los soldados chinos. Los disparos provenían de todas partes. Instintivamente, Ricardo se tiró al suelo al oír la primera detonación. El soldado que le apuntaba le ordenó algo en chino a punta de cañón y le obligó a incorporarse. Varias balas abrieron agujeros en la lona del camión y una de ellas impactó en el torso del soldado que le apuntaba. Cayó fulminado al instante y Ricardo volvió a tirarse en plancha sobre el suelo del camión. Afuera, el tiroteo continuaba. Los atacantes, amparados por la oscuridad de la noche, continuaban disparando desde sus posiciones ocultas. Los soldados chinos disparaban sus ametralladoras a ciegas, con la esperanza de que un tiro fortuito acabara con alguno de los agresores. Poco a poco, los soldados chinos fueron cayendo todos, uno tras otro, y el tiroteo cesó. Cuando la noche volvió a quedar en silencio Ricardo notó un profundo pitido en los oídos que lo dejó prácticamente sordo a los sonidos del exterior. Aún así, escuchó el ruido de pisadas sobre la gravilla suelta de la carretera. Luego voces. Susurraban, pero no podía alcanzar a oírlos bien. Notó cómo alguien subía a la parte trasera del camión y registraba los cuerpos. Al aproximarse a él, Ricardo no supo cómo reaccionar después de haber presenciado aquella matanza, así que se hizo el muerto lo mejor que pudo. Una áspera y fría mano presionó con fuerza su cuello en busca de señales de vida. Se sorprendió cuando el sujeto que comprobaba su estado gritó al resto del grupo en español.

—¡Aquí hay un superviviente! —gritó con un acento sudamericano— lo trasladaban al campo de prisioneros.

*¿Campo de prisioneros?* Ricardo no salía de su asombro. *¿Quién era esta gente?* *¿Una especie de resistencia armada?* Decidió continuar haciéndose el inconsciente por el momento. Varios más de aquellos hombres subieron a la parte trasera del camión y lo bajaron en brazos. Lo depositaron con suavidad a un lado de la calzada y apoyaron su cabeza sobre algo blando. Sintió algo húmedo en los labios. Le estaban dando agua de una cantimplora, a juzgar por el sabor metálico del agua. No pudo disimular más y se aferró a la cantimplora como si le fuera la vida en ello.

Cuando sació su sed vaciando más de la mitad de la cantimplora decidió abrir los ojos. El grupo que lo había rescatado era de lo más singular. Todos vestían pesados suéteres de lana de llamativos colores, nada prácticos para intentar no ser vistos en emboscadas como la que acababan de realizar. La mayoría portaba fusiles de asalto chinos, aunque algunos de ellos llevaban escopetas. Todos eran hombres, el más joven tendría unos treinta y pocos años. Uno de ellos se dirigió a Ricardo.

—Has tenido suerte «chamaquito». Te llevaban a un campo de prisioneros a una jornada de aquí —dijo— no te hubiera gustado esa «vaina». Es mejor estar muerto. Pero ellos no matan, necesitan a la gente viva. A Ricardo el comentario le pareció de lo más extraño. Además le resultaba difícil entender esa jerga. Creía que con lo que había vivido ya habría visto todo sobre lo que estaba pasando pero la verdad es que cada vez estaba más desconcertado.

—¿Quiénes sois? —preguntó Ricardo.

—¿Nosotros? —se sorprendió el hombre— no importa. Somos los instrumentos de Nuestro Señor. Resistimos a los demonios y a sus aliados, los chinos. Luchamos contra ellos por todo el mundo. Nos denominamos *Los Puros* y seguimos el camino neocatecumenal. Hemos recibido la llamada para alzarnos en armas contra el mal y hemos respondido. Estamos haciendo aquello para lo que nos llevamos preparando toda la vida. Pertenecíamos a una pequeña parroquia de Dalandzadgad y como nosotros, hay familias enteras distribuidas por todo el mundo.

Ricardo miraba a aquel hombre fijamente. Su silueta se iluminaba con los faros encendidos del camión y se recortaba sobre el fondo de estrellas del cielo nocturno. De repente, aquel cielo estrellado empezó a relampaguear y miríadas de estrellas fugaces comenzaron a dibujar trazos de luz en el cielo, como si de gotas de lluvia se tratara. Al contemplar este fenómeno, la conversación se detuvo y todos alzaron la vista hacia el cielo. Ricardo recordaba haber ido a observar las «lágrimas de San Lorenzo» con su padre cuando era niño. Era una lluvia de estrellas que ocurría cada año durante el verano. Solían subir a media noche a la sierra de Collserola a las afueras de Barcelona a contemplar el bello efecto que producían miles de meteoros al desintegrarse sobre la atmósfera terrestre. Este recuerdo de infancia reconfortó a Ricardo por un momento y se alegró de que sus padres hubieran muerto antes de ver en lo que se estaba convirtiendo el mundo.

La reacción de *Los Puros* ante el fenómeno fue muy distinta. Al ver la súbita lluvia de estrellas, se miraron unos a otros y arrodillándose, comenzaron a rezar.

Cuando terminaron con la oración, llevaron a Ricardo a dónde tenían ocultos sus vehículos y se dirigieron hacia su campamento. Mientras en el cielo, las estrellas fugaces continuaban cayendo.

#### *Portaaviones USS Enterprise, Océano Pacífico*

A través obsoletos circuitos de comunicaciones, el alto mando de la Organización de Naciones había puesto en sobreaviso a la flota norteamericana que operaba en el pacífico. El almirante de la flota aún se resistía a aceptar el mando de la ONU sobre su buque. Tras la noticia de la muerte del Presidente de los Estados Unidos y el descalabro del gobierno norteamericano, el almirante Shatner se había convertido en el oficial de mayor rango de lo que quedaba de su nación

Los informes manejados por el mando estratégico de la Organización revelaban una actividad inusual en las capas más altas de la atmósfera. Una gran masa, equivalente a un satélite pequeño, se había aproximado hasta entrar en una órbita sincrónica con nuestro planeta. Una vez en órbita, el cuerpo alienígena se había desmembrado en algunos más pequeños. Muchos de esos cuerpos no eran más que rocas o residuos espaciales. Pero entre aquellas rocas se diferenciaban cerca de un centenar de formar regulares. Sin duda no era un fenómeno aislado. El ataque incidía en el momento de mayor desorganización que estaba sufriendo el planeta. Las fuerzas de defensa que aún quedaban operativas debía de hacer lo posible para evitar el aterrizaje de aquellas estructuras. No poseían datos sobre la resistencia, armamento, alcance o velocidad de las aeronaves con las que se iban a enfrentar. Combatirían a ciegas, pero era la última esperanza de supervivencia. Si esos artefactos lograban alcanzar la Tierra, solo Dios sabe que traerían consigo.

Con gesto grave dio la orden para iniciar el ataque. Tan solo contaban con el apoyo



aéreo de dos portaaviones estadounidenses, el *USS Ranger* y el *USS Costelation*. El mando de la ONU había coordinado el ataque uniendo a la ofensiva dos aviaciones más, las del portaaviones soviético el *Almirante Kuznetsov* y el italiano *Giuseppe Garibaldi*, con capacidad para doce viejos Harriers de aterrizaje y despegue vertical. Lanzarían contra el enemigo todo lo que tenían en una sola ofensiva sin ningún tipo de reserva.

Uno a uno, los cazas F-35 fueron despegando de la pista del *Enterprise*, mientras el almirante los contemplaba desde el puente. Los miraba con una mezcla de orgullo y tristeza. Orgullo por su país, por el servicio que iban a prestar al mundo. Tristeza, porque tenía el presentimiento de que no volvería a ver a ninguno de esos hombres a los que estaba enviando a combatir.

#### *Espacio aéreo sobre el pacífico a 100.000 pies de altitud*

En el monitor de radar del moderno panel de mandos del F-35 comenzaron a aparecer varios puntos rojos. El piloto de la marina de los Estados Unidos de América era un soldado profesional y experimentado en acciones de fuego real. Había pasado toda la vida preparándose para situaciones como aquella. Bajo el abultado casco con visor reflectante y la máscara de oxígeno, el piloto perdía cualquier atisbo de humanidad. A los mandos de su caza, uno de los más modernos del mundo, no era un amoroso marido o un buen padre de sus dos hijos. Se transformaba en una herramienta letal al servicio de su país. Un arma efectiva con un increíble poder de destrucción. Tirando suavemente de la palanca fue dotando al caza de mayor velocidad y se dirigió al encuentro de aquellas desconocidas formas. Desde hacía más de cincuenta años habían rumores de contactos entre pilotos militares norteamericanos y naves alienígenas, que se suponían que se ocultaban a la opinión pública según las teorías conspiracionistas. Él nunca había tenido contacto con una nave alienígena en sus más de diez años de carrera. Hasta ahora. En pocos segundos a más de mil quinientas millas por hora, tuvo el primer contacto visual con los objetivos. Antes de entrar en combate confirmó por radio que estaba respaldado por su escuadra aérea.

Con un hábil gesto del pulgar levantó el seguro del disparador de su palanca de control. Los sistemas de puntería del aparato comenzaron a emitir alarmas y pitidos en cuanto estuvieron a rango de identificar objetivos. A esa distancia, el piloto únicamente distinguió varios minúsculos puntos oscuros en el cielo despejado. Aún estaba demasiado lejos para poder observarlos con más detalle. Una alarma en sus controles le indicó que el sistema de puntería había adquirido un blanco. Pulsó el disparador y bajo su ala derecha, uno de los misiles AIM-9 *Sidewinder* cobró vida. Propulsado por un chorro de plasma incandescente se alejó del aparato trazando su trayectoria con una estela de humo blanco. En pocos segundos colisionó contra uno de los objetos, desintegrándolo en una bola de fuego naranja que arrojó fragmentos en todas direcciones.

El piloto se sintió satisfecho de la facilidad con la que había abatido al enemigo y maniobró para adquirir nuevos blancos. Ya se encontraba cerca del grupo principal de objetivos cuando pudo diferenciar que se trataban de formas hexagonales muy poco aerodinámicas. Las estructuras no eran planas, sino que se curvaban desde el centro, dándoles el aspecto de un pétalo invertido. Debían de tener entre cuarenta y cincuenta metros de envergadura. Mientras observaba a aquel objeto, su sistema de puntería adquirió un nuevo blanco, pero esta vez no tuvo tiempo de disparar. Lo único que pudo apreciar el piloto del moderno F-35 fue una reverberación en el aire, como la distorsión que produce el calor sobre el asfalto en el horizonte un día de verano. Algo apenas perceptible que convirtió al sistema piloto-caza en una bola incandescente de fuego.

Sus compañeros de escuadra, que no se habían percatado de lo que había ocurrido, esquivaron los restos del aparato abriéndose en una maniobra evasiva al ver la explosión.

Pronto, el cielo se convirtió en un hervidero de bolas de fuego anaranjado que bullían con frenética actividad entre un parpadeo constante de destellos y explosiones.

El Argonauta entró en la sala de reuniones. Solo el alto mando de la Organización se encontraba allí reunido a puerta cerrada. El resto de supervivientes desconocía la presencia del alienígena en aquel lugar. Su ajustado traje oviscapto emitía un leve zumbido. Se desplazaba flotando a un metro del suelo, observando todos los rostros que le miraban absortos con unos inquietantes ojos negros y brillantes. Se colocó en el centro de la mesa de reuniones, a unos quince centímetros sobre la superficie. Lo suficiente para que los brazos mecánicos de su traje no la rozaran. Weiss lo presentó formalmente.

—Señoras y caballeros —dijo cortésmente— les presento a Z.

No era casualidad la nomenclatura que había usado el comité científico para referirse al Argonauta. La letra «z» provenía del alfabeto latino, que a su vez lo había tomado del griego para transcribir la letra *dseda* ζ, que procedía a su vez del *zai* fenicio, cuyo significado en arameo era “arma». El Comité científico de las Naciones Unidas conocía la importancia estratégica de los conocimientos de aquel alienígena y habían aplicado este significado en su nomenclatura. De los que conocían la existencia de aquel ser, los había que creían que su llegada a la Tierra era la que había provocado toda aquella cadena de desastres y los había involucrado en una guerra de la que la especie humana había permanecido al margen hasta ahora. Z era la cura y la enfermedad, el problema y la solución de lo que ocurría. El alfa y el omega o, volviendo al alfabeto latino, la A y la Z de todo este conflicto.

El alienígena boqueó unos instantes mostrando decenas de minúsculos dientes afilados en el interior de su pequeña boca surcada por arrugas verticales. Tras repetidos movimientos que recordaban a los de un pez, comenzó a emitir un sonido que podría identificarse como una voz en una frecuencia audible. Tenía un timbre reverberante y desagradable, que vibraba en el fondo en cada una de sus palabras.

—*Señorress del consssejo* —pronunció con dificultad a modo de saludo— *sssé que aúnnn guardan muchass reservas hacia nuestra especie y esss una actitud de consssservación perfectamente lógica porrr ssu parrte. Pero debemoss ssuperar essta fasse de recelosss o el enemigo nosss sssobrepasará.*

Flotaba sobre la mesa mientras hablaba e intercalaba la mirada con todos los miembros allí reunidos. A pesar del abismo de empatía entre ambas especies, Z estaba resultando muy convincente.

—*Mientrasss hablamosss, sssus últimoss cazasss están ssiendo abatidosss en un encarrnizado combate aéreo.*

El Argonauta estaba haciendo referencia a los combates que se habían estado produciendo durante las últimas doce horas en los cielos de medio mundo, cuando los remanentes de las fuerzas aéreas de las naciones supervivientes habían sido lanzados para impedir el aterrizaje de centenares de artefactos desconocidos procedentes del espacio exterior. Z había presionado al mando de la ONU para usar la mayor fuerza disponible contra esta maniobra, porque de conseguir tomar tierra, el planeta estaría sitiado por una fuerza difícil de superar en combate.

La estirpe marciana, explicó, había sido una raza muy beligerante desde los inicios del Sistema Solar. Sus características morfológicas eran parecidas con las de determinadas especies de insectos terrestres, pero mucho más grandes e inteligentes. Los Argonautas decidieron colocar a esta raza en hibernación para impedir su destrucción, y la de otras especies en el sistema. Esto había ocurrido hacía eones, cuando nuestro sol aún era joven y la Tierra era incapaz de albergar vida. Ahora el letargo de la estirpe marciana se había visto interrumpido por causas que no alcanzaba a adivinar, pero en las que era patente una intromisión por parte del enemigo.

Al ser preguntado por el tipo tecnología de la que disponían, el Argonauta reveló que su especie apenas se vale de otros elementos que no sean sus arneses oviscaptos. Eran los refugiados que alojan en Oberón, una especie mamífera de gruesos labios, o belfos, los que recurren a la tecnología para fabricar ingenios de transporte y soporte energético. Su dominio de la energía positrónica, basada en las partículas de anti-materia correspondientes al electrón de nuestro universo, les ha hecho progresar en el campo de la tecnología. Pero eran una especie pacífica que no había llegado a desarrollar ejército ni armamento. Por ello, cuando el enemigo comenzó a atacar su planeta, nadie fue capaz de detenerlo. En poco tiempo su mundo fue destruido. Solo una mínima parte logró escapar a la aniquilación y fueron cobijados en Oberón por los Argonautas. Pero la población de Argonautas envejece y se debilita. Ya no pueden ofrecer protección a estos seres. Sus débiles transportes no pueden abandonar el satélite si quedar expuestos y ser destruidos. Oberón está sitiado. Por eso acudieron antes de tiempo a la estirpe humana. Necesitaban forzar este salto evolutivo, que por otra parte estaba a punto de ocurrir de manera natural, para salvar a esta especie. A cambio, ellos les aportarán la tecnología que necesitan los humanos para ganar esta guerra. Los Argonautas son una especie anciana, en términos cosmológicos, y ya no jugarán un papel relevante en el futuro. Antes de desaparecer deben promover el primer contacto entre las estirpes más jóvenes del sistema para que juntas sean capaces de derrotar al enemigo.

—Pero ¿quién es el enemigo? —preguntó el camarlengo Bertoni.

Tras una pausa dramática, el Argonauta Z respondió al prelado.

*—Aquí lo llamáis Dios o Creador. Es el que originó la vida. El origen de todo. Nosotros nos hemos revelado contra nuestro Creador y le hemos combatido desde los albores de la creación, relegándolo hasta los confines de nuestro sistema, en el cuadrante exterior —refiriéndose al sistema binario de planetoides Plutón-Caronte— pero cada vez es más fuerte y nosotros estamos ganando terreno.*

—Dios no haría tal cosa —repuso el camarlengo— esa actitud es más propia de Satán.

*—Llámelo así entonces, si lo prefiere. Pero lo que es inmutable es que lo que somos proviene de él y no seremos libres hasta que no desaparezca.*

—¿Y cuál es su propósito? —intervino el presidente francés— ¿únicamente destruirnos?... no tiene sentido.

*—Sobrevivir —le respondió Z mirándolo directamente a los ojos— Necesita reabsorvernoss para sobrevivir. Como una araña que devora la tela que creó para nutrirse de nuevo.*

Nadie entendió con certeza a qué se refería pero de lo que no cabía duda era de que estaban tomando partido en contra de la entidad que había originado la vida en la Tierra. El Hombre le había declarado la guerra a su Creador, incluso antes de conocerlo.

—¿Qué aspecto tiene? —no pudo evitar preguntar el representante ruso.

*—¿Qué forma tiene, por ejemplo, vuestra internet? —respondió Z—. No es su forma lo que debe preocuparnos sino cómo nos afectan sus repercusiones. Aún mantiene el control sobre muchos de sus creaciones. Tan solo un triunvirato de especies nos hemos cuestionado su derecho a reclamar nuestras vidas.*

Pero para Bertoni, el Creador tiene el derecho de reclamar el mayor de los sacrificios para sí mismo. Esta revelación provocó en su mente una dura lucha interior. El Comité científico de las Naciones Unidas, que observaba impertérrito el encuentro, percibió la pugna moral en el rostro del prelado y se miraron entre ellos. Sabían que cualquier duda en este momento afectaría al proceso de pacto entre especies y al apoyo

incondicional de los estados supervivientes en la Organización.

*Santiago Apóstol sobre Hotan, China*

Ira se encontraba totalmente repuesta tras varias horas de sueño, una ducha caliente y un copioso desayuno. Dada la situación que había vivido no se esperaba que nunca volviera a disfrutar de las comodidades propias de la civilización. Lo más sorprendente era el lugar en donde había disfrutado de tales comodidades; a bordo de un dirigible. Aún no se explicaba la razón de por qué el ejército de las Naciones Unidas había recurrido a este tipo de aeronave para la misión, pero tras meses destinada en Afganistán, reconocía que era un método mucho más cómodo de viajar.

Se había deshecho de su maltrecha ropa, destrozada y ensangrentada hasta el acartonamiento. De todo, menos del chaleco kevlar de Bowman. En los últimos días le había salvado la vida en varias ocasiones y se había convertido en una especie de fetiche de la suerte. Los otros cinco supervivientes de la base también se habían integrado sin problemas en la tripulación de la curiosa aeronave.

En cuanto estuvo mínimamente recuperada, Ira acudió al general al mando para solicitar destino en el convoy que seguía por tierra al dirigible. El general se había sorprendido de su pronta recuperación, pero le denegó la solicitud. En cuanto estuvieran sobre el objetivo se le asignarían órdenes como al resto de la tripulación. Esta respuesta no convenció a Ira pero no le quedó otra opción más que obedecer.

Al menos se sentía contenta de volver a oír voces en español. Llevaba casi un mes en el que casi no se comunicaba, excepto para chapurrear conceptos básicos. Curiosamente, la mayor parte de la tripulación del dirigible era española. Y cuando le dijeron que las naciones de Europa se estaban replegando hacia Andorra por poco le da un ataque de risa. Desde que fue testigo en directo de la debacle en el Bernabéu sabía que el mundo no sería el mismo. Pero la caída fulminante del sistema moderno de gobierno era algo que le costaría asimilar. Cuando fue consciente de que el mundo que conocía nunca volvería, pensó en sus padres y en su hermano. Probablemente ya estarían muertos. O peor.

Descubrió que había un capellán abordo y decidió visitarlo en busca de consuelo. Ira nunca había sido religiosa pero necesitaba que alguien le dijera que su familia estaría bien, aunque fuera después de la muerte. Fue cuando conoció al padre Doménico. Era un joven cura con una determinación proverbial. Su rostro era barbilampiño y lucía una perilla rala que le enmarcaba el mentón. Tenía la cabeza rapada y el rostro siempre ceñudo. Cumplió con el servicio de manera fugaz, perdonándole todos los pecados y diciéndole que su familia gozaría de privilegios en el seno del Señor gracias a que ella había exorcizado a muchos de aquellos demonios, y que eso, agradaba a Dios. Ira se había confesado muy pocas veces en su vida. La vez que hizo la comunión y poco más, pero esta había sido la confesión más extraña que había visto. Aún así, esto la hizo sentir mucho mejor.

Al volver hacia los camarotes, vio que se había formado un revuelo en la tripulación, que se agolpaba sobre el pequeño cuarto de comunicaciones en el puente. Álex, un civil rellenito y con barba que a Ira le recordaba a George Lucas, estaba recibiendo una transmisión. Debía de ser importante, ya que todos allí no paraban de dar saltos de alegría. La enviaba un tipo al que llamaban Ulán Bator y al que creían desaparecido.

*Hami, China*

Ricardo había logrado contactar con el *Santiago Apóstol* desde la pequeña estación de radiocomunicaciones que había en el campamento de *Los Puros*. La gente de aquel campamento, aunque extraña, era bastante hábil y competente. Más que una familia, parecían un comando entrenado de alguna guerrilla. Se habían incautado de equipos militares y armas, que ocultaban en un campamento a las afueras de la ciudad de Hami, en una zona de chabolos. La ciudad estaba sorprendentemente desierta, sin reidores en sus calles. Muchos de sus ciudadanos aún continuaban refugiándose en

sus casas, lo que suponía un riesgo, ya que, por lo que contaban, los piquetes de reclutamiento del ejército de la República visitaban regularmente diferentes barrios para enrolar voluntarios a la fuerza. El gobierno de China se había rendido al invasor y ahora nutría su ejército a base de civiles. La mayor parte de la gente había huido con sus familias hacia las montañas. La vida en las montañas era dura, pero al menos tenían una oportunidad.

Además, *Los Puros* conocían la localización de otros puestos de mando móviles que el ejército chino había dado por perdidos. Esto no solo les permitiría acceder al satélite operativo para poder efectuar el bombardeo, sino que les daría la oportunidad de inutilizar el satélite antes de que las fuerzas del ejército chino logran recuperar su control. Con la ayuda de ese satélite, el ejército chino podría llegar a dominar el planeta entero.

Tardarían un día en llegar hasta la localización de aquel puesto de mando móvil. Transmitió los datos de la localización con ayuda del radioperador del campamento. Aquel lugar también sería su punto de encuentro. El convoy con los misiles tendría que avanzar un poco más, hasta entrar en rango de alcance. Según la información que *Los Puros* le habían facilitado, el ejército aún no había retomado completamente el control, por lo que no podrían activar los sistemas de defensa del país. Ahora que estaban indefensos era el momento oportuno de atacar.

—Hasta dentro de tres días. Cambio y cierro —se despidió esperanzado Ricardo—. Nos recogerán en el lugar previsto —le comunicó al radioperador— pronto seremos evacuados.

—Nosotros no vamos —le respondió el radioperador, y ante la atónita cara de sorpresa de Ricardo, añadió— nuestro sitio está aquí. Esta es la misión que nos ha encomendado El Señor. Te acompañaremos para que cumplas tu misión y luego regresaremos. No podemos abandonar a esta gente.

Ricardo observó sorprendido el campamento. Había familias enteras con niños. Esta gente lo arriesgaban todo por proteger a su prójimo. Estaban locos. O quizá eran los únicos realmente humanos que quedaban sobre la faz de la Tierra.

*Andorra la Vella, Andorra*

El camarlengo terminaba de firmar el último documento que acababa de escribir cuando tocaron a la puerta de su habitación en el *Ahotels Princep* donde se alojaba. Tras la reveladora reunión con el alienígena, tenía claro que el posicionamiento del Vaticano en el conflicto se había tratado desde un punto de vista erróneo. La Humanidad se estaba aliando con el bando equivocado. Ahora no le cabía duda de que el caos reinante, los reidores y los alienígenas que se lanzaban contra la Tierra, eran un castigo divino por la arrogancia mostrada por los Argonautas hacia Él. Ninguna criatura de la Creación puede creerse tan superior como para no rendir culto a su Creador. Eso era una blasfemia. Y la Iglesia, aún es estos tiempos oscuros, no apoyaría ese alzamiento. Había escrito misivas ordenando, por la autoridad temporal que le había sido otorgada, la desvinculación de la Iglesia en cualquier manifestación de este conflicto. Lo que incluía a la misión en curso en el sudeste asiático. La Iglesia ocuparía una posición neutral y mediaría entre ambas partes para poner fin a esta absurda guerra. La decisión ya estaba tomada y mañana su secretario enviaría las órdenes a todos los estamentos de la Iglesia. Si la Iglesia abandonaba la causa, la lucha armada perdería fuerza moral y la convicción de que se seguía el camino correcto. Esa convicción era fundamental para sobrevivir en la situación actual. La Humanidad necesitaba saber que estaba haciendo lo correcto.

Volvieron a tocar en la puerta, con lo que el camarlengo se retiró aparatosamente las gafas de su cara vendada y se dirigió a la entrada. Preguntó que quién se trataba a través de la puerta pero no obtuvo respuesta. Molesto por la interrupción, abrió la puerta violentamente dispuesto a que, quien quiera que fuese, se arrepintiera de haber

tocado a no ser que la causa de la interrupción lo justificara convenientemente. No llegó a abrir la boca. Un individuo al que no había visto en su vida se lanzó al interior de la habitación, abrazándolo, mientras le clavaba un afilado puñal por la espalda, a la altura de los riñones. Con la mano izquierda le tapaba la boca con fuerza. Apenas se resistió unos segundos. El asesino cerró la puerta valiéndose de la pierna derecha. Antes de que la puerta se cerrara con un ruido sordo, el cuerpo del camarero cayó sin vida sobre la moqueta de su habitación.

*INS Arihant, Golfo de Bengala*

El capitán de la Armada de India Iravan Rasul leía el último cable del mando de las Naciones Unidas recibido a través de la boya de comunicaciones. Al capitán Rasul no le gustaban los cambios de planes. Denotaban una mala planificación de la estrategia. Ahora, el mando de la Organización le pedía que usara las doce cabezas nucleares a bordo del *Arihant* para atacar blancos en tierra fijados por la aviación. La localización de los blancos se extendían por China e India. Las cabezas, con una potencia de quince megatonnes, serían capaces de arrasarse una extensión equivalente a la de un país pequeño. Además de la contaminación radiactiva posterior, que sería imposible de prever ya que dependería de las condiciones meteorológicas.

Meditó durante unos segundos sobre la decisión. Estaba claro que los que enviaban estas órdenes se habían visto desbordados y debían de hacer frente a diferentes amenazas con pocos recursos. No disponía de ninguna noticia del exterior que le permitiera tomar una decisión con criterio propio, así que decidió confiar en el juicio del alto mando, aunque fuera de la ONU, y ejecutar la orden.

Activaron los protocolos de seguridad y abrieron los silos de los doce misiles. Nunca antes había efectuado un bombardeo tan masivo. En realidad, dudaba de que antes alguien lo hubiera hecho. Pero aquella misma situación se repitió en submarinos nucleares por todo el mundo. Antes de la fecha prevista para el bombardeo sobre la República Popular China, decenas de artefactos nucleares trazaron una trayectoria parabólica para alcanzar diferentes objetivos en tierra. Habían artefactos alienígenas que habían logrado aterrizar a pesar de los esfuerzos de la aviación y debían ser neutralizados a toda costa.

Uno a uno, los misiles comenzaron a impactar en sus respectivos objetivos.

\* \* \*

Desde la órbita de la Tierra, junto a la estructura hueca de lo que había sido el satélite Deimos, un minúsculo Argonauta flotaba en el vacío. Desde el frío espacio sideral se podían contemplar decenas de pequeños soles que se encendían y se extinguían en silencio sobre la superficie del planeta. Los destellos poseían un ritmo pulsátil, como si reprodujeran en silencio las notas de una melodía.

Cuando acabaron las detonaciones, las zonas arrasadas podían contemplarse desde la órbita a simple vista. Grandes extensiones baldías y contaminadas por la radioactividad en un vano intento de impedir lo inevitable. El Argonauta se propulsó al interior de la estructura y se adentró en la poliédrica forma de uno de los cruceros marcianos que esperaban en retaguardia.

La segunda oleada de naves comenzó a descender hacia la superficie, mientras sus fuselajes se encendían incandescentes por la fricción con la atmósfera terrestre.

## XXVIII

*Barcelona, España  
30 de junio de 2012*

Barcelona estaba desierta en plena tarde. Miles de papeles arrastrados por el viento cruzaban sus calles y ramblas, otorgándole un aspecto ruinoso y abandonado. Los reidores se agrupaban en masa en torno al templo de la *Sagrada Familia*. Aquella zona había sido una de las que más actividad había sufrido por parte de los reidores. No quedaba vivo ni un solo ser humano. De haber quedado alguno con vida se habría sorprendido del espectáculo que podía haber contemplado a continuación. Un ensordecedor estruendo se pudo oír por toda la ciudad cuando, procedente del cielo, una estructura hexagonal descendió a toda velocidad hasta detenerse justo sobre los abigarrados pináculos del templo. Tras localizar lo que estaba buscando, la nave alienígena descendió ante la fachada principal del edificio hasta quedar flotando a un metro escaso del suelo. De la parte inferior, una puerta espiral se recogió en forma de diafragma y de su interior luminoso se derramó un pesado humo blanco. La silueta de un Argonauta se hizo visible y salió del interior de la nave. Tras él, oscuros insectos de gran tamaño comenzaron a salir por la abertura, como si se tratase de un hormiguero. Las criaturas se movían nerviosamente, oteando el aire con sus antenas. Del interior del templo salió Pervetvm con su corte de reidores. Se produjo así un encuentro que se había fraguado hacía miles de años y había sido predicho en los versículos del *Szibula Darkonis*. Estaba escrito que un miembro de la antigua estirpe traicionaría a su raza. Sería marcado entre los suyos con una «X» para convertirse en uno de los cuatro avatares del Creador, que castigaría con gran venganza y furiosa cólera a aquellos que osaron rebelarse y alzarse en su contra.

Cuando la nave volvió a lazarse de nuevo, los rescoldos de las ruinas de la antigua ciudad de Barcelona aún humeaban. Una marea negra de insectos avanzaba tierra adentro, devorando y destruyendo todo lo que encontraban a su paso. La mayor parte de ellos caminaban sobre tres pares de patas articuladas, pero muchos de ellos, pertenecientes a otras castas, desplegaron unas alas membranosas con las que volaban sobre el tumulto. La estirpe marciana había llegado para devorar la Tierra. Y únicamente un milagro podría impedirselo.

*Llanuras de Kansou, China*

Viajaban a toda velocidad en un Jeep del ejército chino a través de un accidentado camino de tierra que cruzaba unas praderas verdes y húmedas. Había por toda la zona una espesa bruma blanquecina a un metro sobre el suelo. Ricardo se agarraba con fuerza de los asideros del vehículo, ya que estaba a punto de catapultarse fuera a cada bache.

A lo lejos, divisaron el puesto de mando móvil que estaban buscando. Era un camión similar al que había usado Ricardo como refugio. Grande, verde oliva y con una enorme parabólica en el techo. Por la zona, deambulaban algunos reidores que comenzaron a correr en dirección a Jeep al oír cómo se acercaba.

—Tenemos compañía —dijo uno de *Los Puros*.

El conductor frenó bruscamente e hizo derrapar al vehículo por un terraplén. Los tres guerrilleros restantes saltaron de la parte de atrás del Jeep y antes de tocar el suelo ya estaban disparando con sus fusiles sobre los reidores que se acercaban. Ricardo se unió a ellos disparando otro QBZ95 que le habían dejado. Su puntería era pésima y se resentía el brazo con cada disparo, pero a pesar de ello, pronto dejaron el camino despejado hacia el camión. Ricardo corrió en cabeza acompañado del conductor. Los otros tres los cubrían desde lejos. De entre la vegetación comenzaban a salir más reidores atraídos por el ruido y el olor a sangre.

No tardaron en alcanzar el camión. Ricardo comprobó con frustración que todas las puertas estaban cerradas. Esto no supuso un problema para su acompañante, que sin



pensárselo dos veces vació medio cargador sobre la cerradura de la puerta. A pesar de que el vehículo estaba blindado, la cerradura quedó destrozada y pudieron acceder al interior. Ricardo entró primero, sin percatarse de un leve movimiento entre las sombras del interior. Sobre él saltó un reidor que aún llevaba el uniforme del ejército chino. Ya era la segunda vez que le ocurría aquello, pero esta vez no cometería el error de disparar dentro del puesto de mando. Forcejeó con el reidor y juntos cayeron hacia fuera, sobre la vegetación húmeda y mullida. Ricardo se empapó la ropa y un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Valiéndose de la culata, el otro hombre asestó un golpe brutal en el cráneo del reidor que sonó como la madera al partirse.

Volvió a subir al puesto de mando y conectó el generador. Pronto, los monitores comenzaron a cobrar vida. El satélite seguía operativo. Abrió un canal por radio para comunicarse con el *Santiago Apóstol*, tal y como le había enseñado a hacerlo el oficial militar de comunicaciones de la tripulación. Todo estaba saliendo según lo previsto. Pronto llegaría el dirigible y regresaría por fin a casa.

Afuera, el tiroteo se volvió más intenso cuando comenzaron a aparecer cada vez más y más reidores de entre la espesura.

\* \* \*

El convoy de tierra se había desviado al tomar la última bifurcación en busca de un lugar elevado para el lanzamiento de los misiles. El *Santiago Apóstol* continuó su camino hacia el punto de encuentro.

Álex recibió el mensaje que transmitió Ulán Bator desde el nuevo puesto de mando móvil. El oficial de comunicaciones de abordó ocupó su puesto, desplazándolo. Ahora Ricardo debía seguir las instrucciones del técnico militar para conseguir guiar los misiles a través del satélite chino. Tras hacerlo, debían tener acceso a su control remoto y hacer que perdiera la órbita geoestacionaria, para acabar precipitándose sobre la atmósfera terrestre. No podían permitir que el enemigo se apropiara de semejante ventaja táctica y ellos tampoco podrían mantenerlo controlado por mucho tiempo.

El monitor principal del puesto de comunicaciones parpadeó de rojo a verde. Habían *hackeado* el satélite.

—Fije el blanco principal —ordenó el capitán.

—Blanco fijado —respondió el oficial enérgicamente.

—Comunique con el puesto de lanzamiento y dígame que tenemos blanco fijado y nos encontramos a la espera.

A más de cien kilómetros, sobre una despejada colina, el convoy había desplegado las plataformas móviles de lanzamiento y comenzaba a alzar las rampas lanzamisiles. Desde esa colina se podía ver en la lejanía una columna del ejército chino avanzando hacia su posición. Los habían detectado y trataban de impedir el bombardeo por todos los medios. A la distancia que estaban no llegarían a tiempo, y eso tranquilizaba al oficial al mando. A pesar de ello, la Guardia Suiza había desenvainado sus espadas y las habían clavado en el suelo frente a ellos, mientras amartillaban los fusiles. El disciplinado ejército vaticano se preparaba para el combate.

\* \* \*

Los proyectiles rebotaban en la carrocería del puesto de mando móvil con un chasquido metálico que prolongaba una nota sostenida, como la vibración de un diapasón. El ejército chino había llegado, siguiendo a las hordas de reidores que acudían al festín. *Los Puros* que cubrían el perímetro tuvieron que replegarse hacia el interior del vehículo, y ahora estaban atrapados. Únicamente una plancha de acero blindado los separaba de una muerte segura. De repente, el tiroteo cesó. Oyeron pasos alrededor del camión. Desde donde estaban no podían acceder a la cabina para ponerlo en marcha y salir huyendo. Estaban inmovilizados. El puesto de comunicaciones continuaba funcionando y hacía de enlace entre el *Santiago Apóstol* y

el satélite.

Ricardo reparó en que si los militares del *Santiago Apóstol* conseguían su objetivo, jamás vendrían a rescatarlo. Ahí fuera se estaba reuniendo todo un ejército. Actuando por puro instinto, apagó los sistemas del puesto de mando dejando únicamente la radio. Lo hizo disimuladamente, como si se apoyara distraídamente sobre el panel de instrumentos. Todos los monitores se apagaron a la vez. Sus compañeros se sorprendieron por la repentina oscuridad.

—Deben de haberlo desconectado desde fuera —mintió Ricardo a modo de explicación—. Hay que comunicárselo al *Santiago Apóstol*. Si su ayuda, no podremos volver a conectar.

\* \* \*

Las cosas comenzaban a torcerse. El *Santiago Apóstol* fue pensado para enfrentarse a las hordas de reidores. Era una plataforma estable lejos del alcance aquellas criaturas. Lo más que podían hacer los de *Tipo II* era disparar al cielo, por lo que se había blindado la góndola y la sección inferior del dirigible. Pero enfrentarse al ejército chino era muy distinto. Bastaba un cohete disparado desde un lanzamisiles portátil para hacerlos volar en pedazos. No podían arriesgar la aeronave. Y sus mejores hombres se encontraban custodiando las cabezas nucleares a cientos de kilómetros de allí. Tendría que recurrir a los civiles de a bordo.

—Teniente, forme un comando —ordenó— iremos ahí abajo y pondremos a funcionar ese maldito cacharro de una vez. Desde que bombardeemos el objetivo principal comience a fijar los blancos secundarios y conecte con la red de la marina sin esperar a mi orden. Reclute a todo el personal disponible menos a los pilotos, ingenieros y el técnico de comunicaciones. Yo capitanearé el comando.

Sabía que estaba contraviniendo las ordenanzas pero las situaciones extremas requerían medidas extremas.

—El padre Doménico queda al mando —añadió, notando la cara de sorpresa de sus subordinados. El mando debería recaer sobre el teniente Horacio, el siguiente en el escalafón. Pero sus hombres no conocían la importancia del estamento religioso en esta misión. Como sus hombres, él también obedecía órdenes, y el prelado había sido designado por la ONU para esta misión con mayor poder decisorio del que aparentaba tener. El alto mando parecía creer firmemente en el carácter religioso de esta guerra que estaban librando.

Álex tenía la tez pálida. Le habían colocado un casco de kevlar y un chaleco a juego. Estaba abrazado a una H&K G36 con solo un cargador de reserva. No había más. Era más pesado de lo que se había imaginado. El arma más pesada que había empuñado Álex en su vida había sido el mando de su *Xbox*. Junto a él, otros miembros civiles de la tripulación tenían su misma expresión de pánico. El dirigible descendió en un claro hasta quedarse a unos treinta metros sobre el suelo. De las portezuelas dejaron caer varias cuerdas y, empezando por los soldados profesionales, comenzaron a descolgarse haciendo rápel.

Ira y el resto de supervivientes del aeródromo de Herāt fueron los primeros en bajar. Se sentía feliz de volver a la acción. A bordo del dirigible estaba tan ociosa que acabó por tener una aventura con aquel soldado francés. Habían muy pocos entretenimientos a bordo para alguien que no fuera un «aprietatuercas».

Daba pena contemplar a la fila de reclutas recién equipados, esperando su turno para bajar a lo que tenía pinta de ser una muerte segura. Eva se acercó a donde se encontraban para desearle suerte a Álex. A él se le iluminó la mirada al verla. No se dijeron nada, tampoco había nada que decir.

Fue entonces cuando Álex tuvo la certeza que iba a morir, a miles de kilómetros de su hogar, enfrentándose a chinos y demonios. Con ese pensamiento en su mente y armándose de valor, salió de la fila y se aproximó a Eva. La agarró por la cintura y la

besó en la boca. Sintió el cálido aliento brotando de sus labios mientras la besaba. Ella no reaccionó, pero al separar sus labios de los de ella, no vio pasión en su mirada, como esperaba, sino tristeza.

Un soldado le tocó en el hombro para indicarle que era su turno. Sin decir nada se volvió y enganchó el mosquetón en la cuerda, tal como le habían indicado, y se precipitó al vacío. Al sentir la caída no pudo evitar gritar.

Guiados por el general, atravesaron la espesura con paso apresurado. El grupo de soldados profesionales iba a la cabeza. Álex y el resto los seguían a trompicones. Estaban extenuados, iban demasiado cargados, demasiado deprisa y les costaba respirar. De vez en cuando, uno de los soldados de vanguardia se giraba y llevándose el índice a los labios les ordenaba mantener silencio. Poco a poco, el coro de ruidosas respiraciones y resoplidos se iba apagando.

Tras unos minutos de caminata divisaron el vehículo. Estaba rodeado por tres camiones del ejército chino. Había una treintena de soldados y otros tantos reidores.

—Nunca había observado a esas criaturas comportarse de una manera tan dócil —le susurró el general a Ira mientras observaba al otro grupo.

—¿Se refiere a los chinos o a los reidores mi general? —bromeó Ira.

El general sonrió y eso hizo disminuir la tensión reinante. Estaba claro de que Ira era una verdadera soldado si era capaz de mantener el sentido del humor ante una situación de muerte tan certera como aquella.

—¿Cuál es el plan? —preguntó en inglés el capitán americano que habían rescatado en Herāt.

—El plan es que no hay plan. Acabemos con ellos. La Humanidad depende de esto. Pensad en todo lo que os importa y luchad como si no hubiera un nuevo amanecer. Porque si no lo conseguimos, todo lo que somos y lo que hemos sido será devorado por esos malnacidos.

Cuando estuvieron lo bastante cerca, el comando de veinte hombres y mujeres que había desembarcado del *Santiago Apóstol* abrieron fuego al unísono. En la primera andanada cayeron una docena de soldados chinos. Muchos reidores recibieron impactos de bala pero eso no los detuvo. Se lanzaron a por los atacantes con una furia enardecida.

El fusil machacaba el hombro de Álex con cada disparo. El estruendo de las armas era mayor del que se había imaginado y le taladraba los oídos, perforándole el cráneo profundamente. Una jaqueca continua producida por el estrépito del combate se alojó en su lóbulo frontal. Tenía más puntería de lo que esperaba. A pesar del retroceso, disparar con el fusil no era demasiado complicado. La sensación de poder que le producía ver cómo sus enemigos eran derribados bajo el fuego de su arma le hizo sobreponerse al miedo a base de adrenalina.

La sorpresa les había dado ventaja en el primer asalto pero ahora los soldados que no habían sido abatidos se estaban reorganizando y comenzaban a repeler el ataque. Una lluvia de proyectiles comenzó a caer sobre ellos de forma continua. La vanguardia de soldados profesionales que estaban en primera línea se llevó la peor parte. El general cayó cuando un proyectil le alcanzó y le atravesó el cuello de un lado al otro. Los demás soldados sufrieron impactos en sus chalecos antibalas y quedaron tendidos en el suelo sin aliento.

Un grupo de soldados chinos comenzaron a avanzar bajo el fuego de cobertura de sus compañeros. Los reidores, que corría sin miedo de ser alcanzados por el tiroteo, estaban a punto de caerles encima.

De repente, la puerta lateral del mando móvil tras la línea de soldados chinos, se abrió. Por ella asomaron cuatro cañones que comenzaron a disparar. Era la invitación que estaban esperando Ricardo y sus compañeros para volver al combate. Habían pillado a los soldados chinos en un fuego cruzado.

El primero de los reidores se abalanzó sobre uno de los soldados aturdidos por un impacto de bala sobre su chaleco. El resto del comando lo oyó gritar sin poder hacer nada para ayudarlo, ya que había caído tras la hierba alta de la zona. Ira desenvainó su machete, y empuñándolo al revés, se lanzó contra el primer reidor del grupo. El reidor también se había abalanzado sobre ella y se encontraron en el aire. La soldado había alcanzado mayor inercia y tras el choque, cayó encima del reidor, que impactó con la espalda en el suelo. Con un rápido movimiento de revés con el arma blanca, Ira causó un profundo corte en la garganta de su oponente. Girando el machete en el aire con una sola mano, volvió a empuñarlo al derecho para asestar un rápido tajo que terminó por decapitar al reidor.

Con los reidores a punto de alcanzarlo, Álex entró en pánico y cambió el selector de fuego del arma a automático. Le habían dicho que no usara la posición de automático o se quedaría sin munición nada más comenzar el combate. Ya había gastado su primer cargador y acababa de encajar el segundo y último. Los reidores llegaron hacia donde estaban los civiles del comando. Dos reidores se abalanzaron sobre sus compañeros a ambos lados y comenzaron a devorarlos vivos. Un tercer reidor avanzaba con sus ojos rojos fijos en él, mientras reía alocadamente durante la carrera. Álex dejó apretado el gatillo. Una larga lengua de fuego apareció por la bocacha de su arma mientras hacía un duro esfuerzo por que no se le escapara de las manos. La movió en abanico por delante de él. El efecto a tan poca distancia fue devastador. El grupo de reidores que se hallaba frente a ellos salió impulsado de espaldas. Ira tuvo que lanzarse cuerpo a tierra para no ser alcanzada por la lluvia de fuego y metal. En pocos segundos el fuego cesó. Como le habían advertido, se había quedado sin munición.

Mientras tanto, los soldados chinos se habían dado la vuelta y encaraban a los que abrían fuego desde el interior del puesto de mando móvil. Los chinos, al estar a descubierto, estaban cayendo como moscas. Ira alzó la mirada sobre la espesa vegetación. Con su ojo militar entrenado pudo comprobar que al combate no le quedaban más que unos segundos. Los soldados chinos no tenían la menor oportunidad y todos los reidores habían sido abatidos. Había sido un duro enfrentamiento. De los que formaban el comando tan solo quedaban ella y algunos de los civiles de la retaguardia. Los mejores hombres habían caído, incluido su amante francés. Lo echaría de menos. Era lo más que podía decir. Ira no se permitía tener sentimientos, eso la hacía débil. Y ella antes que mujer era soldado.

Antes de que el último de los soldados chinos fuera alcanzado, el sonido pulsátil del rotor de un helicóptero se fue haciendo más y más fuerte. Un helicóptero *Mi-171* de color verde oliva, con una brillante estrella roja en los laterales, se materializó desde detrás de la vegetación. Las portezuelas estaban abiertas, y sendos soldados armados con pesadas ametralladoras colgaban sobre el vacío sujetos por un arnés. Comenzaron a abrir fuego. El grueso calibre de las ametralladoras, mayor que el de los fusiles convencionales comenzó a abrir boquetes en el blindaje del puesto de mando móvil, mientras que por el otro lado, la ráfaga alcanzaba a uno de los civiles del comando, con tal fuerza que lo partió en dos. Bajo ese fuego y sin cobertura no tenían ninguna posibilidad de sobrevivir.

Álex, Ira y los tres supervivientes restantes del comando se tiraron al suelo para protegerse de los disparos. Desde el puesto de mando, *Los Puros* disparaban contra el helicóptero con la esperanza de que un disparo fortuito pudiera derribarlo.

Cuando todo parecía perdido, cesó el fuego. Oyeron cómo el helicóptero comenzaba a elevarse. Poco a poco, los supervivientes fueron alzando sus cabezas sobre la vegetación para ver lo que ocurría.

Era el *Santiago Apóstol*. Se había acercado rápidamente con viento favorable y se había colocado en una posición ventajosa sobre el helicóptero chino. Desde las portezuelas del dirigible, los artilleros comenzaron a disparar. Mientras el helicóptero

maniobraba para alcanzar altura y poder responder al fuego sin impactarse en su propio rotor, las balas trazaron recorridos de orificios a lo largo de su fuselaje. Varios de los tripulantes fueron alcanzados en el interior del helicóptero y de su motor comenzó a brotar una estela de humo negro. Giró sobre sí mismo varias veces, fuera de control, dibujando espirales de humo en su recorrido para estrellarse finalmente sobre una loma cercana.

Ira, al ver el dirigible no pudo dejar de sentirse aliviada, pero pensó el riesgo que había corrido aquel cura loco de Doménico al exponer tanto a una aeronave tan frágil. Desde los altavoces del dirigible se podía oír la voz de Doménico por encima del rugido de los motores.

—*Per signum crucis de inimicis nostris libera nos, Deus noster. In nómine Exorcio Deus machina...*

¡Estaba rezando! —*Definitivamente, ese hombre está loco*— pensó Ira. Pero fue su locura lo que salvó esta misión.

Al verse seguro, Ricardo volvió a conectar la estación de comunicaciones. Álex entró en el puesto de mando móvil. Aún estaba pálido por el combate y tenía las manos sucias, frías y temblorosas.

—¡Encantado de conocerte, Ulán Bator! —dijo ofreciéndole la mano— has sido muy valiente.

Ricardo aceptó su mano pero no dijo nada. Simplemente sonrió.

Guiados por el satélite chino, los misiles trazaron amplias órbitas parabólicas en el cielo.

Las hordas de reidores que deambulaban sobre la ancestral Muralla China contemplaban atónitos el recorrido de los misiles que acabaron precipitándose sobre la estructura que estaban construyendo.

Cuando se consiguieron fijar los blancos secundarios solo se pudieron alcanzar a las principales ciudades del país asiático. Los submarinos desplegados en la zona habían disparado ya casi todas las cabezas nucleares de que disponían en un intento por repeler el aterrizaje de las naves alienígenas.

Aquel día, China dejó de existir. No hizo falta rendición oficial, ni comunicado alguno. Simplemente desapareció. A ella le seguirían muchos otros países. Para diciembre de ese mismo año, el mundo tal y como se conocía se había ido para siempre.

Fue Álex quien habló primero.

—No vayas —no tenía ningún derecho a pedírselo y lo sabía. Se había presentado voluntaria para la loca misión de rescate de una raza desconocida en los confines del Sistema Solar. Se suponía que nos ayudarían en esta guerra con su tecnología. Pero esa tecnología no les había servido para salvarse a sí mismos.

Eva cambió de tema.

—Vaya, con que ¿sargento, eh? —bromeó ella— sí que debemos estar en las últimas si regalan los rangos de esa manera.

—No te salgas por la tangente Eva —insistió.

—No hay nada más que hablar. No tienes derecho a pedirme eso. Tú y yo no somos nada. Es algo que quiero hacer. Siempre quise saber qué había allá fuera y nunca voy a tener otra oportunidad como esta.

—¿Te vas por él? —preguntó Álex tímidamente.

—Él también va. Pero no voy por eso —respondió Eva.

—No vayas, por favor —volvió a insistir él— es muy arriesgado.

—¿Acaso crees que aquí estarás más seguro? —comenzó a enfurecerse— Mira a tu alrededor, Alexander. Los que no mueran se acabarán transformando en un pobre diablo loco. ¿Eso es estar más seguro?

—Sabes que está dejando de ocurrir —respondió desesperado—. En las zonas montañosas estamos a salvo y según las noticias del exterior cada vez ocurre menos. Sea lo que fuera que activaba la transformación de las personas en reidores, está dejando de ocurrir.

—Solo son rumores —dijo ella tajante— y la decisión está tomada. No sé por que te empeñas en seguir con esto —y con esto dio por zanjada la discusión.

—Vine únicamente a despedirme —continuó Eva— mañana saldremos muy temprano hacia la Guayana Francesa, desde donde se realizará el lanzamiento. Ya las cinco naves están en órbita y a la espera de la tripulación. Un cosmonauta de la antigua NASA comandará la misión. Una vez en órbita, pasaremos tres días de entrenamiento.

—Volveremos a vernos —continuó ella— Tardaremos más de tres años y medio, pero volveremos y traeremos con nosotros a esos malditos «hombrecillos verdes» para ganar esta guerra.

Álex no se rio con la broma. Ella lo besó en la mejilla y se marchó.

La idea de un submarino en el espacio era surrealista. Habían tardado meses en modificar aquellos cinco buques nucleares, sustituyendo hélices por propulsores de plasma, sónar por radar, torpedos por misiles de combustible sólido que pudieran funcionar sin la presencia de atmósfera y habían sustituido los tanques de lastre por bodegas de almacenaje de agua y víveres. Cada nave dispondría de un transbordador espacial tipo *Shuttle* sobre su parte dorsal. Sería lo que usaría la tripulación para subir a bordo y asistiría con sus impulsores de posicionamiento en las maniobras de la nave. Cinco submarinos en órbita a la tierra con un transbordador espacial a cuestas serían un espectáculo digno de ver. A pesar de no necesitar transporte para atravesar el vacío sideral, el Agonauta Z viajaría en la nave insignia, la *UNS Andor*, para guiar la expedición. La tripulación de cada una de las naves estaba compuesta por cincuenta personas, de los cuales solo cinco en cada buque eran profesionales, ya fueran tripulación de submarinos, cosmonautas o pilotos militares. El resto habían sido civiles hasta hace unos meses. Los riesgos eran considerables pero el alto mando de la Organización había dado prioridad a esta misión y la consideraba de vital importancia para la supervivencia de la vida en la Tierra. Había quien pensaba que la prioridad era la tecnología alienígena, no para ganar la guerra contra los demonios, sino para otorgar

poder a los que ahora se habían convertido de golpe y porrazo en la casta dominante: el ejército.

Sea como fuere, la misión estaba a punto de partir y Eva se iría a bordo de una de aquellas naves. Álex volvió a encerrarse en su caparazón de pasividad, como siempre. Sin él, se había dado cuenta de que era muy vulnerable.

\* \* \*

Doménico aún no se explicaba el cambio radical que había sufrido el camarlengo Bertone. Desde que había regresado de su misión en Asia, apenas lo había visto. Era como si le rehuyera. Únicamente se habían reunido una vez, y nunca a solas. Habían pasado meses desde que el Papa le había producido aquellas heridas en la cara y aún seguía cubriéndose el rostro con vendajes. Probablemente era incapaz de asumir las cicatrices que le habían quedado y aquello quizá fuera lo que le causara un cierto desorden psicológico.

En aquel único encuentro, Bertone le había encomendado una misión de lo más complicada. Le había hecho entrega de un sobre lacrado en donde se le daban instrucciones precisas para liderar un cambio moral ante la era siniestra a la que se enfrentaban. El sobre contenía copias de los extractos del *Szibula Darkonis*, en los que vaticinaban la aparición del *Barón de la Virtud* como Heraldo de la Humanidad. No podían confiar en las predicciones de un libro pagano, pero sí podrían y debían valerse de su influencia para aunar las débiles voluntades de los supervivientes en un esfuerzo por encarar al mal. Bertone le había encargado crear un mito y para ello, aquella documentación iba acompañada de informes de varios soldados competentes de la Guardia Suiza. Crearían a un héroe. Un héroe imbatible, inspirador, que aportaría la esperanza y la confianza que necesitaban las tropas para sobreponerse al desánimo y armarse de fuerza de voluntad. Y que sería sacrificado en el momento oportuno para convertirlo en mártir de la causa. La guerra se ganaba primero en la mente y en los corazones de los soldados.

Doménico por su parte, también tenía sus propias ideas de cómo debía organizarse el mundo a partir de ahora.

Tras aquella reunión nunca volvió a ver al camarlengo. Fue como si se lo hubiese tragado la tierra.

#### *Mare Crisium, La Luna*

Bajo la polvorienta superficie del cráter producido por el impacto de un asteroide hacía millones de años se ocultaba un complejo sistema de túneles artificiales. Habían sido construidos por los antiguos Selenitas, cuando La Luna tenía su propia órbita alrededor del Sol y en ella florecía una civilización próspera y en auge. Entonces había llegado la estirpe marciana, aniquilándolos y tomando sus dominios. Pero los avariciosos insectoides no pudieron disfrutar de su conquista pues un fenómeno cósmico degradó al viejo planeta, transformándolo. El impacto de un gran asteroide, sacó a la antigua Luna de su órbita, provocando un cataclismo sobre su superficie. Errando por el Sistema Solar, fue finalmente atrapada por la gravedad de la Tierra, y fue supeditada a orbitarla con devoción por toda la eternidad. Pero no todo se malogró en la que una vez fuera la joya del Sistema. Las bases Selenitas aún se ocultan bajo su superficie. Silenciosas, oscuras y esperando.

Como hachas de guerra indias, las soterradas bases de Satán por todo el Sistema Solar, comenzaron a ser desenterradas. Con la energía que le proporcionaba un complejo reactor de fusión milenario, la base volvió a cobrar vida. Sobre la superficie, una compuerta en forma de haces convergentes se abría como los pétalos de una flor, para recibir a una poliédrica nave marciana mientras descendía suavemente sobre la abertura. Otras dos naves similares la seguían a poca distancia.

Pervertvm descendió por la rampa una vez que la nave terminó de alunizar en el interior de la base. Poco a poco fueron desembarcando de las otras dos naves escolta

un ejército de reidores e insectoides. Uno de los reidores le entregó el tomo negro, el *Szibula Darkonis*, a Pervertvm. Ella lo recibió y lo acunó entre sus brazos como si fuera un bebé.

El tiempo se estaba agotando. Pronto, la conjunción Plutón-Caronte volvería a alejarse en su órbita infinita para perderse en los confines del espacio. Los entes, la materia misma de la que estaba formado el Creador, habían saltado de un planeta a otro como electrones que abandonan un orbital para alcanzar el siguiente. La mayor parte había alcanzado ya la Tierra. Pero aún quedaban muchos por llegar.

En la Tierra, las Hermanas de la Santa Sangre estaban construyendo el *Artefacto Interocetor*, que permitiría la total transmutación de los entes, incluso fuera de conjunción. Los Humanos habían destruido el artefacto y con ello habían puesto en peligro la propia existencia de la vida en el universo. *Sin el Creador, no era posible la vida*. Era el «pequeño» detalle que habían omitido los Argonautas a la hora de unir a los ingenuos humanos a su causa. Ahora el hombre luchaba para acabar alcanzando su propia destrucción.

Pervertvm miró de soslayo al Argonauta X. Un traidor a su raza, un paria. Un visionario que se opuso a la mente colmena de su estirpe y decidió luchar por defender lo que creía ilógico pero justo. Con su ayuda, construirían en la base Selenita un nuevo *Interocetor*, esta vez fuera del alcance de los hombres. Al igual que con los niños, bastaba con colocarlo en el estante de encima para que se acabara el problema. Con él, la transmutación sería completa y la bestia *Ragnarök* nacería de un vientre mortal antes del *Ángelus Invernal*. Tal como había sido predicho en el *Szibula Darkonis*.



## Epílogo

*UNS Arimatea*  
*Cuatro años después*

Junto al oscuro y deteriorado casco del lo que una vez había sido un submarino de la clase *Akula*, flotaba en el vacío estrellado otra nave de aspecto robusto, con una bronceada superficie surcada de toscos remaches. Tras ellos, decenas de otras naves, de las formas y tamaños más diversos, se arremolinaban buscando cobijo como rémoras en torno a un tiburón. Todas presentaban un aspecto similar; gibosas, con paneles remachados, abultados propulsores, líneas quebradas y conductos con cableados sin carenar.

El puente del *Arimatea* se encontraba en una asfixiante penumbra carmesí. Una figura temblorosa, apenas con un hálito de consciencia, se encontraba a los mandos del timón. Un sudor frío perlaba su cráneo desprovisto de pelo y su rostro estaba demacrado, retorcido en una mueca de continuo sufrimiento. A pesar de la decrepitud, su rostro era atractivo e incluso hermoso. Era Eva, o al menos lo que quedaba de ella. A su lado, con un aspecto no muy diferente, se hallaba el teniente Horacio. Estaba inconsciente sobre la silla, con la barbilla apoyada sobre el pecho. Su cuero cabelludo mostraba algunas zona de clareas, pero aún no había perdido todo el cabello. Detrás de ellos, el sillón del comandante estaba vacío. A un lado, en el puente, había un tubo de cristal lleno de un licor amarillento. En su interior se encontraba el cuerpo inerte del Argonauta Z. Su desproporcionado cráneo mostraba un agujero de bala en la frente. Tenía los ojos entrecerrados y la boca abierta, retorcida en una desagradable mueca. Flotaba en el líquido ocre desprovisto de su traje oviscapto. En la desnudez de aquel ser, se podía apreciar su pequeño cuerpo en comparación con el resto. Ocupaba un tercio del conjunto total y poseía unas minúsculas extremidades atrofiadas, brazos y piernas, que permanecían plegadas a su cuerpo como las de un embrión humano. Esas extremidades habían quedado ocultas bajo su ajustado arnés. Sin el oviscapto, el aspecto de la criatura era de lo más inquietante. Aún muerto como estaba, el ser emanaba un aura pernicioso.

En la pantalla principal de navegación aparecía una esfera azul moteada de blanco: la Tierra. Por fin habían regresado, tras cuatro años de viaje a través del Sistema Solar. Solo una de las cinco naves que se enviaron a Oberón había conseguido regresar, cumpliendo así la misión de la *Operación Odysseus*. Volvían a la Tierra con un millar de supervivientes Belfudos y traían consigo buena parte de su tecnología y su flota civil. El precio había sido alto. Tan solo treinta y dos tripulantes humanos, de los doscientos cincuenta originales, habían sobrevivido. Y todos estaban afectados por un síndrome desconocido. Padecían síntomas similares a los de una contaminación por radiación, pero por más que comprobaran las lecturas, no se detectaba radiación en los habitáculos de la nave.

Luchando contra la inconsciencia, Eva abrió un canal general para contactar con la Tierra. Tras cuatro años, la situación podía haber cambiado. De hecho, el aspecto que presentaba el planeta desde la órbita era diferente. El azul no era tan profundo ni tan diáfano. Presentaba un tono pardo en muchas zonas. El océano tenía grandes zonas de negrura abisal y en la cara oscura, apenas había algunas luces que indicaran la presencia de ciudades con energía eléctrica.

Se llevó el micrófono a la boca pero antes de que pudiera hablar, una arcada trepó por su esófago y se vio obligada a vomitar. Contuvo el sentimiento de náusea y se limpió la bilis de sus labios con el dorso de la mano. Cogió aire y comenzó a transmitir con voz queda.

—Tierra, aquí *Arimatea*, responda...

Obtuvo el chasquido de la estática como única respuesta.

—Tierra, aquí *Arimatea*, responda... —continuó—. Repitió el mensaje como una

letanía durante varios minutos. A medida que pasaba el tiempo, las esperanzas de que quedara alguien con vida en la Tierra se iba diluyendo. Había contemplado esa posibilidad. En el momento de la partida de la Operación Odyssey, el planeta se encontraba en el punto álgido de una campaña militar. *¿Y si habían sucumbido?* —se preguntaba—. *¿Y si los únicos supervivientes de la Humanidad eran los maltrechos tripulantes del Arimatea?*

Cuando estaba a punto de abandonarse a la inconsciencia, la radio crepitó y cobró vida.

—*Arimatea*, aquí el cuartel general de Exorcio en la Tierra. Permanezca en órbita, a la espera de instrucciones —dijo una voz carente de la más mínima emoción— repito, permanezca en órbita a la espera de instrucciones.

Después de lo que habían pasado, no era la clase de recibimiento que esperaba.

—Negativo —respondió Eva haciendo acopio de fuerzas— situación de emergencia, necesitamos evacuación urgente y una zona de aterrizaje asegurada. Traemos una flota de unas cincuenta naves de E.B.E. Quiero hablar con el alto mando de la ONU inmediatamente. Esta misión está bajo la autoridad de las Naciones Unidas. Hay algo importante que deben saber. Estábamos equivocados. Luchamos en el bando incorrecto...

—No se preocupe —el interlocutor hizo una pausa dramática—. Ahora está en el bando correcto. El planeta entero está bajo el gobierno de la Organización Militar Exorcio. Todas las competencias de la antigua ONU y de los gobiernos de la Tierra se han transferido a la Organización desde la caída de Andor.

*Andorra había caído y con ella el último gobierno de la Tierra* —Eva se quedó sin palabras.

—Permanezca en órbita —continuó la voz— debe completar el período de cuarentena impuesto por el Comité Inquisitorial para los viajes espaciales.

—*¿Comité Inquisitorial? ¿La Inquisición ha vuelto?* —se sorprendió Eva— *¿A qué clase de Tierra he regresado?*

—Indique su número en código de tripulante por favor —intervino otra voz, más severa que la anterior, pero igualmente desprovista de emoción alguna.

—UNS-ARMT-013 —respondió mecánicamente Eva, repitiendo de memoria lo que ponía la etiqueta en el pecho de su uniforme.

—Número trece —dijo la última voz— bienvenida de vuelta a la Tierra. Al *Coronel Doménico* le agradecerá saber que ha cumplido con éxito su misión.



POMPEYO REINA (Gran Canaria, 1975 - Tenerife, 2015). Se licencia en Bellas Artes por la Universidad de La Laguna en 1998, época en la que escribe y lleva a escena diversas obras de teatro, entre las que destacan «Perdices Felices», «La más cara del duelo» y «El fin del mundo». Cuando acaba la carrera comienza a trabajar en diversas producciones de cine y TV. Desempeña diferentes puestos en cortometrajes como «Un matrimonio bien avenido» (animación), largometrajes como «Hombres Felices» y «El Barón contra los demonios», y documentales como «La isla donde duerme la edad de oro» además de participar en diferentes spots y videoclips. En este tiempo colabora en la redacción del libro «Tolkien para profanos» (Ed. Tempestad) de Ricardo Ribelles. En 2006 gana el segundo premio de cortometrajes «Canarias rueda» en la isla de Tenerife con «El Duelo». Ese mismo año comienza a trabajar como grafista y dibujante de storyboards para diversos programas de la TVAC entre los que destacan «Canarias Directo», «De todo corazón» y «La buena onda».

En 2009 abandona el medio audiovisual para incorporarse a un proyecto de investigación en ecodiseño. Durante los años 2010 y 2011 imparte la asignatura Diseño Gráfico en el Máster de Efectos Especiales y Animación, y en el Curso de Experto universitario en 3D y Creación de Videojuegos de la Universidad de La Laguna. Durante ese periodo participa en congresos vinculados al campo del ecodiseño en Madrid (CONAMA), Barcelona (ESDI) y Berlín (Cradle to Cradle).

Tras ser deportado en China cuando acudía a un congreso, escribe «Szíbula Darkonis» marcado por esta experiencia, un reimaginado del filme «El Barón contra los demonios». La novela nunca ve la luz por problemas de autorías con los personajes y se distribuye libre en autoedición como fanbook a través de la web [www.lulu.com](http://www.lulu.com).

«El sarcófago de las tres llaves» es la segunda novela que escribe y la primera en ser publicada (Ediciones Idea). Actualmente trabaja en la redacción de su tesis doctoral.

## Notas

- [1] Siglas del Ejército Nacional Afgano. <<
- [2] *El abogado del diablo (advocatus diaboli)* es el apelativo popular con el que se alude al procurador fiscal en los juicios o procesos de canonización de la Iglesia Católica. <<
- [3] Indumentaria tradicional de la Isla de Tenerife compuesta por una manta de lana blanca. La manta se doblaba en dos mitades, se fruncía al cuello y se utilizaba a modo de capa para protegerse del frío. <<
- [4] Aeronaves más ligeras que el aire LTA (*Lighter Than Air* en inglés). <<
- [5] Más conocidos como «boinas verdes». <<
- [6] «Zumbido de la Tierra» en español. Fenómeno de murmullo constante en la corteza terrestre para el que aún no se ha encontrado explicación. <<
- [7] El Observador Romano en español. Es el periódico nacional de la Ciudad del Vaticano. <<
- [8] Entidad Biológica Extraterrestre. <<
- [9] Oviscapto: órgano perforador que llevan en el extremo del abdomen las hembras de muchos insectos, con el que abren lugar en la tierra o al través de los tejidos vegetales y aun animales, en que depositar con seguridad los huevos que han de poner. <<
- [10] Siglas de la Agencia Espacial Europea en inglés. <<
- [11] Ente Biológico Extraterrestre. <<